

TRILOGÍA
OSDE

*Nunca
será suficiente*

JENNIFER PALAU

Lxl
EDITORIAL
UpBook

TRILOGÍA
OSDE

*Nunca
será suficiente*

JENNIFER PALAU

Lel
de novela
UpBook

Nunca será suficiente

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Jennifer Palau 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

04240, Almería (España)

Primera edición: diciembre 2018

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17516-83-3

Para Constan.

Tú me regalaste el creer en el amor y la inspiración para escribir.

No podría haber acabado esta historia sin ti.

Agradecimientos

Desde que tenía trece años he deseado tener valor para enfrentarme a que alguien leyera lo que iba creando con el paso de los años. En este apartado os confieso lo difícil que me ha sido llegar hasta este momento.

Por eso necesito mencionar a las personas que han sido tan importantes para que haya podido mostraros esta historia:

A mi pareja, Constantin, por ser mi fuente de inspiración. Por apoyarme en los peores momentos, apostando siempre por mí sin importar la situación o la dificultad. No hubiera sido posible sin tu ayuda incondicional.

Además, a ti en especial no acabaría nunca de darte las gracias por cada año a mi lado.

A ti, mamá, por apoyarme en todo este proceso y no dejar nunca que rendirme fuera una opción. Tu apoyo único, sin necesidad de palabras, siempre me ha llenado el corazón.

Y a ti, papá, que lo has dado todo por protegerme, y que por eso has sido al que siempre he querido enseñarle mis logros, con el fin de conseguir tu maravillosa sonrisa de admiración.

Os debo agradecer a ambos todo lo que me habéis dado en estos años, en los que me habéis enseñado los valores necesarios para sobrevivir, por quererme ante todo y ser los mejores padres del mundo.

También a mi gran familia, porque siempre me habéis apoyado en mi sueño. Nunca os cansásteis de decirme que algún día lo conseguiría, y ahora os lo agradezco con todo mi corazón.

A ti, mi gran amiga Sara, por ser la primera en leer mis letras, y ser como una hermana desde que nos conocimos. Nunca has dudado de lo que podría conseguir. Gracias por interesarte en lo mucho que me gusta escribir.

A ti, mi Andrea, que te convertiste en alguien más de mi familia que se preocupó por mí como si fuese su hija. Contigo aprendí demasiado en un tiempo que jamás olvidaré, pues fue una de las mejores etapas de mi vida tanto profesional como personal.

A todos mis amigos, que considero que no hace falta que nombre a nadie en particular, pues ya sabéis perfectamente quiénes sois. Vosotros que me habéis ayudado, cada uno a vuestra manera, para que llegase con toda mi fuerza y

confianza hasta este momento. Con los cuales en estos años lo he pasado realmente genial. Me habéis aportado el valor de quererme a mí misma y de recordarme que nunca deje de luchar por cualquier cosa que me proponga.

La realidad es que he conocido a tanta gente maravillosa que podría escribir otro libro con estos mismos agradecimientos, pero quienes leáis esto ya lo sabréis de sobra, ya que me habré encargado de decíroslo en privado a cada uno de vosotros. Ya me conocéis, ¿cierto?

Y, por supuesto, debo agradecer a quienes han hecho posible que este sueño sea cumplido: A todos los miembros de la Editorial LxL que han trabajado durante horas en este libro. En especial a mi editora, Noelia, por ser una gran profesional, ya que este resultado no habría sido posible conseguirlo sin tu ayuda y tu especial dedicación.

Y, por último, un sincero agradecimiento a todos los lectores, quienes habéis decidido dedicar vuestro tiempo a leer mis letras, las cuales nunca pensé que saldrían de mí y que llegarían a vuestras manos.

Solo espero que, sea poco o mucho, esta historia os haga disfrutar igual que lo hice yo cuando la escribí en la soledad de mi habitación hace ya algunos años.

Mis más sinceros agradecimientos por querer comenzar esta historia.

Prólogo

Elevé la mirada y me encontré en la distancia con el rostro de un atractivo chico, vestido de traje, que golpeó con su pierna la ventana del vehículo siniestrado. Esta estalló en trozos pequeños de cristal, consiguiendo así asustarme y a la vez causar un gran impacto en mi corazón, que no estaba acostumbrado a aquellos sobresaltos. Observé cómo aquel chico salía ileso del accidente con tan solo un poco de sangre en la frente, la cual se limpió escasos segundos después de ponerse de pie sobre el asfalto.

De pronto, sus ojos se posaron en mi persona, en aquel cuerpo femenino que estaba asustado y desorientado, e inmediatamente sacó una pistola del dobladillo de su pantalón y me apuntó desde allí a la cabeza.

Fue entonces cuando sentí que iba a desmayarme, cómo mis piernas flaquearon, pero, por fortuna, no pasó. Resistí para mantenerme ligeramente despierta. El chico de buena constitución y cabello castaño claro, con aquella mirada verde impactante y bastante curiosa, se dispuso a señalarme moviendo el arma de una manera chulesca. Siendo exigente, me indicó que fuera hacia el callejón. Entre mis pasos miedosos, su mirada furtiva me forzó a avanzar. Le hice caso, y pasé por su lado limitando mi avance, obligando a mi cuerpo a que se controlase, pues aquella voz tan grave cerca de mi oído me había dejado casi sin respiración...

Capítulo 1

UNA AMENAZA CASUAL

NINA

Cuando nací, creí que vine al mundo por varios motivos, esperando que uno de ellos fuera crecer al lado de mis padres y sentir su felicidad, pero, aunque intentaron ocultar muy bien sus mentiras, solo consiguieron tapar la cruda realidad durante un par de años. Para cuando logré tener conciencia de la realidad, esta se estampó contra mi frente y lo comprendí todo: no estaban enamorados y no lo estarían nunca. Y, desde entonces, me explicaron las condiciones de aquella sociedad en la que estaba creciendo.

Hacía bastantes años que la multitud se había rebelado contra toda la estructura política. Mi madre me contó que, ante aquella situación, la separaron del hombre al que amaba. Ella no decidió estar con mi padre. En cambio, mi padre sí parecía querer a mi madre desde la infancia, teniendo la suerte y la oportunidad de ser emparejado forzosamente por el Gobierno existente desde hacía casi veinte años.

En aquel tiempo, los motivos de la vuelta a una dictadura fueron el elevado nivel de prostitución, el descontrol sexual y las rebeliones incansables de los ciudadanos no contentos con la administración del país. Fueron las causas y los motivos por los que el Gobierno, de un día para otro, presentó y llevó a cabo algunos proyectos para restaurar el orden. Uno de ellos fue el famoso OSDE (Organización Socialista de Emparejamiento), algo que me preocupaba en algunos momentos al pensar en la edad que iba a cumplir. Porque ante la decisión irrefutable del Gobierno, compuesto por el presidente Brian Roc y una junta directiva de trece personas, todos y cada uno de los ciudadanos serían destinados a emparejarse por decreto de la Ley OSDE al cumplir los veinte años.

Desde entonces, la gente en general solo mantenía relaciones dentro del compromiso; ya no se besaba por las calles ni se juntaban para cenar dos sexos opuestos sin motivo. Nada de cines ni discotecas. La policía se pasaba los días pidiéndoles los papeles a todos los que iban de la mano para que certificaran la unión o, al menos, el futuro compromiso. De vez en cuando, algunos quisieron abusar de la poca confianza de la que disponían y fueron forzados a cerrar todos los locales que no cumplían la normativa que aún

seguía vigente, y algunos altercados más que no nos llevaron a nada bueno.

Hans Blake, el alcalde prestigioso de la ciudad, con su buena y ganada reputación entre la ciudadanía, quiso interponerse ante una ley tan exigente, pero la presión por parte de los altos cargos, como del presidente del país o de la Junta Directiva, hizo que tuviera que arrimar el hombro. Al menos, esa era la versión o la historia que contaban.

En aquel momento, a punto de cumplir mis veinte años, Hans intentaba reformar lo que no pudo cambiar. Nadie sabía si lo conseguiría, pero lo que estaba claro era que la gente confiaba plenamente en un hombre como él. Por su muestra de cariño y la sinceridad ante el pueblo, conseguía llevarse a la gente a su terreno.

Ante aquella realidad que nos rodeaba y que estaba presente diariamente, siempre me había preguntado cómo podían estar dos personas juntas sin estar enamoradas. Pensándolo bien, tampoco es que hubieran tenido alguna opción...

En un nuevo día, volvía a ser la hora de la cena y esperábamos una *pizza*. Llegó a nuestra puerta gracias a mi tía Juliet, quien, por teléfono, había pedido y pagado, algo que no dejé que supiera mi madre. Los problemas entre ellas ya eran demasiados como para echar más leña al fuego.

Cuando cogí la caja de la *pizza* estaba caliente, y el olor provocó más vacío en mi estómago. Me volví sobre mis pasos al salón, donde la chimenea calentaba toda la zona y la televisión retransmitía de nuevo una película romántica ilegal. Ese hecho resultaba gracioso: ver que, a pesar de todas las limitaciones, se sospechaba que existían organizaciones que seguían intentando retransmitir historias de amor con la intención de ilusionar con ese fastidio del amor sincero, verdadero y el flechazo estúpido de dos personas, algo que en nuestra sociedad no existía.

—Mamá... —suspiré entre el olor a queso caliente—, ¿por qué no dejas ya la botella? Vas a lamer el cristal a este paso. —Agaché la cabeza, avergonzada.

En ese momento la película dejó de emitirse, siendo remplazada por otra totalmente diferente.

—Nina... —movió la botella de ron muy cerca de mi cara—, ¿por qué no me das un trocito de esa *pizza*? —Intentó levantarse, pero se golpeó el codo contra el sofá y, de nuevo, volvió a quedarse tirada sobre el sofá—. Vamos,

que tengo hambre de tanta resaca.

—No me extraña... —Partí un trozo para ella y la incorporé para que no se atragantara.

Si tuviera que definir mi vida, lo cierto era que había sido una locura. Había pasado cinco años cuidando de mi hermana pequeña, cambiando pañales, mientras nuestra madre comenzaba con una botella de ron antes de que la niña tomara su biberón. Como quien no quería la cosa, una vez cumplida la mayoría de edad, me convertí en la tutora legal de Yina debido a las duras condiciones que mi madre estaba pasando.

Muchos me preguntarían por mi padre, pero él se pasaba el día fuera de casa y trabajaba para mantenernos. Aunque, realmente, ni siquiera su mujer sabía lo que hacía tantas horas fuera. Según él, siempre estaba en la oficina, cosa que podía llegar a creer por su traje y su maletín; tan solo por eso, porque, de ahí a que fuera verdad, ya podría ser otro tema...

El resto de la noche nos quedamos viendo películas de Navidad. Mi padre llegó tres horas después empapado por la nieve. Se descalzó y, tras saludar a sus hijas, fue directo hacia la ducha. Mi hermana pequeña descansaba sobre mi regazo en el momento en que mi padre la saludó. Ella recibió un beso en la frente, pero a mi madre no le dirigió ni una palabra. Tampoco creí que ella le hubiera escuchado. Miré su estado y me dieron ganas de llorar. Realmente era penoso, además de doloroso.

Por lo tanto, aquellas navidades iban a ser iguales que las anteriores. La familia se reuniría, los amigos se juntarían y los niños más pequeños se ilusionarían con los regalos, igual que yo solía hacer antes de que me adentrara en la cruda vida adulta. Pero una vez que había llegado a los diecinueve y que me faltaban unos meses para cumplir el número que aterraba a todos, ya no eran tan bonitas aquellas fechas.

Habría deseado ir a la universidad, estudiar Literatura y todas esas cosas que a uno le habría encantado que se cumplieran, pero, para mi desgracia, mi familia no era actualmente rica; digo «actual», ya que un día sí que lo fue.

Lo que no sabía a ciencia cierta era cómo acabó en aquel estado el barrio de River. Hablamos de una zona pobre con cuatro casas en buen estado y otras calcinadas por la revolución. Sin embargo, antes, el barrio había sido el más rico de la ciudad y de la capital, pero pasó a ser ceniza. Suponía que eso solo debían saberlo los que estuvieron allí, como los altos cargos. Y, por descontado, ocultárselo a la ciudadanía era lo que solían hacer.

A pesar de todo aquello, al menos, mi regalo de Navidad no estaba tan mal. Me habían regalado un iPod para escuchar música mientras salía a hacer ejercicio. Estaba contenta y motivada, aunque mi madre hubiera querido quitármelo por la mañana. En pleno intento, terminó tambaleándose por culpa del alcohol, como siempre, y pude huir de sus garras. El motivo de su reacción fue porque el regalo había sido de mi tía Juliet, la única rica de la familia y por la cual mi madre se pasó a la bebida.

No tenía constancia de lo que pasó entre ellas. El motivo debió de ser algo que significara mucho para la familia en sí. Por entonces, yo aún era una niña y veía llorar a mi madre muchas veces por las noches. No pregunté, no me atreví a hacerlo. Tampoco iba a hacerlo en aquellos momentos; no por egoísmo ni nada parecido, solo que no quería revivir malos momentos que pudieran ocasionar algún problema grave para ella.

Esa mañana, mi hermana pequeña, Yina, estaba preciosa. Había dormido peinada con sus trenzas largas que tanto me costó hacerle mientras jugábamos la noche anterior. Tan solo tenía cinco años, y la ilusión que mostró en su cara cuando se levantó fue magnífica, incluso la envidiaba.

La figura de mi madre apareció tambaleándose por el pasillo que llevaba a la cocina.

—¿Qué haces tan temprano levantada? —me comentó con los ojos cerrados.

—Había pensado salir a correr —le contesté con entusiasmo—. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Correr? —me preguntó incrédula—. Estás tremendamente loca. ¡Tendrían que perseguirme mil leones para que yo corriera con este frío! —Se apoyó en la ventana—. ¿Vas a despertar a tu hermana antes de irte?

—Mamá... —por un momento, quise gritarle—, es domingo. ¿Recuerdas en qué día estás? Hoy papá la levantará y cuidará de ella.

Escapando de sus siguientes palabras, eché a correr hacia las escaleras con el iPod encendido en mis manos y comenzando a escuchar mi canción favorita. Bajé las escaleras de madera, rotas por algunos lados, y me miré en el trozo de espejo que quedaba del recibidor. Contemplé las botas de nieve y pensé que podrían haber estado en peores condiciones, teniendo en cuenta la situación de vida en la que me encontraba. Podrían estar rotas o desgastadas; por fortuna, no era así. De nuevo, mi tía me las había regalado. Lucían maravillosas con esas mallas ajustadas y el chal de lana ancho, además de la

bufanda que abrigaba mi cuello.

Cerré los ojos tras inspirar el aire de la calle. Solo de esa manera podía salir de mi mundo frustrado. Gracias a aquellos pequeños instantes, podía sentirme persona por un momento.

La nieve había parado de caer. Solo molestaba el viento frío que se interponía en mi respiración contraída. Había corrido algunas calles y, entretanto, había estado mirando cómo los niños canturreaban y pisoteaban, sin importarles la nieve acuosa del suelo. Observé los atajos del barrio, sabiendo que solían ser callejones sin luz por la noche.

No hacía un buen día, pero, aun así, no hacía tanto frío como se esperaba. A la vez que disfrutaba de mi soledad, pensaba en mi hermana, en cómo le habría encantado salir a jugar allí conmigo. No obstante, mi tiempo de soledad era siempre un tanto escaso como para invertirlo en ella constantemente. Debía ceñirme al plan de caminar sola por el barrio, de disfrutar de la poca soledad de la que disponía.

En ese momento, en el que volvía a inspirar aire gélido, en una esquina, un perrito olisqueaba las bolsas de basura de las casas en lo que una mujer mayor extendía la ropa en el balcón, y el olor a café que provenía de la cafetería me resultó encantador y atrayente.

La cafetería cerca de mi hogar era el único motivo por el que me despertaba con ímpetu para ir a clase, y así como el café era una obra de arte, el local estaba abierto todos los días de la semana. Era evidente que la gente adoraba ese lugar, puesto que siempre estaba lleno, fuera la hora que fuera.

Pocos coches circulaban por las calles, ya que era demasiado temprano. Solo se podían escuchar las campañas publicitarias que retransmitían los paneles enormes sostenidos en el único edificio alto de aquel barrio. El mensaje, literalmente, decía: «Di NO al amor. Di SÍ a una sociedad estable. Hoy se cumplen veinte años de la creación de la Ley OSDE. Hoy ya somos un país envidiable. Gracias, ciudadanos».

Mis ojos se dirigieron a las personas que estaban durmiendo entre cartones en los callejones. También a las mujeres que ejercían la prostitución a escondidas. No era muy normal ver ese tipo de gente en el país; es más, solo se ocultaban de la policía por las leyes y solían vivir en barrios tan pobres como en el que me encontraba.

En aquel momento, me resultó extraño escuchar un motor detrás de mí, aunque, por suerte, se me había caído un auricular del oído. De repente, la

distancia que creí que mantenía con el coche negro se acortó en un instante, por lo que pude percatarme de su peligrosa proximidad. Cuando quise esquivarlo, lo tenía tan cerca que me quedé sin poder reaccionar, y por muy estúpido que sonara, memoricé la marca del vehículo: un Audi.

Estaba a punto de embestirme cuando, por segundos, el conductor consiguió girar con violencia y estamparse contra otro coche plateado, también de marca prestigiosa. Ambos conductores se enzarzaron en una pelea. Ya había estado preparada para el golpe, pero al final salí ileso del problema. Aunque, en realidad, lo que sentía en ese momento era que no iba a salir tan fácilmente de otro.

Elevé la mirada y me encontré en la distancia con el rostro de un atractivo chico, vestido de traje, que golpeó con su pierna la ventana del vehículo siniestrado. Esta estalló en trozos pequeños de cristal, consiguiendo así asustarme y a la vez causar un gran impacto en mi corazón, que no estaba acostumbrado a aquellos sobresaltos. Observé cómo aquel chico salía ileso del accidente con tan solo un poco de sangre en la frente, la cual se limpió escasos segundos después de ponerse de pie sobre el asfalto.

De pronto, sus ojos se posaron en mi persona, en aquel cuerpo femenino que estaba asustado y desorientado, e inmediatamente sacó una pistola del dobladillo de su pantalón y me apuntó desde allí a la cabeza.

Fue entonces cuando sentí que iba a desmayarme, cómo mis piernas flaquearon, pero, por fortuna, no pasó. Resistí para mantenerme ligeramente despierta. El chico de buena constitución y cabello castaño claro, con aquella mirada verde impactante y bastante curiosa, se dispuso a señalarme moviendo el arma de una manera chulesca. Siendo exigente, me indicó que fuera hacia el callejón. Entre mis pasos miedosos, su mirada furtiva me forzó a avanzar. Le hice caso, y pasé por su lado limitando mi avance, obligando a mi cuerpo a que se controlase, pues aquella voz tan grave cerca de mi oído me había dejado casi sin respiración...

—Hacia el callejón. ¡Vamos! —volvió a insistir, imprimiéndole fuerza tanto a su voz como a su mirada cuando no caminé—. Escóndete ahí y ni se te ocurra escapar.

Sin miramiento ni respeto, me empujó hacia el callejón, donde me escondí detrás de los cubos de basura; el olor no ayudó demasiado a la tensión. Al poco tiempo, inesperadamente, un cuerpo golpeó fuerte contra uno de los cubos que me cubría al mismo tiempo que dos voces graves discutían con

palabras enojadas e incontroladas.

Pude oír cómo una de las voces se ahogaba mientras intentaba decir algo. Luego, el hombre cayó al suelo y me fijé en el nudo desecho de su corbata, que demostraba una derrota. El chico que me había apuntado con el arma hacía unos segundos lo cogió por el cuello y lo lanzó contra el suelo, consiguiendo sonsacarle algún tipo de información.

—¡Está bien, está bien! —Alzó las manos—. Por favor, te lo diré todo...

—¡Desembucha!

Golpeó su propia arma con la palma de su mano con cierta soberbia. Hizo ademán de pegarle con la empuñadura, pero por fin logró las palabras deseadas:

—¡Fue él, fue él! —El hombre, asustado, se cubrió la cara—. Fue tu padre...

Inmediatamente después de captar la información deseada, guardó el arma en el dobladillo del pantalón del traje y levantó con una mano al hombre por el cuello de la camisa. Tras estamparlo contra la pared, lo soltó y se alisó la americana con intención de tranquilizarse, pero dudaba que lo estuviera consiguiendo.

—¿Puedo contar con que no le dirás nada de esto a nadie? —El hombre amenazado asintió con la cabeza agachada—. Entonces, fuera de aquí. Pero si se te ocurre decir algo, tú y yo volveremos a vernos. —Se impacientó por su lentitud y le gritó—: ¡Largo!

Al dejarle el camino libre, echó a correr con sus zapatos brillantes y la corbata rota, además de la camisa manchada y la americana rasgada. Sin más rodeos y solos en aquel callejón, sabía que vendría a por mí. Contraje mis músculos, preparándome para lo peor, puesto que, viendo aquella mirada fría y calculadora, dudaba mucho que fuera a salir ilesa.

—¡Como me toques un pelo, llamaré a la policía! —Caminé con el trasero arrastrándolo hacia atrás por el suelo—. ¡Te lo juro! —Terminé rozando la espalda contra la fachada.

—Tranquila, niña. —Alzó las manos a modo de tregua—. Vete de aquí.

Sacudió su americana, movió sus hombros y acomodó bien su flequillo largo hacia atrás. Se ató el botón de la americana y, por último, se colocó de forma correcta sus pantalones de traje. Era joven, muy joven. Podría decir que un poco mayor que yo, aunque demasiado joven como para llevar traje sin motivo. Solo podía ser un niño de papá; era lo más probable.

Dejé de arrastrarme por el suelo, ya que tenía miedo de levantarme y de que hubiera acabado rompiendo las mallas, pero debía hacerlo para salir de allí.

Acercándose con esos aires de superioridad, consiguió intimidarme.

—Harás como si esto no hubiera pasado, ¿entendido? —me dijo por encima de mi hombro desnudo debido al chal caído hacia un lado—. ¿Lo has entendido o no? —Le contesté afirmativamente, moviendo la cabeza. Por último, puso su mano en mi hombro—. Ahora, vete.

Y eso hice, me fui del callejón por el que pasaba todas las mañanas sin ningún problema. En cuanto giré la esquina, el coche negro de tapicería brillante ya no estaba, como tampoco el plateado que se había estrellado pocos minutos antes contra ese.

Lo que me llamó la atención fue ver al otro lado de la calle un vehículo negro igual, también con su espléndida tapicería. Si no fuera por la nieve que cubría el techo, podría creer que estaba puesto de diseño allí mismo. Debía llevar mucho tiempo aparcado allí.

Capítulo 2

MALDITA RIQUEZA

IZAN

Lo que había descubierto no tenía nada que ver con lo que iba a hacer en aquel instante. Después de que mi padre, desde que yo era un crío, trabajara en mi formación para forjar al hijo de un político, comprobar el trasfondo que conllevaba una vida como la mía no me había gustado mucho. Aprendí a manejar un arma, a resolver cualquier problema llamando a los escoltas de mi padre, así como a tener una tarjeta con millones en el banco disponibles las veinticuatro horas; y, por si fuera poco, debía ser una persona fría como el hielo.

Al final estaba allí, a punto de cerrar un trato que no sabía bien lo que supondría. En definitiva, solo sabía que aportaría mucho dinero a la familia Blake. Mi familia.

—Vaya, vaya... —Esa voz no me asustó; más bien me dio repugnancia.

—¿Qué tal, Alonso? —dije con cierta gracia.

Parecía agresivo. Era el típico gordo con bigote, cara agria y voz amargada, así como alguna mueca típica de mafioso. Todo ello podía hacerte limitar tus pasos, pero para los Blake, aquello no era suficiente para pararnos o intimidarnos.

—¿Has traído lo mío, Blake?

—Aquí lo tienes.

Le lancé un sobre marrón sobre la única mesa que llenaba el enorme lugar. Alonso se acercó con suspicacia, toqueteándolo con los dedos, hasta que lo abrió. Esparció las fotos por toda la superficie, riendo a carcajadas, y terminó por llevarse la mano a la barbilla.

—Buen trabajo. —Metió las fotografías de nuevo en el sobre—. Ese cabrón debía morir.

Se dirigió hacia un oscuro rincón de la fábrica en la que nos encontrábamos y agachó su cuerpo obeso para encender una pequeña luz que dejaba ver unos cajones. Cogió nuestro dinero correspondiente, lo metió en un maletín y lo golpeó unos segundos contra la mesa.

—Aquí está todo, Blake.

Siempre nos llamaban por nuestro apellido, el cual se había expandido por

todas las bandas en forma de poderío. No éramos cualquiera. Mi padre era el alcalde de aquella capital, pero sobre todo había sido el encargado de arreglar la ciudad hacía bastantes años, y aunque en definitiva también destruyó un trozo de esta, se lo trabajó ante toda la presión del presidente y de la Junta.

—Lo comprobaré..., si no te importa, claro —añadí, probando su confianza.

—Entendido. —Se cruzó de brazos y esperó a mi revisión.

El maletín estaba lleno de fajos de dinero, contados de quinientos en quinientos, siendo el total un millón de euros; una buena recompensa por matar a un objetivo.

—Está todo. —Sonrió—. Es un placer hacer negocios con vosotros.

—Siempre los mejores, ya lo sabes.

Se llevó la pipa de fumar a los labios.

—Llévale eso a tu padre. Se pondrá contento.

Lo dejé detrás de mí con su pipa, su barriga cervecera y su bigote despeinado, el cual ocultaba unos milímetros su sonrisa retorcida. Esa era la actitud. Me lo había dicho cien mil veces mi padre: «Para ser rico en este momento, debes aprender de mí».

De vuelta a casa, conduje por el barrio de River, un lugar que se había quemado hacía unos años por la parte norte. La gente decidió quemar y protestar tras el cambio radical del Gobierno. Nadie gozaba del sexo en público, ni besaba ni amaba a nadie. A todos y a cada uno de nosotros nos emparejaban con quien les placía, además de que la estructura de Gobierno había cambiado por completo y habían tomado el control de todas las empresas.

Mi padre, junto con otros políticos en aquel despacho del presidente por aquel entonces, fueron los que plantearon la Ley OSDE. Yo tan solo escuché y protesté años después cuando me enteré de que aquella normativa prohibía besar a cualquier chica en público o simplemente mantener un pequeño contacto. Sin embargo, una de las buenas noticias se llamaba «libertad para los ricos». Eso se podía traducir rápidamente. Era tan simple como que, si tenías dinero, serías quien querrías y harías lo que querrías, siempre y cuando no fuera en público, delante de toda la gente que confiaba día a día en el partido político que ocupaba el liderazgo. En definitiva, como era habitual, los ricos salían ganando y los pobres perdiendo. Siempre había sido así, pero en aquel momento aún más.

Odiaba el invierno solo porque oscurecía temprano y las miserables calles del barrio estaban totalmente en penumbras. No había ni una triste bombilla. Mientras pensaba en aquello y admitía que a aquel barrio le faltaba algún que otro arreglo, descendí la velocidad, fui más despacio; no se veía con claridad. Busqué el paquete de cigarrillos, me desconecté de la carretera por unos segundos y, cuando volví a alzar la vista, una niña pequeña se cruzó. Frené en seco y, alterado, grité dentro del coche.

—Pero ¡¿qué cojones...?!

Me desabroché el cinturón y puse el freno de mano mientras visualizaba a la niña con una vieja muñeca de trapo en medio de la carretera, mirando los focos de mi coche, asfixiando a la muñeca con sus brazos temblorosos y llorando en silencio.

—Eh, pequeña... —le dije cuando salí. Me agaché para ponerme a su nivel—. ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí sola? —Miré a un lado y al otro, buscando a algún responsable.

No dijo nada, solo me miró fijamente desde su baja estatura. Tenía los ojos vidriosos y era evidente que quería llorar, pero estaba siendo fuerte. Quitó la mano que agarraba con fuerza la muñeca y la dirigió a mi mejilla. Noté su palma caliente bajo el frío del invierno.

—Lo siento, pequeña. No te he visto. —Toqué su mano y besé la palma, sintiéndome culpable—. Lo siento mucho, pequeña.

—No pasa nada —me dijo con una sonrisa en sus labios cortados y diminutos.

—¡Yina! ¡¿Yina?! ¡Yina, cielo!

Los focos de mi coche enfocaron a una chica que corría hacia nosotros. Para mi sorpresa, resultó ser la misma a la que había amenazado hacía un par de horas. Eso me hizo quedarme embobado visualizando cómo avanzaba hacia la niña pequeña llamada Yina, que continuaba sonriéndome como si nada hubiera pasado. Contemplé cómo el chal ancho de la chica se levantaba precipitadamente cuando saltó el bordillo y cómo agachaba su cuerpo hacia la niña y la abrazaba desesperada.

—¡Oh, Yina! —Acarició su cabello con delicadeza—. No vuelvas a hacerme esto, ¿entendido?

—Tú te enfadaste conmigo... —dijo entre sollozos—. Tú me reñiste... —replicó como una auténtica cría.

—Cielo, pero eso no significa que tengas que ir a la carretera, ¿entiendes?

En ese instante, la chica, con rostro delicado y bello, levantó la cabeza y se encontró de nuevo con mis ojos. Le brindé una mirada de las mías, de esas que transmitían indiferencia y despreocupación, y enseguida metí mis manos en mis bolsillos, lo que dio a entender que me importaba un pimiento lo que estaba pasando, aunque no fuera cierto.

De todas maneras, aquella chica me ponía bastante nervioso con su valentía femenina. No había sido normal que, incluso apuntándole con una pistola, no hubiera surgido ni una sola lágrima de aquellos ojos azules. Y eso, de una mujer, me asustaba.

Nos quedamos callados unos segundos, llenos de tensión e incompreensión. Si yo no entendía cómo en el mismo día podía cruzarme dos veces con esa chica, ella debía dar menos crédito aún a aquella sucesión de casualidades.

Sin yo hacer nada, porque continuaba allí parado y embobado, la chica cogió a quien parecía ser su hermana en brazos y ocultó la pequeña cabeza de la niña en su propio pecho.

—Vamos, Yina.

Asustada y precipitadamente, se fue hacia la puerta de su casa, de donde su padre salió, poco después, preocupado. Sin saber cómo, su cara se me quedó grabada en la mente, y de manera automática me puse a buscar entre mis recuerdos, como si aquel rostro pudiera estar allí guardado en mi mente. La despreocupación de ese hombre, apoyado en la puerta mientras la hermana corría para coger a su propia hija, me resultaba una manera inmoral de actuar ante aquella situación de peligro. ¿Qué narices pasaba en esa familia?

Aunque podría ser que yo fuera un paranoico...

De todas maneras, no le di muchas vueltas al asunto. Subí al coche y conduje hasta llegar a casa como si nada hubiera pasado, como si encontrarme a la misma chica dos veces en un mismo día no fuera nada raro.

La noche se presentaba como una de las mejores fiestas. Los hijos de los amigos de mis padres fueron invitados a nuestro evento privado. Copas y vestidos de gala aparecieron por la puerta grande. Las mujeres sonreían enganchadas del brazo de sus hombres ricos y saludaban a todos los presentes. Los miembros de la Junta Directiva, el presidente, varios políticos y gente de nuestro círculo cercano asistieron aquella noche a mi presentación.

—¡Izan, estás realmente muy guapo! —me comentó Carolina, admirando mi americana negra con la camisa azul celeste.

Me quedé frente a ella y le entregué una copa amablemente.

—¿Cómo puedo escabullirme de ti esta vez? —le contesté con una amplia sonrisa.

—No puedes. —Sonríó mientras toqueteaba su cabello largo y rubio—. Quería decirte que mi padre y el tuyo... —insinuó, elevando sus cejas perfectamente perfiladas.

En ese momento mi padre se acercó, apagó la música y les dirigió unas palabras a todos los invitados. Carolina cortó la conversación. El respeto absoluto se acumuló en el gran salón para escuchar las palabras poderosas de Hans Blake.

—¡Bienvenidos, amigos míos! —Alzó la copa dorada y recibió aplausos—. Hoy es un grandioso día. Tengo el placer de presentaros a mi hijo Izan, quien será mi mano derecha. —Sonreí satisfecho tras recibir de nuevo aplausos. Era mi momento de avanzar a pasos moderados—. ¡Un aplauso para él!

La gente aplaudió y alzaron las copas brindando por la nueva incorporación. Una vez arriba y habiendo hecho el pasillo más difícil que sabía que algún día llegaría a hacer, me quedé junto al micrófono, donde todos los asistentes esperaban unas palabras de mi parte.

—Hola, amigos. —Saludé con la mano de manera cordial—. Soy Izan Blake, y es cierto. —Alcé las manos, esperando las risas y caras alegres de la gente, y así fue—. Prometo ayudar a esta ciudad siendo la mano derecha de mi padre. ¡Gracias por darme esta gran bienvenida!

El público, sonriente, cómodo y entretenido, estaba encantado con mi presencia allí. Sobre todo, no había persona más encantada que la propia Carolina, una mujer hecha para mí; o, mejor dicho, elegida para mí. Cuando me dio por buscarla entre el gentío, conectamos las miradas.

De pronto, los grandes ventanales de cristal que se encontraban a nuestra izquierda y muy próximos a nosotros estallaron en trozos pequeños. Mi padre se abalanzó sobre mí, quedándonos tirados en el suelo, y desde esa posición me sobresalté al ver una bala atravesar el corazón de un camarero. Había un francotirador en lo alto del edificio de enfrente. Nos estaba apuntando. Estábamos siendo señalados por una luz roja que indicaban nuestra muerte inmediata. Nos buscaban o, mejor dicho, lo buscaban.

—¡Alcalde, avance hasta la puerta de salida de emergencia! ¡Vamos! —le aconsejó la seguridad de la sala.

—¡Salgamos de aquí! —gritó mi padre—. ¡Que todo el mundo salga!

Mi madre estaba sufriendo en ese momento un ataque de ansiedad por la acumulación de la impresión. Necesitaba atención médica cuanto antes.

Hubo gritos por toda la sala. Carolina fue cogida del brazo por su padre en el mismo momento en el que el mío le dijo unas cuantas palabras a gritos a Fernando, el padre de Carolina. Contestó furioso por lo ocurrido, pero finalmente terminamos en la calle sin ninguna herida.

La policía hizo sus labores sacando a la mayoría del recinto. Nosotros nos metimos en sus coches y nos dirigieron a un lugar seguro. La gente iba hacia sus vehículos, asustados y a la vez curiosos. ¿Quién quería matar al alcalde de la ciudad? Iba a ser la gran comidilla para los periodistas ansiosos de noticias bomba.

Nina

Las escaleras de madera que llevaban a nuestras habitaciones pronto caerían y habría que saltar para bajar al salón. Era frustrante. La casa se desmoronaba por momentos. La niña cada vez se exponía a más peligro de hacerse daño, sin embargo, nadie hacía nada, nadie iba a hacer nada.

—Yina, estate quieta. —La levanté para sentarla en el taburete pequeño donde dibujaba con algunos colores—. Cómete los cereales —le ordené por enésima vez.

No teníamos una televisión vieja, tampoco plana ni grande, sino normal. Mientras pensaba en cómo cada día vivíamos en nuestra pobreza, la niña se quejó cuando cambié a las noticias. No le hice caso, por supuesto, y me quedé atenta a la noticia de última hora: «Tras el intento de asesinato de Hans Blake, las sospechas se incrementan sobre un posible ajuste de cuentas. El intento de asesinato fue perpetrado por un francotirador situado en el edificio próximo al evento que organizaba la familia para dar la bienvenida a la nueva mano derecha del alcalde. Después de presentar a su legítimo hijo, Izan Blake, como nuevo miembro del partido, el disparo acabó matando a uno de los camareros que asistió al evento. Por el momento, no se sabe más al respecto del caso y se sigue buscando al causante de dicho acto».

—¿Cómo puede ser?... —La foto del hijo del alcalde apareció en la pantalla, dándome a entender que estaba metida en un buen lío—. Él es un... —Intenté enderezar lo averiguado.

—¡Yo lo conozco! —Mi hermana dio pequeños saltos con los lápices en la

mano—. ¡Yo lo conozco!

—Me temo que sí, Yina... —Cambié enseguida de canal y me agaché frente a ella para mirarla fijamente a los ojos—. Pero no puedes decírselo a nadie, ¿de acuerdo? —Me mordí el labio, nerviosa.

—De acuerdo —me prometió con su mirada más dulce.

Unos pasos nos hicieron saltar por el susto.

—¿Qué sucede? —Mi madre se acercó a nosotras—. Ah, ya lo habéis visto. —Se recogió el cabello en un moño mal hecho y pude apreciar cómo sus ojeras llegaban al suelo—. Ese niño no sabe dónde se ha metido. —El olor a tabaco y alcohol me produjo náuseas.

—Sí... —Mi estómago crujió, ya sin saber si era por hambre o nervios—. ¿Vamos al colegio, Yina?

Me sorprendió ver a mi madre limpiando la cocina mientras iba de lado a lado sin saber lo que había limpiado o dejado de limpiar. La oí toser desde la entrada de casa. Parecía estar algo enfadada con el mundo. No es que me produjera una gran sorpresa, solo que, viéndola así, siempre pensaba que ojalá cambiaran las cosas.

La inofensiva y pequeña Yina tenía cara de preocupación, y no dejé mucho tiempo pasar antes de que saliéramos a la calle. En la carretera resbalosa por la nieve derretida, la gente hablaba repetidamente de lo sucedido en la fiesta de los Blake. Yina daba saltos con su mochila casi vacía colgada en la espalda, y se detenía varias veces para intentar coger algo de nieve. Se lo impedí justo cuando vimos a mi padre salir con el coche e irse hacia el lado contrario.

Caminamos de la mano hasta llegar al colegio y terminé despidiéndome de ella, una vez más y como cada día, en la puerta de su clase.

—Que te vaya muy bien el día, cielo. —Besé su frente—. Pórtate bien, ¿vale?

Asintió, regalándome un beso en la mejilla. Después, la profesora, tras una sonrisa, la hizo pasar dentro. Las demás niñas, adormiladas, se recostaban sobre las mesas pequeñas mientras al otro lado de la pared estaban los niños más despiertos ya jugando.

En breves imágenes, recordé cómo, cuando era una niña, los profesores hacían el recuento y nos separaban en distintas clases. En el patio dejábamos de jugar juntos, ya que el recinto se dividía. Aquellas normas eran válidas hasta los dieciocho años. En los cursos en los que me encontraba, eso ya no

pasaba. Se podían juntar los dos sexos, pero, como era lógico, nada de lo que he indicado antes se podía hacer.

—¿Qué tal estás, Nina? —Jon me habló desde la distancia.

—He tenido días mejores. —Sonreí de manera forzada, vigilando ambos lados de mi posición. Vi cómo la gente conversaba, pero nadie se centraba en nosotros.

—¿Vamos a tomar un café? —Sonrió triste—. Bueno, por separado, ya sabes.

—Me parece bien.

Nos sentamos todos en las mesas y comenzamos la clase como cada mañana. Mi gran amiga Wen —la rubia, alta y maquillada hasta el último punto de su cara como una mujer adulta—, me pasó una nota con un corto mensaje que decía: «¿Qué tal con Jon? ¿Ya os han prometido?». Fue una nota con la intención de provocarme y enfadarme, como le encantaba hacer cuando no le respondía a los mensajes de texto que me enviaba a mi móvil desastroso. Definitivamente, no le iba a contestar a aquella provocación, así que le hice una mueca obscena y ella se fundió en carcajadas solitarias.

—¿Has visto lo de la familia Blake?

Me mordí la lengua a escondidas de Jon.

—Sí... —le contesté—, pero no quiero hablar de eso, gracias.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —se extrañó.

—Ese imbécil no es de fiar.

Recogí mis cosas rápidamente cuando terminó la clase. ¿Alguien más tenía que recordarme a ese capullo? Quería pegarle una bofetada por ser el niñato político que me apuntó con un arma hacía unos días. Y, por si fuera poco, en un día en el que solo quería salir a respirar soledad.

Las clases pasaron lentas, como casi siempre, aunque estas sirvieron para despejarme de la grandiosa noticia. El profesor la pronunció en una ocasión, junto a la pizarra, con la intención de romper la aburrida lectura sobre las finanzas. Cada uno de los alumnos de la clase estaba absorto en la lectura. Nadie se detenía a hablar con el sexo opuesto ni tampoco hacían bromas ni rompían las reglas del profesorado. Habría querido estudiar Literatura, pero mi padre, al final, había elegido por mí, así que allí estaba. La administración volvió a ser lo normal entre pobres, lo que se podía permitir uno de clase baja.

—¿Te apetece si cenamos juntos? —Jon metió los libros en su mochila.

Los nervios se interpusieron en mi camino, y más allá de mi conversación susurrante con Jon, Wen caminaba con sus andares cursis y una sonrisa pícaro.

—Jon... —no cruzamos las miradas por miedo a que alguien pudiera vernos—, no podemos hacerlo —susurré con la vista al frente.

—Oh, ya... —Escondió la tristeza—. Solo hasta que nos firmen el futuro compromiso. Entonces seremos libres.

—Sí... —Una carcajada disimulada apareció tras mis labios—. ¿Nos vemos mañana? —Asintió—. De todas maneras, ya nos hemos arriesgado mucho tomado el café en la barra del bar haciendo como si no nos conociéramos. —Se avergonzó a la vez que mostró una leve sonrisa.

—Es lamentable...

Sentí pena por él. Durante todo el curso lectivo nos habíamos tomado los cafés sentados en la barra de la cafetería como si no nos conociéramos, a pesar de que lo hacía desde que era un crío.

Jon no dijo adiós en voz alta. Lo hizo de esa manera cariñosa, con un movimiento breve de hombros. Bajo la fachada de hombre duro, se escondía mi mejor amigo.

La fragancia pija, encantadora y llamativa de Wen halagó su presencia.

—¿Conmigo te apetece cenar? —Rodeó fuerte mi brazo con el suyo.

—¿Me acompañas a buscar a Yina? —Sabía que iba a decir que sí.

—Vamos. —Alzó la mochila y se me adelantó, caminando con una diversión muy propia de ella—. ¡Vamos, tortuga!

Con sus pasos elegantes, la melena rubia larga y su cuerpo delgado, empujó la puerta y se despidió de algunas alumnas de la clase. Podía decir que Wen era una de las únicas personas por las que continuaba sonriendo cada mañana. Había sido como una gran hermana durante muchos años, y lo seguía siendo.

Izan

Nunca antes había estado en una comisaría. Bueno, mentía. Había estado hacía diez años por incumplir un poco las normas del profesorado. No obstante, en el país tampoco era necesario hacer algo muy malo para acabar allí, ya que podías terminar preso por cualquier cosa. Sin embargo, yo tenía más oportunidades que otros.

Me encontraba allí sentado, con mi padre, en aquellas sillas situadas frente

a las salas de interrogatorios. Hans Blake era un hombre de cabello ya grisáceo, cuerpo ancho de espalda, manos gigantescas y mirada de un verde muy oscuro. Siempre vestía trajeado y lucía un aspecto bien cuidado. Nadie diría que era un cabronazo que había llegado hasta allí por sus propias y manipuladas maldades.

—¿Por qué qui... quieren matarte? —balbuceé disimuladamente entre la gente que nos miraba.

—Vete a saber... —Abrió el periódico—. ¡Mira! —Señaló la portada del diario—. ¡Estamos en portada!

—¡Padre, esto es serio! —Golpeé la silla, indignado—. Joder, no te lo tomas en serio...

—Hijo, será un ajuste de cuentas. —Sonrió indiferente—. Quienquiera que haya sido, ya lo pillaré. —Se lamió el dedo pulgar y pasó de página.

—Dijiste que solo mataste una vez. —Quise confiar en sus palabras—. ¿Cierto?

—Yo no lo hice; lo hicieron por mí, que es muy distinto. —Volvió a sonreír—. No es lo mismo. —Retomó la acción de lamerse el pulgar y pasar las últimas páginas—. Además, estamos bien, ¿qué más da?

—¿Porque pueden volver a intentarlo? —añadí más frustrado que antes.

—Que lo intenten. —Balanceó el pie tranquilamente.

Bufé desconcertado, me levanté y di vueltas por la comisaría. Llevábamos toda la noche allí sentados esperando un aviso, un mísero aviso para poder volver a casa; es decir, volver a mi vida.

En ese momento, mi padre carraspeó y un policía se acercó con documentos en su mano.

—Señor Blake, puede firmar los documentos —le indicó, y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—¡Oh, gracias, al fin! —Cerró los ojos y me lanzó el periódico—. Me estaba muriendo de hambre.

Los observé conversar en el despacho. Mi padre le entregó un pequeño sobre negro. El policía pareció aceptarlo sin resistencia alguna y salió tan contento. Me hizo levantarme para que comenzara a ejecutar sus órdenes: levanta, endereza la espalda, camina recto, sé prudente, contesta con respeto pero con una pizca de superioridad, avanza y consigue tu objetivo. Así eran las normas de mi padre.

Deseé la cama desde que escuché los disparos en aquella fiesta. No tuve pesadillas, ya que no era de tenerlas, pues, en definitiva, solía dormir como un tronco. Aun así, me desvelé al escuchar unos pasos en el piso inferior. Me desperté sin haber tenido intenciones de hacerlo tan temprano después de lo que había tenido que soportar.

Los pies descalzos de mi madre corrían y los zapatos de mi padre retumbaban contra el suelo. Aquello me hizo saber que debía levantarme, así que me coloqué las zapatillas y me asomé por las escaleras al salir de mi habitación. Desde arriba pude ver cómo mi padre cogía las llaves del coche y se colocaba bien la americana, recién planchada por la empleada del hogar. Mi madre, vestida con solo un camisón, caminaba tras él.

—Cariño, ¿ya te vas? —le dijo con tono de preocupación—. Pero si acabas de llegar...

—Así es. —Besó sus labios—. Nos vemos después.

—Padre, ¿quieres que te acompañe?

Apresurado, bajé las escaleras, esperando saber qué tramaba.

—No hace falta, hijo, me apaño solo. No tienes que ir como un perro faldero detrás de mí.

En cuanto rechazó mi ayuda, cerró la puerta y desapareció ante nuestros ojos. Al mismo tiempo, mi madre ocultó su tristeza tras su flequillo largo, el cual se estaba dejando crecer para poder hacer un gran trabajo con su melena el día de la celebración de su libro.

—Mamá, voy a salir con los amigos —le mentí, a pesar de no querer hacerlo.

—Vale, hijo. —Agachó la mirada con tristeza—. Hasta luego.

Cogí las llaves del coche que estaban colgadas en el recibidor y me coloqué los zapatos mientras observaba cómo ese robot redondo limpiaba por toda la estancia. La casa era enorme, con muchas esculturas de mi madre y cuadros también pintados por ella. Siempre había sido artista.

Eché a correr hacia la plaza de aparcamiento, sabiendo que mi padre iría en dirección a la fábrica donde el Gordo me entregó su dinero por matar a un concejal que tenía pruebas de los fraudulentos pasos de nuestro partido político. No quería pensar que yo también tenía las manos manchadas de sangre, pero, de algún modo, no me libraba de seguir siendo de la familia.

Fui tras sus pasos. Lo encontré aparcando bajo los árboles que ocultaban el coche. Bajó segundos después con aires de superioridad. En ese momento,

quise dar la vuelta y volver por donde había venido. Lo que fuera que mi padre iba a hacer, sería simplemente preguntar si ellos sabían algo del francotirador, o eso pensaba, porque era lo que más sentido tenía en aquella huida repentina de casa.

Decidí cerrar la ventana y poner la primera marcha. Para cuando lo hice, un balazo se escuchó hueco dentro de la fábrica. Mi padre salió huyendo y golpeó la puerta contra la pared. De prisa, se subió a su coche y condujo por donde había venido. Yo me quedé allí, aún con la marcha puesta, atontado.

—¡Hijo de puta!

El Gordo salió de su guarida y no encontró a mi padre, sino a mí. Sabía que iba a pagar por mi padre, así que no dudé ni un momento en acelerar.

Dos coches salidos de la nada comenzaron a perseguirme, logrando quedarse cerca de mi matrícula. Seguían mis pasos. Entonces, uno de los todoterrenos se aplastó contra mi puerta del copiloto y el otro contra la trasera. Intenté enderezar el vehículo como pude, pero las calles de River era tan estrechas que los coches se golpeaban continuamente para intentar derribarse. Escogí la primera esquina a la derecha, eligiendo así el callejón de la muerte. Lo llamaban así por ser la calle donde más muertes se produjeron durante la rebelión. Quería despistarlos, aunque no lo conseguí; eso era algo que solo sucedía en las películas.

—¡Maldita sea! —volví a gritar.

El Gordo disparó con silenciador en la noche oscura del barrio de River. Mis ruedas se reventaron, mi coche se descontroló hasta chocar con el otro todoterreno y acabó volcado al instante. Desorientado y con la piel de la frente derrochando sangre, me quité el cinturón oyendo el crujido de mis huesos. Conseguí golpear el cristal con una patada y salir lo más rápido posible.

Ya eran dos las veces que vivía la misma escena, pero en esta ocasión no había chica intentando huir. «¿Cómo puedo pensar en la chica en este momento?».

Retirando mis pensamientos, me centré en el Gordo, que disparaba desde lejos. En cosa de segundos vi mi teléfono móvil en el suelo destrozado completamente. Palpé el dobladillo de mi pantalón y sentí el frío metal de mi arma, producido por el calor revolucionario de mi cuerpo. La cogí y le disparé en la pierna, y el Gordo cayó hacia atrás golpeando los contenedores. Al momento, la mugre se echó sobre él.

Solo me quedaba correr en busca de una cabina, pero eso era lo peor de

aquel barrio: no había ni una. Las calles estaban vacías, excepto por una chica que andaba por allí, solitaria, yendo en mi dirección con algo de prisa.

—Perdona... —Levanté mi débil mano y susurré—. ¿Podrías ayudarme, por favor? —le pedí, arrastrando mi cuerpo por el suelo.

—¿Quién...? —Arrugó el entrecejo—. ¿Qué te ocurre?

Con la cara ensangrentada, los músculos contraídos y la voz quebrándoseme, ella no pudo identificarme. En cambio, yo la había reconocido solo por su manera de andar prepotente y chulesca. Recordaba su cara atemorizada, pero con ese punto de chulería cuando le apunté a la frente.

—No, no puedo ayudarte. —Paseó más rápido, huyendo.

—Por favor... —Me limpié la cara con mis manos manchadas—. ¡Siento haberte apuntado! —Puse los brazos en jarras—. Pero ¿puedes ayudarme ahora? Por favor...

—¿Izan Blake?... —El miedo desapareció de su cara y la arrogancia se quedó—. ¿Por qué debería ayudarte? —Se echó unos centímetros hacia atrás.

—Por favor. —Escupí sangre—. Por favor...

De inmediato, soltó el bolso en el asfalto mojado, agarró mis brazos, los cuales sostenían mi estómago, y me hizo mirarla, pero no pude fijarme detenidamente como hubiese querido, ya que incluso levantar la mirada me costaba una barbaridad.

—¿Qué te ha pasado? —dijo asustada—. ¿Qué hago?

—Necesito llamar a mi padre —logré decir entre el dolor—. ¿Tienes saldo, teléfono o algo de eso?

Me miró con reproche.

—Sí. —Cerró sus ojos—. No es como el tuyo, último modelo, pero te las apañarás —añadió con desdén.

Metió una mano en su bolso y, al no conseguir encontrarlo por los nervios, acabó volcando todo lo que había en su interior: maquillaje, toallitas para niños, un monedero... Y, por fin, un teléfono. Tenía razón, no era exactamente último modelo, sin embargo, ya que el mío había acabado destrozado en la acera, me importaba bien poco. Necesitaba una maldita línea; daba igual de qué manera.

—Llama. —Llevó el teléfono a mi mano—. Todo tuyo. —Se miró las manos manchadas de mi sangre y luego observó a su alrededor con miedo a que alguien nos viese juntos.

—Gracias. —Me limpié la mano en el pantalón y marqué la numeración.

Varios toques y, por fin, lo cogió.

Capítulo 3

LA DIFERENCIA DE CLASE

IZAN

Dormí aproximadamente diez horas, ya que el accidente me había dejado aturdido. Mi padre llegó al poco tiempo con mi madre de copiloto. Recordé cómo mi madre le daba las gracias a la chica y le agradecía al cielo que hubiera llegado caminando hasta allí a pesar de mis heridas profundas. El médico dijo que tuve suerte de contarlo, pues me estaba desangrando. Las heridas de los cristales en mi cuerpo podrían haber sido mortales.

Y allí solo, empotrado en aquella cama, busqué entre los recuerdos a la chica gritando mientras el ruido de los motores de varios coches se apreciaba a lo lejos y las sirenas de la policía y la ambulancia apagaban su voz agresiva. Me pregunté si habría testificado en mi contra.

—Eh...

Mi padre entró por la puerta con un puro y lo apagó con chulería.

—¿Qué tal estás?

Se apoyó en el hierro que rodeaba la cama. Tenía cara de preocupación y algo más allá de eso. Diría que se trataba de enfado.

—La chica... —Tragué saliva, e incluso eso me dolió—. Quisiera darle las gracias —dije con tono de culpabilidad.

—¿Qué más da? —Enarcó una ceja—. Esa chica es de clase baja —se burló con gestos obscenos—. Me llamó y punto.

Incorporé mi cuerpo, intranquilo, en la cama de aquel hospital. La espalda me dolía una barbaridad y me escocieron las puñeteras heridas.

—Padre, me ha salvado la vida. Es lo menos que podemos hacer.

—¿De verdad? —Golpeó el colchón a un centímetro de mi pierna—. Esa chica te ha denunciado por apuntarle con un arma. ¡Maldita niñata barriobajera! —Se mordió la lengua, rabioso.

Ella tenía razón, y era lógico que acabara en una denuncia, pero no podía decirle a mi padre que así era, que no mentía. Se enteraría de que su hijo no le era tan fiel como parecía o, por ejemplo, que ese día no estaba donde él creía. El plan que realizaba a espaldas de mi padre no podía ser destruido por una niña asustada. Debía saber qué tramaba.

—He retirado los cargos pagando dinero, así evitábamos un juicio.

—Bien... —Me acomodé en la almohada.

—En cuanto a esa niñata, espero que cierre la boca, o habrá que darle un escarmiento. Porque tú no le apuntaste con un arma, ¿verdad?

—Claro que no. No fue exactamente eso, padre. Solo ha sido un malentendido. ¿Para qué iba yo a apuntarle con un arma?

La verdad era que, con el tiempo, había aprendido a mentir. Cada vez que Hans quería darle un escarmiento a alguien, esa persona desaparecía del historial de amenazas hacia la familia Blake y del mapa. No podía permitir que un inocente cayera por mi culpa.

Nina

No estuve muy segura de denunciarlo, como tampoco supe si estaba metiéndome realmente en un problema o no, pero al final lo hice. Aunque creí que había sido para nada. Tenía las de perder. Era un capullo y lo odiaba.

—Hermanita, ¿ya estás en casa?

Mi hermana saltó del sofá y llegó corriendo con solo unos calcetines puestos.

—Ya estoy aquí, pequeña. —La levanté en el aire—. ¿Qué tal estás? ¿Por qué estás desnuda? —Coloqué sus delgadas y cortas piernecillas alrededor de mi cintura.

—¡Has estado mucho tiempo fuera! —Dio manotazos en mi pecho—. Mamá ha intentado ducharme, pero he tenido que salir porque estaba muy caliente. —Bufó—. El agua estaba muy caliente —volvió a quejarse entre llantos.

—Cielo, cuánto lo siento... —Le sonreí—. He tenido un pequeño problema.

Mi madre apareció, desesperada, gritando mi nombre como si hubiera estado a punto de palmarla. No es que se preocupara por dónde había estado; más bien no se veía capaz de ni siquiera bañar a su hija. Por lo demás, no me había llamado ni una sola vez al móvil.

—¿Dónde estabas?! —añadió gritando.

—Mamá, he tenido que ayudar a un chico que ha tenido un accidente.

—Oh..., ¿de veras? —Se frotó las mejillas—. Pero no te han arrestado por ayudarlo, ¿verdad?

—No, claro que no.

Si justificaba el motivo del porqué había hablado con aquel chico no tendría ningún problema, de lo contrario, una multa bien bonita podría haberme caído. Era un caso de urgencia, y los mismos profesionales habían sido testigos. No creía que tuviera problemas por ello porque, como era evidente, no estaba dispuesta a que mis padres tuvieran que pagar una multa.

Pasaron varios días tras el accidente de Blake, pero en las noticias no se reveló nada, ni siquiera los periodistas ansiosos de primicias. ¿Qué se podía esperar de una familia rica? Más de uno estaría sobornado para callar.

Sentada en el sofá desgastado del salón, con una revista en la que en la portada aparecía el mismísimo Blake, mi padre comenzó una conversación un tanto extraña para aquel momento:

—Sabes que cuando estés preparada para casarte debes decírmelo, ¿verdad? —Listo para contratacar a mi contestación, se cruzó de brazos.

—Papá —lo miré frunciendo el ceño por el tema incómodo de la conversación—, ¿a qué viene eso?

—No... —Sacudió la chaqueta—. Solo para que lo sepas. Ya eres mayor. Y las leyes se echarán sobre nosotros, y como ya tenemos candidato...

—Lo sé, pero, por ahora, casarme no es una de mis prioridades.

A mi madre, que estaba allí tirada en el sofá, parecía serle indiferente si me casaba o no; ese no era su problema. Si por medio no había ninguna botella de su gusto, ella no quería saber nada. Hasta aquel momento no había comenzado todavía a beber, pero el ansia ya la estaba consumiendo.

—Te casarás cuando lo diga tu padre —remarcó con voz grave y aliento de alcohólica, cosa que no esperaba por su parte.

—¿Qué estás diciendo?

Yina no entendía nada. Estaba sentada en el suelo jugando con su muñeca, mirándonos de vez en cuando.

—Para que lo vayas sabiendo... —Respiró profundamente—. Y te llevarás a Yina. —Mi padre confirmó ese asunto con la mirada.

—¿Por qué queréis que me lleve a Yina? No tengo ningún problema, pero yo no soy su madre.

—Cuanto más lejos te la lleves, mejor —añadió mi padre, siendo algo confusas sus palabras para mí—. Esa es la realidad.

Mi madre volvió a los fogones y mi hermana y yo nos dirigimos a la puerta para ir al colegio. Gregorio, mi padre, pasó por delante y ni nos miró. Le coloqué a Yina la chaqueta y abrió la puerta antes de que consiguiera ponerle

la bufanda y el gorro. Retuve la rabia, la reservé, aunque doliera como un volcán en mis entrañas y la lava quemase todo a su paso; además de que me daba la sensación de que ya no corría sangre por mis venas. Segundos después, el frío de la calle remarcó que seguía teniendo incluso un cuerpo.

—Estate quieta, cielo. —Le coloqué bien el gorro—. No quiero que cojas frío en las orejitas. —Disfruté haciéndole muecas divertidas.

Retiré las pequeñas lágrimas que invadieron mis pestañas, algo de lo que Yina no se dio cuenta. Realmente, me estaba muriendo por dentro. No quería que lo supiera. Era una cría que necesitaba ser feliz, a pesar de lo que la rodeaba.

—Tata. —Yina sonrió feliz y dio pequeños saltos.

—¿Qué pasa? —Observé la calle buscando los motivos de su excitación.

Un Audi negro se encontraba aparcado enfrente de la cafetería famosa del barrio. Yina tiró de mi mano para que avanzara. Terminé de colocarme las botas altas de tacón y la chaqueta y me dejé llevar por su petición. Al avanzar hacia la posición del vehículo estacionado, de nuevo, volví a ver a Izan delante de mí llevando el mismo coche sin un rasguño, todo como si no hubiera ocurrido nada en absoluto aquella noche pasada, como si hubiese sido una pesadilla cuando me llené las manos de su propia sangre.

Salió del coche tan de punta en blanco como siempre iba. No era de extrañar, debido a su estatus de vida.

—¿Yina? —Mi hermana no se alejó, sino todo lo contrario. Fue hacia él y continuó dando saltos de alegría hasta que llegó a su posición. Dio un salto y terminó regalándole un beso en la mejilla—. ¡Yina! —Agarré su brazo delgado con firmeza—. ¿Qué es eso de dar besos a los desconocidos?

—No creo que sea un desconocido, ¿verdad, Yina?

Sonrió ampliamente y de una manera que me estaba poniendo de los nervios.

—No. —No paró de dar saltos—. ¡Izan me regaló un chocolate! —Abrió sus pequeñas manos en busca de otro.

—¿Cuándo te lo regaló? ¿Por qué le diste eso a mi hermana? —Lo acusé con la mirada.

Con aquella manera de moverse tan varonil, abrió el coche y dejó el café en el posavasos. Mis ojos se fijaron en la tapicería del interior del vehículo y en los asientos de piel, y olí el aroma que desprendía su interior.

Se volvió hacia mí. Sus ojos de color verde oscuro me llamaron la

atención, tanto que consiguieron intimidarme. Cogí del brazo a Yina y la arrastré conmigo. No quería saber, no quería estar ni un minuto más delante de aquel capullo. Lo odiaba por ni siquiera haberme dado las gracias por algo que, en aquella situación, podría haberme supuesto acabar presa o algo mucho peor. Para colmo, trataba a mi hermana como si fuera de su familia.

Persiguió mis pasos, que intentaron escabullirse de él. Llegué a la entrada de la cafetería con intenciones de entrar y hacer que se olvidara de mí, pero me agarró con fuerza del brazo y me arrastró detrás de los arbustos, mirando de lado a lado la carretera, teniendo cuidado para que la policía o los transeúntes no se percatasen de nuestra cercanía, pero en aquel momento no había nadie centrado en nosotros.

—Supuse que haría tiempo que no lo había probado... —contestó susurrando a mi pregunta anterior—. Quise pedirle perdón por casi atropellarla, ¿verdad, Yina? —Buscó apoyo en ella, y lo obtuvo.

—Verdad, verdad. —Abrió las manitas y le cayó otro chocolate—. ¡Gracias! ¡Está riquísimo! —Abrazó su pierna y luego se entretuvo retirando el papel que rodeaba el chocolate.

—Lo sé. A mi sobrino le encantan. —Agradecido por los afectos de mi hermana, sonrió.

No iba a negarle a Yina que aceptara eso que tanto le gustaba, pero la actitud de aquel tipo me retorció el estómago. Solo podía pensar en que estuvo a punto de matarme, a punto de atropellar a Yina, y luego fui yo y le salvé la vida. ¿Habría vuelto para amenazarme de nuevo?

—Por mucho que seamos de barrios bajos... —puso los ojos en blanco, algo molesto—, no te da derecho a comprarla con obsequios —le dije, describiéndolo como un egoísta.

—Nadie está comprando a nadie, niña. —Se acercó para quedarse a milímetros—. Tan solo estoy tratando de compensarle el miedo que le causé. —Reforzó su posición dándose un ligero golpe en el pecho.

—Perdona, ¿cómo me has llamado? —Enarqué una ceja. Busqué escapatoria, porque lo que iba a decirle en aquel momento iba a ser fuerte—. ¿Ahora un hijo de político, asesino, se preocupa por una niña pobre?

—¿Por qué piensas que soy un asesino, niña? —Se llevó una mano a la frente y tiró hacia atrás el gorro que cubría su cabeza—. Me has denunciado.

—¿Y qué esperabas? —le increpé, incrédula tras morderme la lengua y cruzarme de brazos—. ¡¿Un aplauso por apuntarme con una pistola?! —Elevé

la voz sin darme cuenta.

—Esperaba que fueras más inteligente. —Hizo que me hirviera la sangre—. Al menos, te dejé marchar... —Nos enfrentamos con la mirada—. ¡No te hice ningún daño!

—Pero me amenazaste, ¿cierto? —En aquella ocasión, fui yo la que me acerqué para intimidarlo y restregarle toda mi rabia.

Se fue hacia atrás con actitud de sorpresa y miró hacia ambos lados para verificar que, de nuevo, no hubiera nadie a nuestro alrededor. Por fortuna, era lo que tenía vivir en un barrio de pocos vecinos.

—Yo... —No fue capaz de mantenerme la mirada y acabó desviándola.

Un motor rugió cerca. Era otro Audi negro. No había nadie más, solo nosotros tres y ese coche plantado en medio de la calle. Cuando la ventana tintada se bajó, me sobresaltó ver al alcalde teclear en su teléfono.

—Mierda, es mi padre. —Me miró preocupado—. No puede vernos. Vete por este callejón.

—A sus órdenes —le dije encantada. Cogí a Yina y me puse a andar—. De todas maneras, tenía ganas de perderte de vista.

Izan

Anduve hacia él, indiferente, como si no hubiera visto a la chica y no me comieran sus palabras por dentro. Paró el motor en cuanto me vio. Con su cara aburrida, bajó más la ventanilla. El olor a café se escapó del interior.

—¿Qué hacías ahí parado? —me preguntó, dándole un sorbo a su café.

—Iba a la cafetería —mentí sin más.

—¿Aún no has comprado ni el café? —Elevó una ceja tras llamarme inútil con sus gestos de superioridad—. Llegarás tarde a la oficina. Venga y date prisa, que tengo que dejarte faena por hacer.

Estuve toda la mañana sellando y amontonando papeles. En cuanto a mi padre, lo había visto cinco horas después al bajar para ir comer juntos a la cafetería del primer piso del ayuntamiento.

A cada paso que dábamos, los perros falderos de mi padre nos seguían y nos escoltaban con miradas concentradas a nuestro alrededor. Eran rostros serios, desconfiados. En cualquier momento, solo por un golpe estúpido que fuera peligroso para nosotros, se girarían y pondrían su mano en nuestro hombro, haciendo barrera entre nuestros cuerpos. Qué fácil era vivir así...

—Entonces, ¿crees que Carolina es un buen fichaje? —Masticó, esperando una respuesta positiva.

—Sí —le contesté con inseguridad, pero no dejé que lo notara.

—Harás feliz a Fernando, seguro.

En realidad, me daba igual lo feliz que hiciera al mejor amigo de mi padre. Tampoco podía elegir. Entonces estaba en un plan que me daba igual. Quién sabía la respuesta que obtendría si me negara... Puestos en lo peor, si debía pasar una vida junto a alguien, prefería que fuera alguien que ya conociese y que, evidentemente, fuera una belleza. No era cuestión de mentir. La verdad era innegable.

—Seguro... —Miré a los escoltas. Hablaban con alguien—. ¿Quién es?

—¿Quién es quién? —Giró el cuello hacia la entrada del salón—. Oh, es un viejo amigo.

—¿De qué me suena? —le pregunté extrañado.

Mi padre alzó la mano, indicándoles que le dieran paso inmediatamente a su amigo. Lo hizo a través de la barrera de los escoltas y se acercó con la mano en sus bolsillos y una gran sonrisa. Se agarraron de los hombros y se abrazaron amistosamente.

—Pero ¿a quién tenemos aquí?! —Miré su cara sin saber bien por qué me conocía—. El pequeño Izan... —Sonrió, esperando mi mano.

—¿Y usted es...? —intervine amablemente tras darle la mano.

—¿No me recuerdas? —Frunció el ceño—. Soy el padre de Wen, ¿recuerdas?

—¡Oh, por supuesto! Ahora sí.

Le estreché de nuevo la mano y, acto seguido, se unió a nuestra mesa. No hablaron de nada en especial. Nada de política, solo momentos de su pasado, de las mujeres de cada uno y de la vida que llevaban en la casa de la montaña. De su hija poco habló. Solo dijo que Wen pertenecía a una ideología muy diferente a la nuestra. Lo dijo como si yo fuera igual que mi padre. Realmente, eso era lo que daba a entender al ejecutar todas sus órdenes y ser su sombra. Pero no, yo no era como mi padre. No era frío, solo lo mostraba. No era calculador, solo me hacían serlo, y yo lo hacía para sostenerme en la familia. Todo lo contrario a mi hermana Gisela, que se escapó de aquello hacía muchos años. Ella se fue de nuestras vidas hacía exactamente cinco. Había tenido un hijo que se llamaba Diego, pero lo visitábamos poco. Diego era un niño que estaba viviendo una vida fuera de la política junto con sus padres, dos

personas normales con trabajos sencillos, pero felices.

Al menos, mi padre pudo garantizarle un esposo digno de lo que ella elegía por rebelarse. Como era obvio, Hans no le entregó aquellas condiciones a mi hermana por compasión o amor. Sus acciones fueron para cubrirse las espaldas. No quiso que la prensa supiera que su hija mayor se negaba a ser rica, a la vida que le había tocado, que no compartía ni apoyaría nunca las acciones de Hans Blake. Por ello, un sobre con el nombre del hombre con el que ella quería vivir toda su vida llegó a la puerta y mi hermana cerró su boca para siempre, consiguiendo así reunirse con su amado y vivir felizmente fuera de nuestra clase. Desde entonces, el tema de mi padre era tabú en aquella casa de un barrio pequeño del centro de la ciudad.

Yasmina, la empleada del hogar, nos saludó al entrar en el salón y nos sonrió como cada día. Sabía que aquella mujer callaba muchas cosas que averiguaba diariamente. Soportaba esa clase de vida y recibía más dinero por mantener la boca cerrada, por si alguna vez escuchaba algo fuera de lo normal.

Cuando en aquel momento me retiró la chaqueta, se lo agradecí. Mi padre no; más bien se la quitó él mismo y se la lanzó como si fuera un perro en busca de un hueso. Al final, la chaqueta terminó cayendo al suelo. Sin que se diera cuenta el hombre helado, no pude evitar agacharme para recogerla. Yasmina me agradeció con una mirada humilde que se la dejara en las manos y se dirigió hacia la cocina después de que yo le apretara con suavidad el hombro a modo de disculpa.

Mi madre apareció para saludarnos.

—¿Qué tal estás, hijo?

—Bien —le dije algo seco—. Estoy cansado. Me voy a la cama. —Besé su frente.

—¿Pasa algo, Hans? —Mi padre sonrió con falsedad.

—No. ¿Qué iba a pasar?

Mi madre cogió mi brazo antes de que pudiera subir las largas escaleras. La miré por el rabillo del ojo y esperé a que me soltara la información que quería comunicarme.

—Carolina está arriba en tu habitación.

—¿Cómo? —Sorprendido, añadí—: ¿Por qué la has hecho pasar?

Mi padre se enderezó y sonrió descarado.

—Porque es tu futura esposa, hijo. —Se acomodó en el sillón con un vaso

de licor—. Bienvenido a la realidad —añadió, a pesar de estar mi madre justo al lado. De él se podía malinterpretar...

—Hasta mañana.

Las últimas palabras habían sido con poco cariño hacia los dos.

En el momento en que pisé la habitación, vi las velas que recorrían la moqueta, las mesitas de noche, el escritorio... Carolina se encontraba en el centro de la cama, vestida con lencería atrevida. Abrió ligeramente las piernas de una manera muy sensual, se levantó y caminó a paso lento e insinuante hacia mí. No me moví, solo esperé un minuto más hasta que ella llegó y tocó apresuradamente mi pecho, cubierto tan solo por una camisa fina. El cabello le cayó hacia atrás, solo media melena. Desabrochó mi cinturón.

—Carolina... —Toqué su cintura—. ¿Cómo es que has venido?

—Tu padre me dijo que tenía posibilidades. Habló de nuestro futuro compromiso con el mío. —Pasó su lengua por mi labio superior—. ¿Las tengo?

—Sí, pero... —Me mordí el labio.

En lo más profundo de mi honesto corazón, no quise decir eso, sino alejarme y destruir a mi padre. Pero esa era la vida que me había tocado vivir. ¿Qué podía hacer al respecto? Fuera como fuese, acabaría casándome con Carolina.

—Hazme el amor, Izan...

Y, una vez más, me acosté con ella sin anhelo.

Nina

La puerta de la habitación de mis padres estaba abierta. Se escuchaba a mi madre resoplar mientras dormía, aquella persona que una vez fue Merinda, la profesora respetada de la universidad privada de la ciudad donde iban todos los ricos, los mismos compañeros que Wen nunca aceptaría o soportaría.

Mi padre no había vuelto de la oficina y ya eran más de las dos de la mañana. Las finas paredes de la casa dejaban un aire helado en las habitaciones y las grietas asustaban. La ducha hundida hacia el suelo daba inseguridad y recelo. El agua caía en mi piel, no por un mango de ducha, sino por cubos de agua caliente. Al salir de la ducha, escuché el motor del coche detenerse enfrente de casa. Ya había llegado. No quería conversar con él, pero me pilló justo saliendo del baño. Tenía la parte derecha de la cara llena de

marcas y sangraba un poco por un corte fino en la mejilla.

—¿Qué te ha pasado? —Corrí hacia él, asombrada. Su contacto me hizo sentir fuera de lugar—. ¿Qué ha pasado? —Me retiré de su rostro.

—Solo una pelea, nada importante.

Se ocultó la cara en la oscuridad de la cocina bebiendo agua.

—¿Qué has hecho para pelearte? —añadí, preocupándome.

—Nada. —Visto lo visto, no iba a contestarme—. Vete a la cama. —Suspiró cuando no me moví—. Es tarde, vete a la cama —me exigíó.

Estaba harta de tanta exigencia. La que llevaba a una cría pequeña era yo, la que trabajaba por las tardes hasta las diez de la noche, llegaba a casa, bañaba a la niña, la tapaba y le contaba un cuento era yo... Ganaba solo cuatrocientos euros para pagarle la comida a Yina. Y daba gracias a Wen porque, afortunadamente, comía casi cada día en su casa. Eso parecía que les daba igual, estaban conformes. En cambio, mi padre no hablaba ni siquiera de sus ganancias y, de repente, en casa había una barra de bar para mi madre. Ellos comían, no sé qué comían... ¿Vivía engañada? Podría ser.

—Buenas noches —le dije sin más.

Movió la cabeza, se sentó en el sofá y encendió la televisión.

Había veces que llegaba a mi puesto de trabajo y decía: «Tengo hambre». Otras veces no, porque Wen me había dejado comer en casa cuando su padre no estaba... Así vivía, como un pobre en busca de ayuda.

Entré en la tienda como cada día para trabajar, un pequeño comercio que llevaba una joven y bella chica que era madre de un niño hermoso. Las paredes eran de colores claros y los zapatos estaban bien puestos en las estanterías, alumbradas por los focos del techo. Era un hogar más para mí, mucho más que mi propia casa. Allí me pasaba las tardes haciéndole compañía a aquella amable chica de pelo castaño claro y ojos turquesa, de piel tersa y blanca.

—Buenos días, querida.

En la caja registradora, Gisela me esperaba.

—Buenos días, jefa. —Sonreí ampliamente—. ¿Cómo estás hoy?

—Pues muy cansada. Mi hijo está muy pesado. No he podido dormir en toda la noche.

Su niño era un encanto. Tenía la edad de Yina y a veces jugaban en el patio trasero de la tienda donde no podían verlos. El motivo del porqué nos

saltábamos las normas era evidente, y necesitamos dejar a nuestros hijos en algún sitio.

—¡Yina! —gritó contento Diego—. ¡Te voy a enseñar un juguete que tengo nuevo! —La sonrisa de Diego se ensanchó cuando Yina corrió detrás de él.

—Cuidado, no tiréis nada... —les pidió la madre a regañadientes.

A través del cristal, vi cómo un hombre trajeado cruzaba en dirección a la tienda. Llevaba una carpeta. Miré a Gisela de inmediato, pues sabía que era un inspector. Seguramente, su trabajo era ir a los establecimientos para confirmar que no había trabajadores de sexos opuestos, que las escrituras eran correctas y que los contratos estaban legalizados. Hacía lo mismo que los que iban por la calle regulando comportamientos fuera de lo normal.

—¡Corre, ve a por Yina! —Su cara mostró terror—. Cógela y sácala de allí.

Yina cogió mi mano de mala gana. En ese momento, la campana que sonaba cuando se movía la puerta hizo ruido, dándole la bienvenida a aquel hombre. Inmediatamente, el inspector dio sus buenos días, y a mí se me heló la sangre. Pude notar que Gisela estaba tensa, y no era para menos.

—Buenos días, señoritas. —Le echó un vistazo rápido a toda la tienda.

—Buenos días —contestamos intranquilas.

—Vengo para inspeccionar su local. ¿Podrían dedicarme unos minutos?

Gisela contestó afirmativamente. No había otra opción. Ella sabía que podían encontrarle tantas cosas que no se iba a librar. Me tenía sin papeles, mantenía a su hijo en la zona de trabajo y estaba juntando a dos niños de sexo opuesto. La iban a sancionar...

Aunque intentara evitar disimular eso, Diego salió de su escondite y cogió la mano de Yina. Fue una muestra de cariño. Estábamos perdidas.

—¿Puede explicarme esa acción? —Señaló a los dos niños—. ¿Son hermanos?

—No, señor. —Gisela agachó la cabeza.

Por mucho que dijera que sí, pediría la documentación de Yina o de Diego y lo sabría.

—Déjenme sus identificaciones —nos miró fijamente—, y también la de los dos niños.

Eché mano al interior del bolso y rebusqué en el monedero ambas. Una vez encontradas, no las sostuve ni un segundo en las manos porque me las cogió enseguida. Rebuscó entre los papeles del negocio, miró los zapatos y buscó

todas las facturas. Necesitaba empapelarla lo suficiente para cobrar también comisiones. Así funcionaban.

—¿Trabaja alguien más con usted?

La sonrisa de Gisela desapareció.

—No, señor —negó nerviosa.

—No mientas, Gisela, será peor... —le susurré.

—¿Y por qué hay diferentes letras en estos apuntes, en estas ganancias y en estas facturas? —le preguntó con cierta amargura—. ¿Qué está ocultándome, señorita Stone?

Los dos niños se quedaron aferrados a nuestras piernas mientras el hombre nos miraba a Yina y a mí. Escribió en su cuaderno de observaciones, lo bastante como para que conllevara una gran sanción.

—¿Es usted la tutora legal? —Eso sí era verdad.

—Así es... —Tragué saliva.

—¿No es usted muy joven para ello? —Utilizó su teléfono móvil para verificar, una vez más, la información con los datos del Gobierno—. No me consta que sea usted la tutora legal. —Mi corazón se hizo pedazos. ¿No era la tutora legal de Yina? ¿Cómo podía ser? Yo misma había ido al ayuntamiento para hacer los papeles—. Dos veces me han mentido.

Hasta ahora, nadie se había metido conmigo en eso. Yina era mía desde que cumplí los dieciocho y nadie puso objeción a ello. Y ahora me decían que no lo era.

—¿Puedo preguntarle qué nombre le sale en esa información? Porque estoy segura de que fui a hacer los papeles. —Tragué saliva.

—No, señorita. Esa información es confidencial. —Giró la cara hacia Gisela—. ¿Usted es su madre biológica?

—Sí... —Estaba muy nerviosa.

El hombre vestido de negro, con corbata azul oscuro y un rostro lleno de superioridad, golpeó con desagrado la carpeta con el bolígrafo. Había puesto punto final. Vendrían las imputaciones, aunque Gisela y yo pagaríamos por lo que fuera necesario.

—Les condeno a...

La campana de la puerta volvió a sonar.

Un chico entró con la cabeza alta, la corbata bien puesta y la americana planchada. Su olor a perfume masculino se adhirió a las paredes de la tienda. Yina dio saltos y perdió el miedo de repente. Su ángel estaba allí entre

nosotros.

Izan caminó con superioridad, recto como un palo, con ese movimiento exuberante. Los dos hombres se miraron fijamente. Parecía una batalla; y, claramente, él ganó. El hombre desvió la mirada.

—Izan Blake... —Bajó la carpeta por respeto—. ¿Qué le trae por aquí?

—Verá... —Se acercó más aún, consiguiendo intimidarlo—. Quiero que olvide todo lo que ha apuntado en esa lista de observaciones y quiero que ponga algo positivo.

Oí a Gisela rechistar por alguna razón que no entendía.

Metió la mano en su bolsillo, sacó un bloc de cheques y un bolígrafo del bolsillo interior de la americana y apuntó muchos ceros. No los veía exactamente, pero, por el movimiento de su mano, sabía que estaba añadiendo circunferencias como números. No era estúpida. Allí había más de mil euros.

—Ya me entiende... —Le entregó el cheque con una sonrisa—. ¿Puede hacer eso por mí?

—Sí —contestó con seriedad—. Claro que sí. —Hizo el movimiento de coger el papel, pero Izan no se lo entregó tan rápido.

—Pero que sepa una cosa. —Lo sostuvo en sus dedos, aunque el chico continuó observando la mirada hipnotizadora de Blake—. Detrás de mí está el alcalde, ya lo sabe usted bien. No quiera que le haga una visita.

—Entendido. —Sin más, agachó la cabeza.

Dejó el papel escrito con las condenas elegidas para nosotras, pero no ejecutadas. Nos habríamos expuesto a diez mil euros de multa y dos meses de cárcel. Habría tenido que dejar a Yina en manos de mis padres, y eso me habría consumido. Yina era mía, a pesar de lo que dijeran. Era como mi hija.

Izan debía tener un gran motivo para pagar esa cantidad, y sabía que Gisela tenía algo que ver en ello.

—No hacía falta que me salvaras el cuello —le dijo con amargura—. No quiero vuestro dinero.

—Gisela... —Lo vi tragar saliva, nervioso—. Te exponías a una multa de diez mil euros. ¿Puedes agradecérmelo y ya está?

—Sal de mi local.

Se miraron rabiosos.

Izan estaba tan centrado en Gisela que no se había percatado de mi presencia. Cuando lo hizo, su mirada se posó en mí, en Yina y en Diego, que caminaba hacia él con los brazos extendidos. ¿Era su padre ocultado ante la

sociedad? No. Imposible. Gisela me había contado que el padre se llamaba Dani. Entonces, ¿quién era Izan para ella?

—¡Tío Izan! —Diego se aferró a sus brazos.

Así que era su tío...

—Diego, ¿cómo estás, campeón? —Acunó su pequeño rostro entre sus manos—. Hoy no tengo chocolates para ti. —Miró a Yina—. Para ti tampoco, pequeña.

Gisela intentó encajar la escena de Izan hablando con mi hermana como si se conocieran de toda la vida. No era para menos, ya que yo misma aún intentaba entender por qué leches tenía tantas coincidencias con ese tío. Yina le había cogido estima.

—Aléjate de él. —Cogí a mi hermana del hombro y la arrastré hacia mí.

—¿Os conocéis? —exigió saber Gisela.

—Algo... —contestó él, confuso—. ¿Verdad, niña?

Esa manera de expresarse no iba dirigida a Yina. Era a mí a quien llamaba «niña», y quise matarlo en el acto.

—Piérdete. —Recogí mi cabello en una coleta.

Pensé que así evitaría que me contemplara con esa mirada tan profundamente verde. Lo conseguí evitar cuando dirigió la vista hacia su hermana, dejándome sola con mi propio enfado.

—Mamá quiere ver a Diego, Gisela.

—Que venga ella. —Comenzó a remover la tienda, más nerviosa—. ¿O es que es demasiado pobre el barrio como para bajar con sus tacones brillantes?

Su hermano intentó hacerle cambiar de idea:

—Ella no es como padre, y lo sabes. —Esbozó una sonrisa triste—. Solo quiere verte a ti y a Diego.

—¿Y te manda a ti? —le recriminó agobiada—. ¿No puede llamarme por teléfono?

—Nuestro padre no la deja llamarte. Ya deberías saberlo. —Retornó la mirada a mi cara rabiosa—. ¿Y... desde cuándo esta niña trabaja para ti?

Le divertía tocarme las narices.

—Esta niña tiene nombre. —Golpeó los papeles contra el mostrador—. Se llama Nina y trabaja conmigo desde hace cinco años. Así que no te metas con ella. —Respiró hondo—. Si no tienes nada más que decir, puedes irte por la puerta.

Su hermano no le hizo caso alguno a su sugerencia.

—Te llamas Nina... —Se quedó observándome de arriba abajo—. Está bien saberlo.

Me guiñó el ojo inesperadamente y me sonrojé por su intensa mirada.

Capítulo 4

HOJA DE PLATA

NINA

El hijo del alcalde, con aquellos ojos verdes e intensos dirigidos a mí, se fue tal y como le había pedido su hermana antes de que preguntara mi nombre. Se marchó tras darle la mano a su sobrino y besar la frente de Yina.

Los niños volvieron a su escondite como cada tarde y nosotras trabajamos durante lo que quedaba de jornada. Le hice las facturas, colaboré en abrir cajas, reponer y perfilar la tienda. De vez en cuando visitaba a mi hermana, feliz con el nuevo juguete de Diego. Gisela no paró en toda la tarde. Los nervios cansinos no la dejaron centrarse. No paró de hacer cosas, de atender a clientes con una tristeza oculta, de revisar la caja y darles de merendar a los niños. Ella era más que una jefa. Era una amiga que había estado pagándome para que Yina pudiera comer. Había estado dándole la merienda desde que tenía conciencia y la había querido como a una hija más. Y resultaba que, después de todo, era la hermana del tío que me apuntó a la frente. ¿Qué habría dicho ella si lo hubiera sabido?

Hice que parara un segundo. Parecía que iba a llorar, y quise saber qué le rondaba por la mente.

—¿Por qué, siendo hija de ricos, viniste aquí?

Pensé que no contestaría a mi pregunta, pero tras algunos pensamientos, lo hizo.

—Quería alejarme de esa vida... —Cogió otra caja y la apiló con las demás.

—¿Por qué odias a tu hermano?

Ya estaba siendo casi la hora del cierre.

—No lo odio. —Se sentó en el taburete tras haber estado horas de pie—. De hecho, él no tiene nada que ver... —Se quedó pensativa—. Solo odio que siga ejecutando las órdenes de mi padre. Al final, conseguirá que sea como él. Pero Izan siempre ha sido un buen chico.

No iba a decirle que se equivocaba.

—¿Tan malo ha sido tu padre?

—Es el demonio en persona. —Miró a Diego, que perseguía a Yina mientras jugaban.

No sabía a qué se refería con esa comparación. La gente adoraba a Hans Blake, ya que fue él quien consiguió estabilizar un poco la catástrofe. La Junta fue la que decidió las leyes, mientras que él intentó pararlas. No lo consiguió, pero no había sido culpa suya.

—Él le hizo bien a esta ciudad —dije sin mucho criterio—. No sé qué tiene eso de malo.

—Eso no es cierto. —Noté un tono desesperado en su interior. Quería contar algo, aunque no iba a contármelo a mí precisamente—. Se está haciendo tarde —se excusó.

Salió a la calle con las llaves para cerrar la verja, pasó el candado y recogió todo lo que le faltaba. Mientras le daba vueltas al asunto, tomamos nuestros bolsos y me esperó en la salida después de poner la alarma. Diego corrió por la carretera para distanciarse de Yina. Incluso ellos sabían lo que debían hacer. Nacían con la ley bajo el brazo.

—Hasta mañana, Nina. —Movié la mano con gracia y, por último, tomó la mano de Diego y se alejó en la oscuridad.

La pequeña se agarró a mi pierna. Estaba cansada; sus ojos se cerraban. La levanté, la sostuve entre mis brazos y ella enredó los suyos alrededor de mi cuello. Como siempre, la espalda me dolía, pero era lo que me tocaba. La niña respiraba hondo, con los labios en la capucha de mi chaqueta. El pelo que rodeaba la tela lo usó de escondite para el frío. Entretanto, yo acariciaba su cabello.

Escuché unos pasos acercarse más de lo normal. Aquello no era nada habitual, ya que la gente no andaba con tanta agresividad. Yina no despertaba, pues estaba profundamente dormida. Se acercaron; lo pude notar pese a la oscuridad. Las respiraciones se incrementaron, y supe que eran más de uno. Con rapidez, dejé a Yina en la hierba del pequeño parque.

—Volveré a por ti —le susurré.

Un brazo enorme agarró mi cuello a unos centímetros de Yina. En ese momento, solo esperaba que no la encontraran.

—Nina Larson... —La voz grave retumbó en mi oído. Forcejeé para soltarme, pero no lo conseguí—. Has denunciado a la persona equivocada.

Ante la luz de la luna, vi brillar una navaja de filo perfecto. La punta de la hoja se clavó despacio en mi cuello. Grité, impulsándome hacia adelante. No había visto a Yina, y solo una farola con escasa potencia enfocaba a otra persona. Solo al ver su silueta pude saber quién se atrevía a atacar a mi

agresor.

—Suelta esa navaja —la silueta apuntó con su arma al hombre que me tenía retenida en sus gigantescos brazos—, o lo lamentarás.

La pistola era plateada. Reconocería esa pistola aunque pasaran años.

El hombre me liberó. Toqué mi cuello ensangrentado en el momento en que los ojos de Izan volvieron a centrarse en los míos. Vio miedo en mi mirada, y no dudé en dirigir mis ojos hacia la dirección donde se encontraba Yina. Él lo interpretó a la primera, sabiendo que mi hermana había estado toda la tarde conmigo y debía estar por allí. Cuando mis ojos se deslizaron hacia el césped, el hombre corrió hacia allí.

—¡Quieto! —Izan se volvió frío, calculador y soberbio—. ¡Ni te muevas!

Estaba a punto de tocar a Yina, a punto de cogerla para amenazarnos. Avancé para protegerla, pero Izan dio pasos más largos que los míos. Puso su mano izquierda, gruesa y grande sobre mi estómago. Me empujó con suavidad hacia atrás para que me pusiera detrás de él. Apuntó, su dedo se deslizó por el gatillo y este hizo clic. El hombre cayó de golpe junto a mi hermana.

—¡Joder! —Le había dado justo en una de las sienes. No se había desviado ni un milímetro—. Joder...

—¡Coge a Yina e idos de aquí! ¡Ahora!

Se apresuró a recoger el cuerpo y lo arrastró hacia la oscuridad. Tras los eternos minutos en los que me quedé arrodillada junto a la niña, apareció de nuevo entre la penumbra con la luz de su móvil.

—He dicho que te vayas. —Enfocó mi cara llorosa.

—Lo has matado... —dije, sin encontrarle sentido aún.

—Él os habría matado a tu hermana y a ti. —Suspiró molesto—. Ha venido para hacerte desaparecer del mapa, y no iba a irse sin más. Le esperaré algo mucho peor si volviese con las manos vacías, te lo aseguro.

—¿Por qué? —Recogí a Yina y la coloqué en mi hombro.

—Porque es lo que hacemos cuando alguien se interpone en nuestro camino. —Esbozó una triste sonrisa—. Y tú te has interpuesto en el mío. —Rascó su nuca—. Ahora, vete.

Sin decir ni una palabra más, caminé para que Yina estuviera en casa treinta minutos después. Esa noche no la bañé ni le conté un cuento. Era yo la que necesitaba que me contaran uno para poder conciliar el sueño. En cambio, la imagen del frío rostro de Izan al matar a uno de los suyos rondaba por mi cabeza y estuvo presente toda la noche durante mi insomnio.

Al final, me dormí en el sofá en compañía de las luces de la televisión.

Izan

Nunca antes había arrastrado un cuerpo. Me producía desconcierto haber matado a uno de los míos, no obstante, Yina y Nina eran más inocentes que el bastardo pagado por mi padre. ¿Cómo ocultar que había hecho su trabajo y Nina estaba muerta? Si conseguía averiguar que seguía viva, él mismo iría a por ella.

Sin emoción alguna, mi amigo Noel cogió el teléfono. Lo había salvado de muchísimas veces de cosas ilegales, así que era evidente que me debía más de una.

—Amigo, necesito tu ayuda. —Nervioso, peiné mi cabello hacia atrás—. Tienes que ayudarme. Estoy metido en un buen lío. —Suspiré en la soledad de la noche.

—Espera, espera. ¿Tú metido en un lío? —se mofó de mí—. Voy para allá. Mándame tu ubicación, hermano.

Colgué e inmediatamente se la mandé. Entretanto, llevé el cuerpo lejos de las pocas luces que había y lo tiré al lado de unos neumáticos. Se me pasó una idea por la cabeza; bueno, ya eran varias las que se me ocurrían para tapar aquello, pero ninguna factible. Me pillaría, no había escapatoria.

El Porsche rojo oscuro de mi amigo se dejó ver por la esquina. Las luces me enfocaron. Apresurado, frenó, aunque no paró el motor.

—Cojones, Izan, ¿qué leches has hecho? —Me abrazó amistosamente—. ¿En qué puedo ayudarte? —Se remangó la camisa.

—¿Qué puedo hacer para que parezca un accidente? —Me mordí los labios, harto de pensar.

Noel observó el cuerpo tirado en el suelo.

—¡Joder! ¿Es uno de los tuyos? ¿Qué cojones ha pasado? —Estaba alucinado.

—Joder, Noel. Deja de preguntar. Ya te lo contaré, pero ahora ayúdame. —Miré de nuevo el cuerpo—. ¿Qué hacemos, señor experto?

—Tiene el agujero de la bala, así que no será fácil. Podemos tirarlo al mar. Creo que es la única solución, y debemos hacerlo ya.

—¿No hay otra posibilidad? —le pregunté, parándole los pies.

No me interesaba que quedara un caso sin cerrar.

—¿Los enemigos de tu padre? —Enarcó ambas cejas—. Es una opción...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Deja una señal que pueda identificar el crimen como cosas de sus enemigos. Los que estaban en contra de tu padre ¿hacían algo cada vez que mataban?

—Sí. —Recordé cuando mataron a Nick—. La insignia de River, la paloma...

—¿Sabes cómo lo hacían exactamente?

—Sí, lo recuerdo.

—Entonces..., ¿a qué esperamos?

En cuanto dijo esas palabras, sacó una navaja y la depositó en mi mano. Me agaché hacia el cuerpo y señalé en su frente la insignia, desgarrando la piel. Sangró e, inmediatamente, Noel me entregó un pañuelo para que lo limpiase. La agonía se apoderó de mí. Pero iba a encontrar un motivo para encubrir lo que acababa de hacer por esa tal Nina. Por alguna razón, eso hacía que me sintiera buena persona.

—Ahora llama a tu padre y dale la noticia. Estará encantado de saberla. —
Se rio.

—Gracias, Noel —añadí, acompañando su risa.

—Te la debía. —Estrechó la mano que le ofrecí.

Lo vi caminar hacia su vehículo en el momento en que tomé el teléfono y busqué en la agenda el número de mi padre. Me aseguré de que Noel estuviera cruzando la plaza, la esquina y se dirigiese ya hacia el puerto. Una vez confirmada la seguridad de mi amigo, era el momento de establecer comunicación.

—¿Qué sucede? —contestó Hans como si hubiese interrumpido algo—.
¿Qué pasa?

—Verás, de vuelta a casa, me he encontrado con un problema.

—¿Cuál es el problema? —preguntó eufórico.

—Han matado a... —leí su identificación en la cartera— Enrique.

—¿¡Qué?! —Se escuchó el crujido del colchón—. ¿Dónde estás?

—En la plaza de River.

Coloqué su navaja cerca de su mano, limpié posibles huellas mías y la sangre que había de Nina. El plan parecía encajar. Podría pasar por un ajuste de cuentas de los enemigos de mi padre. No levantaría sospechas. El cuerpo, la navaja ensangrentada, el disparo en su frente y el corte señalizado lo

pondrían fácil. Solo esperaba que lo hubiera conseguido y que los guantes de látex no hubieran traspasado mis huellas. No lo creía. No obstante, los nervios no me dejan pensar en otra cosa.

Tras un rato de razonamiento con mis propios pensamientos, el coche de mi padre y sus escoltas aparecieron. Como un loco, se bajó y llegó al cuerpo. Pasó a mirar la escena, horrorizado.

—Señor Hans, ¿se ha fijado en la marca de la frente? —le indicó un escolta—. Parece que son ellos de nuevo.

—¿Quiénes? —pregunté, haciéndome el desentendido.

—Los que quieren destruirme. No es nada grave —dijo, quitándole importancia con un movimiento despreocupado de la mano—. Un gran amigo que quiere terminar conmigo. —«Amigo» lo dijo en plan irónico, claro. Les ordenó a los escoltas que se llevasen el cuerpo—. ¡Buscad a la chica!

Sorprendido, bufé en silencio.

—Señor, ¿qué chica? —le preguntó uno de los escoltas.

—A Nina Larson. Si lo han matado es porque iba a matar a la chica. ¡Moveos! ¡La quiero muerta! Esa niña tiene la boca muy grande.

Todos los presentes sonrieron y parecieron divertirse con aquello. Terminaron yendo a sus coches una vez limpiada la calle. No tardarían nada en encontrarla, y cuando lo hicieran, estaría muerta antes de que pudiera defenderse.

Recordé su rostro hermoso, pálido y engréido, valiente, incluso, con una navaja en su cuello y la punta atravesando su piel, aquellos ojos azules sin ningún tipo de maquillaje, llorosos, pero llenos de honor y orgullo. Una chica valiente, a pesar de ser una niña.

Capítulo 5

PREVENCIÓN

NINA

Justo cuando Yina cayó en un sueño profundo, me desvelé. No podía dejar de pensar en el silencio de la bala atravesando la frente de ese hombre o en cómo lo hizo sin ningún remordimiento. ¿Cuándo había empezado a meterme en la vida de ese capullo? La verdad era que todo habían sido miserables casualidades. Por ello me había costado dormir. No dejaba de ver la navaja atravesar mi piel. Odiaba a Blake, pero era cierto que si no fuera por él, estaría muerta. Y, posiblemente, Yina habría sido la primera.

—¿Se ha dormido? —me preguntó mi padre, situado detrás de mí.

—Sí. —Puse la manta por encima de la niña—. Llegas tarde.

Besé la frente de la pequeña. Mi padre miró el gesto e hizo lo mismo poco después. Cuando cruzamos las miradas, la suya era de preocupación y, además, tenía un interrogante inmenso pegado en su frente.

—Cariño —bostezó—, mañana por la noche la familia de Jon vendrá a cenar.

—Ah, ¿sí? —Adoraba poder tener un espacio privado para mi amigo Jon y yo—. Qué bien. —Me dirigí a la habitación de al lado.

—Cariño, los padres de Jon y nosotros... —esperé lo peor— hemos decidido que Jon y tú os caséis a finales de año. Ya hemos enviado la solicitud.

—¿¡Cómo?! —susurré para no despertar a Yina—. ¡No voy a casarme con alguien a quien no quiero!

—Ya sabes que esa no es una opción. ¿No prefieres a Jon antes que a cualquier otro? Te lo asignarían igualmente. Piénsalo. —Desvió la mirada—. Te enlazarían con quien quisieran si no hay propuestas. Y lo mejor es lo que yo decida para ti. Hazme caso. Por favor, es lo mejor.

—¡No estoy de acuerdo! —Lágrimas recorrieron mis mejillas y mi dolor de cabeza se incrementó.

Corrí disparada hacia mi habitación con la necesidad de encerrarme y no salir jamás. ¿Era la única que no admitía casarse sin amor, la única que no aceptaba las normas del maldito Gobierno?

De camino, por el pasillo, choqué con mi madre. Su cara se transformó en

incredulidad. Pensaba igual que mi padre; no hacía falta que me digiera más. Sabía que quizá solo se trataba de protegerme, sabía perfectamente que se trataba de eso. Aunque así fuera, no quería ser la esposa de alguien que no me amara de verdad. No decía que Jon no llegara a ser un buen marido, solo constataba que no lo amaba.

El día pasó como un infierno repetitivo. La rutina se me echó encima y pesaba más que cualquier cosa. En la biblioteca, cuando oí un ruido sordo, me revolví en la silla. Miré hacia atrás, pero no había nada ni nadie que quisiera amenazarme.

El sonido de la bala silenciada volvió a mi mente desconcertada. No sabía qué era mejor, si escuchar la bala o ver, de repente, un hilo de sangre en su frente después del ruido hueco del silenciador. El ruido al menos me habría avisado, pero la bala impactó en silencio y el cuerpo se derrumbó en la hierba húmeda de la plaza. Me iba a ser imposible, no podría olvidarlo...

Gisela había decidido dejarme las horas de trabajo para acumularlas al día siguiente. Intentaba compaginarlo como nos fuera bien a las dos. Por ello, tenía que quedarme con Yina aunque tuviera que estudiar.

La veía desde la silla en la que me encontraba, jugando en la sala de juegos de la biblioteca. La bibliotecaria le enseñaba unos dibujos. Me miraban y sonrían. Era una buena persona; se podría decir que de las pocas que quedaban. Sin recibir nada a cambio, le echaba un vistazo a mi hermana mientras yo intentaba estudiar algo. Odiaba cuando a mi profesor le daba por enviarnos a buscar cosas por Internet. La gente lo hacía en sus casas mientras yo debía hacerlo en la biblioteca de mala muerte de la ciudad; la pública, a diferencia de la de los ricos.

Intenté concentrarme en los deberes recomendados. Paseé por varios pasillos en busca de algo que tuviera que ver con la administración de empresas. De pronto, un ruido me hizo saltar. Los ruidos no los llevaba muy bien. Me estaba convirtiendo en una miedica y en una paranoica.

Seguía viendo a Yina balanceando los muñecos por el aire y mirando los cuentos. Todo parecía normal, pero en ese momento, una mano estrechó mi muñeca. Intenté retirarla y deshacerme del agarre, sin embargo, esa mano que me cubría era grande, de piel gruesa y ardiente. Mi segundo impulso fue gritar, y la reacción del otro individuo fue tapar mi boca con la otra mano. Sus ojos verdes oscuros traspasaron los míos azules. Movié mi cuerpo en la misma postura hacia la esquina solitaria entre los libros.

La bombilla del techo se balanceó y el polvo acumulado en aquel tipo de rincones cayó sobre nosotros. Se escuchaban muy de lejos los dibujos animados de la sala de juegos.

—No chilles, no chilles... —me pidió con rostro solemne—. Retiraré la mano, pero no llames la atención. Quédate callada, ¿entendido?

Asentí con la cabeza, deseando darle una bofetada. Él retiró su mano ardiente de mi muñeca y, de inmediato, mis venas dejaron de apretujarse. Me rocé la piel con mi otra mano e hice un gesto de molestia. Quitó la mano de mis labios y se metió ambas en los bolsillos de aquel pantalón negro ajustado.

—Escúchame —me dijo apresurado—. Tienes que hacer lo que yo te diga.

—¿Qué? —Alcé las cejas—. ¿Estás loco? No voy hacer nada de lo que me diga un asesino.

—Si tanto crees que soy eso, ¿por qué no me has denunciado ya? —Levantó una ceja—. ¿Eh? —insistió.

—Porque saben de Yina. A mí me da igual lo que me pase, pero si te delato, pueden ir a por mi familia.

Era la pura verdad, ya que esos tipos serían capaces de todo. Políticos corruptos, asesinos y mentirosos. Dinero manchado en sangre.

—Toma, puedo darte esto. —Rebuscó en el bolsillo de sus tejanos oscuros.

Ya no iba vestido como el hijo del político. En ese momento llevaba una sudadera de capucha negra y letras verdes, oscuras como sus ojos. Vestía unos tejanos negros, ajustados y de marca, y llevaba unas zapatillas deportivas tan limpias que brillaban incluso en la oscuridad. Se colocó el flequillo largo hacia un lado y, seguidamente, sus dedos elegantes extrajeron todos los billetes de la cartera negra.

—¿Por qué...? —El corazón me dio un vuelco—. ¿Qué estás haciendo?

—Tienes dos opciones. Una de ellas es salir del país. —Contó los billetes, apresurado—. Y la otra es hacerte una operación de cambio de imagen. Tú decides, pero tienes que salir de aquí, o te matarán.

—Pero ¿tú estás loco?!

Volvió a poner la palma sobre mis labios. Sus dedos aún sujetaban los billetes relucientes.

—Escucha, si te hace falta más dinero, te enviaré una transferencia a tu cuenta bancaria. —Suspiró una vez más—. Pero tienes que salir de aquí. Hazme caso.

—No voy a dejar a Yina ni a mis padres. —Le di la espalda—. Estás loco.

El silencio fue agotador en el ambiente tan apagado. Por un momento, llegué a pensar en llamar a la policía. No debía, pues mi familia estaría en peligro. Y aunque hubiera conseguido meter a alguno en la cárcel, vendría otro detrás que vengaría los hechos. Por lo tanto, ese chico no iba tan mal encaminado con mis dos opciones.

—¿Opción B? —añadí interesada.

—Operación —dijo sarcástico.

Mantuvo una postura distante. Estaba nervioso. No parecía el mismo que el de la otra noche, aquel que entró en la tienda de su hermana y proclamó que a ambos los quería. No había un solo Izan Blake. Estaba comprobado que había dos.

—¿Cómo sabes que van a por mí? —Toqueteé unos libros, intentado disimular mi nerviosismo—. Es decir, ¿qué paso después de que...?

—¿Después de que lo matara? —Volvió el Blake, el político frío y calculador—. Después...

La estantería crujió y un libro cayó desde una de las baldas de arriba. Puso su mano en mi estómago y me empujó hacia el suyo. Cuando el libro golpeó el suelo y el ruido llamó la atención de la bibliotecaria, Izan se escondió en el otro pasillo.

—¿Estás bien, Nina? —me preguntó desde la mesa de su ordenador la bibliotecaria.

—¡Estoy bien! —Intenté que la voz sonara alegre—. ¡Soy una torpe!

La mujer regresó a su trabajo tras una risa amable e, inmediatamente, Izan volvió a mi lado.

—Y que lo digas... —Recogió el libro y lo colocó en otro hueco.

Me giré de golpe, dejando atrás su cercanía.

—¿Qué has dicho? —Fijé mi mirada furiosa en él, quien parecía divertirse con mi enfado.

—Es verdad, eres un poco torpe. —Se mantuvo serio y cambió de tema—: ¿Para cuándo la operación? —Se cruzó de brazos y me miró sonriendo.

—Piérdete, en serio... —susurré más cerca de su oído—. Piérdete. —Mi voz se volvió un murmullo después de remarcarle ese «piérdete» por segunda vez.

No dijo nada. Se quedó sentado en un taburete, cerca de donde había una mesa y encima una exposición de arquitectura; exactamente, el barrio de River

antes de ser calcinado.

—¿Por qué no te vas ya? —le pregunté con hastío.

—Porque aún no te has operado. —Giró la página del gigantesco libro—. ¿Piensas dejar que te maten? —dijo mientras ojeaba las páginas.

—¿Por qué te preocupa tanto si fuiste tú el que casi me mata hace unas semanas? —Me apoyé en una estantería cercana a su posición.

—No iba a matarte. —Esbozó una sonrisa, mirándome de arriba abajo—. Solo quería asustarte para que te mantuvieras alejada de ese.

Seguí apoyada en la estantería. Esta crujió, pero pareció por el momento estar estable. Se mordió el labio inferior mientras pasaba las páginas. Parecía estar buscando algo en concreto, cuando, en realidad, no había ido a hacer nada allí.

—¿Qué le intentabas sonsacar?

No escarmentaba. Seguía metiéndome en la boca del lobo.

—Niña —susurró—, ¿quieres meterte en más problemas? —Fijó la mirada en el tirante caído de mi sujetador—. Mantente al margen. —Se acercó y me tensé.

Con su dedo índice y el pulgar, tomó el tirante caído, lo colocó bien en mi hombro y acarició la tela. Su rostro seguía serio, negro y borroso. No me transmitió nada o, más bien, no quiso hacerlo.

Sus dedos se deslizaron por mi hombro en dirección a mi cuello, yendo despacio hacia mi nuca. Dejé el recorrido en cuanto le di un manotazo en la mano. Se sorprendió.

Me coloqué bien mi chaqueta, mi capucha y me subí por completo la cremallera. No me despedí, no dije nada. Cogí los libros y, a continuación, agarré a Yina de la mano y le agradecí a la bibliotecaria su tiempo. No miré atrás, no lo haría. Me importaba un pimiento.

La esperada cena junto a Jon y sus padres estuvo llena de punzadas en mi corazón. Jon, a mi lado, se encontraba callado mientras le daba sorbos al café. De vez en cuando sonreía, logrando sacarme una sonrisa. Esa sonrisa deseaba quedarse en mi rostro para siempre, pero no lo conseguiría. Siempre había algo que la torcía y la convertía en llanto.

Tras la pequeña conversación con mi padre la noche anterior, comenzaba a ver a Jon como mi futuro esposo, siendo eso lo que me creaba escalofríos cuando se acercaba más de lo necesario.

La noche transcurrió sin más. Fueron charlas entre viejos amigos, mi madre siendo un poco más sostenible y amigable, aunque su perfume mezclado con el alcohol no conseguía tapar mucho la realidad. Por un momento, pensé en la posibilidad de salir del país. Me reí de misma por ello. Podía ser que ese tal Izan estuviera loco, pero no iba tan desencaminado.

Yina pidió que le rellenasen el vaso de agua, siendo una sorpresa para mí que mi madre lo hiciera. Eso me provocó malestar.

—¡Claro, podríais venir a casa! —Levantaron las copas en modo de celebración—. Estaríamos encantados de que vinierais todos. ¿Qué me dices, futura nuera? —La madre de Jon me observó de pies a cabeza.

—¿Ir adónde? —Había estado evitando sus conversaciones.

—¿Te has dormido en la conversación o qué? —me preguntó de malas formas mi padre.

Golpeé la servilleta de papel en la mesa endeble. Los cubiertos de los demás saltaron y chocaron contra los platos. El vaso que mi madre le había llenado a Yina rebotó el agua. Ni siquiera podía calcular ponerle poco para que no le cayera encima. Menuda madre... ¿Cuándo tiempo debía soportar aquella hipocresía?

—Por cierto, padres —empecé un tema peligroso—, ¿desde cuándo he dejado de ser la tutora legal de Yina? ¿Quién ha cambiado los papeles?

Mi padre pareció sorprenderse ante mi cambio de tema y me miró con furia.

—Nadie ha cambiado eso —añadió desconcertado—. ¿Cómo has sabido eso?

—Está visto que no querías que me enterara. Lo hiciste tú. Estoy segura. —Mis pulmones se hincharon por la rabia—. Si me disculpan... —Agaché la cabeza y dejé la estancia.

Los murmullos se agruparon en la mesa. Mi padre maldijo, diciendo: «Perdonad, es que tiene una mala época», y mi madre aportó: «Es una buena niña...».

Claro que era buena niña, aunque a ellos solo les interesaba casarme con Jon; no con él en sí, sino con su dinero. Sus padres no eran ricos, pero tampoco pobres, no pobres como nosotros. Ezequiel y mi padre trabajaron casi toda la vida juntos, se conocían desde hacía años, y por eso intentaban meterme en la familia, para poder ir al apartamento de la playa o pasear por la ciudad aparentando algo más de lo que éramos. En pocas palabras: iba a ser

una muestra de afecto con beneficios de todo tipo.

Entonces sí que me planteé salir del país.

Izan

Al poco tiempo, me vi plantado en la parte de atrás de la casa de Nina, donde casi atropellé a su hermana. Visualicé varias luces encendidas en las habitaciones. En el salón oí voces que discutían y platos recogándose. Varias personas se encontraban alrededor de una mesa. La madre de la chica recogió los platos. Estaba cabreada y miraba a su esposo esperando una reacción por su parte. La puerta principal fue golpeada por alguien y, en ese momento, salieron dos personas: Nina y un chico que se mantuvo alejado por cuestiones obvias.

—No comparto su opinión, eso es todo, Jon. —Se llevó las manos al pecho—. No quiero casarme con alguien a quien no amo. —Sus manos temblaron. Me dio tanta pena...—. No te amo, Jon.

—A mí me encantas. —Sonrió satisfecho—. Creo que llevo toda la vida enamorado de ti.

—Pero yo no. No siento eso. —Retorció las manos, nerviosa.

—Puestos en lo peor... —carraspeó—, ¿prefieres a un desconocido o a alguien como yo?

—Puestos en ese caso... —dejó los brazos en jarras—, claro que tienes razón.

—Entonces serás mi esposa —afirmó con decisión—. Y cuidaré de ti. Lo prometo.

Esa era la cruda realidad. El Gobierno la enlazaría con otro desconocido y, puestos en lo peor, suponía que ese chico sería la mejor opción. Aun así, la rabia y la impotencia se acumularon en mi interior. ¿Por qué la gente no podía decidir a quién querer? Eso era un paso duro, además de ser una decisión irreparable. De todas maneras, aunque fuéramos de clases distintas, yo tampoco podía decidir. Mi destino estaría zanjado junto a Carolina, así que no se diferenciaba mucho una cosa de la otra, a excepción de la posición económica.

Jon volvió dentro, junto a los familiares, mientras ella se quedaba sentada en el banco. Cruzó las piernas, cubiertas por unas medias negras que se ajustaban a su piel y esos zapatos de tacón que, por primera vez, le veía llevar.

Subí la vista y ojeé ese ajustado vestido negro con brillantes en la cadera. Aquella debió ser una cena especial. Se colocó el cabello recogido hacia un lado y sus lindos ojos llorosos brillaron en la oscuridad.

—¿La niña también llora? —malmetí irrespetuoso.

—¡Izan! —Se levantó de golpe—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Miró hacia la puerta de casa, asustada—. No puedes estar aquí...

Metí las manos en mis bolsillos.

—Bueno, veo que no te has operado aún. —Seguí manteniendo la postura seria—. He escuchado la discusión. —Chasqueé la lengua.

—¿Siempre escuchas conversaciones ajenas? —me preguntó algo molesta.

No hice caso a su comentario y me alejé para quedarme en la oscuridad por si acaso algún familiar salía de la casa. Ella entendió perfectamente el motivo de la distancia.

—Como te pillen conmigo... —Se frotó los brazos, intentando evitar el aire frío.

—Solo he venido para comprobar que no hay nadie cerca; de los míos, me refiero —le dije bajo la oscuridad—, pero veo que no hay nadie. —Me rasqué la nuca sin saber cómo seguir aquella visita tan extraña. Ni yo mismo sabía por qué estaba allí.

—Dime la verdad..., ¿de qué es capaz tu padre? ¿Qué es lo que pasa en tu familia?

No le di explicaciones porque era obvio que no debía saberlas.

—Cuídate, niña. —Le sonreí y caminé hacia el coche.

Los familiares de Nina salieron al poco rato. Terminé sentado en el asiento, suspirando para mis adentros.

Fijándome en el espejo retrovisor, pude ver un coche situado un poco más lejos. Estaba parado y había alguien en el interior. Una mujer de cabello cobrizo saludó a su acompañante y se metió en el coche.

Algún día me volvería loco... ¿Por qué tenía la sensación de que algo estaba yendo mal?

Nina

¿Por qué un alcalde hacía ese tipo de cosas? ¿Cómo era posible? Estaba manejando una ciudad entera... Me lo preguntaba cada vez que salía por la televisión, reafirmandose en el apoyo del pueblo. ¿De verdad intentó

arremeter contra las leyes de la Junta? En ese momento, lo dudaba mucho.

Como cada mañana, Izan entró en la cafetería, siendo otra de las personas atraídas por el café. Lo observé desde la barra donde Jon y yo tomábamos café —juntos, pero a escondidas—. No se dio cuenta de mi presencia, pero algo me decía que él sabía perfectamente que yo también iba a aquella cafetería. Estaba segura de que su propósito era no parar hasta verme fuera del país, ya que eran demasiadas coincidencias para dejar de darles importancia.

Algo estaba pasando...

Contemplé su vestimenta: camisa de color morado, corbata negra y pantalones negros, como la americana. Su cabello castaño claro resaltaba sus ojos verdes oscuros, y su movimiento de mano cuando lanzaba las llaves hacia arriba en forma de jugueteo le hacía parecer seguro y prepotente; aunque, eso sí, a la misma vez, *sexy*.

Su sonrisa pícaro al verme hizo que se me encogiera el corazón. No escapé de su mirada, y él tampoco lo iba a hacer. Podrían sancionarnos por flirtear o incluso condenarnos gravemente si con las miradas se pudiera hacer cualquier acción, porque la suya no era nada inocente ni amistosa.

Jon siguió mis ojos y bufó molesto por mi atontado estado. Estaba pensando que lo miraba por ser Izan Blake, el hijo del famoso alcalde. Muchas mujeres lo deseaban, a pesar de estar todas calladas. Por mucha Ley OSDE que hubiera, los comentarios entre las mujeres nunca terminarían. Reí al recordar a Wen comentar sobre los chicos de nuestra clase mientras él seguía en la cola, esperando para coger su café de cada mañana. La gente lo miraba curiosa. ¿Por qué iba a aquella cafetería? ¿Por qué un hijo de alcalde se dirigía a una cafetería de nuestro barrio?

—Buenos días, Izan, ¿qué puedo servirle? —La camarera le sonrió amable.

—Póngame lo de siempre. —La sonrisa fue recíproca.

Dejó las llaves sobre la barra, donde estaba la caja registradora, sacó su cartera y le entregó un billete de cinco euros. La mujer abrió la caja, y a la hora de darle el cambio, él lo rechazó y le sonrió ampliamente.

—¿No quiere su cambio?

—No, quédeselo. Hacen un café exquisito.

Le dio la mano a la camarera y salió de la cola cuando tomó su respectivo café. La mujer no podía creérselo, pero acabó aceptándolo contenta y sonriente.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse. Él se despidió con la mano a riesgo de que alguna autoridad pudiera verlo saludar a una desconocida. Utilizó esos gestos de prepotente, esa sonrisa atrayente y llena de malicia sana. No sabía cuántos años debía tener, pero diría que era un poco más mayor que yo.

Dejé la taza de café terminada en el plato. Jon se levantó y salió por la puerta sin mí, como cada día. Debía ir tras él y encontrarnos al poco tiempo en clase. Por eso, salí y el frío volvió a mi piel. La chaqueta consiguió calmar mis músculos contraídos. Torpemente, me enredé la bufanda en el cuello y saqué mi melena atrapada. Dejé caer mi cabello hacia atrás y me até los últimos botones de la chaqueta. Fue entonces cuando me percaté de la presencia de Izan, observándome desde su coche con el móvil en la oreja. No le concedí más miradas y anduve por mi camino. Tomé la dirección de siempre, acortando por el callejón. Un motor se acercó y paró a poca distancia de mí.

—¡Nina! —Un disparo me hizo tirarme al suelo—. ¡Escóndete!

Un hombre con pinta de mafioso, macarra y arrogante, me apuntó con su pistola desde la calle. La bala rebotó en unos contenedores. Instintivamente, me llevé las manos al pecho, asustada.

—Nina... —Izan sostuvo mi barbilla con sus dedos y me obligó a mirarlo—. Nina, sal de aquí lo antes posible, ¿entendido?

—¿Qué está pasando? ¿Por qué me disparan?

—No te disparan a ti. —Negué con un movimiento de cabeza—. Me disparan a mí.

—¿Y qué es lo que has hecho?! —le pregunté muy afectada.

—Escucha. —Sacó una pistola de su cintura—. Estoy en esto por mi padre, no puedes decir nada. Solo vete a casa, ¿entendido? ¡Corre, yo te cubriré! ¡Vamos!

Quise preguntarle «¿Y tú?», pero era evidente que sabía cómo defenderse en aquellas situaciones.

Corrí hacia la entrada del callejón y crucé la calle por donde circulaban pocos coches. Dos policías, a unos metros, conversaban en el interior de su vehículo, tomándose un café. ¿Cómo leches podían estar en la indiferencia?, ¿no habían escuchado el ajetreo de coches y los disparos silenciosos? ¿o era que ni siquiera la policía estaba de nuestro lado? Quizá ya no supiéramos ni quién lo estaba...

Capítulo 6

PROHIBIDO

IZAN

Alonso había salido vivo de la anterior batalla. Al parecer, no le sirvió caer sobre la mugre, e intentaba acabar con mi vida o con lo que se le pusiera por delante. Había estado a punto de matar a una chica inocente por mi culpa, por culpa de mi familia. «Acostúmbrate», habría dicho mi padre en esa circunstancia.

Disparé a lo lejos y el gordo se agachó detrás del coche. Bufé, volviendo a intentarlo. La siguiente vez, la bala rebotó justo a mi lado. Recogí el móvil de Nina, que se le había caído al agacharse, y lo metí en mi bolsillo. Saqué el mío y marqué el número de mi padre. Esta vez lo necesitaba; necesitaba refuerzos aunque no los quisiera.

—¡Padre, estoy siendo atacado por Alonso! —Respiré hondo—. Necesito refuerzos —le pedí con decisión, y colgué.

A los diez minutos, estuve acompañado de dos coches negros que cubrieron mi ubicación. Alonso también trajo los suyos. Eran todoterrenos con más gente armada. Esta vez no disparaban, sino que se reunieron en medio del callejón. Unos con otros discutían dialogando. ¿Para eso había gastado balas anteriormente?, ¿cómo se suponía que querían hacerlo?, ¿violencia o diálogo? Nada de eso. Se trataba de poder. El dinero era lo que arrastraba al diálogo.

—Quiero quinientos mil —el gordo exigió demasiado—, y el chico vivirá.

—¿Qué te ha hecho mi hijo? La cosa es conmigo. —Hans sonrió tranquilo—. Pero, bueno, esa cantidad parece adecuada —mi padre metió la mano en su bolsillo— para alguien que solo lleva dos años en el mercado.

¿De qué tipo de mercado estaba hablando? Pude ver cómo empuñaba un arma bajo su bolsillo. La enderezó y abrió fuego contra Alonso. Este cayó hacia atrás como si nada y con un tremendo agujero en la frente. Los demás aliados no respondieron con agresividad, sino que se quedaron observando cómo su jefe caía y se golpeaba contra las rejillas del desagüe.

—¿Con diez mil os conformáis? —Mi padre limpió el arma con un pañuelo que extrajo del bolsillo de su americana y la tiró al suelo—. Llama a la policía e indícales que ya hemos terminado. Diles que han sido asuntos propios —le ordenó a su escolta Max sin darle importancia.

Se conformaron con el dinero dado y se echaron atrás. Lo último que vi fue el cuerpo en el suelo desangrándose.

Nunca lo había visto matar a nadie. Era muy pequeño para que me dejara verlo, pero aquel día lo comprobé todo. Él mataría a cualquiera que se interpusiera en su camino con la misma frialdad que lo había hecho hacía un par de horas. Debía admitir que también había matado, pero por una buena causa. ¡Maldita sea! ¡Esa chica era inocente! No se merecía morir. Alonso se lo había ganado, pero tal y como mi padre había actuado, daba a entender que disfrutaba matando a cualquiera que se interpusiera en su camino o estuviera en contra de él.

Acabé cogiendo el coche, sabiendo adónde debía ir de inmediato.

Nina

Durante la madrugada, bajé los escalones en busca de un vaso de agua que aclarase mi garganta. La sentía rasposa como una zapatilla. Entré en la cocina y escuché unos pasos silenciosos. Alcancé a ver a mi padre en el porche tomando café. Parecía estar esperando compañía. Por un momento creí que engañaba a mi madre, pero para cuando pensé en esa posibilidad, un hombre se acercó y se sentó a su lado con respeto. No lograba escuchar su conversación. Entonces decidí abrir la ventana con el máximo cuidado posible. Los nervios me comieron por dentro, convirtiendo así torpes mis movimientos. A través de las cortinas, escuché la voz del hombre, desconocida y grave —como una de esas típicas de mafiosos o miembros de un ejército—, y con las primeras palabras terminé de confirmar mis impresiones:

—A la chica la quieren muerta.

—¿Cómo? —preguntó absorto mi padre—. ¿Qué ha hecho para merecerse algo así?

En ese momento, me pregunté quién era la chica de la que hablaban, pero después pensé: «¿Qué hace mi padre estando al tanto del plan de alguien?». Y, de pronto, lo supe: la chica de la que hablaban era yo.

—Se ha metido donde no debía... —Metió las manos en sus bolsillos—. Denunció a Izan por amenazarla con una pistola. Al parecer la acusación es falsa, pero por otro lado sabe cómo es la familia, y más cosas, es peligrosa y le irrita. El alcalde me llamó y me pidió que le dijera a usted que la sacara del

país.

—¿Así es cómo se trata a un viejo amigo? Ese maldito Izan... Todo por su culpa...

—Haga lo que le dice, o ya sabe cómo es Hans en estos casos. No es hora de jugar, Gregorio. —Se levantó—. Saque a la chica del país antes del sábado que viene, o puede que lo lamente. Es todo lo que puedo aconsejarle. —Se dieron la mano para despedirse—. Que tenga una buena noche, señor.

No supe qué vieja relación podía tener mi padre con el alcalde. Tampoco si formaba parte de algún negocio que no supiéramos. Estaba empezando a dudar de la transparencia de mi propio padre.

Dejé el vaso en el fregadero con un movimiento lento y corrí escaleras arriba intentando hacer el menor ruido posible. Las escaleras crujieron por ser madera vieja y mi padre entró en ese momento. Debía disimular que bajaba por los escalones, no que estuviese subiendo.

—¿Te has desvelado? —La voz era distante.

—Sí. —Quise decirle: «Sí, ¿es que no lo ves? ¿Con quién hablabas?». Sin embargo, me lo callé—. Necesitaba un vaso de agua.

Me dirigí de nuevo a la cocina y el agua fresca volvió acariciar mi garganta.

—Sé que has denunciado al hijo del alcalde. —Se cruzó de brazos—. Y no me has contado nada.

—¿Y cómo sabes tú eso? —le pregunté con rabia—. ¿Me has puesto un investigador privado?

—¿A qué viene ese comportamiento? —añadió, elevando la voz.

—¿Qué más te da lo que haga? —Moví las manos exageradamente—. ¿Ya deseas que Jon se aproveche de mí? —Escupí las palabras sin pensar en las consecuencias.

En cuanto el reproche llegó a sus oídos, impactó su palma contra mi mejilla. De la fuerza con la que lo hizo, mi cuerpo se fue hacia atrás. Mi espalda chocó contra el mármol, e inmediatamente sujeté mi cuerpo con las manos. Con rapidez, pasé de tener calor a frío, dolor a ansiedad.

—Como no logre arreglar esto... —No lo miré a la cara. No fui capaz—. Te irás del país esta semana. Buscaré un vuelo para ti y te llevaré lejos de aquí.

—¿Qué?! —Me aclaré la garganta. Volví a faltarle el respeto, gritándole —: ¡Tú quieres que esté con Jon! ¿Por qué me envías fuera ahora?

—¡Porque te has metido con la gente equivocada! —Tenía los ojos hinchados—. No lo entiendes. Eres una cría, Nina. Tú no lo entiendes, no puedes entender que los Blake...

—Pero ¡Izan no me haría daño! —lo interrumpí, y por primera vez lo admití; admití que Izan me había salvado—. ¡Izan me ha protegido siempre!

Esos secretos puestos al descubierto no parecieron sentarle nada bien. Agarró mi muñeca con fuerza y me estampó contra la pared. Miró hacia sus pies; parecía algo avergonzado de su actitud. Yo no era capaz de mirarlo a la cara. Él gritó desesperado:

—¿Que has estado haciendo qué?! —Golpeó la pared—. ¿Te has visto más veces con él? —se desesperó.

Parecía que había algo que le afectaba más personalmente.

—No... —mentí sin preocuparme.

—¡No me mientas! —Volvió a golpear la pared—. ¡Ni se te ocurra acercarte a él! ¡Tú estarás con Jon porque así lo he decidido yo! ¡Joder! ¿Cómo puedes saltarte las leyes así? ¿Te queda claro? Vas a acabar metiéndome en problemas. —Alzó mi barbilla hacia arriba para que lo mirase. Los mechones de pelo se colaron entre mi visión y la oscuridad me dio respeto—. ¿Entendido? —forzó la voz en murmullo.

—Entendido... —le dije, mirándolo con arrogancia—. Más que entendido...

Y aunque Izan me cayera como una patada en el trasero, lo cierto era que la prohibición me hizo desearlo.

Izan

Cuando el gordo murió de un balazo en el centro de la frente, pensé que aquello se había terminado, pero mi padre era más que un frío tiro en la cabeza, era más que un alcalde, y a cada paso que daba junto a él, me arrepentía de haber aceptado el cargo. «Ayudarme con el papeleo», eso me había concretado mi padre en su día, y cinco años después acepté.

—Uno menos. —Lanzó la chaqueta al sofá e hizo un gesto de cansancio. Se tiró en el sillón y sus huesos crujieron—. Ese gordo, algún día, acabaría con una bala en la cabeza —añadió con una sonrisa maliciosa en sus labios.

Me quedé sin palabras en la entrada. Cerré la puerta rápido y mi madre, al momento, bajó las escaleras. Estaba vestida de gala. Llevaba un bolso de

mano que brillaba en tonos grises y un moño recogido hacia arriba. La peluquera privada bajó las escaleras acompañándola y terminó de retocarle algunos mechones enroscados. Celia tomó su chaqueta y se despidió de nosotros.

—Hans, cielo —lo llamó emocionada—, tengo la celebración de mi libro.

—Ya lo sé. —Besó su mano y ella le acarició la mejilla—. Estoy un poco cansado.

Mi madre tomó aquello como una despedida. Me dispuse a acompañarla a la puerta cuando me lo pidió y mi padre se fue a su habitación.

—¿Estás bien, hijo? —Puso su mano en mi frente—. Estás pálido.

—Papá ha... —Giré la cara y oculté el rostro ante ella—. Nada, yo también estoy cansado —mentí como un bellaco.

—Pero vendrás a verme, ¿verdad? —Preocupada, besó mi mejilla con cariño—. Carolina está al teléfono para quedar contigo e ir a la celebración.

—De acuerdo, concretaré la hora.

—Vendrán amigas mías. Te las presentaré.

La sirvienta me entregó el teléfono inalámbrico. Mi madre cerró la puerta y me quedé con el teléfono sin saber si quería responder.

—¿Carolina?

Carolina estaba al otro lado de la línea, coqueta y ansiosa por otra cita más. No pude —o no debía— negarme. Acabé quedando con ella para el evento.

Estuve entretenido mientras buscaba qué traje ponerme. Imaginaba mi boda tarde o temprano; estos me atarían lo más rápido posible. Fernando estaba encantado con que me viera con su hija. Para mí no es que fuera un magnífico plan. Tenía que admitir que aquella chica no acababa de convencerme del todo.

La esperé en la puerta de su casa con el coche.

—Estás preciosa... —la halagué cuando entró en el vehículo. Iba vestida con un vestido muy corto, rojo oscuro y de tela fina—. ¿Nos vamos?

—Claro. —Me plantó un beso en los morros y se puso el cinturón.

—Está bien —añadí, aún sorprendido por el impulso de hacía unos segundos.

Aceleré y me metí serpenteando por las calles de la ciudad. Carolina llevaba muchos años siendo mi prometida, nuestras alianzas lo corroboraban, y así podíamos ir a cualquier lugar juntos y haciendo de enamorados. No había

papeles de por medio, pero la prensa del corazón aludía que sí los teníamos y que estábamos casados desde los dieciocho años. Pobres ilusos. Mi padre había estado dejando ese trámite para mucho más tarde, cuando estuviera seguro de lo que iba a hacer para aliar a las dos familias. Sin embargo, al tener el control de todo era fácil engañar al resto. Si la gente fuera observadora, sabría que no estaba enamorado de ella, que solo era una argucia más de los ricos. Yo trataba de ocultarlo, y me salía bastante bien.

—Va a estar lleno de gente interesante y amigos míos de fuera —me comentó contenta—. Mi padre también irá.

—Sí. —Sonreí con las manos en el volante. Era mejor que intentara divertirme—. Habrá un vino excelente, además.

Sonrió con sensualidad. Así era ella. Un papel constante.

Aparqué en un sótano privado de la celebración. Carolina se agarró a mi brazo y lo estrujó con fuerza. Logré darle al botón para cerrar el coche, a pesar de que me estuviera estrangulando las venas. Iniciamos la marcha hacia el edificio. La carretera se hacía complicada como para llevar zapatos de tacón, pero se las ingeniaba para continuar a salvo —no era para menos—. No dejaría que su imagen se estropeará. Era hija de un gran político y hacía un papel de rica estupendo.

Un escalofrío recorrió mi piel. No se trataba de aire que produjera aquello en mi cuerpo, pues, de nuevo, no hacía aire ni tampoco frío. Más bien hacía calor, por ello no entendía por qué esa sensación de incomodidad o desnivel emocional.

Entonces, su cuerpo me sorprendió allí parado, acompañada de una mujer que parecía sonarme de algo. No pude salir corriendo detrás de ella. Aunque quisiera, tampoco podría pedirle explicaciones, y menos entre tanta gente paseando. Nina desapareció entre el gentío. Sabía que no debía hablar conmigo en público. Pero ¿por qué me cabreaba tanto que esta vez no hubiera contratada al menos con una mirada de las suyas?

Entonces me di cuenta de que un coche negro las perseguía lentamente por la otra calle. Era obvio, aquella chica inocente y yo estábamos siendo vigilados.

Agarré a Carolina de la mano y entramos en la fiesta.

Mucha gente nos saludó, pero no tanta como si fuera un evento de mi padre. Mi madre, impresionante y luciendo como una bella mujer, se dirigió a nosotros y le dio dos besos a Carolina. Se retiró el cabello hacia atrás y me

abrazó.

—Bienvenidos, futura pareja —añadió sonriente—. Me alegro de que estés aquí, hijo.

—¿Padre no vendrá?

—No. —Le molestó la pregunta—. Nunca le ha interesado lo que hago —me dijo al oído—. Pero disfruta. Por una vez, tu padre no está detrás de tu trasero.

—Es cierto. —Sonreí por la manera en la que nos entendíamos—. Estás hermosa, mamá.

—Gracias, hijo.

Junto a mi madre, avancé por el salón, lleno de decorados de su libro. Todo estaba iluminado por focos y colores dorados, y había gran variedad de aperitivos. Carolina continuaba agarrada a mi brazo cuando volví a sentir aquel extraño escalofrío. ¿Habían instalado un detector de esa chica en mi cuerpo o qué estaba ocurriendo?

Nina apareció con un bello e impresionante vestido de gasa negro con bordados rojos de flores y detalles brillantes en ellas. Iba protegida por una mujer pelirroja que avanzaba a su lado. En cuanto mi madre las vio, sonrió como nunca la había visto sonreír.

—¡Mi amiga Juliet! —Agarró mi mano y me fue llevando hasta ella—. Hijo, voy a presentarte a mi gran amiga Juliet.

La tal Juliet se giró hacia nuestra dirección. Entusiasmada, se acercó de inmediato.

—¡Oh, Celia!

La mujer avanzó hacia ella y la abrazó como si fuera una gran hermana a la que hacía mucho tiempo que no veía. Tenía un cuerpo delgado, un rostro joven —a pesar de poder tener la edad de mi madre—, y su cabello era de un color cobrizo. Vestía con un traje de color champán que le iluminaba la cara. En definitiva, sus facciones eran muy similares a las de aquella Nina que se mantenía callada detrás de ella.

—¡Me alegro tanto de verte...! Estás preciosa, cielo. —Le hizo dar media vuelta y silbó, piropeándola—. Enhorabuena por tu libro, querida.

—Gracias, mi Juliet querida. —Le hizo una caricia cariñosa en la mejilla.

Nunca había sabido de aquella amistad. Hacía mucho que parecían no haberse visto, pero aun así me impresionaron aquellos afectos de amistad. Mi madre nunca había tenido amigas porque mi padre no quería que las tuviera.

Siempre había estado a su merced. Dudaba mucho que mi padre supiera de ello.

Lo más increíble en medio de aquella conversación de dos grandes amigas que se echaban de menos fue que estaba con aquella joven de cabello rubio oscuro y vestido rojo. Un vestido impresionante. Fui incapaz de no mirarla. Más que mirarla, aquello era casi acoso.

Sin poder evitarlo, nuestras miradas volvieron a chocar. En cuanto se dio cuenta de la presión de mis ojos, sonrió falsamente. Su acción me dio ganas de reír, pero me contuve delante de todos. Nadie podía saber que ella estaba allí, y mucho menos que nos conocíamos.

En el momento en que cambió de posición y suspiró porque no dejaba de mirarla, Juliet la tomó de la muñeca y la empujó hacia adelante.

—Vamos, querida. No ocurre nada, solo voy a presentarte a mi amiga. —Acarició su espalda delicadamente. Eran familia; debían serlo. No había otro método para alcanzar una fiesta de ese estatus social—. Celia, esta es mi sobrina Nina.

Se dieron dos besos.

—Encantada, Celia —la saludó con un poco de miedo—. Enhorabuena por su libro. Ojalá yo hubiese podido hacer lo mismo que usted.

—Gracias. —Le sostuvo la mano—. Tu sobrina es preciosa. Nunca antes me la habías presentado. —Ambas mujeres sonrieron.

Joder, si era preciosa...

—Bueno, hoy era el momento indicado. —La frase parecía llevar más contenido del que interpreté—. Y sí, ella es maravillosa. —Nina se abrazó a su tía.

—Pues este es mi hijo, Izan Blake. —No me estaba permitido saludar a ninguna mujer—. Saluda, hijo. —Mi madre me empujó—. No pasa nada, estamos en una fiesta de este tipo, ¿recuerdas?

A Carolina no le gustó dejar de sujetarme el brazo.

—Sí... —Me rasqué la nuca, nervioso, ante aquella chica tan malvadamente hermosa—. Soy Izan, encantado. —Besé el dorso de su mano—. Es un placer. —Sus ojos brillaron, igual que los míos—. Sí que es una mujer muy bella.

Más bella era cuando se sonrojaba.

—Soy Nina. Encantada. —Sonrió de nuevo con falsedad—. ¿Y ella es...? —señaló a Carolina, que estaba de morros—. Carolina, ¿verdad? Os he visto

en las noticias. Vais a casaros.

—Sí —saludó desde la distancia—. Encantada.

Fue una situación un tanto incómoda. Por alguna extraña razón, sentí que aquella aparición de Nina estaba preparada. Sacudí la cabeza, quitando de mis pensamientos cosas absurdas. Juliet había decidido traer a su sobrina para que supiera lo que era una fiesta de clase alta y había decidido hacerlo el día en el que sabía que el alcalde no asistiría a la ceremonia. Punto.

—Bueno, basta de presentaciones. ¿Por qué no vamos a por una copa? —comentó Juliet, tomando del brazo a mi madre—. Tenemos muchas cosas de las que hablar, ¿verdad? —Se abrazaron y fueron directas a por una copa.

—Que lo pases bien, Nina. Ha sido un placer —le dije cuando se quedó sola sin su tía—. Nos vemos.

—Igualmente —respondió, a mi parecer, a regañadientes.

La entrega del premio duró aproximadamente media hora. Después cenamos, tomamos unas copas y bailamos con nuestras parejas. A mi madre la vi poco. Aprovechó todo el rato para estar con Juliet. La actitud de su amiga había seguido siendo amable y sonriente, pero en cuanto el padre de Nina se plantó en la fiesta, todo cambió.

Nina

Vestida de gala, como siempre había soñado, deslizaba los zapatos por el salón, nerviosa y descontrolada. Mis emociones se dispararon en cuanto el maldito Izan se presentó como si nada, interfiriendo en toda mi ilusión de pasar una buena velada. Por fortuna, Hans no estaba allí para verme. Estaba segura de que Juliet ya había contado con ello.

A lo largo de la velada, el joven político no dejó de observarme con descaro. Sonreía cada vez que nuestras miradas se cruzaban, y en todas las ocasiones agaché la vista. Aquello parecía una encerrona. Aunque pareció más una trampa cuando mi padre se plantó allí, en medio de la fiesta, en busca de Juliet.

—Papá..., ¿qué estás haciendo tú aquí? —Me impresionó su presencia.

—No, la pregunta es qué haces tú aquí. ¿No estabas con Wen? —Me empujó ligeramente a la derecha para localizar a Juliet—. Esto es cosa de tu tía, ¿verdad?

—No, ella solo quería...

Me desplazó de nuevo, pasando por mi lado y yendo en dirección a Juliet. Lo seguí desesperada para poder explicarle y que no le cayera una gran bronca a mi tía. Si veía allí a Izan, podría ser mi fin.

Llegó hasta ella y la apartó de Celia, que estaba explicando algo muy seria. Zarandeó a mi tía y se la llevó lejos de su amiga.

—Pero ¿se puede saber qué cojones estás haciendo, Juliet? —Ambos se miraron intensamente—. ¿Qué haces? —Fue una conexión extraña entre ellos. Parecía que se estaban diciendo miles de cosas—. ¿Ya? ¿Hoy? —No captaba nada de lo que se decían.

—Sí, Greg. Ya... —Se hablaban con mucha más confianza que con mi propia madre—. Él no está. Déjanos tranquilas. Sal de aquí, ahora. Lo tengo controlado. —Celia se quedó en la distancia sin entender qué pasaba—. Por favor...

—Bien, pero llévala de vuelta cuanto antes, ¿queda claro? Y controla la situación.

—Sí, Greg.

Aquella era una conversación más allá de lógica. No entendí nada de lo que hablaban, aunque supuse que era sobre mi protección en una fiesta en la que no me pertenecía estar. Mi padre le dejó hacer a Juliet por primera vez en mi vida. Siempre habíamos hecho las cosas a escondidas, pero aquella noche algo había cambiado.

—¿Quién era ese? —le preguntó Celia a Juliet.

Llegué hasta ella, buscando explicaciones.

—Es el padre de Nina. Solo se preocupaba por su hija. —Me sonó a mentira—. No ocurre nada, Nina. Sigue disfrutando de la fiesta. —Sonrió, intentando tranquilizarme.

No lo consiguió, no me tranquilizó. Aquellos mecanismos no me gustaban un pelo. Todo era demasiado extraño. Estaba viendo que mi familia no era del todo lo que parecía ser hasta aquel momento, y eso me volvía loca.

Fui a tomar el aire al balcón, donde solo pude ver a dos parejas que caminaban por el jardín. Las luces tenues iluminaron mi vestido, provocando que el color fuera granate, y crearon una sombra que acompañó a la mía en el suelo. Al momento, Izan apoyó sus brazos en la barandilla del balcón y miró al cielo. Me saludó, algo preocupado.

—Sigues aquí... ¿No estás viendo que tu vida corre peligro?

—¿Qué más te da, Blake? —Me mordí el labio, esperando su respuesta.

—Bueno, me preocupo por una mujer inocente. No debes pagar por algo que no te concierne. —Suspiró—. Solo intento que salgas ilesa del problema en el que te has metido, niña.

—No me llames niña, porque no lo soy —añadí molesta—. Y no pienso marcharme de mi hogar. Aquí tengo a Yina, y a más gente.

—Si te quedas, morirás. Mi padre la ha tomado contigo, niña.

—Que no me llames...

Se acercó a mí y me habló despacio y con contundencia:

—Niña, debes salir de aquí si no quieres morir. Lo digo en serio. Es el mayor consejo que puedo darte. Esta no es la ciudad que tú crees. Vivís al margen de todo. Hans es capaz de cualquier cosa. No sabes lo que conlleva conocerme, Nina.

—Yo no fui culpable de estar en medio.

—Créeme, no creo que solo sea por eso.

—¿Qué estás diciendo? —Arrugué la frente.

—Vete con el dinero que te di.

No añadió nada más, y tal y como había venido con aquellos pasos elegantes, se marchó. No es que no me quedara clara su petición; es que no podía abandonar a mi gente. No podía... Era injusto. No tenía nada que ver con Blake. Me había topado con él en una circunstancia muy extraña, y desde entonces no paraba de pasar. Pero ya, hasta ahí. No era nada para mí, y no tenían que atarme a él. No debía perder mi vida por ello..., ¿no?

Izan

La casa del padre de Carolina estaba cerca de la fábrica donde Alonso, el gordo, reunía a los suyos para los pactos ilegales. Al pasar justo al lado, la imagen de mi padre empuñando el arma volvió a mi mente. En cuanto dejé a Carolina en su casa para volver a la mía, debía pasar conduciendo por el barrio de River, un barrio de paso; un paso que hacía unos años fue maravilloso.

Y allí me quedé, viendo cómo dos coches oscuros se encontraban junto a la casa de Nina. Aquello provocó un interés en mí. ¿Qué hacía tanto coche vigilando a Nina?

La vi en la ventana. Llevaba a Yina en sus brazos. Besó su mejilla, la lanzó hacia arriba y la niña se agarró a su cuello. Entretanto, observaba la otra parte

de la carretera. Parecía que no había nadie más vigilando. Solo observaban que no llegara un coche; o, mejor dicho, mi coche.

Decidí, siendo una locura, arriesgarme a hablar con ella. Aparqué el vehículo en una explanada cercana y oscura. En aquel barrio, la mayoría de las calles estaban a oscuras, siendo una característica del aquel lugar. Pensar en eso me produjo tristeza.

Me aseguré de tener la pistola en la parte trasera de mis pantalones mientras caminaba y conseguía llegar, pasando desapercibido, hasta la ventana trasera de la casa. La pared de ladrillos estaba muy deteriorada; era peligrosa y estaba agrietada por algunos puntos en concreto. Había juguetes rotos en el pequeño jardín. Estaba oscuro y tropecé con uno. Maldije, pegándome a la pared. ¿Podía ser más idiota? ¿Por qué no se me ocurrió encender la linterna del móvil?

En ese momento, por la esquina, escuché pasos lejanos, en la entrada de la casa.

—¿Jon? —oí desde lejos, muy flojo—. ¿Querías ver a mi hija?

—Sí. ¿Está en casa?

El padre de Nina miró hacia la parte de arriba y suspiró.

—Acaba de llegar. Creo que está cansada, pero adelante.

Daban ganas de decirle: «Pesado». ¿No veía que no quería nada con él? Debía estar enfermo.

En la planta superior crujió el suelo. Era Nina. La observé cuando pasaba por la ventana abierta que daba al jardín. Vestía una camiseta sencilla y unos pantalones cortos, muy cortos.

Despejé mi mente perversa e intenté volver a observar los movimientos torpes del tal Jon cuando la saludaba. ¡Menudo gilipollas! ¿Cómo podía reaccionar tan inútilmente con una mujer? Aunque, pensándolo bien, sabía con exactitud cuál era el motivo. Aquella chica podía ser muy sensual si quería, solo con sus movimientos tan naturales.

—¿Qué tal estás? —le preguntó, cogiendo su muñeca y acariciándola.

—Estoy bien. Tengo ganas de irme a la cama —se excusó.

Era obvio que no quería saber nada de él.

—¿Podemos vernos mañana?

—Claro...

¡Lo dije! ¿Para qué narices había ido? Ese tal Jon estaba comenzando a caerme mal.

Nina volvió sobre sus pasos y subió las escaleras mientras él se iba por donde había venido. En ese momento, cuando subía las escaleras, pude apreciar sus piernas descubiertas. Un pánico adolescente se apoderó de mí. ¿Qué se suponía que estaba haciendo? ¿Qué diablos estaba haciendo allí?

—Nina... —No me escuchó, por lo que preferí callarme y seguir admirándola.

Llegó a su habitación, puso su melena a un lado y se miró en el pequeño espejo de mano que tenía en la mesita de noche. Se tocó la piel bajo la camiseta de tirantes, acarició su cabello una vez más y se quitó el sujetador que ocultaba sus senos voluminosos. La camiseta reveló las leves marcas del redondel de sus pezones. Enfermé, enfermé cuando se movió hacia mi dirección para cerrar la ventana.

Por un momento necesité aire. Necesitaba calmarme de aquella pequeña excitación, la cual me estaba suponiendo un problema. No podía permitir que cerrase la ventana ni atreverme a hacer ruido después para que la abriera, así que me atreví a pronunciar su nombre de nuevo. Y, aquella segunda vez, mi voz se entrecortó.

—Nina... —dije algo miedoso.

Su reacción fue saltar por el susto. Al momento, el suelo tembló, pero pronto se recuperó la estabilidad. Su cara estaba siendo un poema, aunque me resultaba atractiva viendo cómo intentaba taparse los pechos. Luego, se inclinó más cerca para que no tuviera que gritar.

—¿Qué tal el paseo con Carolina?

A mi parecer, lo dijo molesta.

—¿Te han comido tantos los celos? —Levanté las cejas, buscando aquellos ojos furiosos y misteriosos que tanto me gustaba observar.

—No, no... —Sonrió indiferente y arrogante—. No tengo celos porque me importas un carajo.

—Ah, ¿no? —Admití sin querer con la mirada que eso me había molestado—. ¿Después de todo? ¿Incluso después de salvarte la vida?

—Sí —dijo tajante, e hizo un ademán de cerrar las cortinas, algo rotas.

—Espera... —añadí antes de que lo hiciera.

Bufó, insinuando que estaba cansada de verme y escucharme, pero yo bien sabía que no era así.

—¿Qué quieres, Izan?

Toqué su mano y devolví la cortina a su lugar. Se atrevió a seguir cerca de

mí, así que aproveché para tontear con sus dedos. Era una locura, pero lo necesitaba de algún modo.

Inexpresiva, retiró su mano intentando hacerme creer que no había sentido nada. Peinó su cabello cuando se llevó la mano a la cabeza y acarició su mejilla, muy nerviosa. Aquel movimiento volvió a ponerme algo enfermizo.

—¿Qué quieres? —repitió, mascullando intranquila—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Por qué tienes dos coches negros vigilándote en la calle? —Me senté en la repisa de la ventana. Mi mirada volvió a sonrojar aquellas mejillas, que eran maravillosas.

Sorprendida y llevándose las manos a la cabeza, replicándose a sí misma algo que no entendí, caminó hacia la otra ventana para cerrarla. Miró con disimulo hacia abajo y cerró las cortinas. Estaba en lo cierto, seguían allí. Volvió su mirada hacia mí, que debía tener cara de atontado. No dejaba de contemplar su cuerpo, más de lo normal, más que a cualquier mujer que había visto hasta ese momento. ¿Qué me estaba pasando? Eso era algo que me preguntaba constantemente.

—No sabía que me seguían... —Llevó una mano a sus labios y la otra se quedó en su cintura, marcando a la perfección sus curvas peligrosas—. Bueno, esta tarde vi algo raro, pero no pensé que...

—Te están siguiendo para saber si tienes algo conmigo —añadí, confiado en ello.

—Pues diles que dejen de hacerlo. —Se sentó en la cama, cruzó las piernas y no dejó de moverlas, intranquila—. No quiero nada contigo, y ya se lo he dicho a mi padre. —Suspiró, maldiciendo—. Pero él hace lo que quiere.

—Espera, espera... —Pensé, intentando encajar algo—. ¿Tu padre? ¿Qué tiene que ver tu padre en esto?

—Se preocupa por el futuro de su hija —añadió, siendo algo lógico.

—Es normal... —No quise andar hasta ella, por si acaso el suelo acababa por romperse y me veía expuesto ante sus familiares.

Al final, fue mi corazón el que actuó inesperado. Echaba de menos la conciencia cuando se presentaban aquellos casos, sin embargo, con Nina podía llegar a creer que la conciencia no estaría nunca de mi lado.

Su mirada se dirigió hacia la ventana, puso sus manos en los ojos y las subió hacia su frente. Se echó el cabello hacia atrás y se quedó quieta, respirando ligeramente y esperando algún movimiento por mi parte. Quizá

esperaba alguna palabra que la liberase de mí, pero lo más duro era que yo no podría concederle nada de eso.

Acabé acercándome a ella y me agaché para buscar sus ojos ocultos. Retirando sus manos despacio, sentí su piel fina bajo la yema de mis dedos inquietos. Encontré sus ojos vidriosos, y su cabello rubio brilló por la escasa luz de la lámpara que había detrás de su espalda, en la mesita de noche. Nos encontramos demasiado cerca, tanto que pude oler la fragancia a champú de sus mechones húmedos.

Mi mano gigantesca acarició su nuca, despacio, utilizando el pulgar para dibujar círculos debajo de su oído. Su piel era fina. Exactamente diría que era adorable; una dulce niña.

Retiró su cara de forma acusadora y su mano se estampó en mi mejilla, cogiéndome desprevenido, y el ruido se esparció por la habitación. Luego le supo mal por su pequeña hermana, que seguía dormida al otro lado de la cama.

Me llevé mi mano a la cara y me levanté cabreado.

—¿Se puede saber que estás haciendo? —dije enfurecido e indignado.

—¿Por qué te acercas tanto? —masculló, defendiéndose—. No puedes tocarme.

—No hace falta que seas mía para poder tocarte —dije maldiciendo.

No es que yo tuviera razón, la verdad. En realidad, era tal cual ella había dicho.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué es lo que se supone que dice la ley?

—El problema es que toda la sociedad al completo está viviendo una mentira.

De pronto, su cara mostró más rabia.

—¿Qué estás diciendo? —me preguntó, demandado una respuesta—. Acaba lo que estabas diciendo.

No me interesaba contestarle a eso. Ya había dicho demasiado.

—A propósito... —Caminé indiferente hacia la ventana, olvidando lo que me pedía que terminase—. Ese tal Jon es un capullo —admití, sintiéndome libre al decir aquella verdad.

Al recordar que tenía su teléfono móvil en mi bolsillo, no dudé en lanzarlo a la cama. Le sonreí con ironía y salté por la ventana. No dije nada más, y dejé a Nina asomada a ella mientras me dirigía solo en la noche de vuelta al coche.

Capítulo 7

IMPROPIO

IZAN

No tenía argumentos para explicar lo que me había pasado la noche anterior. No sabía ni por qué acababa casi todas las noches en casa de Nina Larson. Tampoco sabía con certeza por dónde tirar para protegerla. La cosa iba mal, muy mal.

Era viernes, viernes por la mañana, y eran las diez.

—¿Dónde está esa basura?! —gritó mi padre.

No supe de qué estaba hablando con sus escoltas. ¿De qué basura hablaba?

—Aún le queda un día, señor.

Entraron en mi despacho e hice desaparecer de la mesa todo lo que pudiera hacer sospechar de mí: las cuentas de mi padre, las últimas ubicaciones donde lo habían enviado y la dichosa lista negra que acababa de encontrar.

—Quiero a esa basura fuera del país o acabaré definitivamente con este tema. Ya se lo dije —exigió sin más.

—La tendrá. —Se acercaron a mi mesa—. Buenos días, Izan.

Mi padre se quedó delante de mí y me dio la mano como cada día. Confiaba en mí, sabía que lo hacía. Y, probablemente, ese sería su talón de Aquiles. Esa era la virtud de ganarme su confianza.

—¿De qué basura habláis? —Coloqué ordenados unos papeles del ayuntamiento. Los miré de nuevo, disimulando mi obsesa curiosidad—. ¿De qué habláis? —repetí.

—De esa niña de River. —Cogió el abrecartas y lo golpeó contra la mesa—. La quiero fuera de aquí. No podemos matarla porque la noticia la tienen los otros.

—¿Qué otros? —dudé—. ¿De qué otros hablas, padre?

—A estas alturas, ya deberías saber qué otros están detrás de nosotros.

Sí, recordaba las palabras de Noel acerca de que mi padre aún seguía teniendo enemigos. Aunque no sabía con certeza el motivo concreto, mi padre había estado a punto de ser asesinado hacía un mes en mi presentación. Alguien pagó por ello.

Fernando entró por la puerta y, en lugar de mi padre, que parecía agotado aquella mañana, fue él quien comenzó a explicármelo todo:

—Ya es hora de que sepas que es una organización que está en contra de tu padre, de sus decisiones tomadas en su día. Y quieren matarlo. Gracias a que tiene una gran seguridad y muchos contactos, no lo han conseguido. Aun así, lo intentarán por otros medios. Si las noticias hundan a tu padre, eso ya les valdrá para retirarlo del mandato.

Respiré hondo, asimilando toda aquella información recibida por parte de nuestro aliado. Me rasqué la nuca, pensativo. Debía indagar; aquel era mi único propósito.

—¿Y qué vais a hacer? —Necesitaba llenarme de información útil.

—Nos ha llegado una amenaza de que si matamos a la chica, le soltarán la noticia a la ciudadanía. Tu padre les ofreció un trato hace unos días.

—¿Qué tipo de trato? —fingí interés.

—Ella tendría que salir del país en una semana y no iríamos a por la familia entera. No muerte, no noticia. —Fernando frotó sus manos. Miró a mi padre, esperando alguna aportación—. Esperemos que lo cumplan.

Era difícil fingir interés cuando de quien hablaban era de una buena chica. Nina cuidaba de su hermana o, al menos, eso parecía hacer a todas horas. No iba a ser fácil separarse de Yina. Sin duda, no era una buena opción para la pequeña, pero ¿qué pasaba con ella?

—¿Y si no lo hacen? —quise saber.

—Entonces, la dejaré muda de otra manera. —Sacó el abrecartas hincado en la madera—. No podemos dejar suelta a una persona que sabe más de nosotros. Y no a esa en concreto.

—¿Qué sabe? —intervine, haciéndome el tonto.

—Sabe que la familia del alcalde amenaza con pistolas, eso para empezar, y por tu culpa. ¿Te parece poco?

—Se interpuso en mi camino sin querer, padre. Ella no tiene la culpa.

Su cara cambió drásticamente. Fue similar a la del mismísimo Lucifer.

—A ver cuándo aprenderás que nos jugamos mucho en un puesto como este. La puta ciudad está bajo nuestro control desde hace veinte años. ¡Yo la llevo desde entonces! La gente confía en mí. ¿Cómo crees que les sentaría ver a su alcalde metido en cosas como las que hacemos? —Tragó saliva. Intentó tranquilizarse.

Fernando tomó la palabra:

—Aparte, también hay otras cosas que, con los años, han ido consiguiendo. Quiera o no, Hans no puede permitirse vacilarle a esa banda.

No, no me parecía poco realmente. Podía destruir la carrera política de Hans Blake. Aunque, siendo sincero, lo preferiría. Mi padre no se merecía un cargo así, ya que nos tenía a todos engañados. Había veces que me gustaría desaparecer.

Nina estaba en peligro.

«Está bien —me dije—. En el peor de los casos, la sacaré de donde sea».

Nina

Ya me quedaba poco para estar en mi casa; exactamente un día. Ya era viernes.

Durante el sol de la mañana llevé a Yina al colegio. No desayuné con Jon, como tampoco vi a mi madre borracha cuando llegué y entré en casa. No había hecho la comida, y mi padre no estaba.

Entonces me entraron muchas ganas de echar a correr. Necesitaba a Wen, pero ella estaba ocupada en las clases en las que debería estar yo. Sin embargo, no me quedaban fuerzas. Elegí quedarme sin clases, salir a pasear por el barrio y caminar por delante de las casas en ruinas.

El frío estaba presente porque el sol era débil; muy propio del invierno. Recordé el día en el que mi madre y yo conversamos sobre la rebelión. Aquel barrio fue el único que salió mal parado. Me habría gustado saber por qué solo la gente de allí mostró sus irritaciones. Era un poco sospechoso.

Quería saber dónde trabajaba mi padre; ya estaba harta de sentirme una idiota. Si iba a irme al día siguiente, adivinaría lo que me había estado preguntando toda la puñetera vida. Deseaba saber qué hacía cuando yo me ocupaba de la pequeña. La noche anterior conseguí de madrugada meter la mano en su maletín, logrando encontrar nada más y nada menos que una dirección, una fecha y una hora. No sabía dónde me llevaría aquella ubicación, pero me iba a arriesgar.

No me gustaba caminar sola por aquellas calles con olores que hacían que se arrugara mi nariz. Cuanto más me adentraba entre esos desperfectos antiguos, más se incrementaba la pobreza a cada paso. Esta vez no llevaba mi iPod colgado al cuello, así que tendría que estar alerta ante cualquier ruido.

Dos hombres en una esquina fumaban cigarros que habían recogido del suelo. Sus ropas viejas, agujereadas y manchadas, crearon escalofríos en mi nuca. No pasé desapercibida a sus miradas; es más, me buscaron. Asustada y

rápidamente, saqué una navaja. Pasé junto a ellos y se la mostré. Mi mano tembló.

—Como me toquéis, os rajo —los amenacé, creando un escudo invisible.

—Tranquila, chica... —Uno de ellos se limpió las manos en los pantalones y siguió caminando lejos de mí.

Desde el primer percance con Izan Blake, mi vida había cambiado demasiado. Él fue el primero que me apuntó con un arma. Desde entonces, aprendí la lección: no iría más por el barrio sin una con la que defenderme. Por lo tanto, pude respirar hondo y seguir mi camino.

Giré la calle y me encontré con una explanada inmensa, donde la basura con olores varios y los excrementos de animales hacían más horrenda la calle. Ya nadie vivía allí, excepto la gente que no tenía ni siquiera un techo. ¿Dónde diablos trabajaba mi padre? No entendía aquel lugar. Me encontraba muy cerca de una fábrica. Era grande y estaba abandonada, y no parecía que nadie trabajara allí.

Busqué otro edificio donde fuera más lógico encontrarlo, pero, aparte de la fábrica abandonada, no había nada más. Era calle cortada. ¿Por qué estaba arriesgándome de aquella manera? Realmente, lo sabía: estaba como loca por conseguir respuestas.

Me percaté del ruido de un motor que llegaba desde la otra calle. Me escondí detrás de un muro medio caído, avancé despacio para ver mejor y me quedé pegada a la valla de aluminio que escondía la fábrica. Estaba temblando y tenía mi corazón en un puño. Oí los coches entrar en el lugar; eran de una marca prestigiosa. No era gente de bandas. ¡Era gente importante! ¿Qué demonios hacía allí este tipo de personas? Entonces, recordé de dónde venía siempre mi padre, de dónde venía Izan contratando con otro coche cuando lo conocí. Me di cuenta de que todos debían estar allí por algún fin en común.

Necesitaba estar más cerca para entender algo. No había seguridad, así que supuse que intentaban hacer creer que no había nadie metido allí dentro. Tenía la sensación de que me estaba metiendo en un nido de víboras.

Por un momento, sentí la adrenalina invadir un espacio de mi corazón. Agachada y con movimientos cautelosos, pasé la entrada. Oí voces en el interior. Era un almacén desierto, donde solo había una mesa, unos cuantos muebles al fondo y una luz débil que colgaba del techo. Podría decirse que era parecido a una sala de interrogatorios.

En ese momento, otro motor entró en la fábrica. Debía esconderme, a pesar

de saber que ese motor se semejaba mucho al coche de mi padre. Rechinaba y parecía que se agotaba. Esa era la vieja camioneta, nuestro trasto familiar.

Solo tenía una opción: ponerme detrás de los bidones grandes de la entrada. Me senté y miré por la pequeña ventana rota que dejaba ver el interior. Eran exactamente seis hombres, todos trajeados, pero entre ellos había diferencias. Dos líderes y dos escoltas para cada uno. El líder que conocía no era otro que Hans Blake.

Mi corazón explotó de rabia. Era un maldito impostor...

Una moto aparcó al lado de los bidones justo detrás de mí. Pude oler a gasolina y notar el calor del motor. Aterrorizada, me escondí un poco más. La gente se había quedado callada esperando a los nuevos que habían llegado: a mi padre y a...

—¡Izan Blake! —Un frío recorrió mi espalda cuando oí la voz de mi padre—. ¿Qué te trae por aquí? —dijo con arrogancia.

—Es mi labor.

Izan mantuvo esa postura soberbia.

—Vayamos a ello. —Mi padre parecía otra persona.

Se juntaron, e Izan se dirigió al bando de su padre, que quedaba a su lado. Colocó el casco en la mesa y se cruzó de brazos tras poner recta la espalda. De forma arrogante, proclamó que continuaran.

—Veamos... —comenzó el alcalde—. Tenemos un pequeño problema en común, ¿verdad? Dijimos que la chica estaría fuera mañana. ¿Qué sucede entonces?

—La chica se queda —dijo firmemente mi padre—. Tenemos planes para mi hija y no va a ir a ningún lado.

Las manos de Izan se estrujaron. En ese momento, pude notar su tensión desde donde me encontraba, aunque consiguió mantener su compostura. Era bueno en eso.

Los dos líderes aún seguían manteniéndose las miradas.

—¿Qué tal te va, amigo? —le dijo Hans con voz amable—. ¿Qué tal está Yina en manos de tu mujer alcohólica? —La amabilidad se aplastó en segundos.

Mi padre golpeó la mesa y los demás no se movieron. Yo me habría asustado; de hecho, lo hice. Sin embargo, ellos debían estar más que acostumbrados.

—¿Quieres perder tu liderazgo? —lo amenazó mi padre—. ¿Quieres que

saque a la luz todo lo que has hecho?

—No lo sacarás. Antes, te mataré. —Se inclinó sobre la mesa—. Y sabes que lo haré sin remordimiento.

—Bien, entonces mátame. —Estrujó su camiseta y la despegó de su pecho con agresividad—. Pero tengo toda la información confidencial bajo manos que pueden destruirte en una llamada de teléfono. —Puso su dedo índice en el pecho de Hans—. Así que piénsalo antes de hacerlo.

Froté mi rostro, desconcertada. No podía ser, no podía ser que mi padre estuviera metido en algo ilegal. No podía ser...

Me sentí engañada, desconcertada y triste.

—Venga, dime qué deseas. No tengo todo el tiempo del mundo —añadió Hans, dando vueltas muy cerca de él.

—Deseo que dejes a mi hija en paz. —Miró a Izan—. Y tú. —Lo acusó con el dedo índice—. Tú también aléjate de ella.

—¿Perdón? —Izan estaba perdido.

—¿Qué has dicho? —lo encaró Hans.

—Tu hijo —lo señaló de nuevo con el dedo— está viéndose con mi hija.

—¿Que yo qué? —Golpeó de inmediato su pecho—. Yo no estoy viendo a su hija. Solo la vi el día que me crucé con su maldita cara, y me importa una mierda esa basura.

Mi padre miró con rabia a Izan. Sabía que estaba mintiendo, pero lo dejó estar.

—Así se habla, hijo. —Mi pecho dolió—. Reconstruyamos la situación... —Cruzó sus brazos detrás de la espalda y enlazó sus manos—. La dejaremos en paz, a no ser que pase algo más, porque, entonces, esa chica se irá del país sí o sí. Haz que mantenga la boca cerrada y entre nosotros no habrá pasado nada.

—Entonces nos veremos las caras cuando seas destronado... —aportó enfadado mi padre, y se retiró.

Los hombres acabaron con su reunión. Mi padre no les devolvió la mano que le ofrecieron, así que se limitaron a ponerse la chaqueta de nuevo y salir por la puerta. En ese momento, unos dedos enormes cogieron el cuello de mi camiseta descubierta por la cremallera bajada de la chaqueta. La capucha de pelo cayó rápidamente sobre mi espalda y mi cabello rubio destacó drásticamente. El vigilante me llevó a rastras hacia el interior del almacén.

Fui muy estúpida al pensar que no habría vigilancia. Si no hubiera estado

allí, habría vuelto a mi vida, estaría viva y me habría casado con Jon. Aunque, en definitiva, no sabía qué era peor.

Capítulo 8

RETENIDA

IZAN

La mano grande del vigilante abrió la puerta. Esta chocó contra la pared y el hombre robusto con cara de pitbull fue hacia nosotros. Llevaba a una chica colgada de su brazo; era rubia, delgada y con una piel bastante pálida.

Mi sangre se congeló cuando descubrí que era Nina. Pero ¿qué narices hacía allí? Habíamos conseguido dejarla viva. Maldita sea...

—Estaba detrás de los bidones, escuchando. —La tiró al suelo como si fuese mercancía.

Su padre se quedó paralizado en la puerta. No supo qué hacer. ¿Cómo protegerla ahora que sabía más de nosotros?

—¡Tu hija ha estado espiándonos! —Hans enfureció—. ¡Traedla!

La arrastraron por el suelo. Gimoteó, gritó y pateó el cuerpo del gigantesco hombre de seguridad. Su cuerpo se golpeó contra la mesa y su cabello se extendió por la superficie de esta. Sus ojos vidriosos crearon un fuerte dolor en mi interior.

—¡Soltadme, soltadme! —Intentó desasirse de los brazos de mi padre y de sus escoltas.

—¡Izan, ácala a las patas de la mesa!

Lo hice.

Fui a por las cuerdas, luego cogí su muñeca y la até a la pata de la mesa. La otra me costó más, ya que se retorció y me era casi imposible, pero al final lo conseguí. Muy a mi pesar, Nina ya estaba en nuestras manos. En ese momento, miré sus ojos azules, que se habían convertido en una marea alta que destrozarían todo a su paso. Estaban hundiéndome por dentro.

—¿Qué hacías ahí? —Hans golpeó fuerte su mejilla.

Gregorio gritó pidiendo piedad, e inmediatamente fue agarrado por nuestros hombres. Nina gritó de dolor. Aun así, estaba siendo valiente, ya que no desvió sus ojos de los de mi padre. Gregorio se movió hacia ella cuando los escoltas lo soltaron.

Me sentí tan culpable por estar quieto mirando cómo la maltrataban... Estaba inquieto, pero mi padre no debía saber que estaba sufriendo por una mujer. Una mujer de River...

—¡Maldito hijo de puta! —Nina escupió en su cara—. ¡Embustero!

—¡Pégale! —Ordenándomelo, golpeó mi hombro—. ¡Pégale por lo que le ha dicho a tu padre! —exigió con aquella voz grave y la mirada tan fría que te congelaba en segundos.

Si no hubiera hecho nada, si no hubiera acatado su orden, lo habría hecho él mismo. No dejaba a la gente así como así, y mucho menos cuando lo insultaban. Siempre quería acabar su plan él solo.

Lo que quería en aquel momento era demostrarle a la gente que me importaba una mierda esa chica, que lo que había dicho Gregorio antes solo había sido una acusación sin fundamento. Tenía que hacerlo, debía hacerlo... ¡Joder!

—¡Vamos! —Me empujó hacia ella.

Su cara no mostró miedo; más bien decepción. Sus lágrimas bajaron hacia sus labios, dejando el recorrido en su rostro. Tenía la mejilla roja y dolorida, por lo que no estaba dispuesto a darle en el mismo sitio. Se me hacía muy complicado. No podía... No podía... Pero si no lo hacía, mi plan se iría a la mierda. Y debía sacarla de allí con vida. Probablemente, yo era su única opción.

—¡No le digas eso a mi padre, niñata!

No debía pensar, pero no pude evitarlo. Tardé más de lo normal tras decir aquella frase. Deseaba que las venas se me congelaran, volver a mostrar la faceta de mi padre: la faceta de un asesino. No obstante, esos ojos fijos en mí no me dejaban.

Levanté la mano izquierda, que era en la que tenía menos fuerza. «No puedo, no puedo», me repetía en mi interior. Joder, cómo me odiaba a mí mismo. Ojalá el infierno me arrastrase por aquello.

Sus ojos azules vieron que me estaba paralizando. Entonces, lo hizo: asintió con la mirada. Me pidió que continuara, que le pegara. Debí pensar que era la única manera de salvarnos. Y, posiblemente, la era.

El golpe fue horroroso. Terminó por comerme por dentro. Me odiaba. Había destrozado una cara preciosa, un hermoso rostro, único e indescifrable en aquel momento. No podía soportarlo. No podía ver cómo su cabello dorado tapaba todo su rostro por la fuerza de mi mano. Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos. Por suerte para mí, el reproche no estaba en ellos. Me miraba como lo hizo cuando le salvé la vida. Eso me tranquilizó por unos segundos antes de que mi padre volviera a hablar:

—Toma —dejó su pistola en mi mano—. Mátala.

Mi cuerpo se escandalizó, igual que el de Gregorio, pero Hans ya había pensado en el punto débil de Gregorio. No sabía si la quería, si realmente amaba a su hija o solo era un objeto, pero la necesitaba viva. Si hacía el intento de matarla, estaba claro que él ganaba.

—¡¡No!! —Gregorio corrió hacia mi posición—. ¡No la matéis! —Se colocó delante del cañón.

—Hagamos un trato. —Hans frotó sus manos, contento—. Tú me das lo que tienes de mí, absolutamente todo, y yo te devuelvo a tu hija. La dejaré tranquila. —Levantó las palmas de las manos en forma de tregua—. ¿Qué me dices?

Gregorio no dijo nada en ese momento. Se quedó pensativo, y fue un error. Bajo las amenazas de mi padre, nadie debía quedarse más de un minuto pensativo, o actuaría. Por suerte, aún estábamos a tiempo de que la dejara con vida. Bueno, realmente no era suerte; hablábamos de intereses.

Al no ver ninguna reacción por su parte, mi padre dio un paso para que apuntara de nuevo a Nina. Ella se estremeció de nuevo, pero con ese orgullo que mantenía en todo momento.

—¡Está bien, suéltala! —Me quitó el arma en un movimiento rápido—. ¡Déjala! —me exigió mi padre. Gregorio hizo ademán de quitarle las cuerdas que la mantenían atada—. No, no... —le indicó serio—. La chica se quedará aquí hasta que me traigas lo que es mío. Un trato es un trato, y hasta que no esté cerrado, ella no se irá.

Bufó con resignación tras dirigirle una mirada de afecto a su hija —o aquello fue lo que yo interpreté—, y se alejó con todos los que lo acompañaban. Desapareció por la puerta y corrió hasta su coche. Los demás aliados se quedaron observándonos. Le entregué el arma a mi padre. Acto seguido, agarró mi hombro y sonrió, orgulloso de su hijo. Supe desde el principio que era una prueba de fuego que había conseguido pasar... Pero yo no estaba orgulloso; estaba molesto, muy molesto.

—Vigila a la chica... —me dijo cuando se fue hacia la puerta—. Y vosotros dos quedaos en la puerta de fuera. Donde quiera que tenga esa información, no vendrá hasta mañana. Ella se quedará aquí. Yo debo hacer algo. —Se despidió sonriente.

Los dos escoltas fueron hacia la puerta para abrísela. Luego, mi padre hizo rugir el motor y se fue en menos de un segundo. Los escoltas se quedaron

de brazos cruzados vigilando la calle.

En ese momento, pude soltar mi frustración. Estaba solo y podía permitirme sentir sufrimiento y deshonor. Inmediatamente, una lágrima salió de uno de mis ojos. Nunca antes había sentido lástima por nadie. Mejor dicho, nunca nadie antes me había importado. Solo había llorado dos veces en mi vida: una cuando Gisela se fue de casa y otra en ese momento.

Retiré la lágrima antes de volverme hacia el rostro de Nina. Mantuve la cabeza agachada porque no sabía cómo acercarme, pero lo hice. Necesitaba pedirle las disculpas más sinceras que nunca nadie había obtenido de mí. Puse mi mano inquieta en su mejilla, ardiente por la bofetada que le había propinado ingratamente. Acaricié su piel; estaba hinchada. Me odiaba por ello. Giró la cara, huyendo de mi mano, la cual buscaba miles de disculpas.

—No me toques... —Sus lágrimas llegaron a sus labios.

Aún se encontraba atada, así que aquello eran puntos a mi favor. Tenía que hacerle entender que no había querido hacerlo. En el fondo, estaba seguro de que lo entendía.

Forcé su cabeza para que la levantara. Me miró de soslayo. Gracias a la fuerza que mantuve, pude sostener su cabeza recta y conseguir mirarla de frente. Tomé su mentón y la miré con ojos culpables.

—Yo no quería... —De nuevo, una lágrima corrió por mi mejilla. Esta vez, ella logró verlo—. Yo no quería tocarte...

No iba a perdonarme y, en parte, eso me molestaba. No es que quisiera nada con ella, pero me molestaba que mi lealtad hacia la justicia fuera manchada por culpa de mi padre. Si quería derribarlo, era lo que debía hacer, al menos hasta que fuera el momento indicado.

Nunca había imaginado tomar un camino diferente al suyo, pero el orgullo hacia él murió. Hacía mucho tiempo que había muerto. Desde el momento en el que me metí en sus asuntos, murió. Yo lo imaginaba luchando por una ciudad justa, sentado en su sillón y conversando con la Junta sobre la ciudadanía. Creí que era legal, creí que era el padre justo y más leal de la Tierra. No obstante, como yo, había mucha gente engañada en la ciudad.

A riesgo de recibir algo obsceno por parte de Nina, no pude evitar acercarme a su mejilla dolorida y regalarle un beso en la piel inflamada y ardiente. Y me esforcé para que las palabras en su oído sonaran tan sinceras como las lanzaba mi corazón:

—No he querido hacerte daño. —Besé de nuevo su mejilla—. Pero he

tenido que hacerlo.

Giró unos milímetros su cabeza. En ese momento, nuestros labios estuvieron tan cerca..., a unos milímetros de distancia. No los había experimentado de cerca. Eran muy hermosos, aun estando empapados de lágrimas. No evité esa pequeña distancia, sino que dejé que dijera lo que tuviera que decir así de cerca.

—Soy basura, ese tipo de basura con la que la clase alta no debe juntarse, ¿verdad?

—No he querido decir eso tampoco. —¿Cómo explicarle que había sido por su bien?—. Quería protegerte. Si se enteraban de que... —me distancié un poco—, de que nos veíamos, los dos estaríamos muertos.

—Preferiría morir. —Agachó la mirada—. No te quiero ver, Izan. Sal de mi mísera vida.

Esas palabras destrozaron mi fuero interno. Había estado arriesgándome por ella, pero no debía saberlo, como tampoco podía sentirlo con la misma intensidad con la que yo lo sentía en mi interior. Solo conseguía a duras penas ver el exterior; incluso, a veces, ni eso dejaba que viera nadie. Aquello, desgraciadamente, me lo enseñó mi padre desde muy pequeño: no sentir nada, controlar las situaciones y calcular tus pasos, así como actuar sin remordimientos.

—Tranquila... —Me rasqué la nuca, nervioso—. Cuando todo esto acabe, no tendrás que verme más.

—Genial. —Retiró la mirada de nuevo—. Lo estoy deseando...

No dijo nada más.

En silencio, los minutos pasaron y, con ellos, la noche avanzó. Nina intentó apoyarse en la mesa para poder dormir, pero las cuerdas no le dejaron sentirse cómoda. Me levanté de la silla y agarré el cojín que Max me había dejado hacía un par de minutos.

—Nina... —Como acto de buena voluntad, corté las cuerdas con la navaja—. Ven.

Al desvelarse, pareció no saber dónde se encontraba. Estaba desorientada y se retorció en mis brazos intentando huir de mí. La detuve justo a tiempo, antes de que pudiera gritar. Eran las cuatro de la mañana y los escoltas seguían vigilando en el exterior.

Le quité los mechones de su cabello de la cara. Estaba llorando. Había estado llorando mucho tiempo. No podía verla así. Me estaba ardiendo el

cuerpo por dentro.

—Tranquila. Ven, tranquila... —Acaricié su cabello, que se encontraba enredado y despeinado—. Confía en mí.

La tomé entre mis brazos a la vez que recogía su chaqueta del suelo. Me senté en la silla y puse su cuerpo en mi regazo. Coloqué el cojín en mi cadera, facilitándole la postura en aquella silla incómoda, y acomodé su cabeza en mi hombro. Tenía la piel fría, y tiritaba. Aquel frío provenía de su falta de ropa, ya que solo llevaba una camiseta de manga larga pero de tela fina, porque, con anterioridad, mi padre le había quitado la chaqueta para hacerla sentir desprotegida entre tantos hombres.

No podía dejar que siguiera pasándolo mal. Entonces, la cubrí con la chaqueta y ella se acomodó sola junto a mi cuerpo. Y, por fin, logró dormir.

Sus respiraciones continuas y ajetreadas me hicieron sentir compasión. Era demasiado injusto lo que le estaba sucediendo. Era inocente. ¿Por qué ella? ¿Por qué tuve que meterla en eso? Si no la hubiera amenazado...

No dejaba de pensar que fueron demasiadas coincidencias. ¿Ninguno de los dos pudo evitarlo? De todos modos, y definitivamente, las cosas pasaban por algo. Y debía aprender a interpretar esa mierda de señales.

Nina

El contraste de temperatura al que estaba acostumbrada cada mañana me hacía saber que no me encontraba en casa ni en mi cama, y mucho menos junto a mi almohada. Era parecido, pero se notaba carnal. Era un calor humano pegado a mi cuerpo delgado. Estaba encima de un cuerpo robusto y fuerte.

En cuanto levanté la mirada, me vi encima de él. Él no estaba dormido; estaba mirándome. Aún seguía aturdida, observando el entorno. Entonces, el dolor en mis mejillas me recordó lo sucedido hacía unas horas. Había dormido entre sus brazos grandes y con un cojín en mi espalda toda la noche. Por ello, no me había desvelado. Había sentido comodidad.

—Levántate, Nina. —Acarició mi cabello antes de abrir los ojos con intensidad—. Están viniendo. Vamos, súbete a la mesa, rápido.

Me sujetó de uno de mis brazos y luego de mi cintura para ayudarme a levantarme. Me separé de su cuerpo y el gélido frío de la mañana azotó mi piel. Me dolían tanto las piernas que no pude siquiera hacer el impulso de subirme a la mesa de metal.

—Déjame ayudarte. —Con seriedad, abrazó mi cuerpo y me levantó. Conseguí quedarme tumbada de nuevo sobre la mesa. No podía dejar de llorar, me sentía basura.

Ató de nuevo las cuerdas en mis muñecas. Fijé la vista en las marcas. Aún podían verse las anteriores, pero ya no dolían. Sentada en la mesa, esperé a que mi padre llegara. Por último, antes de que los coches entraran de nuevo en el recinto, Izan se acercó a mi oído.

—A partir de ahora, no tendrás que verme más. Se acabó, ya estás a salvo. ¿De acuerdo? —Deslizó la palma por mi brazo—. Sé que no lo entiendes, pero perdona por lo de ayer. —Suspiró apenado—. ¡Ah! —se giró de nuevo hacia mí—, y sigue cuidando de Yina. Eres una gran madre.

Nunca me habían llamado madre antes. Sabía que lo parecía cuando caminaba por las calles de la ciudad, pero nadie antes había empleado esa palabra para aludir a mi relación con Yina. Eso me hizo sentir mejor.

—Cuídate mucho, niña. —Besó mi mejilla tal y como lo había hecho hacía unas horas: de una manera dulce.

Estaba a punto de decir su nombre, de reclamarle algo, pero los coches entraron en el recinto y nos quedamos callados. Izan volvió a borrar su faceta original y se quedó con la de controlador. Puso sus manos en los bolsillos y estuvimos esperando a la llegada del pacto cerrado.

—Aquí está todo. —La voz de mi padre me hizo querer vomitar—. ¿Cerrado?

—Devuelve a la chica —le ordenó Hans a su hijo—. Desata las cuerdas.

Asintió, se giró sin dirigirme la mirada, como tampoco ninguna palabra. Cortó las cuerdas, sujetó mi antebrazo y, lentamente y con cuidado, me dejó en manos de mi padre. Los brazos de mi padre rodearon mi cuerpo y me arrastró despacio hacia su coche.

No sentía las articulaciones ni el cuerpo en sí. Me puse el cinturón de seguridad y nos alejamos con rapidez. Adiós a mi vida normal, adiós al poco cariño que mantenía hacia mi padre. Adiós a mi estado emocional estable. Tendría pesadillas hasta el fin de los días, pero, al final, muy al final, la esperanza me esperaba y la fortuna se centraba en que estaba viva por beneficio; aunque viva, al fin y al cabo.

Y... adiós a Izan Blake.

Capítulo 9

DICHOSA CONCIENCIA

IZAN

Las semanas siguientes vi en mis sueños cómo era yo. El Izan despiadado le pegó a una pequeña rubia en una mesa de metal, y su rostro se cruzaba entre las imágenes de mi subconsciente. Gritaba... En el sueño, gritaba. Lo hice más de una vez.

Había percibido el sentimiento de culpa justo en una capa de mi piel impregnada de sudor frío. Quería marcharme durante un tiempo, responsabilizarme de la mala suerte de Nina, esa niña indefensa pero con ese orgullo en los ojos, esa fortaleza...

Mi fuero interno deseaba aparecer de nuevo en su vida y decirle que lo sentía, que todo lo que hice fue para protegerla, para proteger a una chica inocente de un hombre despiadado. Pero a veces me preguntaba si no era de mí mismo de quien estaba protegiéndola realmente. De una manera o de otra, ella no se iba de mi cabeza.

Nina me dijo, en más de una ocasión, que era el tipo rico a quien no le importaban lo más mínimo los demás. Pero eso no era verdad, todo era mentira, y no quería ser ese hombre, no quería serlo nunca más... ¿Por qué cojones no se me iba de la cabeza?

Estando en la habitación, relajado en un extremo de la cama y abstraído en mis pensamientos, Carolina salió de la ducha, solo cubierta con una toalla lo bastante pequeña como para verle gran parte de las nalgas. Hizo movimientos eróticos cuando se acercó a mí, sin embargo, ni mi conciencia ni la parte de hombre que tenía me dejaba hacer ningún movimiento. La conciencia llevaba agotándose desde hacía dos semanas exactas.

—¿Qué es lo que te pasa? —reclamó saber. Estaba indignada.

—Nada. No me pasa nada. —Me puse los tejanos y volví a sentarme.

Busqué el paquete de cigarrillos en el pantalón. Allí estaba mi vicio.

Ese mismo día, y durante las semanas anteriores, no había ido a buscar mi café preferido. No quería cruzarme con el bello rostro de Nina. Era evidente que pertenecíamos a mundos distintos y, para colmo, nuestras familias serían capaces de hacer cualquier cosa por su reputación. Si en eso estuviéramos entremetiéndonos, podrían llegar a matarnos.

—Estás muy distante —aseveró con voz agotada.

—Son todos los papeles del ayuntamiento, que me tienen loco. No tengo nada organizado aún del comité, y... —Estaba excusándome. Trataba de excusarme todo el tiempo.

—Está bien. —Se alejó con sus andares finos; demasiado finos para mi gusto.

Comenzaba a desear que se alejara de mí. No quería tenerla pegada a mi espalda todos los días de mi vida. Ya sabía que era lo que me había tocado, y muchos desearían estar donde estaba yo, pero a mí me daba exactamente igual.

—¿Quieres dar una vuelta por la ciudad?

—No —contesté de inmediato, incluso sonó estúpido—. Tengo que ir a trabajar.

Tuve montones de órdenes durante todo el día. También las daba, aunque no tan exageradamente como mi padre. Hans, durante las dos semanas que había estado tras su pista, visitaba un lugar llamado Yin, un prostíbulo alejado de la ciudad. Sabía que mi engañaba a mi madre; tenía constancia desde hacía tiempo. También que aquel lugar, no permitido para nadie de un estatus más bajo, estaba subvencionado completamente por él. Era un local que no estaba permitido, como tampoco las discotecas ni nada relacionado con los ambientes que eran considerados tóxicos. Daba por sentado que mi madre debía imaginarlo. Creía que estaba al tanto de todo. No obstante, prefería mantener la boca cerrada sobre lo que hacía mi padre.

Durante esos días que me dediqué de lleno a revisar más de una cosa que mi padre hacía a mis espaldas, observé que mantenía contacto con sus allegados, queriendo así descubrir quién quiso matarlo a través de un francotirador. Sabíamos que la orden había venido del bando contrario, de aquella banda que no le tenía ninguna estima a Hans Blake, a quienes no les gustaba que llevara el mando la ciudad. Los compadecía, pero tampoco estaba a favor.

—Buenos días, Izan.

Fernando, aquel amigo de mi padre tan legal como siempre, me entregó otro montón de papeles por firmar.

—Buenos días. —Me froté la frente—. ¿Qué es todo esto?

—La gente que debe venir al comité. Son invitaciones que debes firmar.

—Perfecto —le solté algo insolente.

Mientras el alcalde estaba todo el día dando tumbos por sus lugares

interesantes, yo me quedaba allí, en esa mesa, muerto de asco y corrigiendo todas sus ausencias. En definitiva, parecía más el alcalde que él mismo.

—Una pareja de ciudadanos quieren ver al alcalde. Como no está, ¿les digo que pasen igualmente?

—Sí. —Tragué saliva—. Diles que pasen. —Me puse bien la corbata e inspiré.

La puerta de mi despacho se abrió y dos personas de clase baja entraron miedosas. Llevaban ropa simple y descuidada. Sus ojos estaban hinchados y las lágrimas de varios días, incrustadas en sus lagrimales. Me dio pena ver a aquellas personas indefensas.

—Buenos días, señor. —Se inclinaron ante mí.

—Buenos días, señores. —Les ofrecí con amabilidad que se sentaran—. Por favor...

La pareja disfrutó al sentarse en los sillones grandes y cómodos de piel. Volví a sentir pena por ellos. En su día lucharon por la justicia, no hicieron nada malo. No sabía bien el motivo por el que se desató la rebelión, a parte de la Ley OSDE, pero estaba dispuesto a encontrar más información.

—Díganme, ¿qué desean? —Aparté la dichosa pila de invitaciones y me centré en sus caras.

La mujer miró al marido asombrada y se tocó el cabello, nerviosa. El hombre puso su mano sobre su pierna como gesto de apoyo.

—Usted... —me miró de arriba abajo— nos trata como personas...

Me senté en el lado de la mesa y crucé las manos.

—¿Acaso no son personas? —pregunté sorprendido—. ¿Cómo quieren que les trate?

—No... —negó confundida—. Es que su... —La mujer se tocó el cuello. Estaba de los nervios—. Su padre nos trató como...

—Basura. Por sus caras, tiene pinta de que les trató literalmente como una basura, ¿verdad?

—Sí... —admitió su marido—. Teníamos miedo de volver... —confesó más calmado.

La mujer comenzó a llorar.

He dicho, en múltiples ocasiones, que no me gustaba ver llorar a una mujer, y apresurado por hacer que su dolor descendiera de nivel —aunque simplemente fuera un poco—, moví el sillón para llegar a los cajones grandes del escritorio. Le entregué un pañuelo de papel y le dejé el pequeño paquete

encima de la mesa. Ella volvió a sorprenderse.

—Gracias. —Se lo llevó a los ojos y sonrió.

Me reconfortó verla sonreír.

—Ahora soy yo el que está escuchando. Olviden lo que pasó. —Toqué su mano sin pudor—. Díganme, qué sucede.

—Cómo empezar... —Suspiró. Se miraron entre ellos, desconfiados—. Hace unas semanas, vinimos a ver al alcalde. Le pedimos ayuda porque mi hija está muy enferma. Necesita un trasplante de hígado. Ella es muy muy pequeña. —Las lágrimas brotaron de sus ojos—. Su padre no nos dejó ni explicarnos. Todo el mundo dice que el alcalde es buena persona. Dicen que es el mejor, pero...

—Yo tampoco estoy de acuerdo con muchas cosas que hace. Pero volvamos al problema.

Preparé dos vasos de agua de la máquina. No me importó hacerlo por ellos. Siempre he tenido mi lado honesto. Sin embargo, mi padre había matado muchos puntos honestos de mi cerebro. Desearía reconstruirlos cuando la vida me dejara. En esa ocasión, tuve la oportunidad.

—Tomen. —Puse los dos vasos en la mesa—. ¿Qué les hizo volver a intentar hablar con mi padre?

—No... —habló el hombre—, es que sabíamos que estaría usted. Al menos, intentaríamos hablar con usted.

—¿Por qué razón? —pregunté curioso.

No es que la gente supiera mucho de mí.

—Nos dijeron que confiáramos en usted —añadieron sonrientes.

—Bien... —respondí desconcertado—. ¿Quién les ha hablado tan bien de mí?

No me contestaron, solo siguieron sonriendo. Me froté la frente y pensé en el problema de nuevo. ¿Cómo podía ayudarlos? Debía haber una solución para ello. La pareja estaba muy afectada, y esperaban que reaccionara.

—¿El hospital público? Las tasas son más económicas.

—No tenemos para eso. —La mano de la mujer tembló—. Además, no tenemos derecho a ello. No trabajamos para la sociedad.

—Bien. Denme sus nombres y apellidos, y también los de la niña.

—¿Va a ayudarnos? —se apresuró a decir, fascinada—. ¿Qué es lo que va a hacer? —Los ojos de la mujer se iluminaron.

—Sus datos, por favor. —Les entregué un papel para que escribieran.

Me entregaron su identificación. Por lo visto, incluso estaba caducada. Cuando rellenaron toda la documentación, vi a la niña en la foto de su carné. Era bonita. Eso me dieron más ganas de ayudar a la pareja. Miré la dirección postal, y entonces lo supe. Supe por qué mi padre ni siquiera los atendió. Provenían del barrio de River.

Hice la llamada.

—Hola, buenos días. Le llamo del despacho general del ayuntamiento. Soy Izan Blake, y quisiera hablar con el director del hospital, si es tan amable, por favor.

La pareja se cogió de la mano, nerviosos. Necesitaban una esperanza, y vinieron a mí. La tendrían. Haciendo aquello, al menos me sentía mucho mejor que firmando diez mil invitaciones.

—Hola, señor Montes. Mire, tengo un caso sobre mi mesa que han rechazado por falta de liquidez. Se trata de los padres de Gregoria Gala, una niña que necesita un trasplante de hígado. —Esperé a la respuesta de confirmación—. Verá, esta pareja trabajará en Asuntos Sociales. Tendrá liquidez para poder hacer el trasplante. Necesito que los ponga en la lista de espera. Es un favor privado. Ya sabe. —El director lo comprendió, respetuoso—. Muchas gracias, señor director. Nos mantenemos en contacto. Gracias de nuevo.

La mujer, con el abrigo grueso, largo y manchado, se levantó del sillón. El hombre aún seguía sentado en él. No daban crédito a mis palabras. El marido le indicó que se sentara.

—Estarán en lista de espera. Les llamarán en un periodo de una semana. Si no les llaman, entonces, vuelvan a mí para volver a insistir. —Les entregué mi tarjeta—. Esto es para ustedes. Les ayudaré económicamente para la operación.

—Oh, Dios mío... —La mujer juntó las manos—. Gracias, muchísimas gracias.

—Ha sido un placer, de verdad. —Dejé mi mano en el aire para que la estrecharan.

Tenían una sonrisa de oreja a oreja. El hombre estrechó mi mano bastante fuerte. Estaba contento; lo vi sonreír de perfil. Me agaché hacia el cajón y cogí un dulce para los niños de las asociaciones.

—Señora Yanira. —Le entregué el dulce—. Para su hija. —Lo cogió sin miedo. Confiaban en mí.

—Ella tenía razón... —añadió de repente.

El hombre lo corroboró:

—Sí que la tenía...

—¿De quién hablan? —Les pedí explicaciones ante sus ojos de admiración.

—Verá, en el barrio de River, nadie cree en el alcalde. Todos lo odiamos. Pero ella... —Me sorprendí por aquellas palabras y escuché atentamente a la feliz pareja—. Ella dijo que usted tenía un buen fondo. —Sonrieron—. Dijo que nos ayudaría, que solo preguntáramos por usted. Le hicimos caso y ahora mi hija puede ser salvada. Ella tenía razón... —No dejaba de repetirse.

—¿Quién es ella? —Me tembló el labio. El nombre de Nina me vino a la cabeza.

—Una chica de River. Es rubia, con ojos muy claros. Creo que se llama... —Se llevó la mano a la barbilla y pensó—. ¡Nina, Nina Larson! —acabó diciendo el hombre—. Ella nos dijo que podíamos contar con usted.

Sonreí. Estaba sonriendo. «Pero deja de sonreír así —pensé—. ¡Pareces idiota!». Después de semanas, en solo un día habían conseguido sacarme una sonrisa. Nina los había enviado. Seguía confiando en mí. Ella lograba ver más allá de todo. Lo demostró en muchas ocasiones, y seguía haciéndolo. Volvió a mi mente la imagen de la chica delgada, rubia y con una sonrisa mágica. Nina, una chica que no debería pertenecer a la vida de mierda que tenía. Ella y Yina se merecerían algo mucho mejor.

—Si vuelven a verla... —esboqué una sonrisa—, díganle que estoy aquí para lo que necesite.

—Se lo diremos. —Se cogieron muy contentos de la mano—. Muchísimas gracias. De verdad, nos ha ayudado mucho.

—No es nada. Ha sido un placer poder ayudarles.

Estreché sus manos y, segundos después, la puerta se cerró. Me quedé allí solo, sentado, con una sonrisa de idiota. Tontee con los dedos en el escritorio, como un auténtico capullo. Teniendo un montón de invitaciones del comité por firmar, saqué las fuerzas necesarias para seguir machacando el sello contra los papeles. Me daba exactamente igual. Era feliz porque Nina seguía pensando que mi corazón tenía parte de pureza. Aquello me hizo pensar que no me había fallado a mí mismo, ni a mi juicio ni a ella.

Y yo bien sabía que mi corazón era puro y no se equivocaba.

Nina

No disfruté del silencio en el coche con mi padre. Antes solía hacerlo. Solíamos ir con Yina al parque de atracciones, donde se subía con nosotras y nos abrazaba continuamente. En el coche nos hacía bromas moviendo el volante de manera exagerada. Tía Juliet golpeaba su brazo desde el asiento de atrás. Yina lloraba y mi madre le decía: «Deja de hacer eso, o nos matarás a todos». Siempre fue un tanto seca con todos. No aparentaba estar muy a gusto con su familia.

Cuando comencé a hacerme mayor, todo cambió. Querían sacar beneficio de mí...

Durante las semanas siguientes, fui a la biblioteca, a los cursos de administración y a la cafetería. Incluso me atreví a caminar por el callejón. Me dio miedo el primer día, pero luego lo tomé por costumbre.

Paseando, le di mil vueltas en mi mente. Tonta e inexplicablemente quería volver a ver a Izan en mis pensamientos. Era consciente de que era mi propia elección. No era lógico que entre aquel capullo y yo existiera algo más que una pura locura. Sin embargo, divagaba cuando recordaba la línea de la camiseta marcada a la perfección sobre su dichoso cuerpo esbelto, así como no olvidaba aquellos ojos verdes que cambiaban de tonalidad según la luz.

Retiré mis pensamientos inoportunos cuando, en medio de mi camino, me encontré con una pareja que caminaba con la cabeza agachada. La mujer lloraba y la niña que sostenía en sus brazos temblaba. Un corrillo de gente los rodeaba. Nunca antes había visto a tanta gente volcada en ellos, en su situación.

Por lo que fui enterándome mientras me metía entre la gente, la niña necesitaba un trasplante de hígado. Explicaban que podría morir en poco tiempo si no se realizaba. El dinero era su problema, y contar con un gobierno tan injusto como aquel no ayudaba en nada. La gente de River no creía en la esperanza, pero yo sí creía que existía. No exactamente para mí, pero para muchos pudiera ser que sí.

Yina, que llevaba todo el rato de mi mano, se soltó y se metió entre la gente. Llegó para abrazar a su amiga Gregoria, la niña enferma. A pesar de ser unas crías, entre ellas se entendían a la perfección. Yina siempre iba de su mano cuando salían por la puerta del colegio, y ahora entendía por qué estaba

tan volcada en ella. Gregoria era muy pequeña, como Yina, y se merecía un futuro.

—¿Por qué no prueban a hablar con el ayuntamiento? Quizá les ayuden — comenté en voz alta.

Fui extorsionada por las malas palabras de la gente a mi alrededor.

—Fuimos. Nos trataron como basura —me contestó la madre al tiempo que acariciaba la melena de su hija—. ¿Qué más puedo hacer? —suplicó entre llantos.

Me metí más entre el gentío y empujé a gente delgada que era fácil de mover. No se molestaron, y pedí disculpas mientras intentaba llegar hasta Yina. Me acerqué a la pareja, que estaba sentada en su portal. Era una puerta medio rota y con las paredes negras por los incendios.

El ayuntamiento no había ayudado ni siquiera a reformar el sitio. Por lo tanto, ¿quién podía creer en ellos? Sin embargo, no dejaba de pensar que había alguien en quien sí creía, y aunque no pudiera tenerlo cerca, podía ayudar a otros. Estaba segura de ello.

—Señora Yanira —coloqué mi mano encima de la suya y de la niña—, sé con quién pueden hablar. Vaya al ayuntamiento y pregunte por Izan Blake. Puede que él les ayude.

—Es el hijo del alcalde —comentaron algunos—. ¿Qué diferencia hay? —dijeron, riendo con sarcasmo.

—No es lo mismo. Él tiene un corazón puro. —Miré hacia la gente acumulada—. Él es honesto. No es como su padre.

Era la primera vez que admitía que aquel capullo tenía buen fondo. Lo dejé caer como una esperanza. Lo que ellos no sabían era que yo decía la verdad. Izan siempre había querido ayudarme. A pesar de todo, quiso mantener a Yina a salvo, como a mí y a mi familia. Aunque mi padre no entendiera eso, pues decía que trazaba los mismos pasos que su padre, sabía que no era así.

En el fondo, su corazón era puro. Pude verlo en sus ojos el día que besó mi mejilla y me acurrucó entre sus brazos. No le importó que no llevara ropa de marca o que no calzara zapatos de tacón. Él vio algo en mí que yo misma no había conseguido apreciar aún. En cambio, yo sí conseguí ver su corazón. Y, aunque sabía por descontado que no seríamos amigos nunca, podía garantizar que conocí a dos Izan Blake. Y quisiera o no, debía confesar que me gustaron los dos.

Volviendo a casa con Yina como cada día —como una rutina—, me pidió que la subiera en mis hombros. Acabé destrozada, pero no tenía precio ver su sonrisa emotiva.

Por el callejón, Gregoria corrió contenta y, dando saltos, tocó los dedos de mi hermana cuando nos alcanzó. Sus padres estaban felices; ya no lloraban. La esperanza lucía en sus caras. Solté a Yina de nuevo en el suelo y me paré para escuchar lo que querían decirme:

—Tenías razón, Nina. —La mujer me abrazó.

—¿Qué les han dicho? —le pregunté entusiasmada—. ¿Van a ayudarles?

—Nos va a ayudar —remarcó en singular, con cierta gracia—. Él tiene corazón.

—Se lo dije. —La abracé de nuevo—. Sabía que les ayudaría.

—Nos ha dado un trabajo social y ha colocado a Gregoria en lista de espera. —Abrazó a su marido—. Izan Blake es un hombre con corazón.

—Lo sé —dije con firmeza. Estaba orgullosa de mí misma—. Confiaron en mi palabra.

—Sí, gracias a Dios. —Cogió a su hija y, cuando fue a meterse en casa, terminó diciendo—: Por cierto... —Me detuve antes de continuar mi camino—. Me ha dicho el señorito Izan que te diga que lo tienes para lo que necesites.

Me puse a reír como una niña. Acababan de contarme casi un chiste. Sabía que era ironía, ya que jamás nos veríamos. De hecho, él mismo lo dijo. Aun así, de aquella manera, todos los problemas que tuvimos durante semanas estaban más que zanjados.

Mi madre no estaba en casa. Decidió dar una vuelta con la madre de Jon, o eso me había garantizado. De lujo. No tenerla en casa era un completo sueño. Aunque no estaba sola. Mi padre vagueaba por la cocina con la mano en su frente, todo el rato de arriba abajo, de abajo arriba. No paró ni un segundo con el café en la mano. El cigarrillo se le acabó y se apagó en sus dedos. Chasqué la lengua, inquieta. El silencio en aquella casa era habitual. Solo Yina lo rompía con alguna tontería, pero estaba demasiado ocupada pintando aquel dibujo que le había enviado la profesora.

—Nina, ¿puedes sentarte un momento? Tenemos que hablar. —Rechacé la invitación. Insistió una vez más—. Por favor...

—¿Qué es lo que quieres? —añadí, hecha un puro nervio mientras me hacía una cola.

Le puse a Yina sus dibujos favoritos, con el volumen más alto que de costumbre, y le entregué su merienda. Era un pequeño bocadillo que le había comprado en la cafetería. Intenté que no se enterara de nuestra conversación.

Mi padre hizo que me sentara en la cocina. No me gustaba sentarme allí. Era el lugar donde mi madre se emborrachaba cada mañana y a cada hora. También el lugar donde siempre caían los sermones. Llevaba así muchos años. Lo odiaba. Al final, obedecí suspirando. Me toqueteé la coleta que acababa de hacerme, atemorizada mientras esperaba lo que tenía que decir.

—No quise pegarte esa noche... —Se rascó la nuca, nervioso—. Han pasado muchas cosas en esta familia, Nina.

—No me interesa. —Comencé a levantarme, pero me lo impidió—. Me casaré con Jon. ¿Contento? Ya está. Punto. ¿Puedo irme? —dije enfadada, incluso conmigo misma.

—No es eso de lo que quería hablarte. —Me cortó el enfado.

Las bolsas de sus ojos habían comenzado a ser cada vez peor. Aparentaba estar derrotado. Nunca había querido preguntarle sobre su situación laboral, como tampoco sobre su vida. Estábamos demasiado separados como para algo así. Llevaba años sin hablarme cara a cara de aquella manera.

—¿Entonces...? —insistí.

—Quiero hablarte de los Blake —añadió, consiguiendo sobresaltarme.

Por tercera vez consecutiva, el apellido Blake rebotó en mi cabeza. No, no quería saber nada de los Blake. Hans era un criminal. Seguía teniendo las marcas en la pierna derecha por su culpa. Mi cara se había recuperado, pero había llevado las señales conmigo durante semanas. En clase no importaba si iba con esas pintas. Era de River; cualquiera podía acabar con esa cara. No levantaba sospechas. Y Wen había estado de viaje con su padre. Debía pensar que, al menos, seguía viva.

—Voy a explicarte algo. —Tragó saliva—. Hans y yo fuimos los mejores amigos en la infancia.

—¿De verdad? —dije un tanto estúpida—. ¿Hacíais montañas de tierra y las destruíais? ¿Es así como aprendió a ser malo?

—Tus abuelos eran personas con dinero. Yo tenía dinero. Cuando Hans creció, se convirtió en una malísima persona haciendo cosas horribles. —Suspiró—. Tras licenciarse, se dedicó a la política. Poco después consiguió el puesto de alcalde. —Se removió en la silla—. En este barrio, y en algunos más, están en contra de él.

—¿De qué trabajas, papá? —Pasé de su historia.

No me importaba en absoluto Hans. Cuando estuve en aquel almacén, ante aquellas caras, vi cómo mi padre encajaba perfectamente en el perfil. No sabía de qué trabajaba; de hecho, nunca lo había sabido. Él regresaba tarde cada noche, y a mi madre le importaba bien poco. Pero ¿qué era realmente? ¿A qué se dedicaba?

—¿Con sinceridad? —Agachó la mirada con temor.

—Sí. —Tuve miedo de lo que iba a decir.

—Soy... —carraspeó—. Soy miembro de una organización.

—¿Qué? —Las palmas de mis manos golpearon la mesa—. ¿Qué estás diciendo?

—Trabajo para derribar a Hans Blake y a todos los que lo rodean.

Eso sí que no me lo esperaba. O sea, sí, pero no esperaba que lo dijera así, sin más. Me cogió de improviso, y comencé a sentir que me faltaba un poco el aire. Lo dijo tan flojo que Yina ni se enteró. Menos mal, santo Dios...

—¿Por qué motivo? —Mi voz sonó aterrorizada. Aun así, quería indagar en ello—. ¿Por qué?

—Como decía, Hans no es bueno para esta ciudad, y los míos quieren derribarlo.

—¿Cuántas personas? —quise saber.

—¿Dentro de la organización? —Hizo un gesto pensativo—. Quizá unas cien, de momento.

Entonces, era tan sencillo como que mi padre trabajaba para una banda contra el alcalde. ¿Y qué comía? ¿De qué vivía? No entendía cómo le podía dar eso de comer.

—¿Y se puede saber...? —Lo miré con ojos acusadores—. ¿De dónde sacas dinero para mantener tanto a mamá como a ti? Porque yo trabajo para mantener a Yina, pero ¿y vosotros?

—Trabajitos...

—¿Qué tipo de trabajitos? —Se me congeló la sangre.

A eso no iba a contestarme. Lo sabía por la manera en la que giró la cara hacia un lado y observó el vacío sin un objetivo. Necesitaba saber qué estaba pasando en mi propia familia. ¿Qué sucedía allí?

—Que sea miembro de una banda, no significa que no trabaje. Trabajo para gente del Gobierno; indirectamente, sin contrato y sin constancia.

—Vaya, vaya... —logré decir con morros pronunciados.

Hacía mucho tiempo que quería averiguar en qué estaba metido. Ahora que lo había hecho, no estaba muy segura de que hubiera querido saberlo. Si me hubieran dado a elegir, probablemente habría desistido. A partir de ese momento, cuando saliera cada mañana y lo viera coger su camioneta, sabría que trabajaría para algo peligroso.

—El padre de Jon es un gran amigo. Es miembro también. Quiero que te cases con Jon para que seas feliz y puedas vivir mejor económicamente.

—¿Te preocupas por mí a estas alturas de la película? —añadí molesta—. He estado cinco años de mi vida cuidando a Yina como a una hija. He trabajado día y noche para que ella y yo pudiéramos sobrevivir. ¿Y ahora me vienes con estas, con que te preocupas? Haber cogido un trabajo decente que te diera para pagar la comida de tu propia hija. —Lancé los reproches sin pensar en las consecuencias.

—Tienes razón, Nina. Tienes toda la razón para estar enfadada. —Apretó mi mano con la suya—. Créeme, quiero lo mejor para ti. Y te agradezco lo que haces por Yina. —No supe si creerme sus palabras.

—Es igual. Probablemente, solo soy un negocio —le recriminé desentendida, y me fui sin más.

Subí las escaleras y me quedé dormida después de una hora repasando sus palabras.

Cuando desperté, me llevaron a un sendero precioso. La gente llevaba a sus mascotas para que fueran cuidadas. Jon no me cogió de la mano aunque pudiéramos ir juntos, ya que estaban mis padres conmigo.

Mi madre llevaba dos días sin beber. Parecía que le había dado fuerte con mi futuro noviazgo. Aparentaba congeniar bien con Luciana, la madre de Jon, quien iba vestida de punta en blanco. De hecho, las dos iban muy parecidas. Supuse que la ropa que lucía mi madre era propiedad de Luciana. También llevaba a Yina de su mano, otra cosa que detestaba que hiciera. Las muestras de cariño hacia ella solo existían cuando había que dar una imagen. Eso era tan egoísta...

Tras el establo de los caballos, un bosque grandioso se abría ante nosotros. Había campos de tiro con arco, de tiro con escopeta y varios profesores enseñando. A lo lejos estaba el padre de Jon, que nos saludó amablemente.

Mi mente recordó las palabras de mi padre del día anterior: «Él también pertenece a la organización». Entonces, tuve que sacudir mi cabeza para olvidar.

—Buenos días, pareja —nos saludó su padre. Jon me indicó con la mirada que podía avanzar hacia el campo de tiro—. ¿Preparada?

—¿Para qué? —pregunté tras saludarlo con dos besos respetuosos.

—Para practicar el tiro.

Nunca antes había empuñado un arma. Les tenía pánico. Era la verdad. Me esforcé por poner una de mis mejores caras ante el problema. Cambié de pie con el que me apoyaba en el suelo. Estaba muerta de miedo con tanto tiro cerca.

—No sé hacerlo. Les tengo miedo.

Jon me empujó un poco hacia adelante, me entregó un arma y comenzó a enseñarme cómo debía colocar los brazos y cómo concentrarme. Las risas entre ellos incrementaron. Les gustaba ver cómo una mujer se las arreglaba para disparar. Mi madre lo hacía peor que yo y me reí por ello. Hacía mucho tiempo no nos reíamos juntas. No sabía si, incluso, lo habría soñado.

Yina llevaba media hora con las manos en sus oídos. Reía, aunque estaba asustada. Daba saltos para evitar asustarse más, pero no lo consiguió.

—¿Quieres ir a jugar con los caballos, pequeña? —le propuso uno de los monitores.

—¡Sí! —Le dio la mano y caminaron hacia el establo.

Mi padre era bueno en ello, cosa que me sorprendió. Sin embargo, tenía la sensación de que Izan era el mejor tirador que conocía.

Otra vez estaba pensando en ese...

Resoplé, recordando la imagen de él acertando justo en la frente de aquel hombre. En ese momento, supuse que lo había hecho más veces.

Aquel era el campo de la gente rica, el lugar donde pasaban el tiempo los de clase alta. Iban a montar a caballo, a...

—¿Qué están haciendo ellos aquí? —comentó Luciana, rompiendo mis pensamientos.

En aquella postura en la que necesitaba concentración —los brazos rectos, la mirada en la diana y el dedo en el gatillo—, vi que más allá de la diana estaba él. Era él.

—Habrán venido a practicar —intervino de inmediato, no muy contento, el padre de Jon.

En el establo, Izan domaba un caballo blanco. Sus gestos mientras galopaba eran de cariño. En aquellos gestos, cuando lo acariciaba, aprecié el cariño que le tenía al animal. Estaba totalmente embrujada. Me había quedado

embobada observando sus dotes.

—Nina, dispara ya —me exigieron Jon y mi padre.

Se habían dado cuenta.

—Voy, voy... —Apreté el gatillo.

La bala atravesó la diana, consiguiendo un disparo cerca del centro. No estaba nada mal. Mi padre, sorprendido, aplaudió y sonrió; a mi parecer, con falsedad.

—¡Buen tiro! —aplaudí Jon—. Buena chica —añadió con una sonrisa radiante.

Ahora iba a hacerlo él. Creía que daría en el centro, pero no lo hizo. Casi, pero no. No era tan bueno como Izan. Por un momento esperé que sí lo fuera, para así tener un pretexto por el que fascinarme y poder olvidarlo. No obstante, la capacidad de Izan de controlar la situación, bajo la faceta fría y perseverante, le hacía siempre acertar justo en el centro.

En ese momento, volví a disparar. Tantos disparos llamaron la atención del hijo del alcalde. Los demás siguieron tirando. No se dieron cuenta de que Izan, desde su caballo, estaba observándome, o más bien me contemplaba como a un cuadro recién pintado.

Sabiendo que me miraba y que era su centro de atención, tomé la pistola en mis manos. Disparé tras fijar la mirada en la diana y acerté justo en el centro. ¿La suerte del principiante? Quizá.

—¡Eres buena, Nina! —Recibí un abrazo por parte de mi padre. Mi madre se quedó con cara de póquer.

Izan continuó mirándome. Lo vi frenar al caballo y prestar mucha más atención en aquel tiro.

—Escucha, ¿por qué no haces unas prácticas más otro día? Eres buena. Podrías ser una buena tiradora —me comentó el monitor.

—¿Usted cree?

—Lo creo —añadió confiado.

—Lo pensaré. —Sonreí con sinceridad.

Dejamos atrás el campo de tiro. Todos juntos, como si fuéramos una familia muy unida, caminamos hacia la terraza del restaurante. Desde allí, sentada y relajada, podía ver a Izan más de cerca. Llevaba unos pantalones oscuros anchos y una camiseta de manga corta que se estrechaba a su cuerpo tan varonil. Si tuviese que comparar —como solía hacerlo Wen— los cuerpos de los dos hombres, Jon tenía las de perder. Ante semejante belleza masculina

como la que llevaba Izan encima y aquel porte tan caballeroso, Jon no tenía nada que hacer. De hecho, no era la única que lo observaba. Las demás mujeres lo admiraban disimuladamente.

Hans no parecía estar por allí. Solo pude ver a su madre, que lo observaba desde la distancia. Celia, una mujer rubia y despampanante, sonreía mientras observaba a su hijo. Estaba claro que Izan había sido el heredero de esos ojos verdes. Su madre lo contemplaba con orgullo, y yo quizá lo hacía de otra forma muy distinta.

Entonces, cruzamos las miradas de nuevo. Esta vez estábamos más cerca, y creí que me derretiría allí mismo. Sonrió. Estaba sonriéndome como lo hizo los primeros días, de aquella manera maliciosa y atractiva. Le correspondí con mi sonrisa más sincera. Me alegraba de verlo. ¿Por qué iba a mentirme a mí misma?

Se bajó del caballo, le dio dos pequeños golpes cariñosos en el muslo al animal y desapareció en el interior del establo.

—Voy a buscar a Yina.

—¿Te acompaño? —me preguntó Jon con amabilidad.

—No. Ya voy yo. Tranquilo. —No quise levantar sospechas.

No sabía por qué hacía aquello. ¡Dios santo...! Era ilegal por ambas partes. Juntarme con un chico dentro del establo, verlo precisamente a él, que era del bando contrario a mi padre... ¿Por qué no podía evitarlo? ¿Qué tenía que hacer para parar aquello? Si alguien tuviera una solución, la pediría a gritos. Tenía la sensación de que me estaba tirando a una piscina llena de lava, y no me importaba lo más mínimo, sobre todo cuando se trataba de él.

Capítulo 10

INJUSTICIA

IZAN

Había llamado Splash a mi caballo. Lo tenía desde que era un crío. El mejor amigo de mi padre, Fernando, me llevaba cada fin de semana a aquel sendero. La gente que era de buena economía iba a pasar el rato por aquellas tierras. Pero a quien no me esperaba encontrar era a ella.

Había estado evitando día y noche cruzármela; por ejemplo, no yendo a los sitios que ella frecuentaba. ¿Por qué tenía que encontrármela justo allí? ¡Joder! ¿Y por qué no me molestaba? Es más, lo agradecía.

Al haber visto su mirada puesta en mí, me sentí ciertamente mejor. Noté un tipo de escalofrío, y al verla disparar de aquella manera, me sentí dentro de su cuerpo. Creí haberla poseído con mis dotes.

Llevé a Splash hasta su pequeña casa. Cepillé y acaricié su pelaje. Estaba harto de que le contara sobre la niña que me volvía algo loco. Probablemente, algún día me daría una coz para que me callara.

—¿Qué voy a hacer, Splash? ¿Qué voy a hacer si el destino me lo pone difícil? —le pregunté, algo cabreado conmigo mismo. No encendí un cigarrillo por respeto a él, que me miraba con cara de «Y a mí qué me cuentas».

Cuánto cariño le tenía a ese animal...

Una voz menuda, que me resultó familiar, me hizo saltar del susto.

—¡Izan, Izan! —Asomé la cabeza.

—¿Yina? ¿Qué haces tú aquí, pequeña? —Salí de la caseta y le di un beso en la mejilla—. Tienes que irte. Venga. Ya me has dado un beso. Ahora, vete. No pueden verte conmigo, pequeña.

Mientras Yina asentía y se despedía, Nina se acercaba desde lejos, andando con sus pasos naturalmente sensuales, cómo no. Esa chica debía pertenecer a mi mundo. Dijeran lo que dijeran, la veía parte de mi clase; no sabía por qué motivo, pero sus movimientos femeninos me hacían pensar así. Aparte de muchas cosas más —siendo grosero—, la habría metido en mi cama sin problemas.

Llevaba puestas unas mallas ajustadas negras y un jersey de punto hasta la mitad de sus muslos. No llevaba chaqueta porque hacía un buen día. Se acercó más. ¿Por qué me estaba poniendo nervioso? ¿Qué leches me pasaba?

—Hola, Izan. —Tomó a Yina en sus brazos—. ¿Qué tal estás? —Miró hacia los lados, controlando el lugar. No era plato de buen gusto ver a dos personas de diferente sexo hablando.

—Hola, niña. —La miré con disimulo de arriba abajo—. Bueno, estoy... —Tragué saliva sin dejar de apreciar la comisura de sus labios temblar—. ¿Y tú?

—Bueno, con problemas, como siempre... —Volvió a mirar a su alrededor—. ¿Qué haces aquí?

—La pregunta es qué haces tú aquí. —Me crucé de brazos—. He estado evitando pasar por todos tus lugares, y al final... —tragué de nuevo saliva cuando se mordió el labio ante mi comentario— te encuentro aquí, en mi lugar...

—No sabía que... Lo siento —se disculpó innecesariamente.

—No tienes que sentir nada. Es mejor así. Ya lo sabes. No soy bueno para ti.

Quería escuchar de su boca que no lo era, pero, ante aquel comentario inoportuno, no lo hizo. No contestó, ni dijo nada. Se aproximó con su hermana en sus brazos, se levantó de puntillas para llegar con sus labios a mi mejilla y me abrazó. Fue un corto contacto físico y, aunque fue muy leve, me mantuvo algo a flote durante unos pocos segundos. Me estaba abrazando. ¿Por qué hacía eso? ¿Por qué me lo ponía tan complicado? Maldije para mis adentros una y otra vez. Me mantuve quieto, recibiendo el gesto de cariño, y besé su frente con ternura.

—Gracias por hacer eso por aquellas personas. Eres mi héroe. Pero no te motives por eso, ¿eh? —Se alejó de mis brazos.

—No voy a motivarme. —Esbocé una sonrisa—. Gracias por creer en mí —me sinceré.

—A veces, la gente necesita que crean en ellos para salir de su burbuja. —Por último, acarició mi mano con suavidad—. Cuídate mucho, Izan.

—Cuídate mucho, niña. —Le agarré del brazo antes de que se fuera y le regalé un beso en la mejilla—. Te mereces lo mejor. Cuídate.

Me metí de nuevo en la caseta de Splash. Como método de reflexión, dejé la cabeza caer sobre su pelaje. Estuve un rato pensativo, organizando mis sentimientos surgidos de la nada. Volví a pensar y exclamé: «Mierda». Lo dije para mí mismo, sabiendo que cada vez estaba más cerca de un sentimiento peligroso.

Me sobresaltó escuchar la voz de ese capullo. Era Jon, y estaba muy cerca. Lo vi caminando y acercándose a ella. Nos habíamos salvado por los pelos.

—¿Dónde estabas? —le preguntó rápidamente. Yo me encontraba oculto en la caseta mientras ese le echaba en cara su lentitud—. ¿Qué hacías? —Su voz fue cortante.

—Estaba con Yina, Jon.

Yina gritó. A mi parecer, intentaba ayudar a su hermana a librarse de aquel reproche.

—¡Estábamos jugando! —Rio divertida.

Los vi muy juntos. Yina no cogió la mano de Jon.

Ese tío no me gustaba nada. No era trigo limpio. Seguiría diciéndolo las veces que fueran necesarias. No me gustaba ni un pelo. Tenía esa mirada sucia, esa manera de observarla... Lo comprobé cuando Nina siguió andando hacia sus padres de nuevo. Jon se quedó parado cuando una alarma sonó en el interior de su pantalón. Acto seguido, cogió su móvil del bolsillo.

—Sí, no lo dudes, me casaré con ella. Ya es nuestra, ¿de acuerdo? No tienes por qué preocuparte. Todo sigue su curso. Ya casi los tenemos.

Dejé el cepillo en el suelo, con el que me mantenía entretenido cepillando a Splash, mientras la sangre me hervía incontrolablemente. Pero ¿de qué narices estaba hablando?

Salí de la caseta.

—¡Eh, tú! —le grité con voz grave, haciendo que se girara. Enderecé la espalda—. ¿De qué narices estás hablando? —exigí saber.

—¿Qué haces tú aquí? —quiso saber, imitando mi postura chulesca.

Observé la distancia entre Nina y yo. Como era bien lógico, estar en el mismo lugar le hizo suponer a su manera la situación, y no es que se equivocara. Nina había tardado en volver a la terraza para verme, utilizando la perfecta excusa de ir a buscar a Yina.

A Jon, todo aquello estaba seguro de que le rondaba por la cabeza y le fastidiaba. Su cara era un poema. Aun así, yo bien sabía que no le dolía por amor, sino por ser un rechazo que no le iba nada bien para algo que estaba negociando, algo que, al parecer, no le convenía y que podría estropear el plan que estaba urdiendo en cuanto a la situación con su prometida.

—Bienvenido a mi mundo, Jon. —Sonreí para mis adentros.

—Estás jodido —me dijo, acercándose y apuntándome con el dedo—. O te alejas de ella, o te mataremos.

—Venga, estoy esperándolo.

Movió las manos hacia mí. Me provocó.

—Vamos, ven aquí si te crees tan hombre. Venga —continuó retándome.

Nina volvió sobre sus pasos y nos encontró con las frentes muy pegadas y las miradas agresivas. Yo tenía los puños retorcidos, la espalda recta y la faceta fría y arrolladora. No era plato de buen gusto verme tan cabreado, pero aquel tío había conseguido enfermarme de verdad. La hipocresía podía conmigo.

—¡Díselo, venga! ¡Cuéntale lo que acabas de decir por teléfono! ¡Vamos, cobarde!

—¿Qué está pasando aquí? —Nina se metió entre los dos y nos separó—. Se acabó. ¡Basta! —Intentó empujarnos a ambos hacia distintos lados. Su mano en mi pecho no pudo hacer nada al respecto.

—¡¿Quién te has creído para llamarle a Nina eso?! —Jon inició una mentira.

—¿Llamarme qué? —La duda envolvió su bello rostro—. ¿Qué?

—¡Yo no te he llamado nada! Por favor... —Lo empujé entre los brazos delgados de Nina y conseguí tirarlo al suelo. Se quedó en pose de ofendido—. ¡Voy a reventarte la boca como le digas cosas que no son!

—Me ha dicho que eres una puta fácil. —Agarró el hombro de Nina. Esta tomó su mano y lo enderezó—. Que le da morbo quitarte de mis brazos y que eres demasiado fácil.

—Pero ¿qué cojones estás diciendo? Malnacido... —Me cabreeé de tal manera que quise matarlo con absoluta obsesión—. ¡Demuestra eso, cabrón! —Enfurecido, los ojos parecían salirseme de las órbitas.

Me acerqué más a él. Empujé suavemente a Nina hacia un lado. Ella quiso resistirse, pero entonces la ira nubló mi juicio y la empujé un poco más. Levanté el brazo con la máxima fuerza posible y golpeé mi puño contra la cara de aquel capullo. Cayó inmediatamente al suelo, donde sus tejanos se llenaron de serrín y se desgarraron por el roce. Tras desplazarlo largos metros hasta la pared, Nina no podía permitir que continuara y me empujó, frustrada. Me sorprendió su fuerza. Sus ojos mostraron una total decepción al mirarme.

—Pero ¿qué estás haciendo? —Cogió a Jon entre sus brazos. Me miró con aquellos ojos azul oscuro y entre lágrimas, y tras ellos estaba la sonrisa de Jon—. ¿Estás loco?

Evité contratascar para no fastidiarla más. Desde el suelo, seguía

mirándome, vengativa. Odiaba a ese tío. Si hubiera podido, lo habría matado. ¿Cómo había podido inventar eso? Yo jamás habría dicho eso de Nina. ¡Joder! Había pillado bastante bien mis manos. Me limité a frotarme los nudillos en los pantalones para retirar el dolor del golpe. Meneé la mano y me alejé de ellos.

Escapé. Estaba escapando. No quería que mi padre supiera que me había metido en una pelea por ella. Necesitaba protegerla lo máximo posible, aunque en aquel momento pensara de mí que estaba loco. Algún día quizá lo comprendería... Definitivamente, entre nosotros había algo que nos estaba forzando a encontrarnos. Fastidiaba, sí, aunque más me fastidiaba no poder acercarme a lo que deseaba.

No podía ser. No. ¿Por qué me hacía esto? ¿Por qué me estaba encariñando con esa niña? Iba a acabar muerto por eso... Sin embargo, no había temor. Era capaz de arriesgarme a volver a verla porque, de algún modo u otro, necesitaba explicarle que no era el malo.

Nina

Pasar un fin de semana con Wen era una buena propuesta. Acepté sin más. Wen se sorprendió, pero lo que no sabía era que la necesitaba, mucho más que ella a mí. Saber que tu padre no era quien había dicho ser durante tanto tiempo —y lo más probable era que nunca lo supiera—, era bastante grave.

Y, para colmo, el muy idiota de Izan le había pegado a mi amigo. Jon me había explicado que Izan había dicho que solo quería acostarse conmigo. Eso hacía aún más difícil arreglar el desorden en mi cabeza. Y con Jon, el tema era más complicado incluso de explicar.

—¡Cuídate! —me dijo mi padre desde la puerta de casa.

Me despedí con un gesto rápido de la mano y le mandé besos a Yina desde lejos. Mientras ella saltaba sonriente, mi padre nos dijo adiós con una mano; la otra la tenía ocupada por el teléfono. Tenía un extraño comportamiento, aunque no quise ni siquiera pensar en ello. Ese fin de semana iba a ser para mí y para Wen.

—¿Te he hecho un favor, amiga mía? —me preguntó mientras encendía el reproductor.

—Sí. —Admiré el interior del coche—. Al menos estaré un poco más conectada a la vida moderna.

—¿Crees que se las apañarán tus padres con la niña? —Observó mi cara con preocupación.

—Supongo... —Dejé caer la cabeza hacia atrás.

Apoyada, suspiré por tercera vez.

Siempre había sido buena conmigo. Estudiábamos en la misma clase, pero vivíamos en barrios muy distintos. A menudo me había preguntado por qué una chica de su estatus iba a nuestros cursos de aprendizaje administrativo cuando, realmente, podía estar en una universidad. Ante ese tema, ella admitía no desear cruzarse con las estúpidas pijas y no querer tener nada que ver con los chicos de ese tipo. Pensaba en los muchos dolores de cabeza que tuvo que darles a sus padres por no querer ir a un colegio privado de uniforme. Me imaginé la típica expresión de su padre, y tenía que decir que Wen tenía coraje para plantarle cara. Siempre estaba de buen humor y nunca tuvo una mala contestación hacia mí, como tampoco un mal comportamiento. Por ello, conservaba su amistad.

—¿Y adónde vamos? —le pregunté medio entusiasmada.

—A la casa de campo. —Golpeó las palmas alegremente.

—¡Oh! —Le llamé la atención con el grito para que me mirase—. ¡Helado asegurado!

Reímos durante mucho tiempo, diciendo una estupidez tras otra. Las chicas éramos así. Cantamos y bailamos, pero, sobre todo, hablamos de hombres, a pesar de que la sociedad lo prohibía.

—¿Sabes quién es ese tal Marcos? —me preguntó eufórica y risueña—. ¡Está como un tren!

—Oh, vamos, Wen... —Me llevé la mano a la cabeza—. ¡No es para tanto! —exclamé.

—¿Y qué me dices de Jon? —Elevó una ceja. Acababa de darme un golpe bajo—. Tu prometido está muy bueno —insinuó con una elevación de cejas.

—¡Qué va! —dije sonrojada. La sociedad nos hacía reacias a esos temas. Hablar con tanta naturalidad no era lo mío—. ¡Y no me digas que me estoy poniendo roja! —La señalé, replicando como una niña—. Sabes que siempre me pasa cuando... —Me cortó e, inmediatamente, apretó mi mano a modo de juego.

—¡Estás roja! —Lanzó una carcajada incontrolada—. ¡Estás como un tomate!

Le propiné un ligero manotazo en el brazo.

—¡Calla! —Sonreí.

Pasando de mis gritos de niña ofendida, metió la mano en una nevera pequeña que llevaba en la parte trasera del coche. Cogió su cerveza sin alcohol y me ofreció a mí una con alcohol.

—Te acompañaré en la ley seca —comenté divertida, y cambié la lata.

—Gracias, qué buena amiga —dijo, mofándose de mí.

Tomé la lata y la abrí tras unas risas. Volvíamos a bromear como siempre. La miré, orgullosa de tenerla a mi lado.

—¿Qué? —me preguntó al percatarse de que la observaba—. ¿Tengo monos en la cara? ¿O más de un Jon en la cara?

—Eres odiosa. —Golpeé su mano por tercera vez—. Debería tirarte otro vaso de agua en la cara. Créeme que ese día me quedé a gusto, amiga mía.

No pudo parar de reírse. Llevábamos demasiados años juntas, y habíamos pasado tantas cosas que adorábamos poder recordarlas.

—Y yo debería volver a decirte que Papá Noel son los padres. Créeme, te abrí el mundo aquel día. —No pudo aguantar la risa con el gesto que le hice. Finalmente, me hizo mirar a mi alrededor—. ¡Apuesto a que no es eso lo que pensabas! —Chasqueó la lengua, sabionda.

—Pensaba en que, gracias a ti, puedo vivir diferente por un tiempo.

El paisaje parecía salido de un cuento de hadas.

—Y tanto que vas a vivir diferente. —Sonrió, segura de la situación—. Créeme, lo verás cuando lleguemos.

—¿Qué me escondes? —En aquel momento, supe que me esperaba lo peor.

Le dio varios sorbos a la bebida y, al poco tiempo, la echó en la bolsa de basura. No quiso contarme lo que tramaba, ni lo haría hasta que llegáramos a su objetivo. Decidí dejarlo y centrarme en el camino precioso de árboles que nos rodeaban mientras el sol iluminaba mi rostro.

Capítulo 11

JUEGO PROHIBIDO

Llevábamos dos horas intercambiando asientos. Llevar el coche de Wen me resultó raro la primera vez. Hacía mucho tiempo que no conducía; justo haría un año de mi último volante. Fue Juliet quien me dejó llevar su maravilloso vehículo, en el que incluso daba miedo sentarse de lo limpio que estaba todo. Aquello me recordó a cuando mi madre y Juliet —mi madrina— se pelearon por la gran cantidad de alcohol que ingería mi madre. Juliet ya no iba a las cenas ni a ningún lugar en el que estuviera mi madre. Era difícil ver a Juliet por casa cada fin de semana, pero mi madre y ella no vivían en el mismo ambiente. La economía se cargó su amor de hermanas.

—¿Y tu madre aún sigue dándole? —Wen acababa de leer mi pensamiento.

—Algo... —Bostecé—. No hablemos de eso —le dije, algo indiferente.

Wen entendió mi frustración sobre el tema y lo dejó pasar.

—¿Y qué tal con el chico aquel que conociste? —Hizo ojitos de oso amoroso.

—Oh... —dije inquieta—. Nada. Lo rescaté un par de veces y luego él a mí. Estamos en paz. Nada más. —Sonreí con una cierta tristeza oculta.

—Al menos... ¡dime que estaba bueno! —Elevó las cejas, esperando mi contestación.

—Sí —admití sin miedo. Si había algo que tenía que reconocer con sinceridad, era la belleza varonil que tenía Izan Blake—. Lo está, y mucho. —Reímos a carcajadas—. Tiene el pelo castaño, los ojos verdes y un cuerpo espectacular. Es un hombre hecho y derecho. —Solté mi admiración sin vergüenza.

—Mierda de sociedad. ¡Alguien debería aniquilar a los políticos! —Ella sola prorrumpió en carcajadas. Al poco tiempo, no pude evitar acompañarla en su risa pegadiza.

No le había contado todo lo ocurrido desde que Izan había entrado de golpe en mi vida. Tampoco le había revelado su nombre, el cual me había llamado tanto la atención esa última temporada. Aunque comenzara odiando a ese chico, lo cierto era que la curiosidad y la prohibición me habían hecho desearlo. Aun así, me encargué de que supiera lo que ese chico había hecho por mí. Terminó alucinando y fantaseando de nuevo como una cría.

Una valla enorme nos abrió camino cuando presionó el botón del mando inalámbrico. Aceleró y nos adentramos en lo que me parecía un territorio desconocido. Hacía mucho que no pisaba aquellas tierras, justamente desde que Wen y yo íbamos al colegio juntas y quedábamos los fines de semana con todos los padres en aquella finca.

—¡Ya hemos llegado! —gritó entusiasmada cuando puso el freno de mano.

Su delicado cuerpo, la cabellera rubia y esos ojos castaños de color caramelo no conjuntaban nada con su personalidad a primera vista. Era increíble cómo cambiaba una persona nada más pronunciar una palabra. Su imagen mostraba perfección, arrogancia y egoísmo. Aun así, hacía falta decir que era todo lo contrario cuando la conocías.

Se puso de pie junto a mí y cerró la puerta de mi lado. Cuando salí y me dejó el pequeño bolso en la mano, los vigilantes de la casa contratados por su padre llevaron nuestras maletas a nuestra habitación. No estaba acostumbrada a tanta exclusividad. Me perdía incluso al caminar por aquella finca rodeada de bosque.

—¡Esto te va a encantar! —exclamó, pegando pequeños saltos.

—Seguro que sí —afirmé, como era lógico.

¿Cómo no iba a encantarme? Iba a pasar de bañarme con cubos de agua caliente a hacerlo con un grifo brillante que sacaba el agua a su temperatura ideal, además de baños con protección para el frío. «¿Cómo no voy a alucinar?». Me reí de mí misma.

Era evidente que me gustaba mucho hacer de pija estúpida cuando no lo era, al menos por un tiempo. Wen me había ayudado con la vestimenta y los complementos, como el bolso y los zapatos de tacón. El vestido amarillo estrechado a mi cintura y abierto por el pecho y la espalda no me sentaba nada mal. En definitiva, aunque no estuviera acostumbrada a ir así, gracias a mi amiga, me sentía muy diferente. Además, no se me daba nada mal caminar con tacones. Ella misma se había encargado muchas tardes de perfeccionar mis andares, y ahora era como si fuera una experta y formase parte de mi vida cotidiana.

Caminamos por unas pequeñas baldosas que formaban un camino que llevaba al lado trasero de la finca. Percibí un olor a dulce y escuché murmullos algo más lejos de mi posición. Me temblaron ligeramente las piernas. No era fácil caminar por la hierba cuando llevabas un tacón de cinco centímetros de alto.

—¡Feliz cumpleaños!!

Una masa de gente gritó «¡Felicidades!» cuando pasé la puerta del jardín. Mi sorpresa no podía ser otra que descomunal. Los árboles habían sido adornados con fotos mías y de compañeras del curso, pero, sobre todo, de Wen y mi hermana. Una tarta gigantesca estaba en medio, junto a las botellas incontables de champán. Gente desconocida y conocida recorría el jardín, mirándome. Flashes de cámaras me sorprendieron, y sonreí por ello.

Wen le hizo gestos al DJ para motivarlo. La música comenzó a sonar más alta y nos envolvió. La gente bailaba mientras algunas miradas aún estaban puestas en mí. Algunas eran de amigos de la escuela y otras de amigos de Wen. No me importaba; la masa de gente me había emocionado mucho. No podía dejar de darle gracias a cada persona que me felicitaba en privado cuando pasaba por la pista. Aquello era una ilegalidad en toda regla, pero resultaba que los ricos podían permitírselo. A lo largo de todos esos años, nunca había sido consciente de las diferencias que había entre ambas clases.

Analiqué mi vestido amarillo apagado, el cual, en aquel momento, resultaba que llamaba mucho más la atención y parecía que fuera más fosforescente. Resaltaba, era demasiado corto y marcaba el pedazo de escote que mi querida Wen me había obligado a enseñar. Terminé atando cabos de por qué me había llevado así vestida y reí nerviosa.

Me había preparado una gran fiesta privada en una discoteca casera e ilegal que jamás pensé que podría crearse. Pero allí estaba, entre más de cien personas y junto a mi tarta inmensa de cumpleaños.

—¿Te gusta? —Wen hizo movimientos rotatorios y me abrazó.

—¡Estás completamente loca! ¡Me encanta! ¡Eres genial y única! —Besé su mejilla repetidas veces y la estreché entre mis brazos.

El pinchadiscos era realmente bueno, y nadie sería molestado por el ruido, ya que estábamos en la nada y rodeados de un bosque muy extenso. Nos encontrábamos en una situación donde no importaba la interacción de los sexos opuestos.

En aquel momento, cuando me estaba adaptando a ver sexos opuestos juntos, a alguien se le cayó la copa. Un chico joven se tambaleó y acabó sentado en la silla más próxima que logró encontrar. Los hombres se enganchaban a las mujeres y se besaban pasionalmente. Pensar que aquello lo habían vivido mis padres hacía unos veinte años me produjo cierta tristeza.

—¡Nina, feliz cumpleaños! —me felicitaron varias amigas del colegio con

exuberantes sonrisas.

Tomaron mi mano y fuimos a bailar en medio de la pista. Nos hicimos fotos, brindamos y repartimos la tarta entre muchas personas. La bebida, ciertamente, entraba de maravilla. Estaba gozando de estar tal lejos de mi realidad..., o quizá no tan lejos.

—¿Qué está haciendo aquí, Blake? —Abrí los ojos, sorprendida. Mi mente volvió a recordar momentos con aquel loco.

—¡Oh! ¡Izan es mi tío bueno! —Wen corrió hacia su posición y se agarró a su brazo.

Con un porte increíblemente atractivo y su sonrisa cautivadora que arrastraba a mil y una mujeres, se quedó allí observándome de arriba abajo. No se percató ni siquiera de que estaba mirando cómo babeaba. Se detuvo en los contornos de mis senos, que estaban apretados por el dichoso vestido amarillo —que no podía ser de otro color más llamativo—, y sonrió sin pudor cuando se encontró con mis ojos, que le decían: «Te he pillado. Mírame a la cara, guapo».

Por como iba vestido, era lógico que gran parte de las mujeres lo rodearan y lo miraran expectantes. Se lo estaban comiendo con los ojos. Sabía muy bien que todas y cada una de ellas deseaban tener un Izan Blake en su vida; no solo por ser guapo y simpático, sino por dinero, fama y su futuro poder prolongado. Asquerosa ambición.

El chico chulo y descarado vestía una americana que llevaba desabrochada. Debajo de esta, se podía apreciar una linda camisa lila de tono oscuro. Le quedaba maravillosa, ya que se ceñía a su pecho y sus músculos se pronunciaban peligrosamente. Llevaba pantalones tejanos de color negro, que se ajustaban a sus piernas fuertes, además de su cinturón, de marca Armani, que se iluminaba por las luces que colgaban encima de nosotros.

Me miraba como hacía siempre, solo que con una diferencia: estaba mordiéndose el labio sin disimular. Estaba siendo traicionado por su subconsciente y no se daba cuenta de que seguía observándolo. Me repasó desde mis zapatos hasta mis ojos. Lo hizo más de una vez mientras caminaba acompañado de Wen. Recibió halagos y besos de mi amiga.

Él continuaba mirando mi vestido y mis caderas perfiladas por aquella prenda que llevaba, de una confección totalmente hecha de seda. Me acaricié el mechón que se me salió del semirecogido que llevaba tan perfecto. Ante mi gesto, se rascó la nuca, nervioso. Los dos nos preparamos para parecer lo más

normales posible. Debíamos actuar, de nuevo, como dos personas que no se conocían.

—¡Nina, te presento a Izan Blake! —Wen agarró mi brazo y me puso frente a él.

La gente saltaba y gritaba, se agarraban unos a otros y cantaban. En fin, más bien estaban chillando sin poder descifrar la letra de la canción.

Izan se comportó ante Wen como si no nos conociéramos. En el momento en el que se acercó para regalarme dos besos en las mejillas y proseguir con el acto fingido, quise detenerlo, pero no sabía muy bien cómo se interpretaría eso por parte de la «cumpleañera», así que acabé aceptando y recibéndolos como si nada.

Brotaron escalofríos en mi cuerpo cuando su voz grave susurró «Feliz cumpleaños» en mi oído. Su prepotencia, después de lo de Jon, me hizo cogerle más repugnancia.

—Gracias, Izan —le dije antes de que se despegara de mí—. Me alegro de que hayas venido —añadí con un deje de reproche.

Wen nos observó y comenzó a indagar con un método raro de los suyos. Era tan observadora y fisgona que sería capaz de atar cabos muy rápido. Por nuestras miradas enlazadas, supuse que no le resultaría difícil adivinar lo que ocurría entre nosotros.

De repente, se fue a bailar con un chico con el que tenía una estrecha relación, quien, casualmente, era amigo de Izan, o eso había parecido al haberse presentado los dos juntos. Entonces, allí nos quedamos los dos solos, entre la masa de gente, la música y los gritos de los improvisados cantantes.

No sabía para dónde mirar ni qué hacer o decir. Con aquel vestido, esos zapatos y esa otra «yo», no tenía las mismas fuerzas. Debía añadir que también el champán se añadía a los contras.

—¡La niña del barrio de River también es querida por la linda Wen! —se mofó tras meter sus manos en los bolsillos de la americana oscura.

—¡Piérdete! —Tuve que gritar para que me escuchara. Él elevó las cejas y terminó riendo.

Seguía molesta porque le hubiera pegado a mi mejor amigo y a mi futuro prometido. Así que saqué la débil ira, llenando la copa de champán hasta arriba, y me subí a la mesa más próxima, donde comenzaban a quedar los restos de la tarta.

Las personas que presenciaban en aquel momento mi cumpleaños se

quedaron mirándome. Estaba subida y entregada con total naturalidad a mi fiesta. Emocionada, grité:

—¡Que no pare la fiesta! —Elevé la copa y sonreí satisfecha.

La gente se revolucionó y volvieron a llenar sus copas. El pinchadiscos estaba a punto de llegar al punto más movido de la canción, y los invitados se prepararon para saltar. Finalmente, lo hicieron cuando el momento llegó.

El chico de hielo, es decir, Izan Blake, no saltó, sino que se quedó con la copa en la mano y con su postura chulesca, con la otra mano en el bolsillo. Me miraba como si fuera una obra de teatro. ¿Quizá no se esperaba a una Nina Larson así?

Vi a Wen sonreírme desde abajo. Se subió a la mesa para acompañarme y cogió a más gente para que se uniera. Un chico se puso detrás de mí y bailó muy pegado. No dejaba de ser consciente de que aquello era ilegal, peligroso. Pero no me importaba. Quería vivir lo que me quedaba de soltera, y si debía ser así, lo haría.

—¡Estás completamente loca! —gritó Izan desde abajo. Le dio vueltas a su dedo índice al lado de una de sus sienes.

¿Me estaba llamando loca? Fruncí el ceño.

—¿No lo habías averiguado? —Arrugué la nariz y sonreí con picardía—. ¡No te pierdas a las chicas que te comen con los ojos! —le dije a carcajadas.

—¡A eso iba! —Me guiñó el ojo e, inmediatamente, dejó la copa a mis pies, sobre la mesa.

Se giró con brusquedad y comenzó a bailar con una pelirroja que rondaba muy cerca de él todo el rato; luego, con una morena y una rubia, y con todas las que tuvo al alcance. Besaba sus cuellos como si nada. Aquellos besos se volvieron amargos a mi vista. Le tocó los pechos de la pelirroja y esta lo aceptó sin control. Me miró. Me estaba mirando mientras la besaba. En definitiva, estaba buscando guerra. Lo más probable era que se quedara con las ganas de que saltase, puesto que iba a hacer exactamente lo mismo que él.

¡Él no era más que yo! ¡Por supuesto que no!

Wen se estaba besando con aquel chico que tanto le gustaba. Yo escogí a otro, que era el más guapo de la clase de entonces. Lo miré provocativa y tardó muy poco en presentarse detrás de mí y besar mi cuello. Me felicitó al oído y luego estuvo mordiéndolo sin tacto alguno. Al menos, me serviría para plantarle cara a ese rico asqueroso.

Izan

El punto amarillo de la noche nos llamaba la atención a muchos. Los hombres la miraban deseosos. Algunos no se explicaban que la chica del colegio estuviera tan buena. Yo tampoco me explicaba cómo una chica de barrio podía estar tan elegante y tremendamente buena... ¡Maldita sea! ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Qué estaba diciendo?

Sus piernas lucían preciosas a la luz de la discoteca casera, y sus movimientos estaban volviendo loco a ese tío. ¿Cómo no iban a volverlo loco? Yo estaba un poco alejado y me estaba provocando, seduciendo... Muy bien, quería guerra.

Bajó y caminó provocativa hacia mi posición. Sus pasos eran exuberantes, y atraerían a cualquier hombre que estuviera tanto cerca como lejos de ella. Llegó a quedarse a milímetros de mi oído.

—Tú y yo... —sentenció, señalando con el dedo la pista—. Si tanto quieres vacilar, juguemos.

—¿A qué quieres jugar, niña? —la encaré, seductor.

Wen apareció en el instante en el que Nina decidió jugar conmigo. Finalmente, su amiga puso las normas. Se trataba de reunir al mayor número posible de personas del sexo opuesto a nuestro alrededor en solo cinco minutos: ella, los máximos chicos posibles, y yo, las chicas. El juego comenzaría cuando nos tragásemos tres chupitos. Cuando lo hicimos, segundos antes de empezar la batalla, le hablé flojo al oído:

—Las niñas no ganan a estas cosas. —Chasquéé la lengua muy cerca de su boca—. Retírate, cielo.

—¡Jamás! —Hizo muecas de chica dura y ocupó su lugar en el juego.

Quedándose a una distancia considerable para poder mantener a la gente alrededor, el juego comenzó cuando la canción nueva empezó. Las luces se tornaron azules y su vestido contrastó con la pista. Terminé cayendo en la trampa de quedarme inmovilizado mirándola. Era una belleza, y eso jugaba en mi contra. No podía ser, nunca había perdido a ese juego.

«¡Izan, concéntrate! No seas gallito», me dije.

Di vueltas alrededor de la chica pelirroja y esta acabó juntándose a mi pelvis. La besé a duras penas y la lancé despacio hacia otro lado. Algunas mujeres me miraron, deseando que las cogiera, pero ese no era el plan.

Necesitaba que vinieran ellas a mí, o estaba seguro de que la jefa Wen me descalificaría de inmediato. Era demasiado competitivo para perder así.

Nina estaba rodeada de hombres ansiosos. Bailaban a su alrededor, la rodeaban, chocaban las palmas y reían conjuntamente. Por mi parte, seguía manteniendo a cinco chicas cerca de mí, bailando. Sin embargo, Nina me ganaba por una gran diferencia.

Wen nos indicó con los dedos que faltaban tres minutos. La única manera de atraer a las mujeres era exhibiendo mi cuerpo. Era el arma que me quedaba, ya que Nina, por ser mujer, tenía demasiadas. Reí, mirándola.

—¡Vamos, Izan! ¿Qué, no puedes conmigo?

Movió las caderas lentamente y se deslizó por el cuerpo de un chico que rozaba su espalda. Él bufó y se bebió otro chupito. Me dieron ganas de beberme otro, así que lo pedí. Acto seguido, me entregaron un vaso. El líquido entró y ardió por mi garganta. La bebida comenzaba a subirme de una manera incontrolable. Desde lejos, Nina me miró desafiante y llamativa. Me quité la camisa y las chicas bufaron, sonrieron y se pusieron a mi alrededor. Me tocaron y bebieron chupitos uno detrás de otro. En ese momento, Wen dio por finalizado el juego. Yo acababa de ganar.

—Nunca pierdo a este juego. —Cerca de su oído, me atreví a besarla muy despacio—. Y las niñas no juegan, cielo.

—¿Y tú? —Levantó el mentón, altiva—. ¿Podrás seguirme?

—¿Cómo? —Me asombré por completo.

Wen supo a qué jugaba Nina. Eso debía haberlo hecho ya alguna vez o fantaseado con ello, ya que la sociedad no dejaba discotecas a nuestra disposición como para crear juegos así. O, simplemente, quería conseguir que me rindiera.

—Prueba... —le dije a milímetros de sus labios—. No te tengo miedo, niña.

—¿Esas tenemos? —Sonrió orgullosa.

Tomó un limón de la mesa de coctelería entre sus delicados y finos dedos.

—¿Qué estás haciendo? —Miré desconfiado hacia su mano.

No. No podía ser que fuera a hacer eso...

Wen tomó protagonismo para explicar las normas del nuevo juego:

—Al mínimo bufido, estaréis descalificados.

La gente hizo un círculo, dejándonos en el medio. Nos observaban desde todos los puntos de la fiesta, dejando de lado a algunos que iban a su rollo. Sin

camisa y expuesto a Nina, me temí lo peor. Cerré los ojos, oyendo cómo Wen comenzaba el juego. La música volvió a acompañarnos ante la escena de Nina rozando mis piernas cuando se agachó moviendo las caderas. Aprecié su precioso trasero ajustarse a mi cuerpo cuando bajó hasta mi pelvis. Sentí que iba a ser un gran desafío inesperado e incontrolado por parte de los dos.

—Eres demasiado niña para esto —le dije entre baile y baile.

Había descubierto que me encantaba verla enfadada por mis palabras. Era demasiado *sexy* cuando forzaba esa mirada desafiante.

—Y tú eres demasiado débil a las curvas —añadió, pasando sus brazos por detrás de mi cuello y bajando lentamente.

—No me pones en absoluto. —Giré la cara. Mentí.

—Ah, ¿no?

El líquido del limón exprimido bajó por mi cuello, creando una sensación excitante, pero fue más insoportable cuando deslizó su lengua de principio a fin del recorrido que había trazado la gota de limón. Después, la botella de tequila se posó en sus labios y sonrió *sexy* y odiosamente atractiva. Su cabello rubio se echó hacia atrás mientras sus ojos azules se centraban en los míos en medio de las luces de colores. La botella de tequila estaba ahora en mis manos, e iba a pagar por lo que me había hecho.

Dejé caer una gota desde su cuello hasta sus pechos, apretados en el escote, voluminosos y perfectos. La música sensual volvió a sonar, así que era mi momento para llevar mi lengua desde su canalillo, pasando por su cuello hasta llegar a su oreja. Entonces, la oí jadear. Acababa de perder. Lo que no sabía era si Wen lo había oído.

—Acabas de perder. —Mordí el lóbulo de su oreja y toqué su nuca por debajo de su cuello perfecto—. Admítelo. —Besé su mejilla, arrastrando mis labios mojados de tequila.

—No... —Se resistía a perder.

Indiscutiblemente, aquella chica era como yo.

Lo que pasó después fue el escándalo del espectáculo y el punto que me venció.

Posó una mano en mi nuca, y con la otra acarició y deslizó con suavidad el limón por mis labios. Estaba tan caliente que ya no notaba el ácido. La gota estaba a punto de caer por mi labio inferior, pero Nina lo lamió y juntó sus labios con los míos. ¡Que alguien me salvara de aquello! ¡Podría acostarme con ella allí mismo, en cualquier rincón o delante de toda esa gente! ¡Joder!

Las manos se me desviaron a su trasero y a su espalda. Apreté su cuerpo contra el mío, y el baile siguió intensamente nuestros movimientos enloquecedores. Terminé sin poder evitar saborear sus labios mojados por el tequila y el limón. La gente gritaba y silbaba, mencionando la atracción entre ambos.

Estuvimos besándonos al ritmo de la música. Luego, de pronto, se separó de mí y compartió conmigo lo último que quedaba de la botella. Primero bebió ella, y después me dejó la botella en el pecho para que la cogiera. Bebí entre jadeos y la gente volvió a lo suyo. En cambio, Wen tenía cara de alucinación. Realmente debería haberse grabado en aquel momento.

—¡Estáis locos! —exclamó con una sonrisa grandiosa.

Nina me miró y me fijé en su labio inferior. Lo tenía un poco hinchado de tanto besarnos sin control alguno.

—Buena jugada, niña. —Acaricié uno de los muchos mechones de cabello que se habían descontrolado—. Eres una buena competidora.

—Lo mismo digo.

Se puso el cabello a un lado y se largó, dejándonos a Wen y a mí solos en la pista.

Nina

Bajo uno de los árboles, lejos de la pista de baile, me encontré arrancando hierba con los dedos. Estaba nerviosa, inquieta. Acababa de cometer una de las tantas locuras que realmente a veces deseaba hacer. Pero, una vez que la había cometido, no era de buen gusto. Era ilegal, más ilegal que bailar con un chico normal. ¡Por favor, acababa de besarme con el hijo del alcalde! ¿Qué pecado mejoraría aquello?

Estaba perdida...

Mientras magnificaba el asunto, enloquecía y me decía a mí misma que estaba loca, el chico con el que bailé encima de la mesa hacía unas horas se presentó detrás de mí ofreciéndome droga. Por supuesto, no acepté. Él insistió más de lo normal.

—Ya he dicho que no quiero —le dije enfurecida y agresiva por el alcohol.

—¿Una zorra como tú no quiere? —Se agachó detrás de mi espalda y besó mi hombro.

—¿Qué has dicho? ¿Qué me has llamado? Pero ¡¿qué haces?! —Me giré y golpeé su cara.

De inmediato, fui lanzada hacia atrás. Mi espalda golpeó la hierba. Mareada, intenté levantarme, pero el tío restregó sus labios por mis brazos. Vi sus ojos curvarse por la droga. Tenía tanto miedo a lo desconocido que no sabía cómo actuar, y solo acerté a golpearlo para librarme de él. Sencillamente, me fue imposible. No dejaba de ser una chica que pesaba cuarenta y seis kilos y que tenía un cuerpo muy delgado.

Comenzó a babosear mi cuello, a morder con fuerza mi piel.

—¡Suéltala!

La voz grave de Izan se escuchó por detrás. Al momento, cogió los hombros del chico y lo echó hacia atrás como si nada. Salí de sus brazos y me arrastré hacia atrás. Temblé y vi cómo Izan oscurecía la mirada. La ira nubló su juicio, y era capaz de matarlo. Estaba segura.

—¡Izan, Izan! —Agarré como pude sus hombros—. ¡Déjalo, está drogado! ¡Déjalo!

Tras varios golpes en la cara, merecidos, lo soltó. El muchacho echó a correr hacia los baños. Izan me tendió la mano y acabé en sus brazos en cuanto me incorporé. Lloré de impotencia en su pecho.

—¿Estás bien? —Acunó mi rostro entre sus manos—. ¿Nina?

—Sí —conseguí decir, a pesar de estar desorientada—. Estoy bien.

—Vamos... Vamos a un lugar más tranquilo.

Eran las cuatro de la mañana. Lo sabía por el reloj tan bonito que llevaba Izan en su muñeca. En ese tiempo, en el cual estuvimos solos ante el cielo y el bosque, había ido a por un café, un trozo de tarta y una chaqueta para mí. Lo vi hambriento comiéndose la tarta, y me hizo gracia verlo tan vulnerable, tan natural.

—¿Quieres? —Me ofreció un trozo.

—Vale —acepté sonriente. Me acerqué a él—. Solo un poco.

Juraría que se había quedado mirando cada movimiento de mis labios al lamer la fresa, la nata y la crema. Volvió a sonreír cuando vio mis labios manchados de fresa. Por su mirada fija en mi lado izquierdo, supe que la parte del dulce estaba justo ahí. Sin limitaciones, se acercó, atrayendo mi rostro hacia el suyo, y con su lengua lo retiró.

—¿Vas a dejar de hacer eso? —le pregunté curiosa.

—¿Hacer qué? —Enarcó una ceja de una manera divertida.

—Podrías haberlo quitado con el dedo. —Suspiré—. Sería lo normal.

—No sería tan interesante. —Me hizo comer lo que quedaba. Aseguraba que lo necesitaba. Finalmente, se limpió las manos y miró el cielo—. Además, después de lo que acabamos de hacer ahí dentro, dudo que fuera lo acertado, dadas las circunstancias.

No pude evitar sonrojarme. Lo había pasado tan bien en la pista que no podía quejarme por eso. Y me había salvado de una posible violación.

—Gracias, Izan. —Me sonrojé.

—¿Por qué?

Observaba el bosque mientras mantenía un brazo por detrás de mi espalda y acariciaba con la yema de los dedos mi piel erizada.

—Por salvarme de lo de antes. —Lo acompañé mirando el horizonte.

—Ah, eso... —Carraspeó—. No ha sido nada. Te lo debía.

El silencio se quedó mucho tiempo entre nosotros mientras los árboles, creadores de sombras en el césped por el contraste de la luna brillante, hacían la escena apacible. La música continuaba sonando detrás de nosotros, y la gente se sentaba en la hierba o seguían la fiesta cada uno a su manera.

Llevaba rato callado. No quitaba la vista del cielo, y yo hacía lo mismo.

—Siento haberle pegado a Jon —dijo con sinceridad—. Yo...

—No pasa nada.

Quise poner mi mano encima de la suya, pero no lo hice. No era consciente de si lo que hacía podría perjudicar mi interior. Entre nosotros dos estaba pasando algo, pero no sabía bien de qué se trataba.

Lo miré de reojo. Él seguía contemplando el cielo. Se ató los botones de su camisa y desvió la mirada hacia mí. Nos quedamos un tiempo mirándonos a los ojos. No supe en qué pensaba cuando lo hacía. Yo solo pensaba en lo que había detrás de ellos. Cuando estaba tenso, eran verdes y oscuros. En cambio, cuando se acercaba a mí o se volvía el Izan divertido, cariñoso y bueno, se tornaban verde claro, muy claro.

—Sí que pasa —contestó tras varios minutos—. No me gusta que esté a tu lado, no me gusta nada. Verás, hace un tiempo estuve ojeando unos expedientes que guardaba mi padre en el ayuntamiento. Ahí vi el nombre de Jon. ¿Él se llama Jon Karl?

—Sí, eso es.

—A lo mejor no confías en lo que te digo, pero si dices que es él, tenía un expediente horrible, Nina. —Puso su mano encima de la mía y la apretó con

dulzura—. Es un maltratador. Ha hecho cosas terribles.

—No —dije rotundamente—. Él es mi mejor amigo, no puedo creerte.

—Nina... —Me obligó a mirar sus ojos—. Lo vi, lo leí. Además, en el establo llamó por teléfono y dijo: «Sí, me casaré con ella. La tenemos». ¿Qué puedes decirme a eso? Por eso le pegué. —Se enrabió—. Le pegué porque dijo una mentira tras otra.

Eran dos versiones de personas muy distintas. Mi mejor amigo aseguraba que Izan solo quería acostarse conmigo, y luego Izan aseguraba que Jon era un maltratador. No podía creer que fuera eso que él decía, no me lo creía. Era mi mejor amigo, el adorable Jon, mi Jon.

—No te creo. —Dejé su mano suelta en el aire.

Él me suplicó con la mirada.

—¡Debes creerme! —Pasó su brazo por mi espalda y me atrajo hacia él. Apoyé mi cabeza en su hombro—. Desde el principio he querido protegerte, a ti y a tu familia. Nunca he deseado hacerte daño. Me he sentido muy solo siempre, nunca he protegido a nadie. Y ahora que te conozco, siento la necesidad de estar a tu lado, sin saber por qué y sabiendo que...

—¿Qué? —dije con un anhelo de ilusión.

—Que podrían hacerme cualquier cosa. Soy el hijo de un político, pero aun así quiero protegerte. Tú eres la única que sabe cómo es mi corazón fuera de ese mundo, y hace muy poco que me conoces.

—Aunque... —respiré hondo— nos conocimos de una manera muy peculiar... —Reí ante su cara frustrada pero divertida.

—Demasiado peculiar, niña. —Se echó a reír y me abrazó cariñosamente—. Nina...

Mantuvo su brazo alrededor de mi cintura. Su piel ardía incluso encima de la chaqueta. Pude sentirlo. La otra mano acarició mi mejilla fresca. Era grande y ocupaba gran parte de mi rostro. La yema del dedo pulgar creó círculos alrededor de una de mis sienes, de mi pómulos y mi mentón. Separó los mechones que se interponían en mis ojos por culpa del viento y terminó acercándose de nuevo a mis labios. Lo hizo tanto que me intimidaron sus labios deseosos. Me dejé llevar, tanto que incluso no sentía mi cuerpo. Era como estar volando.

Me quedé en sus brazos, a su merced. Controlaba cada movimiento espontáneo que a mi cuerpo se le ocurría hacer. Llevó mis brazos alrededor de su cuello y de sus hombros esbeltos, cubiertos por la tela fina de la camisa. A

milímetros, sentí su aroma azotar mi imaginación. Y lo hizo: me besó. Me besó tan despacio que volví a perderme en un mundo inexperto. Nunca había experimentado la sensación de volar junto a alguien, de sentir esos garabatos dibujándose por debajo de mi ombligo.

—Solo digo... —volvió a mis labios— que tengas cuidado. No quiero que te hagan daño, no quiero que te pase nada.

—Está bien —le dije con una entonación muy cariñosa.

Las palabras salieron tan cortadas como el frío que sentía cuando la música fue desconectada de repente. La gente dejó de gritar y de bailar. La hora de finalización de mi fiesta no era en aquel momento. ¿Qué pasaba allí atrás?

Izan me protegió con su cuerpo y se dirigió a preguntar en alto a los demás.

Capítulo 12

HUIDA

NINA

—¿Qué está pasando? —Izan miró a su alrededor.

Tomó mi brazo con fuerza, levantándose, y estrechó mi cuerpo contra su pecho. Las sirenas de policía nos alertaron. El ambiente tenso se extendió en segundos. Izan actuó con rapidez. Cogió la chaqueta y la colocó sobre mis hombros, que temblaban. Enlazó los dedos de su mano con los míos, preparándose para correr.

—Hay que salir de aquí —comentó decidido—. ¡Vamos!

Golpes, disparos, ladridos de perros y masas de agentes de policía entraron en el jardín. Los localizamos desde allí, desde aproximadamente veinte metros. Una pareja corrió hacia el bosque; se tropezaron, pero no se rindieron, y volvieron a levantarse y a correr entre los árboles. Nosotros aún no corríamos. Izan estaba pensativo, mirando a cada lado de la casa, buscando una manera de salir con su coche, pero eso iba a ser imposible, y él lo sabía.

—¡Mierda! —Golpeó el tronco de un árbol cercano—. De esta no salimos...

—Vete, yo me quedaré —decidí—. Igualmente me pillarán. Se lo sonsacarán a Wen.

—¡No voy a dejarte aquí! —Tocó mi antebrazo—. No puedes recibir una multa. Y ten por seguro que vienen en busca de pobres. Nadie asalta una fiesta de ricos. Esto ha sido un chivatazo. —Inició la marcha hacia la casa—. Más vale que encontremos la manera de sacarte de aquí sin que te vean.

En ese momento, la cabellera rubia y larga de Wen se movió por la rapidez con la que corría en nuestra dirección. Estaba sudando y el maquillaje había manchado sus manos por culpa de las lágrimas. Tenía el vestido roto por un lado. Aquello me indicó más peligro del que llegué a pensar. El chico que la había acompañado toda la noche —amigo de Izan— se adelantó a los pasos de Wen y gritó:

—¡Tenéis que salir de aquí!

—No podemos, no hay escapatoria —le dijo Izan.

Estaba aterrada.

—Toma. —Dejó unas llaves en las manos de Izan—. Hermano, sácala de

aquí. ¡Wen, vamos con ellos! Nosotros no corremos peligro, pero hay que sacarla a ella como sea. ¡Yo los entretendré!

No sabía quién era ese chico, pero no tenía dudas de que haría cualquier cosa para proteger a su amigo.

—Por favor... —suplicó Wen entre lágrimas.

Eran las llaves de su coche. Izan me empujó para que siguiera andando hacia el garaje. No quería dejar a Wen allí, pero ellos posiblemente serían exonerados de una multa tan elevada. Además, ya no era solo la multa lo que me preocupaba, sino el hecho de que estaba pasando la noche con el hijo del alcalde y más de cien personas lo habían presenciado.

Conseguimos llegar los dos al garaje. El ambiente estaba lleno de humo, ruido de gente tirando cosas mientras corrían y botellas rompiéndose en el suelo. El jardín estaba destrozado, lleno de cristales pequeños que iba pisando a medida que andaba. Las luces se ocultaban entre el humo de las bombas que la policía lanzaba. La única manera de parar a más de cien personas era con violencia, y así estaban haciendo su trabajo.

—Venga, Nina, tienes que arrancar el coche y salir pitando de aquí. —Me metió dentro a la fuerza.

—Pero tengo mis cosas dentro de la casa —me preocupé tontamente.

—De eso me encargo yo. —Acarició mi cabello—. Vamos, sal de aquí, ¿entendido? Hazlo por mí.

—¿Y qué harás tú? —Me aferré al volante.

—¿Yo? —Miró hacia la catástrofe—. Cubrirte. —Fijó su mirada en mis ojos llorosos.

—¡No! —Agarré su camisa—. No quiero que te pase nada...

—Estaré bien. —Besó mis dedos con ternura—. Recuerda quién soy. —Colocó mis manos en el volante—. Ahora, vete.

No tenía mucho tiempo hasta que escucharan el motor. Finalmente, arranqué con el miedo en mis entrañas. Observé a Izan distanciarse del coche, salir al jardín y poner la música muy alta. Ese era su plan para que no se percataran de mi huida. También hacerse el borracho y llamar la atención de los policías. Era mi momento. Avancé rápido por la salida y lo miré por última vez. Estaba hablando como si nada con los policías. Guiñó el ojo sonriente, ya que acababa de salvarme de nuevo.

Izan

Por mí no me preocupaba en absoluto. Por Nina, en cambio, sí, y mucho más por que llegara a casa sana y salva. Aunque eso no lo iba a saber hasta que pudiera reunirme con ella.

—Así que... —el policía tomaba apuntes en su libreta— una fiesta pija a la que asisten clases bajas...

—No. —Me tambaleé imitando a un borracho—. Ya le digo que todos los presentes —lo miré con ojos sinceros— éramos de clase alta.

—¿Está seguro? ¿No se coló ninguno?

—No. —Abrí los brazos, indiferente, y luego metí las manos en los bolsillos—. A estas fiestas solo asiste gente de clase alta, agente.

—Gracias por su tiempo, señor Blake. —Cerró la libreta, mirándome con un poco de sospecha. Cuando la policía volvió a la casa y comprobaron que todos los asistentes eran de clase alta, sus caras fueron de frustración.

—Hemos recibido un chivatazo —prosiguió el agente— de que aquí había gente de clase baja, pero ha sido un error. Aunque no sé por qué se han puesto tan agresivos. No se puede actuar así con la policía. Recuerden que para eso hay normas. La próxima vez, les caerá una gran multa. —Puso una sonrisa de malo—. Perdonen las molestias y todo este horror. ¡Vayámonos, chicos! ¡Falsa alarma! —les gritó a los demás agentes.

—Menudo gilipollas... —murmuró Noel, cruzándose de brazos.

Después de eso, los agentes se retiraron en sus coches y volvieron por la carretera por la que se había marchado Nina. Wen llamó a su amiga, desesperada. Por el momento, el teléfono estaba desconectado.

—Tranquilos, aparecerá —nos animó Noel—. Eso sí... —me miró de arriba abajo—, ¿vas a contarme qué cojones está pasando con esa chica?

—Lo haré cuando lo sepa yo mismo —añadí sincero.

No podía pensar en otra cosa que en su paradero.

—Está volviendo —dijo sonriente Wen tras hablar por teléfono—. Uf..., por poco la pillan. —Se entristeció.

—¿Estás bien? —dije, masajeando su hombro. Asintió—. ¿Seguro?

—Sí, pero ¿vas a explicarme qué os traíais Nina y tú?

Los dos me miraron con los brazos cruzados, esperando una respuesta contundente.

Nina

Apresurada, di la vuelta con el coche. Conduje de nuevo por las interminables curvas de la montaña. Los vehículos de la policía pasaron en dirección contraria. Aquellos cinco coches con luces encendidas me asustaron. No obstante, y por fortuna, no me pararon. Había tenido suerte; demasiada, diría yo. Cuando llegué a la casa, las mujeres de la limpieza tenían un trabajo interminable. Lo que me impresionó fue ver a Izan, Wen y algunos conocidos ricos ayudando con el desastre.

—¡Nina! ¿Estás bien? —Wen me atrajo a su pecho y besó mi mejilla.

Izan resultaba soportable cuando se lo veía tan inocente y fuera de su trabajo.

—¿Eh? —Me levantó la barbilla—. ¿Cómo vas, niña?

—Bien.

Preferí dejar de prestarle atención mientras ayudaba a los demás a recoger todo lo que habían destrozado anteriormente. Despedimos a Izan dos horas después de estar con ellos a solas.

Lo que pasó esa noche había sido muy fuerte para mí; todo fuera de lo normal. Y pensar que si no fuera porque yo y más gente de mi clase estuvimos allí, no habría sucedido nada..., que los niños ricos podían montar fiestas cuando les placía... Eso no era nada justo.

—¿Quieres helado? —me preguntó Wen, preocupada por mi estado—. Toma si quieres...

Aún seguía con las rodillas en el pecho, apoyada en el cabecero de la cama y mirando cómo el sol aparecía por los ventanales. El agua me ayudó a sentirme mejor también, pero no dejaba de recordar el final de la fiesta.

—Bueno.

No me quedaba otra que aceptar el helado a pesar de ser invierno. Una tradición así no se podía rechazar.

Se sentó a mi lado, miró hacia los ventanales y comenzó a reír.

—¿Qué sucede? —le pregunté desorientada.

Se llevó una cucharada más a la boca. Su móvil sonó. Cuando lo sacó del bolsillo de su pantalón y lo tuvo en la mano, vi la foto de llamada. Izan ataviado con un esmoquin, los ojos verdes más llamativos y una sonrisa seductora me hacía recordar momentos de la noche.

—Entonces, ¿está bien? —le preguntó.

—Sí, está bien, se lo diré. —Me miró por el rabillo del ojo.

No pudieron hablar más. Colgó y dejó el móvil en el colchón. Me pasó el

helado y su cuchara y salió corriendo por la puerta. Para cuando quise gritarle qué era lo que estaba haciendo, ya había vuelto con un paquete pequeño envuelto y sonriendo como una niña pequeña. Lo dejó en mis manos y, de debajo de la cama, sacó otro paquete, pero se lo guardó detrás de su espalda.

—Izan te ha traído eso —señaló el paquete en mis manos—, y me ha dicho que te diga gracias por hacérselo pasar tan bien esta noche.

Eso me hizo ponerme roja, y Wen sonrió al verme. Deslicé los dedos por el lazo plateado que envolvía el paquete de papel rojo mientras los nervios me hacían ir demasiado despacio, a lo que Wen protestó y, al final, acabó ayudándome.

Un móvil de última generación se quedó en mis manos. No sabía ni siquiera cómo sostenerlo; tampoco cómo mirarlo. Era brillante, estaba intacto, y deseaba abrazar ese sueño.

—¡Guau! —Wen estaba alucinando—. Qué detalle...

—Bueno... —Me sonrojé de nuevo.

—Dime la verdad. —Me miró, inclinándose—. Él es el tío bueno que conociste, ¿verdad? —Sonrió satisfecha al percatarse de mi sonrisa vergonzosa—. ¡Lo sabía! ¡¿Sabes la química que había en la pista entre vosotros?! ¡Ha sido alucinante! ¡Os ibais a comer! —Carcajadas y más carcajadas por su parte—. Mierda de sociedad...

—¿Por qué dices eso?

Pasó de mi pregunta. Abrió el paquete más grande, el que había escondido detrás de su espalda, para cambiar de tema. Jugueteeó sin dejarme cogerlo. Me enfadé, y por fin me lo dejó en las manos. Se acercó y se sentó en la cama, deseando ver mi cara de sorpresa. Al abrir la caja grande después de haberme desecho del papel oscuro que la envolvía, había varios vestidos doblados perfectamente, ropa interior, zapatos de tacón, camisetas y una chaqueta preciosa.

—Sé que te encanta la ropa. —Sonrió, esperando una respuesta.

—Oh, Wen... —Me lancé a sus brazos—. ¡Eres la mejor! ¡Te quiero muchísimo!

—Y yo a ti. —Nos abrazamos.

—Y otra cosa más. —Nos cogimos de las manos, sentadas en la cama—. Hacéis una espectacular pareja. Y... —acarició mi cabello— creo que está enamorado.

—¡Anda! ¡Qué dices! Izan solo quiere acostarse conmigo —objeté.

—No —se levantó de la cama—, creo que lo has atrapado en tus redes. — Me guiñó el ojo—. Recuerda lo que te he dicho, recuerda mis palabras. — Besó mi mejilla y me abrazó—. Feliz cumpleaños, hermana mía.

—Te quiero muchísimo, Wen.

Rompimos a llorar tontamente.

Al día siguiente, me probé todos los vestidos, me bañé en agua caliente, vi la televisión de plasma con una sonrisa de oreja a oreja y cenamos acompañadas de un vino excelente. También me enseñó a configurar mi nuevo teléfono móvil. Nadie molestaba a nadie, y Wen estaba llena de energía para proponerme ir a montar a caballo, jugar al ajedrez y ver series hasta las tantas de la noche.

Lo pasé muy bien. Pero sabía que todo lo que empezaba tenía un final, y así fue como se acabaron mis pequeñas vacaciones distantes de mi realidad. No volví a ver a Izan después de la fiesta y, en gran parte, lo echaba de menos.

Izan

Cuando llegué a casa esa mañana, las preguntas de mi madre invadieron mi espacio más de lo necesario. Ella sabía que había ido a una fiesta, pero la preocupación no la dejó pasar del tema.

—Mamá, estoy bien. —Retiró su mano de mi mejilla—. Además, ¿cómo te has enterado?

—Una amiga tenía una hija allí —siguió con esa voz de preocupación.

—¿Papá no lo sabe? —indagué.

—No, me he enterado hace poco. —Torció el gesto—. ¿Por qué?

—Si no lo sabe... —arrastré las palabras—. No se lo digas, por favor.

Pasos detrás de mí me enderezaron. Mi madre se colocó presentable ante mi padre y esperó a que dijera algo.

—¿Qué es lo que no sé? —No me gustó aquel tono.

—Que tu hijo es un desastre. —Mi madre apretó mi mano disimuladamente—. Ha perdido mi collar de perlas.

—Eres un desastre —corroboró, y se echó en el sofá—. ¡Yasmina! ¿Para cuándo ese café? —exigió.

Cada vez que mi madre escuchaba cómo le faltaba al respeto, se sentía fatal. Siempre dije que no estaba hecha para vivir esa vida, no al lado de un hombre como mi padre. Sin embargo, a ella tampoco le dieron a elegir, sino

que fue mi padre quien eligió a la mujer hermosa, rubia, con buen cuerpo y de clase alta y nada más.

—Hijo. —Hans le dio vueltas a la cucharilla—. Quiero que hagas algo por mí.

—¿Qué necesitas? —dije con un hilo de voz.

Esperé hasta que mi madre desapareciera de la cocina y mi padre me hizo señales con la mano para que me sentase en el sillón. Sacó una tarjeta de la cartera. En ella estaba escrito el nombre de un club de alterne prestigioso. La dejó en mis manos y le dio un sorbo a su café. Era el mismo club al que mi padre había acudido hacía unas semanas: el club Yin.

—¿Qué quieres que haga con esto? —Me quedé pasmado mirando la tarjeta.

—Allí va frecuentemente un hombre. —Chasqueó la lengua y encendió un puro—. Tienes que cerrar un trato con él.

—¿Qué tipo de trato? —Miré la dirección—. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Necesito que lo amenaces para que abra la boca. —Cogió una galleta—. Arrancarle la cabeza si hace falta... —dio otro sorbo—, pero consigue que hable.

Me quedé petrificado escuchando aquello, sabiendo que, al final, tendría que hacerlo. Pero... ¿quién demonios era mi padre?

—Sabe quién fue el francotirador que me apuntó.

—Entonces, ¿tengo que sonsacárselo a la fuerza? —Quería terminar la conversación.

—Sí —bostezó—, y deberá ser esta noche. —Volvió a bostezar—. Yo estoy muy cansado.

Lo que quería mi padre era convertirme en alguien como él: un hombre frío y despiadado a quien lo único que le importaba era los negocios, la política y, de vez en cuando, acostarse con su mujer.

—¿Entendido? —Fue cerrando los ojos, se levantó y comenzó a caminar hacia su habitación—. ¿Entendido o no?

—Entendido.

Me quedé allí sentado como un completo idiota, con la tarjeta en la mano, pensativo y esperando el momento en el que tuviera que convertirme en el malo de los Blake para amenazar a alguien.

Carolina me llamó decenas de veces. Al final le contesté secamente. Ella

me contó su vida alegre y rica. Poco después, estaba soportándola en un bar normal de la ciudad. No quiso sentarse en una silla de hierro junto a la plaza donde se situaba el edificio del colegio público. Yo insistí, sabiendo bien por qué.

—Y le dije... —Se quedó mirándome—. ¿Izan? ¿Estás aquí? Encima de que me siento en este bar de mala muerte, no me escuchas.

—¿Eh?... —Volví la mirada hacia ella—. Sí, sí...

Quería continuar hablándome, pero cuando la pequeña Yina me vio y corrió hacia mí, me olvidé por completo Carolina.

—¡Yina!

Me abrazó con fuerza. No sé qué había pasado con Yina desde el principio, pero esa niña era un amor; era una Nina en pequeña.

Jon estaba delante de mí, con esos ojos acusadores. Me repasó de arriba abajo y lo miré indiferente. Yina me dio varios besos en la mejilla.

—Venga, Yina, vámonos.

Me estaba preguntando por qué Jon llevaba a Yina con él, pero cuanto más me metía en sus vidas, peor me iba a mí. Yina se fue de su mano.

—¿Qué decías? —Volví hacia Carolina.

—Nada... —Se echó el cabello hacia atrás y me besó.

Un agente de policía pasó justo en ese momento, se aseguró de que yo fuera Izan Blake y no tuvo que pedirme los papeles por el beso en público. Y, una vez más, sabiendo que ella era mi prometida, no hicieron nada. En cambio, a una pareja sentada en un banco cerca de allí sí que le pidieron sus identificaciones y sus papeles filiales.

—Qué bien que estemos prometidos. —Me besó de nuevo.

—Sí, qué bien... —fingí entusiasmo.

En ese momento, cuando el policía terminó de cuestionar la filiación de la pareja del banco, una mujer paseaba tambaleándose. Tropezó con mi pie y la agarré justo a tiempo. Dijo cosas que no se entendían, y cuando giró la cara para mirarme, me recordó a alguien, pero no sabía verdaderamente a quién.

—¿Se ha hecho daño? —La enderecé—. ¿Se encuentra bien?

El policía se volvió hacia nosotros, la dejé en sus manos y observé la escena. Otra mujer de mi clase se acercó a ella reclamando su atención, pidiendo que la escuchara, pero la otra —molesta por el alcohol— contestó con agresividad:

—¡Déjame! ¡Tú eres la culpable de toda esta mierda! —le dijo con furia

descontrolada.

A la mujer de clase alta la identifiqué por su cabello cobrizo. Era Juliet. Su rostro mostraba una pena absoluta y dolor.

—Sabes que eso no es verdad... —Agachó la cabeza.

—¡Maldita sea, sí lo es! ¡Tú lo fastidiaste todo con mi familia!

A pesar de estar el policía cogiéndola para que no se cayera y evitando que ambas siguieran peleando, eso no sucedió.

—¡Merinda, llevo toda la vida pasándoles ayudas a las niñas!

—Pues no vuelvas a dejar ni un céntimo en mi casa. —La fulminó con la mirada.

—Solo digo que Nina debería dejar de cuidar a su hermana. Tú... Tú eres su madre.

—¡Nina es suficiente mayor para eso!

—Pero no es su madre.

—Juliet, te lo advierto... —Los ojos se le salieron de las órbitas—. No vuelvas a hablar con ningún miembro de mi familia. ¿Queda claro?

Cuando Carolina quiso pasar del tema e irse, Nina apareció y cogió a su madre de los brazos. Llevaba una chaqueta y unas botas de tacón nuevas, pero una cara triste y extraña para mí. La madre se aferró a los brazos de su hija cuando el policía la soltó. Juliet se quedó mirando a Nina con aires de súplica, y ella dejó a su madre en una silla detrás de Carolina. Esta quiso levantarse, pero no se lo permití.

—Tía, será mejor que te vayas —le suplicó.

—Cariño... —Tocó su mejilla—. Cariño, yo...

—No importa. —La abrazó—. Gracias por lo que has hecho durante todos estos años, pero ahora debo ocuparme de mi madre, y será mejor que no vuelvas. —Una lágrima recorrió su pómulos.

—Nina, no quiero perderte. —La agarró de la mano.

—Yo tampoco... —soltó su mano—, pero, por ahora, es lo mejor.

Agarró a su madre y subieron al autobús cercano. Juliet se quedó parada durante un tiempo, aunque cuando ya no le quedaron fuerzas, se retiró.

Carolina no podía soportar los chillidos, así que se fue al baño para maquillarse. Ante esto, yo tuve tiempo de correr hasta Juliet.

—Perdona, perdona. —Toqué su mano y ella se giró—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Juliet se quedó parada. La gente pasó y ella siguió mirándome. Se giró,

dándome la espalda para que no notaran que estaba hablando con ella.

—Izan, tengo que irme. —Soltó mi mano y emprendió su viaje a saber dónde.

No es que quisiera algo de ella; tampoco supe por qué la detuve. Quizá quería convencerme de que podía hacer algo por Nina desde mi escondite, pero lo cierto era que ni así podía. A la tercera vez que mi padre me advirtiera, no sería nada bueno, y lo sabía de buena mano.

Nina

Mi madre se cayó en el asfalto lleno de nieve que iba derritiéndose por el sol. La levanté a duras penas. Su peso era demasiado para mí. Era como si el alcohol se hubiera encargado de engordar su cuerpo y me lo estuviera poniendo muy difícil para llevarla a casa.

El autobús que cogimos en el centro nos llevó a la calle donde vivíamos, pero solo al principio. Nuestra casa era una de las últimas de la calle, al lado de las fábricas, algunas operativas y otras abandonadas.

—¿Por qué tratas a Juliet así?

Quise sonsacarle de una vez cuál era el problema. Quizá el alcohol pudiera ayudar a desembuchar todo lo que mi familia llevaba arrastrando sin mí.

—Eres muy niña para saber eso. —Se tambaleó y le dieron arcadas.

Wen me había preguntado la última vez que la vi si mi madre seguía dándole al ron cada mañana. Yo no supe qué contestarle, como tampoco supe responderme a mí misma en ese momento. No sabía si había vuelto a las andadas o si seguía haciéndolo a escondidas cuando todos nos alejábamos de ella.

—Mamá, ya no soy una cría. ¿Qué está pasando? —La cogí firme de los brazos y la enderecé para que me mirase.

—Tu tía Juliet se acostó con tu padre. —Escupió en el suelo.

—¿Cómo?! —La vista se me nubló.

—Ahora ya no es tu madrina «la perfecta», ¿verdad? —espetó con sorna.

Continúo tropezándose y tambaleándose. Se apoyó en la puerta de casa y sacó las llaves entre lágrimas. Tardó más de lo normal en encontrar la adecuada. Finalmente, abrí y mi madre se tiró de lleno al sofá.

Yina se encontraba en el salón, viendo los dibujos, cuando mi madre se cayó a su lado. Ella se asustó e intentó buscarme para resguardarse de su

propia madre. ¡Vergüenza tendría que darle!

—No pasa nada, Yina.

En ese momento, mi padre entraba por la puerta con su traje y su maletín.

—¿Has vendido algo, cariño? —dijo mi madre, más que borracha.

Cogí a Yina de la mano y enlacé sus dedos con los míos. Junto a la puerta aún se escuchaba a mis padres charlar de cosas tontas. Mi padre la puso en su regazo y le acarició el cabello. Me sorprendió después de todo. ¿Cómo podía dejarse hacer eso mi madre después de que mi padre se hubiese tirado a su hermana? Aquella había sido una explicación poco detallada, y tampoco conseguiría una plena, así que para el caso...

—Merinda, todo pasará, te lo prometo. —Besó su frente—. Todo tendrá solución, pero ella no tiene la culpa, y lo sabes, preciosa. —Mi madre lo abrazó y lloró en su pecho.

Me impresionó aquella cercanía y la manera de tratarse. Nunca los había visto tan unidos, y me di cuenta de que mi padre la entendía. Entendía la postura que escogió mi madre, pero yo seguía sin comprender aquellos cambios que hacían entre ellos a mis espaldas.

Cerré la puerta y Yina saltó con sus botas de nieve. En ese mismo momento, recibí un mensaje muy corto: «En el callejón antes de las diez». Al no saber quién lo enviaba, al principio quise pasar de la invitación, pero sus letras me conmovieron tanto que era casi imposible no sentirse aludido.

No pude volver a dejar a Yina, o me expondría a miles de preguntas de por qué salía otra vez para despejarme. La gente debía tener un buen motivo para lograr salir unos minutos a solas. A mi hermana pequeña no le importaba ir por el callejón porque no sabía qué podía suceder entre aquellas paredes altas y juntas, con los cestos de las flores a medio caer en las barandillas y la ropa meneándose por el viento, así como los gatos hurgando en la basura o las alcantarillas expandiendo un olor horroroso.

En cuanto vio las cuatro ruedas, la tapicería negra brillante y la persona que se apoyaba en ella, los miedos se le quitaron de golpe y echó a correr hacia él. ¿Por qué Yina tenía esa obsesión?

Seguí a mi hermana, observando cómo de pequeña era a su lado cuando él se agachó y la abrazó. Acarició sus mechones largos y le regaló una nueva muñeca. No era de trapo. Estaba rellena de algodón y era muy bonita.

—Pero tendrás que esconderla para que no la vean tus papás, ¿entendido?
—La dejó en sus manos—. Ese es el trato. ¿Estás de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza, agarró la muñeca entre sus manos y dio vueltas emocionada, acariciando el cabello de esta, toqueteándole las manitas blanditas y abrazándola con ansia.

—Hola. —Me miró desde la distancia—. Supe que vendrías con ella para poder salir.

—Claro...

Yina levantó la muñeca y la colocó en mis manos. No tuve más remedio que tocar el regalo y acariciar su cabeza para decirle que podía aceptarla.

—Es preciosa, cariño. —Se la dejé de nuevo a ella y se quedó sentada en el suelo, jugando.

Izan se apoyó de nuevo en su coche y esperó algo, pero no lo obtuvo de mí.

—Te he visto en la plaza cuando tu madre y tu tía discutían.

Hice movimientos nerviosos.

—Ah, ya... —Miré el callejón de lado a lado—. ¿Nos siguen?

—No. —Me convenció.

Me acerqué un poco más, metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saqué el teléfono móvil. Era su regalo. Lo dejé en sus manos, lo que hizo que se sorprendiera.

—No lo quiero.

Estuvo bien tener ese aparato en mis manos durante una semana, pero no estaba hecho para mí, y tampoco quería ser comprada con regalos. Además, no era digna de algo así si no pertenecía a la clase de los portadores de ese tipo de móviles.

—Nina, solo quería compensarte por lo que te hice pasar —me explicó con actitud reservada—. No lo he hecho para ganarte ni nada de eso. Eso no me importa. —No me miró a los ojos—. Solo quería recompensarte y jurarte que no me meteré más en tu vida. ¿Sigues creyendo en las palabras de Jon?

—Puede... —le dije con firmeza—. ¿Qué otra cosa podría buscar alguien como tú, alguien de tu clase?

—Quédatelo, ¿vale? —Sentí el tacto de su mano en mi muñeca—. Acéptalo, solo para quedarme más tranquilo.

Despacio, colocó una de sus manos en mi cintura y me atrajo hasta su pecho. Apoyado en la carrocería, me apretó contra su cuerpo y yo enlacé mis brazos alrededor de su nuca. Tragué saliva, y la piel se me erizó en cuanto deslizó su otra mano por mi espalda. Buscó mis ojos a la espera de una contestación.

—Está bien —acepté a regañadientes, estando expuesta a su increíble mirada tan cercana.

Mientras Yina jugaba con la muñeca en el suelo, él me miraba a los ojos, investigando mi estado de ánimo.

—No quiero nada, Nina. Me gusta haberte conocido, pero sé que no podemos seguir siendo amigos. —Acarició mi rostro. Sus labios estaban demasiado cerca—. Pero estaba muy preocupado por ti.

—¿Ahora te preocupas por una de clase baja? —Me solté de su agarre, intentando evitar así un beso más.

—Oh, Nina... —Golpeó su coche—. ¡A estas alturas deberías saber que no estoy preocupándome por ti porque quiera acostarme contigo!

—Ya...

—Juro por mi puñetera madre que no. Ese capullo de Jon me la jugó... —Se rascó la nuca—. Lo juro. Tienes que creerme. —Pasó sus dedos por mi muñeca. Los deslizó lentamente—. ¿Me crees? Necesito saber si me crees.

—Te crea o no —me alejé de su agarre—, no puede ser porque yo estoy con Jon.

—Ese es un capullo, y lo sabes. —Volvió a acercar sus dedos a mi mano.

—¿Y qué debo hacer según tu? Tengo a toda mi familia detrás y a ti también. ¿Qué debo hacer?

—No lo sé —dijo confundido—. No lo sé, pero...

Mi móvil vibró en mi mano. Era mi padre.

—Tengo que irme, es tarde. Cuídate mucho, Izan.

Yina no quiso despedirse de él y me pidió con ojos de cordero degollado que no lo hiciera, pero no le permití más quejas. Izan le dio un beso en la mano como si fuera una princesa y se quedó quieto sin saber si debía marcharse. La cruda realidad era que tenía que hacerlo porque no éramos dignos el uno del otro. Si algún día había creído que Izan Blake podría estar interesado en mí, convertirme en su sueño, eso se iba a quedar en eso: en un sueño.

—¡Nina! —alzó la voz para que lo escuchara—. No dudes en llamarme si... —dudó—, si alguna vez necesitas algo. —Su mirada se entristeció—. Cuídate, niña.

—Lo mismo digo, Izan.

Él se despidió con la mano y cogí a Yina en brazos. Escuché cómo se cerró la puerta del coche. Arrancó el motor y se fue por el otro sentido del callejón.

Izan

Las luces del local de alterne alumbraban la montaña elevada del barrio. Por allí fuera aún parecía oler a humo, pero la impresión hacía más que el olfato. La madera acumulada, quemada en algunos puntos, y los árboles calcinados y destruidos provocaban que la apariencia no mejorase nada.

Dejé el coche en el descampado, odiando cuando la tierra se incrustaba en las ruedas y las llantas de mi Audi y la carrocería se llenaban de polvo. Envié un último mensaje a mi padre para informarlo de que estaba en el sitio indicado. Cinco minutos después, varios coches como el mío aunque de distintos colores me rodearon. Eran mis aliados, que venían a protegerme contra el señor Argón, el que sería pillado por sorpresa en su local favorito de cada noche.

No había portero, ni tampoco nadie en la primera sala por la que entramos. Se escuchaba música sensual, y las mujeres con poca ropa bailaban en las barras o paseaban por el local de mala muerte. El espacio no era acogedor; más bien daban ganas de salir de allí por miedo a que te hundieran el bolsillo. Casi todas pedían más de quinientos de los grandes por acostarse con ellas. Menudas prostitutas de lujo...

—Señor Argón —lo llamé con voz grave.

El hombre, que fumaba un puro, relajado y contemplando a las mujeres que posaban para él, se detuvo para dar una calada más. Miró hacia atrás y me vio con esa postura elegante y aterradora a la vez. Lo intenté, y parecía estar saliéndome bastante bien.

—Señor Blake —apoyó el puro en el cenicero y las mujeres no dejaron de bailar—, ¿qué hace usted por aquí?

Detrás de mí tenía a seis de mis hombres acompañándome para cualquier imprevisto.

—¿Podemos hablar en un lugar privado? —le pregunté, aunque el tono fue más bien de obligación.

Argón se levantó desconfiado, corrió las cortinas rojas que ocultaban una habitación, y se encendió de nuevo otro puro. Esperó a correr las cortinas para ofrecerme una copa, pero la rechacé. Lo estampé de inmediato contra la pared. Dio la sensación de que iba a derrumbarse toda la habitación por el golpe. Argón se sorprendió y el puro se le cayó. Uno de mis hombres lo recogió para

quemar la palma de su mano poco a poco. Argón gritó.

—¿Quién quiso matar a mi padre? —Aplasté su cuello con mi codo—. ¡¿Quién?!

—No lo sé, Blake. —Tosió—. ¡No lo sé!

—¡Mientes! —Miré a mi compañero y este volvió a quemarle—. ¡Dime la puta verdad!

Argón gritó e intentó escabullirse, pero no pudo.

—No te lo diré si no sacas a todos tus hombres de aquí.

—¿Pretendes que los saque para que tú me digas la verdad? —Acepté con una sonrisa y di la orden para que salieran. Una vez que lo hicieron, proseguí —: Ahora, me dirás quién fue. —Apreté más su cuello.

—Fue un tío que se hace llamar Destructor.

—¿Destructor? —Me hizo reír—. ¿Pretendes que me crea esa mierda?

—Es cierto, te doy mi palabra. —Se ahogó—. Es del barrio de River. Pertenece a la conspiración que está en contra de tu padre. —Movié su cuello —. ¡Es todo lo que sé!

Sus ojos parecían decir la verdad, igual que sus palabras, que resultaban más claras aún. Entonces, lo solté con fuerza y lo amenacé:

—Si me has mentido, juro y perjuro que mi padre o yo iremos a por ti.

—Es la verdad —consiguió decir entre intentos de aclararse la garganta.

—Más te vale.

Volví sobre mis pasos y golpeé las cortinas. Los hombres aún estaban esperando en la sala y las mujeres me miraron deseosas, o al menos me dio esa sensación.

Frente a todo aquello, toda la escena, solo tenía un maldito nombre en mi cabeza: Nina.

Al llegar a casa, la sonrisa de mi padre invadió su cara. Su buen humor y dos chupitos de licor me esperaban en el escritorio su despacho, donde tenía su ordenador y sus papeles de alcalde.

—Estoy orgulloso de ti, hijo. —Levantó uno de los chupitos—. Me han dicho que eres mi viva imagen.

—Puede que sí. Al fin y al cabo, somos familia, ¿no? —Cogí el otro vaso y lo choqué con el suyo.

No sería nunca como mi padre. Solo necesitaba tiempo para desenmascararlo, solo tiempo para salvar a la ciudad de sus garras. Mi padre no era digno de un cargo de ese tipo.

En la televisión retransmitían las imágenes de mi madre en la celebración del libro, de su primer libro, y Juliet la acompaña.

—¿Quién es la que está al lado de mamá? —le pregunté. Aun sabiendo quién era, quise descubrir si la conocía.

Mi padre dejó sus papeles a un lado, se encendió un cigarro y colocó las piernas en la mesa, las cruzó y miró la televisión.

—Esa es Juliet. —Su tono gracioso no me gustó—. Amiga de tu madre. Creo que tienen varios proyectos juntas. —Carraspeó—. Es la única que se salvó de la miseria cuando su familia cayó en la mugre. Eligió estar de nuestro lado.

—¿Quién es su familia? —insistí, haciéndome el loco.

—Cuánto interés... —Se lamió el dedo pulgar y pasó una hoja del periódico—. Es la familia Larson, esa de la que te dije que te alejaras. —Sonrió, mirándome con malicia—. Esa pobre.

—Ah, sí, lo recuerdo —dije con tal indiferencia que hasta me hizo daño a mí—. Esa pobre...

—¡Vaya! —se sorprendió—. Así me gusta; los pobres muy alejados de ti, hijo.

Sonreí con falsedad. Me senté para seguir viendo las imágenes de la televisión. Cuando finalizó la noticia sobre mi madre, saltó otra nueva que me llamó la atención. Anunciaban que otro país se había sumado a seguir el proyecto OSDE.

—Se han unido a nosotros... —dije con un hilo de voz.

Mi padre se giró para ver la pantalla y saber de qué estaba hablando.

—Ah, sí. —Giró otra página del periódico—. Por lo visto, las ideas de la Junta Directiva de este país están dando resultado, y lo van a hacer en muchos más países.

En las noticias lo celebraban, pero a mí me había aterrado.

—La Ley OSDE se extiende... —seguí diciendo para mí mismo. Absorto.

—Sí, hijo. Ha sido un proyecto muy favorecedor para la sociedad. Tarde o temprano, todos harán lo mismo. La humanidad debe ser controlada, y decidir adecuadamente el futuro de las personas es mejor a que lo hagan ellos mismos.

—¿Por qué? —Disimulé de inmediato la tristeza que sentí—. Nunca me has contado el motivo del proyecto exactamente.

Dejó el periódico.

—Eras muy crío para entenderlo, hijo. —Sonrió orgulloso de sí mismo—.

El amor nos hace débiles, vulnerables y descontrolados. El caos invadió el país cuando todas las libertades estuvieron al alcance de todos. Las calles se llenaron de mujeres pidiendo sexo por dinero, de drogadictos ensuciando la imagen del país o de un número elevado de homosexuales incapaces de hacer crecer la población. Perdimos natalidad a gran escala, la gente ya no trabajaba, no había objetivos en sus míseras vidas. Pasaron muchas cosas para que la Junta y nuestro partido lo decidieran así.

—Y te dejaron a ti como la imagen de un buen alcalde que arregló todo eso.

—Por supuesto, y aquí estamos. Gracias a eso, tienes lo que tienes. ¿Lo entiendes?

Me investigó con la mirada. Yo estaba perdido pensando en la gente que volvería a ser emparejada en otro país, pensando en las posibilidades del ser humano.

—Los humanos somos la peor especie de la Tierra. Tenemos que estar controlados, hijo mío.

—Entiendo.

Lo dije por decir, por acabar aquella conversación y largarme de allí lo antes posible.

Capítulo 13

CELOS

NINA

No iba a dejar ese asunto en los oscuros lados de mi corazón. Tenía que averiguar por qué Juliet le había hecho eso a mi familia. Lo más oportuno era preguntarle a mi padre, pero como sabía perfectamente que él no iba a soltar ninguna información, tuve que ser yo quien fuera a descubrirlo.

Fui solo una vez a casa de Juliet, y fue maravilloso andar por aquellos paisajes. Tía Juliet tenía suerte de vivir así. Ella había trabajado mucho para llegar a tener una casa decente. No tenía hijos, aunque sí un esposo que ocupaba un cargo más elevado que el suyo, y además tenía una hijastra.

El timbre se hallaba delante de mí. Me daba miedo pulsarlo, pero debía hacerlo de una vez. Inmediatamente, la empleada del hogar contestó al interfono, le dije mi nombre y la valla se abrió a los pocos segundos. Los perros grandes no me mordieron, solo me olisquearon y se lanzaron con sus patas queriendo jugar y ser acariciados. En ese momento, di gracias a que no había traído a Yina, pues la habrían tirado al suelo al primer movimiento.

—Buenos días —me saludó cordialmente.

La empleada era mayor, muy educada y con una sonrisa que hizo que comenzara bien mi visita.

El esposo de mi tía apareció en el pasillo en cuanto entramos. Vestía de traje y llevaba una mochila negra alargada, donde debía llevar el portátil. Me miró, inspeccionando mi cara. No sabía exactamente si me reconocería.

—Perdona, ¿y tú eres...? —Se retocó la manga de la camisa y se puso la americana. Cuando iba a contestar con mi nombre, él se percató de quién era —. ¡Nina! ¿La pequeña Nina? —Rebuscó algún trozo de mí que le recordase a la niña pequeña que se presentó en su casa hacía muchos años.

—Esa soy yo. —Sonreí—. Me alegro de verte, Fernando.

—¡Dios mío, Nina! —Me abrazó con mucha fuerza—. No me había dicho Juliet que estabas tan... —no dejó de sonreír—, tan preciosa, tan mayor...

La empleada sonrió en cuanto supo quién era. Ella también me recordaba.

En aquel momento en el que Fernando me sostenía en sus brazos, una chica de mi edad bajó las escaleras como una pija estúpida de las que hablaba Wen. En cuanto levantó la cabeza y se colocó bien el gorro que llevaba, nuestras

miradas se convirtieron en rayos, como en los dibujos animados.

—¿Qué hace esta aquí?

—Oh, hija, te presento a Nina. —Fernando tomó de la mano a Carolina—. Nina, esta es Carolina, mi hija.

—¿Carolina? —Fijé la mirada en ella. Estaba absorta.

El timbre volvió a sonar y un coche negro entró por la valla de donde yo había venido andando. Detrás de Fernando apareció mi tía Juliet, que se quedó a medio camino mientras me miraba muy sorprendida. Una sonrisa de oreja a oreja apareció en su cara, tan bella como siempre. Su cabello largo, su figura delgada y sus curvas hacían de ella una mujer muy hermosa. Teníamos los mismos ojos, según afirmaba ella, y realmente creía que decía la verdad.

—¡Nina! —Me agarró de las manos y me lanzó hacia ella—. No pensé que vendrías nunca.

—Tía, yo... —No pude negarle el abrazo.

La puerta principal se abrió. Carolina dio un grito ahogado y se enganchó del brazo de su amado como una lapa; un brazo que una vez me abrazó y me guio hasta sus labios, aquellos que me besaron con ansia y pasión; esas manos que acariciaron mi cuerpo como si fuera la única mujer que existiera en la Tierra; ese Izan que me envolvió en su propia nube como quiso.

Fernando rompió el hielo:

—Este es el prometido de mi hija. —Tomó mi hombro y me puso delante de Izan—. Izan, esta es Nina, la sobrina de Juliet, mi esposa. —Sonrió alegremente—. No te la presenté la otra vez porque estaba de viaje, ¿recuerdas? —Hablaban de Juliet.

Izan tenía mi misma cara. Demasiadas casualidades juntas.

—Sí, claro que lo recuerdo. —Se acercó a mí—. Conozco a su sobrina. —Me enderecé, y lo mismo hicieron mis tíos—. Me la presentó tu propia esposa en la ceremonia del libro de mi madre. —Se relajó el ambiente—. ¿Qué tal, Nina? —Buscó mis ojos, pero no los encontró—. Me alegro de verte.

Fernando le dio el portátil a la empleada, quien lo llevó de nuevo a su lugar, y se pusieron a andar hacia el salón. Con nosotros, también iba la dichosa pareja.

—¿Aún recuerdas esta casa?

—Algo... —Le sonreí a mi tía.

—Siéntate, cariño. ¿Quieres algo de beber? —me preguntó amablemente.

—Bueno, un vaso de limonada estaría bien.

Ella sabía que bebía poco de eso y sonrió al saber que me complacía.

La pareja se sentó en el sillón de dos plazas. Todos los sillones estaban hechos de piel. Había una mesa en medio y una chimenea delante de nosotros que hacían el salón muy acogedor. Fernando vio cómo observaba hasta las paredes y sonrió, aunque no dijo nada; no quiso hacerme sentir incómoda ante tanta diferencia de clase. ¿Amaba Juliet a Fernando? No lo sabía con certeza, pero desde fuera pude ver que se respetaban.

—¡Carolina, al teléfono! —gritó Fernando desde la cocina.

Izan se quedó sentado en el mismo sitio, con una pierna por encima de la otra de forma chulesca, y me miró de un modo inusual. ¿Por qué no paraba de observarme así?

—¿Cómo estas, niña?

«Ya empezamos...», me dije.

—Bien. Y no te importa. —Enlacé los dedos unos con otros—. En cuanto mi tía me deje irme, me iré.

—¿Y qué has venido a hacer aquí, entonces? —me preguntó con curiosidad.

—No te importa —le contesté un tanto terca.

Mis palabras secas y llameantes de rabia parecieron molestarle. A mí, más bien, me daba igual lo que hiciera o dejara de hacer. En cambio, él quería saber por qué me encontraba allí.

—¿Por qué estás aquí? —insistió.

—Qué casualidad que te hayan prometido con la hija de mi tío, ¿no?

—¿Casualidad? No lo creo. —Tragó saliva y endureció las facciones—. Mejor llámalo una gran amistad con mi padre y algo escondido.

—Vaya... —Eso me sorprendió—. ¿Y tú quieres estar con ella?

«¿Por qué narices le preguntas eso, Nina?», me recriminé.

Se desplazó al otro lado del sofá, desde donde podía verme más de cerca y yo sentir más su tensión. Me miró con esa mirada de escándalo.

—¿Y tú? ¿Quieres estar con Jon? —Sonrió pícaro.

—¿Qué manera de responder es esa? —Fruncí el ceño.

—La respuesta a tu pregunta —se levantó, puso las manos en los bolsillos y me contempló desde la altura— es la misma que tu respuesta a la mía.

Me quedé sentada, con las facciones retorcidas por la impresión de sus palabras. Izan acarició mi cabello y descendió su mano para acariciarme la mejilla antes de dirigirse a la cocina con los demás. Eché la cabeza hacia atrás

y suspiré.

Juliet trajo mi refresco y me pidió que la siguiera a la terraza. Desde allí se podía ver el comienzo de la piscina en la parte de atrás del jardín y los perros grandes descansando en sus casetas, además de poder escuchar el ruido tranquilizante del agua de la cascada de adorno que había en la entrada de la casa.

—¿Cómo está tu madre? —Casi me atraganté.

—Bien, está en casa. —Suspiré—. Piensa que estoy en el curso, así que tranquila.

—Me alegro de que estés aquí. —Me miró por encima del hombro.

Me apoyé en la barandilla y descubrí lo alto que estaba la terraza desde allí. Me quedé pensativa, esperando algo más por su parte, esperando que fuese ella la que iniciase el tema, pero no lo hizo.

—Mi madre me lo ha contado todo —comencé la conversación.

—¿Qué? —Se asustó—. ¿Qué te ha contado?

—Que te acostaste con mi padre... —Me produjo dolor decirlo—. No me esperaba eso de ti.

—¿Por eso has venido?, ¿para que te confirme si es verdad? —Observó el sol.

—Sí... —Me dio pena decirlo—. Necesito saberlo.

Juliet se cruzó de brazos y siguió mirando el cielo y las montañas que nos rodeaban. Su casa estaba muy alejada del centro y también de mi barrio. Su rostro mostró nerviosismo y sus labios brillantes por el *gloss* temblaron un poco, tanto que casi logró esconderlo, pero yo era demasiado observadora para no darme cuenta. Lo que hizo no estuvo bien, pero sabía que tuvo que haber algún motivo valioso para que la recompensa fuera destruir una familia.

—Me enamoré de tu padre, Nina... —Una lágrima recorrió su mejilla—. Y él se enamoró de mí. —Pero eso es...

—Eso es ilegal, sí. —Se tapó los labios con los dedos—. Yo no podía parar... —Toqué su hombro—. No podía dejar de amarlo. Y, entonces, la sociedad nos separó cuando enlazaron a tu madre con el hombre al que yo amaba.

—¿Y sigues amándolo? —le pregunté sin pensar en lo que podría afectarle aquello.

Juliet susurró un sí a mi lado. Entonces, comprendí que otra pareja más vivía sin amarse y que, irremediamente, todos acabaríamos así.

—Teníamos mucho en común. Él era magnífico, fuerte, valiente y cariñoso —cerró los ojos—, pero la vida que llevaba tu padre la desconocía. Aunque me daba igual, yo lo amaba y él me amaba a mí. —Parpadeó junto a sus lágrimas—. Y entonces...

—Y, entonces, ¿qué? —Tragué saliva—. Prosigue, por favor...

—Entonces, tu madre y yo nos separamos en cuanto lo supo. No quería que se acercara a mí porque yo era rica, guapa y la dejaba por tierra. Eso decía ella. —Usó un tono de ironía—. Sin embargo, yo no quería nada de eso ni pensaba así. —Su arrepentimiento me inundó el corazón—. Solo quería ayudaros, porque siento que es lo que debo hacer para arreglar los errores cometidos y porque... —se giró hacia mí—, porque te quiero más que a nada en este mundo.

Con el uso de esas palabras llenas de cariño, todas las posibles maldades que pensé de ella hacía unas horas se desvanecieron. Sus emociones y sus motivos los sentía mucho más profundos de lo debido, ya que no era mi madre para amarme tanto como Juliet me amaba. Pero desde que era muy pequeña, antes de que mi madre se enterara de todo, ella se encargó cada día de cuidarme, de cambiarme los pañales y de llevarme al colegio diariamente. Su pérdida y su lejanía me dejó desconcertada, pero era una niña y pude aceptarlo sin problemas. Con una excusa, valía.

—¿Estás bien? —le pregunté apenada—. Te entiendo, no te guardo rencor, tía Juliet.

—Oh, cariño. —Pasó sus brazos por mis hombros y me arrulló con ellos—. Te quiero tanto...

Fuera lo que fuese que hubiera hecho y el porqué, estaba más que claro. El amor verdadero te llevaba a ser ilegal. Otros tenían la suerte de enamorarse y que sus padres lo expusieran como petición. Aun así, viendo a cada pareja, dudaba mucho que hubiera muchos casos como esos. Y, por descontado, yo no iba a ser uno de ellos.

Izan

Fernando estaba hablando con la empleada del hogar sobre la comida que se pondría en la mesa para cinco personas, entre ellas, Nina Larson, la mujer de la que decidí separarme por miedo a no ser capaz de hacerlo más adelante. Aunque, como siempre, parecía que el día a día se empeñaba en ponérmela

delante para que me sangrara el corazón cuando la mirara a los ojos y me perdiera en ellos.

—¡A la mesa! —gritó Fernando, colocándose la servilleta en el regazo.

Juliet entró de la mano de Nina, sonriente y cariñosa. En cuanto nuestras miradas volvieron a cruzarse, su sonrisa desapareció. Carolina se sentó a mi lado. Llevaba un vestido corto que a duras penas le cubría el trasero, y el escote se deformaba demasiado por querer enseñar más de lo que le pedía el vestido.

—¿Y cuándo pensáis casaros? —comenzó diciendo Fernando para entablar conversación.

—¡Pues a finales de este año! —Carolina, entusiasmada, cortó el salmón—. Estoy deseándolo.

—Y tú, Izan, ¿qué tal lo llevas?

Me pilló desprevenido por la lentitud en contestar, y ella respondió por mí:

—Un hombre es difícil que tenga tanto entusiasmo en su propia boda. —Rio, y todos los demás también lo hicieron, menos Nina.

La miré de reojo. Estaba forzando una sonrisa para disimular su rabia. Se mordió el labio, llevó su cabello hacia un lado, y su cuello —largo y hermoso— me recordó a aquella noche de cumpleaños, cómo pasaban las gotas de limón despacio y cómo las lamía tan lentamente, notando su tensión, a pesar de la música retumbando en nuestros cuerpos y las voces de la gente gritando halagos.

—¿Izan? —Carolina golpeó mi pierna por debajo de la mesa—. Cielo.

Pero la nube me absorbió y seguí mirando esos pechos ocultos tras el vestido sencillo y blanco de topos negros y el escote no descarado, ya que no era tampoco necesario. Me gustaba imaginar aquellos pechos tras la tela tan fina.

—Izan, ¿estás bien? —La voz de Fernando sí que me hizo desconectar.

—¿Eh? Sí, sí... —Contemplé por última vez sus labios—. Quiero casarme con ella, claro que quiero... —Pero todo eso lo dije mirando a Nina, observando aún su faceta de niña buena.

—Me lo suponía —cantó Carolina—. Me lo suponía —repitió, y sonrió.

Cuando me di cuenta de lo que había dicho y el sentido que le había dado a la persona equivocada, decidí dejar la mesa.

—Perdonad, si me disculpáis... —Agaché la cabeza—. Tengo que hacer una llamada.

No había ninguna llamada que hacer, solo aire fresco que buscar.

Y eso hice.

Nunca pensé que podría fumarme tantos cigarros en un día. Ser hijo de un alcalde corrupto conllevaba mucho más que gozar del dinero, y me estaba pasando factura.

Nina bajaba en ese momento las escaleras con aquellos botines nuevos con los que Juliet la había obsequiado ese mismo día, hacía poco rato. Las escuché por la ventana comentarlo, y ahora estaba dando saltos como Yina con la muñeca nueva que le regalé. Juliet amaba a su sobrina, y podía realmente saber el motivo.

—¡Adiós, Juliet!

Llevaba el asa del bolso colgando en su hombro, la toqueteó y se despidió de su tía desde las escaleras. Las bajó entre movimientos de cadera muy sensuales. Giró la cabeza hacia mis pasos. Mi intención era volver dentro, pero no podía apartar mi mirada de ella. No dejó de bajar mientras me miraba de vez en cuando. Le dije adiós con la mano, en cambio, ella no se despidió. Me dejó con un mal sabor de boca. Por supuesto, después de todo, era la peor despedida de una mujer que, sin lugar a dudas, me importaba.

En el ayuntamiento, Fernando entró por la puerta del despacho de mi padre. Dejó unos expedientes en la mesa. Me explicó que en ellos iban los próximos matrimonios elegidos por la Junta Directiva. También estaba el mío, firmado, encuadernado y sellado sin reclamación alguna. Así era la Junta Directiva: ellos decidían sin que nadie pudiera rechistar, y solo algunas aportaciones se aceptaban; otras, no.

—Aquí tienes, Hans. —Le dio una palmada al volumen de expedientes—. Solo hace falta que los selles.

—Perfecto. —Mi padre miró el primero y lo dejó en mis manos—. Encárgate tú.

Acepté la petición.

Mi despacho era el lugar en el que me sentaba la mayor parte del día. Estaba solo, entretenido e invadido de papeles del ayuntamiento. Mi padre solo me tenía para su verdadera vocación. Con respecto a la otra, de vez en cuando caía algo, pero a saber de qué hablarían Fernando y mi padre encerrados en el despacho y por qué no me dejaban entrar. Lo que me sorprendió fue lo lejos que se mantenía Fernando de los servicios

extraoficiales de Hans. Dudaba que si hubiera sabido quién era la chica a la que se refería mi padre con «basura», no hubiera dicho nada.

Ya había pasado y sellado varios expedientes, así que creé otra montaña.

Expediente: 6072008

Nombre: Nina Larson Candals

Ese lo abrí más rápido que los demás. Sabiendo que allí dentro estaban los motivos por los que emparejaban a esa persona con la otra. Deseaba saber la causa.

Con las piernas sobre la mesa y el cigarrillo encendido, comencé a leer las páginas. Sus fotos, desde pequeña, aparecieron seguidas de cada año; una norma más del Gobierno.

Nina Larson, nacida el 31 de agosto de 1998, hija de Gregorio Larson Vadias y Juliet Candals Expósito.

¡¿Cómo?!

Eso me hizo levantarme de la mesa, sostener los papeles firmemente y volver a leer esos nombres y esos enlaces.

Hija de Gregorio Larson Vadias y Juliet Expósito Candals.

Pero ¿qué mierda era esa?

De repente, lo entendí; todo cobró sentido. Sin estar ni siquiera en la familia, entendí todos los movimientos.

Después, en la hoja se explicaban los logros de la persona:

Estudios mínimos reglamentarios realizados: estudios de Administración (cursando), dos años de vida laboral y desautorizada de la custodia legal de Yina.Larson Candals

¿No era la tutora legal?

Tras explicar más detalles, la hoja terminaba con:

Expediente enlazado con Jon Karl Elliott.

Las firmas aparecían bajo aquella frase junto con el sello de la Junta. Solo faltaba el mío, el que sostenía débilmente en la otra mano. Volví a mirar la fecha. Cerré los ojos y, sin poder hacer otra cosa, apreté el sello contra el papel y lancé el expediente a la pequeña carpeta junto a los demás. Pero no pude seguir mirando. Necesitaba un respiro y asimilar lo que acababa de leer, lo que Nina no sabía. Me planteé si debía decírselo en algún momento o si sería un peligro para ella. Lo que estaba claro era que, si había permanecido oculto, sería por algo.

Al acabar todas y cada una de las carpetas, llamé al regulador y le entregué los documentos con una sonrisa falsa.

Nina

Los papeles reglamentarios ya estaban rellenos por mis padres. Jon sería mi futuro esposo y, como prometidos, podíamos salir juntos a cualquier parte. Eso no significaba que yo quisiera ser su esposa o salir de su mano de casa, pero así lo habían elegido mis padres, y el Gobierno había aceptado hacía unas horas la proposición.

—Esto está mucho mejor. —Estiró los brazos y bostezó, luego envolvió sus dedos en mi mano—. Esto es libertad.

—Supongo.

Admitía que la presión me había vencido, pero ¿qué podía hacer si no? No tenía elección; de hecho, nunca la tuve.

Jon y yo anduvimos juntos por las calles y llegamos a la cafetería de siempre cogidos de la mano. La camarera nos miró con una sonrisa ilusionada.

—Sabía que acabaríais juntos. —Me regaló dos besos—. Enhorabuena.

—Gracias —dijo Jon en mi nombre.

No quise contestar. Me senté en mi sitio de siempre, y el café me pareció un poco más amargo ese día. Posiblemente, era yo misma la que había amargado mis días.

Jon no era pobre, pero tampoco rico; sin embargo, eso me importaba bien poco. Lo que me importaba era casarme con un hombre al que ni siquiera amaba y que llevaba siendo mi amigo desde que era muy pequeño. No lo veía para nada como mi pareja, pero puestos en lo peor...

—¿Qué te apetece hacer hoy? Es sábado. —Tocó el dorso de mi mano—. ¿Un cine? ¿Esas cosas que no hemos podido hacer nunca? ¿Una cena? —Estaba tan emocionado...—. ¿Un paseo bajo las estrellas? —Se levantó—. Bueno, mientras lo piensas, voy al baño.

Cuando me giré para mirar la cola que se había formado para pedir los cafés por encargo, él estaba allí. Estuvo allí hacía unos momentos, cuando Jon me enumeraba sus proposiciones de pareja. Lo había escuchado. Estaba segura porque la cola llegaba hasta nuestra mesa.

Me levanté para coger un azucarillo y él siguió observando mis pasos.

—Vaya, tú por aquí... —Bajé la mirada con desprecio—. ¿Qué tal tu prometida?

—Y el tuyo ¿qué tal? —Sonrió con malicia—. ¿Ha dejado de mearse en la

cama?

—¿Carolina ha dejado de ponerse pepinos en los ojos para dormir? —Me alejé para no levantar sospechas.

Jon volvió a la mesa y recibí un mensaje.

Izan:

Tengo que decirte algo. Esta noche a las nueve en el callejón.

Lo que quisiera decirme debía ser importante como para enviarme un mensaje. Pensé en pasar de él para seguir molestándolo, pero me picó mucho la curiosidad, tanto que a las ocho y media salí de casa para correr como cada día. Tenía mi excusa al no ser tan tarde.

—¿Izan? —Las mallas gruesas cubrían mis piernas y la sudadera caliente era agradable—. ¿Izan...?

El coche en la esquina del callejón era el suyo, así que debía estar por allí.

—¿Jon ha resuelto sus problemas urinarios? —se mofó.

—¿Qué tal los pepinos? —Intenté no ser su víctima.

Izan vestía esa sudadera de marca que llevaba el día de la biblioteca. Se guardó el móvil en el bolsillo, se acercó a pasos agigantados y se quedó a una distancia moderada. Aun así, pude oler su colonia desde mi posición.

—¿Por qué me has dicho que viniera?

—¿Damos un paseo?

—¿Estás loco? —le recriminé—. Si nos pillan...

—Por la oscuridad.

¿Por qué no me negué? Nunca lo supe...

A poca distancia, caminamos por el parque de River, donde las pocas farolas que había iluminaban muy poco las calles y eran un tanto escasas. No pude ver sus ojos en la oscuridad, como tampoco su cuerpo completamente. Solo el movimiento de sus pasos me llevó a saber que aún seguía a mi lado, además de su respiración, que me hacía confiar en él.

—Antes de nada... —No habló. Rozó su mano con la mía, pero se alejó. El canto de los búhos y sus ojos llamativos en la penumbra nos hicieron más vulnerables. Los grillos se juntaron y en un lago pequeño que había cerca de nosotros hubo reunión de ranas—. Quisiera decirte que fui yo quien firmó tus papeles reglamentarios.

—¿Tú? —No sabía a dónde mirar—. ¿Cómo que tú?

—Bueno, mi padre me ordenó hacerlo —suspiró—, así que tuve que firmar el tuyo.

—Bien, ¿y para eso me has llamado? ¿No has soportado mi compromiso?

—Sinceramente, me dieron ganas de patearlo.

En la oscuridad, pude ver cómo hizo el movimiento de levantar la pierna. Una piedra salió disparada, creando un ruido en el asfalto al chocar contra algo sólido.

—Créeme, ese Jon no es para ti. —Desafiante, cogió mi brazo, y solo pude ver su gesto por la débil luz de las estrellas—. No te merece.

—Y, según tú, ¿quién me merece? —Levanté el mentón, esperando una respuesta concluyente.

—No lo sé, Nina, pero no él. Él no. —Acarició mi frente y separó unos mechones.

—¿Y qué te crees, que eres tú quién me merece? Porque no paras de mirarme como si fueras a devorarme —lo desafié.

—¿Qué pasaría si te dijera que sí? —Apretó suavemente el pulgar en mi pómulo—. ¿Qué pasaría si te dijera que yo te haría mucho más feliz que ese tal Jon?

—¿Qué pasaría? —Me lo repetí a mí misma para asimilar la pregunta—. Posiblemente, no me lo creería.

—Bien... —se aproximó—, entonces, habrá que hacer algo para hacerte creer en ello.

El aire volvió a azotar mi melena y pareció mover las estrellas preciosas en el cielo negro. Brillantes, se volvieron borrosas en cuanto Izan agarró mis brazos y se los colocó alrededor de su cuello. Los cruzó y me levantó de puntillas para llegar a él. Su cuerpo robusto me dejó siendo poca cosa en sus brazos; más bien me sentí Yina en sus brazos grandes.

Colocó sus manos por debajo de mi sudadera y acarició mi espalda con la yema de sus dedos fríos por el clima. Apretó mi piel, y eso me hizo avanzar más cerca de sus labios. Mi nariz fue rozada por la suya con pequeños movimientos cariñosos. Entonces, decidió sin más besarme muy despacio. Logró separar mis labios congelados y los envolvió en su calidez atrayente.

Nos habíamos besado algunas veces en mi cumpleaños, incluso nos habíamos mordido el labio, pero ese beso me supo a más que el anterior. Estaba cargado de algo más que de tensión sexual.

—¿Qué tal esto? —Se separó y suspiró mirando al cielo—. ¿Le supero?

—La verdad es que no —le mentí.

—Ah, ¿no? —Dejó de acariciar mi piel—. ¿Él es mejor?

—Mucho mejor —mentí de nuevo.

—Mientes, niña. —Sonrió cerca de mis labios.

En ese momento, fui yo quien me puse de puntillas y lo besé. Él no se detuvo, y aprovechó la ocasión para agarrarme y levantarme, haciendo que mis piernas rodearan su cintura. Acuné su rostro entre mis manos y disfruté de sus labios como una loca.

—Claro que miento, Blake.

Se separó molesto de mi cuerpo. No soportaba que le mintiese, pero a mí me pareció atractivo incluso celoso.

De pronto, forzó mi brazo para que me agachase bajo el arbusto. Miró por encima y puso su dedo índice en mis labios. En silencio, oímos el ruido de varios motores cerca. Estábamos seguros de que eran ellos.

—Escúchame —murmuró en mi oído—, haz como si estuvieras corriendo por la calle como siempre, ¿vale?

—Vale. —No iba a preguntarle sobre su escapatoria. Él se las apañaría, como de costumbre—. Pero ¿y lo que tenías que decirme?

—Te lo diré otro día. —Chasqueó la lengua—. Lo siento, ten cuidado. Estaré observándote.

Me puse la capucha, los cascos en los oídos y me metí las manos en los bolsillos. Comencé a correr por la carretera. Al poco tiempo, dos coches me siguieron muy de cerca y se pararon. Eran los mismos que vigilaban mi casa hacía un par de semanas.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches —dije, quitándome los cascos—. ¿Qué sucede?

—¿Qué hace tan sola por aquí?

—Correr. —Señalé los auriculares—. No os he escuchado por los cascos.

—Vuelva a casa, es muy tarde.

Cerró la ventana y avanzó hacia la otra calle. Oí entre los arbustos salir a Izan, pero no se despidió por segunda vez; era demasiado arriesgado incluso para él. Tenía la sensación de que me estaba metiendo en territorio prohibido sin autorización, y me estaba gustando.

Capítulo 14

SOBRE LA MAREA

IZAN

La cena con mis futuros suegros estaba servida, y no podía dejar de pensar en Nina, en el beso que le había dado, sin importarme nada Carolina.

Antes de ir a la habitación de Carolina, donde se estaba duchando, vi a Juliet sola frente a la chimenea. Las llamas reflejadas en su rostro desvelaban las lágrimas que brillaban, las cuales eran retiradas por el dorso de su mano.

—¿Por qué te fuiste así de rápido cuando te vi con tu hermana?

—Sabía que lo descubrirías. —Puso las manos en sus ojos—. Hay que ser tonto para no ver cómo la miras. —Siguió contemplando las llamas, aunque sintiera que me acercaba—. Yo también he estado, y estoy, enamorada.

—Yo no estoy enamorado. —Me senté en el sillón.

—Lo que tú digas... —Acarició su cabello largo—. Hasta tu madre sospechó.

—¿Mi madre lo sabe? —dije asustado.

Se volvió hacia mí para mirarme y sonreírme.

—Acabas de delatarte. —Sonrió, siendo cuidadosa—. Es difícil no detectar un amor cuando hay tan pocos.

No estaba enamorado de Nina, se equivocaba... ¿O quizá no? Quizá, el saber que me lo impedirían, aceleraba más el ansia de tenerla que otra cosa. Quizá era obsesión... Podría ser...

—¿Por qué ocultarlo? —le pregunté sin más.

—Puede que dentro de nada pienses que estás enfermo, que no eres como los demás. Eso creí yo. —Se acomodó en el sillón de enfrente—. Tuve a Nina rozando la mayoría de edad. Estuvimos muy enamorados. Lo amaba. —Tragó saliva—. Poco después, el Gobierno nos separó, me quitó a mi hija y se la entregó a mi hermana. Como Gregorio era de clase baja y yo no, se decidió así. —Las lágrimas invadieron sus ojos—. Yo no era digna de Nina porque su padre no era de mi clase. —Se frotó los ojos con las manos y su maquillaje ensució su rostro—. Mi hermana, años después, cuando se enteró de que la niña era de su propia hermana —lanzó un palo a las llamas—, no me dejó entrar nunca más a su casa, y yo me propuse cuidar de Nina como pude.

—¿Por qué te eligieron como su madrina?

—Su padre me eligió para estar cerca de ella, a pesar de que nos separaron como pareja, y a él lo emparejaron con Merinda. —Se acarició la nuca, nerviosa—. Yo estaba rabiosa, pero no con mi hermana, sino con el Gobierno.

—¿Y te uniste a él? —Chispas saltaron de la chimenea al suelo.

—Me uní a ellos... —se lo pensó—, para destruirlos... —Entonces, me miró fijamente.

Carolina bajó con una toalla rodeando su cuerpo y utilizó esa entonación insinuante. Yo no dejé de observar los ojos de súplica de Juliet. Cuando conseguí hacer que Carolina me esperara en la cama, me volví hacia la madre biológica de Nina.

—Estoy de tu parte, Juliet. He intentado desbancar a mi padre desde hace algún tiempo. Podemos unirnos, pero necesito algo —le expuse, como hombre de negocios que era—. Estaremos juntos en esto, pero...

—¿Qué es lo que necesitas? —Se levantó y se adelantó para escucharme desde más cerca.

—Necesito que la traigas de vez en cuando aquí.

No estaba seguro de las leyes que me estaría saltado.

—Necesitas un cómplice para tus citas —terminó diciendo—. ¡Eso está hecho! —Dejó su mano en el aire, a la espera de que le estrechara la mía, y así lo hice.

—Gracias.

Dispuesto a dejarla allí, me llamó de nuevo.

—Pero, eh... —Agarró mi antebrazo para pararme—. No sabes dónde te estás metiendo. Si algún día lo saben, todos caeremos contigo.

—Tienes razón —confesé—. Pero ya no puedo hacer otra cosa. —Sonreí ante su gesto de empatía—. Ya estoy enfermo... —admití antes de subir las escaleras.

Seguí dándole vueltas a la cabeza cuando Carolina dejó caer la toalla, y aún seguía rallándome cuando desabrochó mi cinturón y cuando caí en la cama.

—Hoy no, Carolina. —Rechacé la idea de hacer el amor como si nada—. Estoy agotado.

—Ya... —Bufó y se colocó los pepinos en los ojos.

Reí al recordar la frase de Nina, y así conseguí dormirme.

Nina

Eran las diez de la noche; hora del toque de queda. Yo hacía tiempo que había vuelto; dos horas exactamente. No fue raro entrar en la casa y no hablar con mis padres ni llevar a Yina a su habitación. Lo raro fue quedarme sola y volver a reconstruir yo solita la escena en la que Izan me besaba bajo el cielo negro y las estrellas brillantes. Eso fue lo raro, recordarlo una y otra vez durante las horas de insomnio.

Le mentí cuando le dije que besaba peor que Jon. A decir verdad, Jon no me había besado nunca, y sabía que llegaría el momento en el que debería recibir ese beso; no obstante, esperaba soportar las distancias hasta la luna de miel.

Continuamente, en el techo de mi habitación, el rostro de Izan pasaba en forma de imágenes. Por mucho que me girase, volvía a imaginarme sus ojos verdes oscuros mirándome en la mesa de la casa de mi tía, en la cafetería, entre las luces de la discoteca casera, durante el amanecer en casa de Wen, en el callejón bajo las débiles luces de las casas y los focos de su propio coche...

Pasaron dos días sin noticias del hijo del alcalde. Me preocupé por él cada día, pero sabía que estaría bien con Carolina, y eso, teniendo coraje al admitirlo, me dolía.

Wen llamó al teléfono de casa. Al no ser inalámbrico, no pude hablar de nuestras cosas de siempre. Me comentó que su padre se fue derrotado tras intentar hacerle entender que todo había estado bien en la fiesta. Además, tuvo que sobornar cariñosamente a la dulce empleada del hogar. Eso me hizo reír a carcajadas.

Mi padre me miró desde el sofá, frunció el ceño y volvió la vista a Yina, que jugueteaba con algo detrás de donde él estaba sentado. Maldita sea. Era la muñeca nueva.

—Tengo que dejarte, Wen.

Hice ademán de colgar, pero, en el último momento, ella gritó:

—¡Espera, espera! —Esperé—. Esta noche toca fiesta de pijamas de amigas. ¿Te apetece?

—Mañana es festivo, ¿verdad? —No quité la vista de Yina.

—Sí —dijo entusiasmada—. ¿Vendrás?

—Iré, Wen. Estaré esta noche en tu casa, ¿vale?

Colgué y fui disimuladamente hacia Yina. Mi padre me preguntó por la quedada, pero no pareció molestarle, solo sonrió y volvió la vista al televisor mientras mi madre bebía a escondidas sentada en la cocina. Se pensaba que no la veía, igual que su marido, pero estaba muy equivocada.

Gregorio no amaba a Merinda; era de esperar. No sabía por qué en algún momento creí en el amor verdadero. Eso no existía. Bueno..., sí existía, pero no era legal.

—¿Llevarás a Yina al colegio y luego la tendré que recoger o qué? —me preguntó mi madre con aliento a ron.

—La recogeré yo —decidió mi padre—. Tranquila, ve con Wen.

—Gracias —le agradecí asombrada.

Yina se vistió ella solita; le había enseñado bastante bien a hacerlo. Cogí su mano y salí con una mochila además de con el bolso. Paramos en la cafetería para comprarle su pasta para el almuerzo. Normalmente lo sacábamos de nuestro pequeño dinero ahorrado en una hucha. En aquel momento, cuando le dije qué compraríamos para desayunar, saltó sonriente. Me hacía feliz poder verla comer cosas diferentes de vez en cuando.

La niña chocó contra unas piernas conocidas. Unas manos acariciaron su cabeza con el mismo tacto que lo hizo conmigo, y cruzamos las miradas como cada mañana. Esta vez era distinto. El la mantuvo y yo hice lo mismo. Sonreímos como la primera vez que nos vimos en esa cafetería cuando nos podrían haber detenido si hubieran sabido acerca de nuestras miradas de cortejo. Las mujeres se preguntaban por qué el hijo del alcalde iba a comprar allí, pero yo... Yo ya lo sabía.

Rocé mis dedos con los suyos cuando pasé por su lado, y esa débil caricia me estremeció y me hizo querer más y más. Yina le sonrió como yo. Ya no era la borde estúpida que lo miraba con una barrera delante. Poco a poco, Izan había ido ganándose el terreno, uno lleno de latentes minas.

Wen abrió la puerta, recién duchada, con solo una toalla y una amplia sonrisa.

—¿Aún estás así? —me quejé—. Eres muy lenta.

—No te quejes tanto y ponte lo que quieras para esta noche.

—¿Cómo? —Miré su cama cuando entramos en su habitación.

Había esparcidos montones de vestidos de gala. Eran preciosos, y me

resultaba imposible decidirme solo por uno. Me probé uno y otro, pero no conseguí saber cuál me quedaba mejor.

—¿Dónde es la fiesta? —Entretanto, curioseé más vestidos.

—Es en el yate de Noel.

Mi corazón se volvió acero.

—¿Cómo? —Solté el vestido de golpe—. Noel es el mejor amigo de Izan, ¿verdad?, ese por el que estás tan colada.

—El rojo y el amarillo son los colores preferidos de Izan. —Se puso máscara en sus cortas pestañas—. Pero, si hablamos de sensualidad, evidentemente, el rojo o el negro también, aunque, para impresionarlo, el rojo.

—¿Y quién te ha dicho que quiera impresionar a Izan? —Enarqué una ceja.

No contestó. Hurgó en su neceser repleto de maquillaje caro. Luego se echó polvos en sus mejillas y sonrió al mirarme, a través del espejo, cuando me probé el vestido rojo.

—Tú misma te delatas. —Rio a carcajadas y tosió por el polvo.

—Toma, eso es el karma. —Pellizqué su cintura desnuda—. Por mala.

—¿Me llama mala la que le come la boca sin control al hijo del alcalde? —malmetió.

—¿Ves como eres mala? —Le hice cosquillas con cuidado.

—Menos mal que nadie te conocía en esa fiesta e iban más colocados que yo qué sé...

—Dime la verdad. —Tragué saliva—. ¿Te ha dicho Izan que me invites?

—No. —Puso mirada de interesante—. Eso es lo más gracioso de todo, y su prometida no estará. Es solo para amigos cercanos.

Podría saltar, alzar el puño y gritar «¡Bien!», pero no quería sentirme estúpida, así que me limité a reírme a carcajadas por el comentario de mi amiga. Pensé en la razón que acababa teniendo siempre. Después pensé en muchas otras cosas.

—Tú ya sabías que... —Recordé la fiesta—. Sabías que yo le gustaba a Izan, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —Se quedó atónita.

—¡Por eso me hiciste elegir el amarillo! —La empujé con gracia—. Serás...

—Sí —afirmó sin remordimientos—. Él me preguntó por qué te conocía, y se lo conté. Poco después, me confesó que le encantaba tu sencillez y lo que tenían muchos de los de tu clase. Entonces, lo invité.

—Mejor me callo... —le dije.

Intenté sonsacarle algo más, pero poco más me dijo. Solo me enseñó imágenes de él de muy pequeño y fotos con los amigos; fotos prohibidas realmente, al menos para los de mi clase, porque ellos hacían lo que les daba la gana; no en público, pero sí en lugares donde nadie podía verlos infringir las normas «impuestas para toda la sociedad». Menuda injusticia...

—El rojo —dijo por enésima vez—. Estate quieta.

Mientras Wen maquillaba mi cara a su gusto, yo me giré hacia ella en varias ocasiones para molestarla. Me hacía tanta gracia verla enfadarse que lo repetiría cien mil veces. Por decirlo de alguna manera, ella era la hermana que nunca tuve.

—Entonces, ¿dices... —puso polvos en mis pómulos— que tu madre sigue dándole?

—Así es. —Me echó la bronca por tocarme las mejillas—. Pero es todo muy extraño.

—¿Y no hay una manera de que se reconcilien? —propuso sin saber.

—¿Perdonarías a una persona que se ha acostado con tu marido? —Pensó—. ¿O a una mujer que te ha quitado a tu amado?

—Posiblemente..., no. —Me dio la razón—. No, irremediablemente, no. —Chasqueó la lengua—. Pero Juliet es la víctima. Fue a ella a quien le quitaron a su chico.

—Ya. De hecho, ninguna de las dos son culpables de nada.

Me coloqué el vestido. Wen me subió la cremallera que iba desde el inicio de mi trasero hasta la mitad de mi espalda, y la tela se ajustó a mi cuerpo a la perfección. Cuando me dejó verme en el espejo, no pude creer lo que veía. Esa no era yo...

—¡Estás preciosa! —Wen saltó, orgullosa de su trabajo—. Estás increíblemente genial.

—Wen, ¿cómo has...? —Di vueltas con el vestido.

—Yo solo he acabado de ponerte guapa. Tú ya eres preciosa de por sí.

—No mientas. —No la creí.

Insistió en mi belleza, y al final tuve que darle la razón para que se callase, o no lograríamos salir de casa esa noche. Podía ser muy persistente si se lo proponía.

Lo cierto era que estaba increíble con aquel vestido rojo. Era largo y entreabierto por la cintura hasta abajo, además de descubierto por el pecho, en

forma de luna. Con el cabello recogido de lado y los pechos a la altura del cuello —me reí yo sola al verme—, estaba preparada para lo que tuviese que venir.

Vi a Wen con ese vestido azul cielo y me recordó a Cenicienta. Esperaba que no perdiese de nuevo un zapato.

—¿Preparada? —Me dio el bolso a juego con el vestido.

—Preparada. Espero que no haya policías esta vez —dije antes de salir.

—Solo hay una fuera de clase —me miró de arriba abajo—. Y, a juzgar por las pintas, estás completamente infiltrada en mi clase. —Lo dijo con tono halagador.

—Bien... —Me miré por última vez al espejo—. Pues vamos allá.

Izan

Tenía encargado el esmoquin desde hacía una década. Tuve que insistir en que me lo entregaran antes de la noche de la fiesta, y por fin lo conseguí. No me veía yendo a ese evento sin el esmoquin, o acabaría siendo la comidilla de la noche. Wen se reiría la primera, después vendría Noel y luego el resto. Mataría a ese capullo por desaparecer tanto tiempo en las aguas, e iba a matarlo también por insistir en ir a una fiesta en pleno invierno en su yate.

—¿Adónde vas, hijo? —Mi madre me ayudó con las dichas mangas.

—A una fiesta privada entre amigos. —Le guiñé un ojo—. Ya sabes, la de Noel.

Sonrió al recordar a aquel niño que se metía tierra en la boca y se pegaba tortas con la bicicleta para hacerme reír.

—El travieso Noel... —Me abrochó el botón—. Qué recuerdos...

—Mamá —toqué sus dedos—, ¿puedo preguntarte algo?

—Hijo, se puede amar. —Se encogió de hombros—. Pero ese amor es imposible. Ella no es una mujer de tu clase. Nunca podrás conseguir tener nada con ella. Tenemos que seguir las normas. Somos el ejemplo de familia que tu padre quiere representar.

Ese comentario rompió mis expectativas.

—¿Lo sabes? —Arrugué la frente—. Mamá...

—Lo sé desde el momento en el que Nina se cruzó en tu vida. —Me retocó el nudo de la corbata—. Lo sé desde que vi esa mirada nueva en tus ojos el día de la gala. —Esbozó una sonrisa—. Si quieres saber qué pienso... —

Carraspeó—. No puedo juzgarte por eso, pero —se alejó—, tu padre si lo hará.

—Lo sé, por eso...

—Sigue manteniéndolo en secreto, por el bien de todos. —Se giró una vez más antes de irse—. O déjala ir.

No obstante, una de las opciones que me daba mi madre parecía ser imposible. No podía despegar la mirada de Nina y tampoco podía huir de ella. ¿Por qué me estaba pasando eso? Yo era el hijo del alcalde, alguien respetable y encargado de controlar los documentos de la ciudad, además de ser el futuro esposo de Carolina, la hija del mejor amigo de mi padre. ¿Podría complicarse más?

Todo apuntaba a que saldría perdiendo. Sin embargo, ¿por qué me daba exactamente igual? ¿Era eso lo que hacía la enfermedad?

Una hora más tarde, aparqué el Audi en la zona de los estacionamientos privados del padre de Noel.

—¿Qué pasa, tío?! —Golpeó mi espalda—. ¿Cómo está el chico más famoso de la ciudad?

Noel era hijo de un compañero de mi padre, aunque él nunca quiso saber de las garras de su padre ni del mío. Se mantuvo alejado por mucho tiempo, haciendo su propia vida como camarada en un barco; un barco enorme, lleno de pasajeros de clase alta, con buenas comidas, buenas apariencias y buena música, por supuesto. Otro de nuestros amigos, Carton, se encargaba de la música, y siempre lograba una gran discoteca para los nuestros. Me había subido a aquel barco infinidad de veces con mis padres, y Noel solía elogiar a mi madre.

Esa noche no íbamos a su barco, sino a su yate. Insistió en que habría mucho espacio para los diez que asistiríamos a aquella pequeña fiesta privada. Lo que no me dijo fue por qué contó diez cuando normalmente éramos ocho. Lo más probable era que fuese por la novia de alguno de la que yo no supiera o alguien nuevo que metería en el grupo.

Se colocó bien la americana y anduvo con ese movimiento de vaquero de película. No es que lo hiciese aposta; es que caminaba así desde que se puso sus primeros tejanos.

Como los demás aún no habían llegado, me aseguré de que el yate estuviera bien atado, y luego salté dentro, con mi amigo. Noel volvió a revisar su camisa y su americana.

—¿Esta todo el vino aquí? —preguntó nervioso.

—Sí. —Lo miré por el rabillo del ojo—. ¿Qué más quieres? —comenté sonriente.

—Este es bueno bueno. —Abrió una botella y lo olfateó—. Nos vamos a divertir —me aseguró tras probarlo.

Durante el tiempo que no lo había visto, se había vuelto más pijo de lo que recordaba. Creía que me superaba. Además, era el típico guapo con el pelo hacia arriba, rubio y con los ojos azules. Así que, si volviéramos a competir, sin esas antiguas gafas o los hierros en los dientes —es decir, ahora—, seguramente perdería a todas las mujeres de la ciudad. Aunque, si me quedara con una única mujer del barrio de River, más contento que él viviría.

Otra vez su nombre en mi cabeza...

—Mira que son lentas las mujeres. —Carton saltó al yate junto con una chica de pelo corto—. ¿Qué tal, amigos?

Dejó una copa en las manos de la chica, Vanessa, su novia. Me lo temía. Mi amigo se la presentó a todos los invitados y fue invadida a preguntas.

Jarek y Carla se presentaron juntos también, prometidos y enamorados. Seguramente, Jarek habría acabado enamorado de Carla. Era difícil no conseguirlo, ya que era una niña preciosa y peculiar. Vestía de gala con un vestido negro, al lado del delgado y extravagante Jarek. Se sentaron juntos, se acariciaron mientras bebieron vino y nos escucharon hablar de nuestras batallas de los últimos años que no habíamos estado juntos. Realmente, mirar a esa pareja me hacía tenerles envidia. Yo no era así con Carolina, y posiblemente nunca lo sería.

Mientras conversábamos, iban llegando los demás solteros, como Ismael y Hannah. Solo faltaba la lenta de Wen.

—¿Y cómo os conocisteis? —les preguntó Noel, algo nervioso por la próxima llegada de Wen.

—Pues nos conocimos en el barco —le contestó Jarek—. Y aquí estamos, prometidos.

—¿En serio? —se asombró Ismael, el soltero—. ¿Por qué cojones os casáis todos?

Reímos por la intervención de siempre de Ismael, el típico soltero empedernido.

—¿Y tú, Izan? —Hannah tomó la copa que le entregué—. ¿Vas a casarte con esa tonta de Carolina?

—Es lo que me toca... —Di un trago—. No todos tenemos la misma suerte —dije apenado.

Mi amigo Noel se dio cuenta de cuánto estaba sufriendo.

La última invitada llegó. Escuchamos golpes fuera de la estancia, pero no eran solo unos tacones; parecían duplicarse.

—¿Hay sitio para dos más?!

Wen abrió la cortina, asustándonos a todos. Los acompañantes asintieron sonrientes. Noel llenó dos copas más y las chicas se quedaron paradas observando a la otra persona que iba detrás de Wen.

—Como siempre, lenta.

Wen me miró molesta y juguetona a la vez.

—Hemos tenido un percance en la carretera.

—Ah, ¿sí? ¿Qué percan...? —No pude terminar la frase.

Noel se quedó con las dos copas en las manos, igual de alucinado. Cuando vi ese vestido rojo entreabierto por la cadera y el escote voluminoso, que parecía que los senos saltarían hacia delante de lo bien puestos que estaban, me quedé sin habla. Sin embargo, todo eso dejó de cautivarme cuando levanté la vista y vi su precioso rostro.

—¿Os acordáis de Nina? —Wen, contenta, hizo pasar a su amiga—. Nina, estos son quienes fueron a tu cumpleaños. ¿Os acordáis?

Mientras Wen saludaba a todos y le presentaba a algunos, yo no pude casi ni respirar. De repente, la estancia se había vuelto pequeña, y sentí como si el yate se hubiera desenganchado del muelle y estuviésemos zarpando hacia rumbo desconocido. Solo hice mirarla y remirla, oler su fragancia y admirar su cabello largo cubriendo su pecho izquierdo. Esa sonrisa acabaría matándome.

—Hola, Izan. —Se acercó y me regaló dos besos.

—Hola, niña —la saludé entrecortado.

En ese instante, quise cogerla de la mano, colocarla en mi regazo y besarla sin parar. Pero no podía. Yo no podía hacer como Jarek y Carla. Nina no era mi prometida.

—¡Madre mía, nos has dejado a todos sin palabras! —Ismael tomó la mano de Nina y la hizo girar—. Eres increíblemente preciosa... —Pude ver cómo se le caía la baba.

—Gracias... —Se sonrojó y me miró de reojo.

Volví a sentarme y a darle vueltecitas pequeñas a la copa, observando el

líquido moverse de lado a lado, comparándolo con el vaivén que había sufrido mi propia sangre cuando Nina entró por esa puerta. El vuelco que se había creado en mi corazón había sido letal.

Carton quiso encargarse de la música y, con una copa llena de vino, se fue a investigar qué podía poner. Mientras, las demás parejas se besaban y Wen hablaba con Noel. Lo de siempre. Lo raro sería no verlos juntos, ya que se habían atraído desde siempre.

Nina se sentó a mi lado, cruzó la pierna derecha por encima de la otra y la falda se abrió más con el objetivo de hacerme divagar. Siempre lo conseguía. Esa niña estaba hecha para mi clase; me daba igual lo que dijeran. Era hija de Juliet, era hija de clase alta... ¿Por qué debía ser tan injusto todo?

—¿Estás bien? —me preguntó con tono vergonzoso—. ¿Te molesto?

—¡No, no...! —le contesté, tocando el dorso de su mano—. No es eso...

—¿Entonces?

Si realmente lo sabía, ¿por qué me hacía tener que confesárselo?

—Porque...

Me detuve para mirarla con lentitud, observando aquellos zapatos de tacón negros, las medias color carne y los muslos cruzados de manera *sexy* y provocante. Incluso la forma de luna que marcaban sus pechos voluminosos y aquel cuello tan elegante de donde colgaba un colgante con un corazón rojo me volvieron loco.

Sus labios rojos se despegaron despacio formando una sonrisa y sus ojos se fijaron en mis labios. Sus pestañas largas titubearon mientras me miraba. Eran negras, decoradas con detalles de purpurina. Pestañeó nerviosa cuando mis dedos acariciaron su pierna, creando círculos pequeños.

—Estás realmente preciosa.

Muy cerca de sus labios prohibidos, tragué saliva. Estaba tan nervioso que no podía controlarme. Quería besarla, aunque estuviéramos diez personas allí dentro.

—No puedes besarme —me dijo temerosa—. No pierdas el tiempo.

—Y si quiero perderlo, ¿qué? —me justifiqué—. ¿Y si quiero besarte a pesar de todo?

Apoyados en el sofá, que era bastante cómodo, nuestros rostros se aproximaron con rapidez. Mordí su labio y ella gimió en silencio. Balbuceó palabras entre nuestros besos ansiosos. Puso su delicada mano en mi nuca y la otra en mi pecho. Su palma se quedó encima en mi corazón. Quise pedirle que

se quedara así para siempre, que protegiera mi corazón de cualquier irregularidad que nuestra locura produjera. Ya era tarde, ya era imposible despegarme de ella, y me negué a retirar mis manos de debajo de su falda y del principio de sus nalgas.

Ella me provocó más hundiendo sus uñas a la altura de mi corazón. Deslizó sus manos hacia el cuello de mi americana. Me hizo despegar la espalda del sofá y, en cuanto vi sus intenciones, la ayudé a quitarme aquella prenda que me estaba produciendo tanto calor. La retiré y me quedé con solo la camisa medio desabrochada. Apreté con mi mano su nalga, levantando así su cuerpo, y la puse encima de mí. No dejé que mis manos se despegaran de sus nalgas y la toqueteé sin descanso.

Se echó hacia atrás, y tanto su cuello como sus perfectos senos me buscaron; más bien, buscaron mis labios. Besé el principio de sus senos, y ella reaccionó sin control atrayendo mi rostro a su boca y lamiendo mi labio superior. Yo mordí el suyo inferior.

En ese momento, quise levantarla y llevarla a cualquier otro sitio para hacerle el amor, pero me fue imposible, ya que cuando volví en mí, teníamos todos los ojos puestos en nosotros.

—¡Joder! —exclamó Noel, riéndose—. ¡Un poco más y te acuestas con ella sin tenernos en cuenta!

—Ya ves —corroboró Ismael—. Si no fuera porque he tosido, estos hacen hasta hijos.

Nina, roja como un tomate, me hizo reír. Quiso despegarse de mí, pero antes, con el pulgar, le retiré su propio pintalabios esparcido por los alrededores de su boca. Ella hizo lo mismo conmigo. Luego se quitó de encima de mí.

—Tío, tienes un serio problema. No puedes casarte —añadió Wen. —No tengo otra opción. —Nina salió por la puerta—. Pero...

—Eso no es nada normal, Izan. Te la ibas a comer... —comentó Carla.

—¡Vale, sí! Lo que vosotros digáis.

Me puse la corbata bien y me coloqué de nuevo la americana. ¿Cómo podía desear tanto a una mujer?

Nina

Tenía el cuerpo a rebosar de calor, incluso pensé que me sobraba sangre y

que bombeaba demasiado en mi pecho. El frío calmó un poco la efusión, y me relajé pasando el abrazo por mis hombros para calentarme.

Izan salió, se puso detrás de mí y colocó una manta por encima de mis hombros que enredó a mi alrededor y presionó con sus manos. Su respiración cálida en mi oído compensó el aire frío del invierno.

—¿Cómo puedo desearte tanto? —Retiró los mechones de mi cuello, que los azotaba el viento—. Me gustas tanto, Nina... —Suspiró.

—Quiero alejarme de ti —contrajo sus articulaciones—, pero no puedo.

Incliné la cabeza para llorar sola, pero él no me dejó. Le dio media vuelta a mi cuerpo para que llorase en su pecho. La manta me cubrió, pero aún sentía un frío en mi interior inestable.

Lloré con desesperación, y mis motivos eran obvios. Al final, sin quererlo ni beberlo, había comenzado a sentir algo por el hijo del alcalde más querido de la ciudad, y yo no podía hacer nada para no casarme con Jon.

—No quiero...

Apretó mis manos en su pecho.

—¿No quieres qué? —Acarició uno de mis mechones a medio caer del recogido—. ¿Qué es lo que no quieres, niña? —Usó la misma entonación que cuando lo conocí, y eso me hizo reír.

—No quiero casarme con Jon... —dije con una risa tonta por sus palabras.

Despejó mi rostro de cualquier mechón de pelo que se interpusiese en nuestra mirada, acarició mis mejillas frías y mi mentón y besó mis labios inquietos.

—Mírame. —Levanté el mentón—. Haré lo que haga falta para que no te cases con él.

—No puedes, Izan. —Descendí la mirada, pero volvió a ponerme firme de nuevo.

—Eh, mírame. —Sus ojos llenos de cariño se reflejaron en los míos tristes—. Haré lo que haga falta para que no te cases con ese capullo, y si eso conlleva destruir a mi padre —tragó saliva—, lo haré.

—¡No puedes! —Rechacé sus manos—. No puedes hacer eso.

—Y tanto que puedo. —Buscó mis ojos—. Es más, debo hacerlo. Mi padre no es quien dice ser. Es un maldito asesino.

Me desconcertaron sus palabras.

—Estoy trabajando con él, pero también con otras personas para destruirlo, y lo conseguiré.

—¿Y si se enteran? —Busqué algo en lo que apoyarme—. ¿Y si...? — Pasaron miles de cosas por mi mente.

—Te protegeré, te lo juro. —De improviso, besó mis labios—. Haré lo que haga falta para mantenerte cerca. Te mereces mucho más que yo esta vida, y si tengo que sacarte de tu propia vida, lo haré.

No me hicieron falta más palabras o planes que salieran de la boca de Izan. Sabía que sus palabras eran sinceras.

De su mano, entré de nuevo, donde la música relajante apaciguaba el ambiente. Ellos no me miraron raro ni tampoco utilizaron reproches cuando se dirigieron a mí. Wen se encargó de mi triste reputación.

Había cosas de aquella clase de personas que no entendía. Cuando Izan se puso a hablar de política, yo no entendí nada; en cambio, ellos sí. Sin embargo, parecía que las mujeres preferían hablar de otra cosa: de marcas de ropa caras o de dónde había sacado ese vestido. Wen me cubrió una vez más.

Izan me miraba de vez en cuando y sonreía alegremente al verme. Le gustaba, se notaba, o al menos eso decía Wen.

—Nunca lo había visto así con una mujer, nena —dijo Hannah—. Además, esa Carolina no le pega nada. Es asquerosamente pija.

—No, no, nena. —Carla tocó el hombro de su amiga—. Pija no —dijo firme—. ¡Intento de pija!

Todas reímos a carcajadas. Los comentarios que hicieron no fueron desafortunados. No hubo ninguna mirada rara ni fuera de lo normal. Los amigos de Wen e Izan eran increíblemente buenos, a pesar de ser de clase alta. Confiaba en que Izan pudiera hacer algo por mi futuro. Solo esperaba que pudiera ayudarme.

Era tan atractivo que, a veces, me quedaba embobada ante su presencia y creaba «el muro de la estúpida Nina», como había hecho desde el principio.

Un rato después, volvíamos a estar un poco apartados de los demás.

—¿Te gusta este ambiente? —me preguntó, enredando sus brazos en mi cintura.

No podía creer que uno de clase alta fuera a comprar café a una cafetería de barrio, como tampoco podía soportar que nos humillaran por no tener el mismo dinero y la misma vida que ellos. Así que no comprendí bien las intenciones de Izan. En ese momento, creía comprenderlas un poco más.

—Yo no estoy hecha para esto... —Le di vueltas a la copa.

—Tú estás hecha para esto, niña. —Amasó mis hombros para relajarme—.

Tú eres una princesa escondida en un barrio donde la gente es buena y donde se merecen mucho más de lo que tienen.

—¿Pensabas así desde el principio?

—Siempre he pensado así —contestó, siendo sincero—. Creo que, si tuviese el poder de mi padre, cambiaría muchas cosas.

—¿Qué cambiarías?

—Retiraría todo este proyecto OSDE. Acabaría con todo esto. Esa sería mi prioridad.

Noel le pasó un plato de olivas terminado y él lo dejó en el lavaplatos. Después se fue con ellos para hacerse una foto. Yo me quedé allí, sola, esperando a que la realizaran.

—¡Eh, falta Nina! —dijeron varios, incluido Izan—. ¡Vamos, Nina, ven aquí!

Dudé por un momento si hacerme la foto. No debía salir. Sería una prueba irrefutable ante los medios, y cualquiera podría utilizarla. Me acerqué con ansias de una vida normal y sin temores.

—Tranquila, nadie sabrá de esta foto —susurró en mi oído—. La guardaré bajo llave. Te lo prometo. —Besó mis labios, de perfil.

—Lo dudo... —Quise marcharme.

—Nina, todos saben que eres de River. —Me llevó de nuevo hasta su pecho—. No saldrás en ningún sitio, confía en mí. Yo confié en ellos.

—Está bien.

Posé para esa foto y muchas más. Una fue la más bonita de todas, cuando Izan pasó su brazo por mis hombros y me atrajo hacia él. Sonreí alegremente y él besó mi mejilla. Luego, Noel e Ismael se propusieron molestar y alzaron dos dedos simulando unos cuernos por encima de nuestras cabezas. Izan los empujó, riéndose, pero la foto la consiguieron como ellos quisieron.

Hannah se quedó detrás de mí mientras los demás reían por aventuras pasadas de la infancia. Me acerqué a ella porque quería decirme algo y, aunque le costó, al final, oí su voz:

—Eres encantadora, Nina. —Lo dijo observando cómo los demás se reían—. Te mereces ser feliz. —Me pasó el brazo por la cintura—. Él te quiere. No dejes que nadie destruya eso. Sé que él puede contra su padre.

Se lo agradecí con una gran sonrisa e inmediatamente me abrazó. Sentí el cariño mutuo entre todas aquellas personas.

—¡Nina, ven a jugar a esto! ¡Vamos! —me propuso Noel, con la copa en la

mano.

Habían preparado el juego de los colores en el suelo y estaban dispuestos a jugar, a pesar de que muchas llevábamos vestidos que provocarían las miradas de los hombres. Pero ellas iban a jugar igual, y yo no iba a ser menos. Desde siempre, deseé ser normal y tener una vida decente, y no pensaba perder ni un momento si tenía la oportunidad.

—¡Pie en el amarillo!

Hanna rio a carcajadas con la ruleta en la mano, observando cómo Noel y Wen se chocaban y él besaba su muslo cuando se le cayó encima. Sin lugar a dudas, hacían una pareja increíble. Lástima que no pudieran ser nada más. En los ojos de Noel vi cómo la miraba, y había algo especial. Y me temía que no era reciente. Entre ellos era algo de hacía mucho tiempo.

Cuando me tocó a mí y a Izan, él se frotó las palmas y sonrió cerca de mi rostro. Era realmente divertido cuando estaba tan sonriente y juguetón.

—¡Pie en el rojo! ¡Pie en el amarillo!

Izan terminó debajo de mí y, para su beneficio, yo encima. Observó mis pechos y sonrió agradecido. Besó mi piel, y cuando Hannah dijo el último color, consiguió que me cayera encima de él. Las risas entre ellos incrementaron y se oyeron silbidos.

—¡Lo tenías preparado, hermano! —proclamó Noel con una risa maliciosa.

—¡Serás buscón...! —añadió el soltero.

Aplastó sus labios un segundo e intenté levantarme, a lo que él me ayudó con un juego entre medio. Tras acabar agotados, algunos de los chicos se quedaron mirando los CD de música mientras las chicas se sentaban y volvían a conversar sobre sus cosas.

Noel se llevó a Izan fuera, donde se pusieron a hablar. Intenté evitar escuchar lo que decían, pero finalmente quise saber si Izan me decía la verdad y si Jon mentía en cuanto a los sentimientos de este.

—Tienes un problema, hermano. —Noel tocó su hombro.

—Tengo un serio problema, sí.

—Nunca has babeado tanto por una mujer. —Rio—. ¿Ella lo sabe?

—¿Saber qué?

Se miraron entre ellos.

—Que estás... —Agitó la botella de cerveza y le dio otro sorbo.

—No se lo he dicho con esas palabras, pero... —tragó— creo que hace

mucho que lo estoy. Hace mucho que lo siento, aunque he intentado alejarme debido a la situación, pero no puedo más. No puedo dejarla en manos de ese cabronazo.

—Jon es un cabronazo, en eso tienes razón. —Pasó su brazo por los hombros de Izan—. Sabes que yo te apoyaré en todo, ¿verdad? Me tienes y me tendrás siempre.

—Lo sé.

Se dieron un abrazo de hombres, en el cual pareció incluso que fueran a aplastarse. Ese acto me hizo reír. Era la noche en la que más me había reído y más me había sentido persona.

Llevarme esas palabras tan sinceras que Izan le había dicho a su mejor amigo me hizo creer plenamente que él estaba luchando. Quizá no era solo tensión sexual y tenía razón en creer que existía algo más entre nosotros.

Capítulo 15

MALTRATO

IZAN

Hacía dos días que me sentía fuerte para luchar contra todo y, aunque pareciera mentira, Nina me daba las fuerzas suficientes para creer que podía haber un futuro junto a ella, pero cuando se esfumaba de mis brazos, ya no lo tenía tan claro.

Le pedí a Juliet que la llevara a su casa. Lo preguntó, pero Nina desestimó la petición. No podía ir debido a varios exámenes que tenía en curso. Y juro que intenté relajarme.

Cuando Juliet entró aquella mañana en mi habitación, solté el cigarro en el cenicero.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Tosí por el susto.

—Tu padre no está y tu madre ha salido un rato. Necesito hablar contigo.

—¿Qué sucede?

Le temblaron las manos mientras me hacía bajar al salón. Yasmina nos sirvió unos refrescos y se lo agradecí, como siempre. Juliet se sentó en el sillón. Tenía muy mala cara.

—Cuando me crucé con Nina ayer, en el centro, tenía los brazos llenos de marcas, la cara hinchada...

—¿Qué? —Fuego ardió en mi interior.

No podía creer que nos hubieran pillado. ¿Quién demonios se había chivado?

—¿Fue por la fiesta en el yate?

—No. —Me miró sorprendida—. No fue por eso. Fue por Jon. Gregorio me dijo que les contó a Ezequiel y a él lo sucedido en el establo.

—¿Jon le pegó?! ¿Y su padre no puede hacer nada?, ¿tu amado no puede parar a ese capullo?, ¿dónde está Gregorio para estos casos?!, ¿no debería proteger a su hija?

—Verás...

No me valía. Ninguna explicación me valía. Ese cabrón iba a morir. Juré que moriría por tocar a Nina. Cogí la chaqueta, el casco y me largué.

—¿Izan, espera!

Hice caso omiso a sus gritos.

Me dio igual la sociedad. Que le dieran por culo a la Ley OSDE. Esperaría a que Nina saliera del colegio y le explicaría el motivo por el que iba a matar a Jon. El motivo de negarse a verme había sido porque no quiso delatarlo. No quería que la viera en ese estado por riesgo a que lo matara.

Encima, por lo que veían mis ojos, acababa de ponérmelo muy fácil. Allí llegaba Jon con su Magda plateado último modelo. ¿Por qué cojones comprometían a un clase media con una pobre? Ah, ya lo sabía: para joderme.

Bajó de su coche, entró en el edificio y observé cómo hablaba con la secretaria. Le dio unos libros y salió de nuevo. El timbre de finalización de clases sonó. En cuanto salió mi preciosa Nina por la puerta, él puso cara de tonto ante su presencia.

Estaba tan bonita como siempre, con sus libros en la mano, incluso dio la sensación de ser más pequeña e inocente. Él le ofreció el brazo para que lo cogiera. Nina dudó por un momento, pero terminó concediéndoselo. Intentó besarla ante los alumnos, pero ella no le concedió el beso. Me temía que por algo parecido había recibido un buen golpe.

—No quiero besarte aún, ¿vale? Las cosas con calma —le dijo atemorizada.

No se dieron cuenta de que me aproximaba a pasos agigantados.

—He dicho que me beses. —Forzó su brazo y su espalda para que se acercara a él.

Se la llevó donde no pasaba gente, queriendo evitar que lo vieran forzándola, y volvió a hacerlo con más libertad. La agarró agresivamente del brazo y de la espalda, apretó sus dedos en su piel y la llevó hasta su boca.

—¿Tienes que forzar a una mujer para besarla?! —grité furioso—. ¡Suéltale el puto brazo! —Empujé con agresividad aquel brazo que la agarraba.

—¿Por qué cojones te interpones siempre? —Empujó a Nina—. ¡Fuera de aquí! ¡Venga! —me encaró. Pero tenía las de perder; con mi chica no se jugaba—. Es mía.

—¡Ella no es posesión de nadie!

Estampé su cuerpo contra la pared de cemento e hizo un gesto de dolor. Agarré el cuello de su chaqueta y golpeé su cara. Nina volvió a hacer lo mismo que en el establo, pero esa vez lo hizo de forma cariñosa. Tomó mis hombros y los echó hacia atrás. Acarició mis brazos y conseguí controlar la ira.

—¡Si quieres besar a una mujer, bésala bien! —Le di otro puñetazo en la cara—. No vuelvas a ponerle una mano encima, o te mataré. —Lo miré a los ojos, desafiante—. Juro que te mataré. —El frío se incrustó en su piel—. Ni una mano encima. ¿Te ha quedado claro? —Acaricié la mejilla de Nina—. Lo siento, todo es culpa mía.

Jon escupió sangre por la boca y por la nariz y se levantó del suelo.

—Te estaré vigilando.

Lo empujé de nuevo. Miré a Nina dulcemente y me fui.

Nina

Pagaría todo el oro del mundo para matar el sentimiento de decepción. Daría cualquier cosa para echar el tiempo atrás y volver a mi niñez. Él solía jurarme que no se atrevería a hacer trampas en cada juego al que jugábamos. Solíamos jugar en un lugar escondido mientras Juliet y mi madre se tiraban los trastos a la cabeza.

Jon había sido siempre mi fiel amigo, el único al que podía confiarle muchísimas cosas, e incluso me escondía para hablar con él. Me arriesgué muchas veces en el patio de la escuela. Salté la verja una vez. Aún lo recordaba. Recordaba cómo sangraba mi mano al desgarrarse la piel con el alambre.

Eso pasó. Pasó hacia muchísimo tiempo. Lo que ocurría era que, en ese momento, lo recordé cuando volví a ver su nariz derrochando sangre oscura y su mejilla hinchada.

—¿Qué cojones ha pasado? —preguntó su padre—. ¿Eh?

La casa era grande, demasiadas habitaciones, baños y metros de jardín. Oí chapotear el agua estancada en la entrada.

Mi padre llamó al interfono. Sabía que era él porque nadie más iría en mi búsqueda. La madre de Jon estaba sentada enfrente de mí, cruzada de piernas, nerviosa y atenta a cualquier mínimo movimiento que hiciera mi cuerpo. No podría salir de allí ilesa. Lo tuve en cuenta.

Pasos se escucharon próximos al enorme salón. La chimenea no estaba encendida, y no había ningún ruido más que la tensión entre los presentes. Un gato se subió a la falda de la madre de Jon y esta lo acarició. Hasta los ojos del felino me miraban llenos de culpabilidad.

—Buenas tardes —saludó mi padre—. ¿Qué ha pasado?

—Eso es lo que intento que me diga mi hijo —le indicó con el móvil en la mano—. ¿Qué cojones ha pasado?

Jon no me miró; tampoco a los demás. Si aún quedaba algún sentimiento vivo dentro de ese corazón controlado, podría ser que salvara mi pellejo, aunque no lo creía. Y volví a recordar su preciosa cara de niño bueno, su pelo hacia atrás engominado, su padre recogiénolo del colegio y su madre preparando pasteles para mí.

Sin duda, ya no eran los mismos con los que crecí. Ya nadie era el mismo. Ahora, a todos les había comido la ambición y la codicia.

—Fue Izan Blake. —Entrelazó los dedos y miró a su alrededor.

La madre saltó al recibir la noticia —o, mejor dicho, el problema—. El gato se quejó, pero a nadie le preocupaba lo que hiciera un gato justo en ese momento, aunque fuera pisado por los tacones de aquella mujer que me miraba con los ojos llenos de ira.

¿Qué habían hecho con mi amigo? ¿Dónde estaba Jon?

—¡A ese cabrón lo quiero ver bajo tierra! —Estampó el móvil contra la mesa—. ¡Tocar a mi hijo...! —Pateó el sofá.

—¿Y el motivo? —intervino mi padre—. ¿Por qué fue?

Deseé largarme.

Explorando mis posibilidades —que eran escasas y muy limitadas; diría que nulas—, solo me quedaba rezar; algo que nunca había hecho. Pero, en fin, nunca se sabía...

—Hace tiempo que ese y yo tenemos diferencias grandes. Yo también le pegué a él.

Quise gritar: «¡Mentira! No le pegaste. Él te dejó K.O. contra la pared. Sangraste como un cerdo y ocultaste tu cara como un crío cuando levantó la mano para amenazarte». Pero me callé, ya que, de algún modo, estaba salvándome el pellejo.

—Entonces, ¿no es reciente?

—No —aseguró sonriente—. Acabamos de resolver nuestros asuntos. Ya saben que yo iba con ellos, con sus amigos. Entonces nos enfadamos y aún nos quedaban cosas por resolver.

—Espero que le hayas dado su merecido.

—Lo he hecho. —Me miró de reajo—. Ya he terminado, ¿podemos irnos? Nina y yo deberíamos ir a cenar. Tenemos una cita.

Un plan; eso es lo que tenía. Un mísero plan. Jon iba a vengarse. Del cómo

no tenía constancia, aunque tampoco quería saberlo.

—Idos —nos indicó con la mano su padre—. Deja que tu madre te cure eso y podrás irte.

—Bien.

Se fueron hacia la cocina y yo me quedé allí, esperando algo. Los amigos del alma no hablaron. Dirigieron su mirada hacia mí y sonrieron.

—Me alegro de que estéis formalizando vuestra futura unión —celebró su padre—. Estoy encantado de tenerte aquí.

Lástima que yo no pudiera decir lo mismo, pero, ante eso, preferí callarme y sonreír como una falsa adorable. En ese momento, me parecí a Carolina. El intento de pija me embalsamó todo el cuerpo. Ya no sabía quién era, y tenía la sensación de que no lo sabría jamás.

Nos quedamos a solas mi padre y yo. Se encendió un cigarro en la terraza y me animó a salir junto con él. Desde allí arriba, las vistas eran espectaculares. El problema era que no dejaba de verse el barrio de River, calcinado y formando un gran punto negro en el paisaje. Era una pena.

Durante mucho tiempo, creí que Jon era como Wen. Era hermoso, pues quería una vida normal fuera de la riqueza y el poder. Él nunca tuvo un coche de alta gama, hasta ahora. Confié en sus perspectivas de la vida, y me mintió. Solo quería conseguir el objetivo de su padre. ¿Cuál era? Ni idea.

—¿Sabes? —le dio una calada a su cigarro—, pensé que el motivo de venir aquí sería por ti. Siempre estás metiéndote en líos de los que debo sacarte. —Sonrió con el cigarrillo en sus labios—. Eres mi hija, Nina, y te quiero.

—¿Sabes? —me apoyé en la valla—, a veces, no lo parece.

—Puede que no lo parezca —me miró de reojo—, pero te he buscado un buen marido y he luchado para conseguirte un futuro. Tú no lo entiendes, ya que no has vivido lo mismo que yo.

—Hazme entender —le dije sin muchas esperanzas de recibir algo.

—He visto morir a gente. He visto cómo ese hijo de puta...

Ya habían curado a Jon y ya se había cambiado. Llevaba el pelo mojado y ropa limpia. Me ofreció hacer lo mismo en su habitación. No quería hacerlo, y era la primera vez que deseaba quedarme con mi padre. Estuvo a punto de decirme algo importante. Quizá admitiría algo, o quizá iba a contarme por qué su ira crecía tan rápido hacia los Blake.

—¿Quieres ducharte? —No sonó a pregunta, sino a orden.

Ante eso, quise negarme, limitarme a decirle: «¿Por qué no te vas al infierno?». Pero el infierno estaba más lejos de él que de mí. Sobre todo, bajo ese techo, donde nadie sabía lo que se podía esperar. Curiosamente, en aquel momento, habría cambiado un grifo por cubos de agua.

—Está bien.

Hice ademán de irme, pero mi padre me paró.

—Espera, ¿qué tienes ahí? —Señaló mi brazo con marcas.

—Oh... —Sonreí falsamente—. Mi querido y futuro marido, que me quiere mucho. —Presioné la marca con mis dedos—. Gracias, padre, por elegir al mejor de los mejores maridos —añadí irónica—. Debo irme.

La empleada recogió mi ropa sucia cuando la dejé en el cesto. Desnuda ante el grifo grande, cuando comenzó a echar agua, pareció que estuviese lloviendo. Esa sensación la había tenido pocas veces, y siempre por la generosidad de Wen. No estaba segura de que ahora fuera generosidad de Jon.

Entré a la fría habitación. Estaba formalmente decorada y parecía una habitación de hotel. Tenía incluso los adornos con toallas encima del colchón, las sábanas muy limpias, seis cojines bien puestos e iluminados por las lámparas de diseño y la cama rodeada de cortinas que colgaban. Me acerqué para apreciar el olor a limpio, pero no logré captar ningún tipo de aroma. Comparado con la casa de mi amiga, que siempre olía a rosas frescas, aquella habitación estaba tan podrida que no me hacía sentir nada. Era insípida, neutra.

Escuché a Jon caminar en la planta baja. Hablaba con su madre de algún comité del ayuntamiento. Ayuntamiento... Eso solo me recordaba a alguien, y ese alguien era Izan.

Un teléfono vibró en el baño. Era el mío. Corrí hacia él y lo desbloqueé con éxito. Me lo puse al oído, esperando escuchar su voz.

—¿Eres tú? —preguntó su voz grave—. ¿Eres tú, niña?

Ante la presión de mi pecho desnudo, me quedé junto al espejo. Miré mi silueta. Mi cuerpo estaba lleno de marcas. Estaba delgada, más que de costumbre. «Necesito comer», recordé. Izan me esperaba al otro lado de la línea. Aunque estuviera callado, seguía esperando mi respuesta. Adoraba esa respiración profunda cuando se volvía impaciente y persuasivo.

—Niña, ¿estás ahí?

—Estoy aquí. —Cepillé mi cabello—. A propósito, ¿cómo sabes el número del primer móvil? —recalqué.

—¿Recuerdas que me quedé tu móvil durante un tiempo? —Se impacientó por mi respuesta—. Cuando se te cayó en el tiroteo —intentó hacerme recordar, cuando, en realidad, no lo olvidaría nunca.

—En uno de los tiroteos —remarqué bromeando. Él también rio—. Sí, lo recuerdo.

—Bien... Veo que sigues teniendo memoria, niña. —Escuché un ligero pitido que entrecortó la línea.

—Creo que te llaman —dije frustrada—. Deberías contestar.

—No. —Lo sentía como si estuviese cerca de mí—. Quiero disfrutar escuchándote, aunque solo sea un tiempo.

Cada palabra que transmitía por la línea telefónica era semejante a una caricia corta, a un contacto breve, como esa caricia que me regaló esa mañana, con esos detalles defensores que tenía cuando se trataba de mí, con sus brazos alrededor de mi piel fría aquella noche...

—Dime que ese... —se detuvo— no te ha tocado otra vez. Júramelo.

—No me ha tocado, lo juro.

Escuché la puerta de la habitación y cerré la del baño. Solo podía susurrar.

—Izan, tengo que irme. Estaremos en contacto. —No quería que su voz se la llevase el silencio. No dijo nada más. Escuché un ruido a través de la línea y se cortó—. ¿Sigues ahí?

Llamaron a la puerta con violencia. Era Jon.

Cerré la puerta corredera de la ducha, pero en ese momento no tenía dónde meter el teléfono. Me lo puse entre los pechos, y la toalla envuelta en mi cuerpo lo cubrió. Tenía miedo; más bien era pánico. Parecía insólito pensarlo, pero tenía miedo de mi mejor amigo. No podía siquiera creerlo.

Abrí la puerta hacia él, que estaba de pie al otro lado, esperando a que saliese. Mantuvo los brazos cruzados y una postura reservada. No mostró emociones. Ya no era el chico que reía por cualquier tontería que se le pasara por la cabeza. Ese no era mi Jon.

—Toma. —Lanzó un vestido a la cama—. Mi madre te lo da. Maquíllate, que vamos a salir.

—¿Adónde vamos? —Toqueteé la tela del vestido. Era semejante a la seda—. Jon, ¿por qué...?

Levantó una mano, rechazando lo que tuviera que decirle. No quiso escuchar mi pregunta. Me miró con indiferencia. Ya no me admiraba, incluso dudaba que le gustara el color rubio de mi cabello, como solía decir.

Se miró en el espejo y se colocó bien la corbata, exigiendo con ese movimiento que me vistiera.

—¿Estando tú aquí? —Desafortunadamente, mi entonación no fue la adecuada.

—¡Sí! —Se giró para mirarme—. Vístete.

—¿Adónde vamos?

Se puso a mi altura, cogió el vestido sin tacto alguno, dándole igual si se arrugaba o si se enganchaba con cualquier cosa, y me lo lanzó a la cara. El desprecio en sus ojos me mataba.

—Vamos a ir a cenar con tus queridos amigos.

—¿Qué amigos?

Por mi cabeza pasaron los nombres de Noel, Wen, Carla, Hannah...

—Con Izan Blake. ¿A que ahora te maquillarás?

—Sí —le contesté sin pensarlo—. Por él, sí.

Entonces se giró de nuevo. Ya iba a irse por esa puerta y dejar que me vistiera con privacidad, pero la había fastidiado. Sinceramente, me daba igual. Quería que lo supiera, que lo supiera y que le quedara claro que por él no sentía ni una pizca de amor. Sentía vergüenza.

Dio zancadas inmensas desde la puerta y en un segundo lo tuve delante. Levantó su mano, y tal y como vino —abierta y rápida—, la golpeó contra mi mejilla.

En ese instante no sentí nada; me había quedado en completo estado de shock. Segundos después, sentí el calor en la piel. ¡Joder! Esperaba reparar aquello con el maquillaje o Izan sería capaz de matarlo.

—¡Puta barriobajera! —En cuanto su mano cayó de nuevo en mi cara, sentí el aire correr y la otra mejilla recibir también su merecido—. ¡Vas a hacerme caso y vas a casarte conmigo! ¿Ha quedado claro? —Puso su dedo índice en mi corazón—. ¿Ha quedado claro?

Y se alejó, ganando una batalla, derribando un muro que nadie había podido alcanzar desde hacía mucho. No así, no de esa manera. No llegué a llorar con ese dolor acuchillando mi pecho, mi corazón y mis pulmones. Derribó el último amor que me quedaba de él. El último suspiro de cariño se fue por la puerta con él.

Pensé que jamás diría algo así, que jamás lo diría de Jon:

—Arderás en el infierno... —juré en alto en aquella simple habitación.

Capítulo 16

TULIPÁN ROJO

IZAN

La comunicación se cortó. Apenas podía oír su voz diciendo mi nombre, pero tuve que colgar. Carolina estaba allí, justo detrás de mí.

—¿Vamos a salir esta noche? —me preguntó con reproche—. ¿O vas a olvidar que estás prometido?

Retiró su vestido con un solo movimiento. En otros tiempos, habría corrido hacia su trasero y habría hecho locuras. Pero, en ese momento, todo había cambiado. ¿Cómo podía disimular? Pronto me tocaría casarme con ella. Había sobrepasado el límite que la Junta y el Gobierno exigían para enlazar los expedientes. Tenía veinticinco años, y me había librado durante cinco de casarme con alguien. No había nada como pertenecer a los Blake para salvarte de algunas cosas. Pero pronto la gente sospecharía, y mi fecha ya estaba prevista para enmendar ese error.

—Carolina, verás... —fui hacia el otro lado de mi cama, donde ella estaba de pie y sin ropa—, quisiera reservarte para la luna de miel. Ya sabes, quiero hacerlo más especial.

—¿Tan enamorado estás de mí? —Se tapó los pechos—. ¿Es verdad eso que dijiste en la mesa?

—Sí —mentí—. Estoy enamorado de ti.

Mentía a decenas de personas con el fin de sobornar, amenazar o conseguir poder. ¿Por qué no lo iba a hacer con una mujer? Era fácil sacar la faceta de político incorrecto. Lo difícil era retirarla.

—Entonces... —dio saltos—, vayamos a cenar —tomó mis manos—, por favor. No quiero quedarme aquí sola —miró a su alrededor—, y encima sin acostarnos.

—Bien. —Me puse los zapatos—. Vayamos entonces.

Mientras paseábamos, tuve varios sueños despierto. Me vi caminando de la mano de una mujer de cabello largo y dorado. Era un color como el oro, y era bello. Tenía sus dedos finos enlazados con los míos, y noté que su piel — más bien clara que oscura y que me resultó curiosa— estaba fría cada vez que conseguía tocarla.

—¿Izan? Izan, ¿estás escuchándome? —me llamó—. Tengo la sensación de

que, a veces, no me escuchas —me reprochó.

—No —le contesté al momento—. En serio, te estaba escuchando...

Caminamos por la ciudad. Era de noche y las luces iluminaban a las personas que paseaban con tranquilidad. Tan solo era gente casada o prometida. Era lo normal.

—Entonces, ¿qué es lo que he dicho? —Me quedé atónito, mirándola. No logré contestar—. ¡¿Ves?!

—Lo siento —me froté la frente—, estaba en otro mundo.

—¿En qué mundo, Izan? —reclamó desesperada—. ¿Vamos al restaurante de siempre?

—Sí.

Le encantaba ese restaurante. Tenía unas vistas preciosas a la ciudad; el único punto desde donde no se veía River. Los diseñadores y el dueño del restaurante se encargaron de que fuera el lugar idóneo para la gente de prestigio, hecho que fue agradecido por todo ese tipo de gente; bueno, mi gente...

—Bienvenido, señor Blake. Es un placer volver a verle —me saludó un camarero, agachando la cabeza. Tras la reverencia, nos señaló un lugar en la terraza—. Está todo preparado para sus invitados.

—¿Invitados? —Arrugué la frente, extrañado—. ¿Has invitado a..., a alguien? —balbuceé en el oído de Carolina.

—No, cielo.

Seguimos caminando hacia una mesa de cuatro personas. El camarero retiró nuestras dos sillas. Las dos estufas en ambos lados calentaban la zona. Las vistas se volvieron grisáceas ante mi indignación. ¿Quién se había autoinvitado? Miré de nuevo a Carolina con el rostro lleno de dudas. Ella siguió manteniendo el suyo con indiferencia.

La valla que separaba el paisaje y la altura de la carretera me hacía retroceder la vista. No quise mirar. En ese momento, solo quería saber quién era el invitado especial.

Entre las luces tenues del restaurante y al lado del cuerpo de un hombre, volví a encontrármela. La vi caminar, desfilando entre los camareros, y su melena se balanceaba por su propio movimiento de cadera. Su cabello dorado lo dirigió hacia un hombro y el otro se quedó desnudo. Admiré su piel dulce y suave, que se magnificó entre las luces de las pequeñas velas de cada mesa. Sus manos buscaron un lugar en el que cobijarse, pero no quiso enlazar su

brazo con el de su acompañante.

Él no era digno para ella, y eso la fastidiaba, y se mordió los labios. Aun estando nerviosa, era muy atractiva. Era como un tulipán recién florecido, y añorar su aroma era mi penitencia. Era la manera en la que podría marchitarme algún día. Ese motivo era el que me impedía saltar entre la gente y besarla hasta derrumbarme y quedarme sin aire. Era la única razón por la que dejé de mirarla ciegamente. La única manera de evitarlo era dejar de mirar esas piernas descubiertas y esos pechos bien levantados por el vestido rojo.

No sonrió. Sabía que no lo haría; no de la mano de Jon.

—Buenas noches, pareja. —Ese tono burlón acabó por enfurecerme—. ¿Hay sitio para dos más? —Me miró con sed de venganza.

—¡Claro! —le contesté con entusiasmo—. ¡Adelante! Traíganos un champán, el mejor de la casa. —No hubo nada más gratificante que ver su cara de fracaso—. Sentaos, sentaos. —Alcancé la mano de Nina—. ¡Nina, cuánto tiempo! —Besé el dorso de su mano. Ella sonrió—. Bienvenida, niña.

La cara de Jon debería haber sido fotografiada, y la de Carolina haberse convertido en un boceto cómico. No se esperaba aquella reacción. Esperaba dolor. Y no digo que no lo consiguiera, porque acertó: me fastidiaba, me enrabiaba ver a Nina de su mano. Pero nadie jamás conseguiría derribarme, y mucho menos si la mujer que me importaba estaba por medio.

—Carol... —Creé un diminutivo para que pareciera que había más cariño entre nosotros—. Este es Jon, un viejo amigo. —Ella se levantó para saludarlo y recibió un beso en la mano. A diferencia de Jon, a mí no me molestaba en absoluto que besara a Carolina—. Es un gran amigo de mi padre. —Sonreí. Eso acabó por fastidiarle—. ¿Verdad, Jon?

—Sí, Blake —continuó, jugando con fuego—. Carolina, esta es mi futura esposa, Nina.

—Ya nos conocemos, ¿verdad, Nina? —Eso lo desconcertó aún más.

—Sí —contestó alegremente y muy falsa a la vez.

El movimiento de cogerle el antebrazo, apretárselo con los dedos y hacerla sentarse me revolvió el estómago. Necesitaba ese maldito champán. ¿Dónde estaba? Intenté calmarme, así que deshice un poco el nudo de mi corbata. Carolina posó su mano encima de la mía, y quise rechazarla, pero no podía; no delante de Jon. Dejé que enlazara sus dedos —menos finos que los de Nina— con los míos. Los dedos de Nina temblaron, se retorcieron e inmediatamente

los escondió debajo del mantel que cubría la mesa.

«Lo siento, Nina». Deseé que lo hubiera entendido con una mirada solo para ella.

En un principio, la cena indicaba que iba a estar en tensión en todo momento, pero pasó el tiempo y se hizo llevadera. Me hizo gracia cómo Nina se sorprendió por la poca cantidad de comida que llevaban los platos y el dinero que costaban. No lo dijo en palabras, sino a base de varias miradas.

Desviaba los ojos cada vez que me centraba en su escote pronunciado. A veces me costaba disimular. No era bueno que mi prometida llevara un vestido verde soso y que mi amante llevara uno rojo explosivo. No era justo para ningún hombre. ¿Sí o no? Era injusto.

—¿Cómo va ese comité, Blake? —me preguntó Jon. Casi logré ver su faceta anterior—. ¿Lo estás llevando bien?

—Sí, vamos a tener muchos invitados. —No retiré la mirada del colgante de Nina—. Va a asistir bastante gente. Ya sabes... —Volví la vista hacia Jon.

—Sí, seguro... —Aquella contestación me causó desconcierto.

Él siguió mi mirada hacia donde había ido la mía y encontró mi objetivo.

—Es bonito, ¿verdad? —Llevó su mano al cuello de Nina—. Es precioso. Se lo regalé para su cumpleaños el año pasado. —Acarició la piel de su cuello. Rabié—. Tienes un cuello hermoso, cariño.

El siguiente movimiento aún no sé cómo pude aguantarlo. Se dirigió a sus labios mientras continuaba acariciándole el cuello, y bajó poco a poco por su pecho, deslizando un dedo entre sus senos marcados. Quise arrancarle las manos.

—Oh, vamos, déjalo. —Nina alejó la mano de Jon antes de que saltase para pegarle un puñetazo. Realmente, ya estaba levantado.

—¿Vas al baño, cariño? —dijo Carolina, sin saber de qué iba todo aquello.

—Sí, voy al baño.

Me daba lástima romper alguna parte del bello baño del restaurante. ¡Qué narices! Un puñetazo, dos, tres y...

Nina se plantó allí, miró hacia ambos lados y sus zapatos hicieron ruido por las baldosas. Me tensé, pero conseguí calmar mi ira, aunque solo fuera para detenerme a admirar sus piernas. Levantó la pierna delante de todas las puertas de los baños, pegó el tacón contra ellas y estas se abrieron sin gente detrás. Verificó que no hubiera ningún hombre más, nadie que pudiera ver

cómo una mujer entraba en el baño de hombres. Yo me quedé mirando cómo lo hacía. Esa manera de fijarme en su trasero no era buena, no era nada buena.

Caminó hacia mí. Nunca me había dado miedo una mujer, pero después de pegarle cinco patadas a las puertas con ese vestido rojo, comenzaba a tenerle respeto de verdad.

Me reí.

—¿De qué te ríes? —Sonrió coqueta—. ¿Nunca has visto a una mujer hacer eso?

—¿Sinceramente? —Carcajadas salieron de mi boca—. No. —Volví a reír—. Comienzo a tenerte miedo.

—¿No me digas? —Se encontraba demasiado cerca—. No tenemos tiempo.

—¿Qué quieres decirme? —Dejé apoyada la espalda en la puerta de la entrada.

—Nada.

Se echó el cabello hacia atrás. Su melena rubia cayó brillante sobre su espalda descubierta.

—¿Entonces? —le pregunté, ansioso por saber sus intenciones.

No había palabras para explicar la sensación que sentí justo en ese momento. Estaba dominándome..., lo estaba haciendo. Su movimiento sensual al estirarse para llegar a mis labios me desconcertó. Intenté concentrarme. De verdad que lo estaba intentando. Quise sobrellevar la situación, pero no me dejó. Ella controló su objetivo, y era intensamente poderosa.

Un hombre empujó la puerta hacia mí y su cara mostró sorpresa.

—El baño de chicas está al lado. Te has equivocado —le dije a Nina, fingiendo asombro y señalándole la otra puerta con la mano. Miré al hombre y puse los ojos en blanco—. Estas chicas...

El hombre sonrió indiferente.

—Oh, lo siento. Es verdad. Perdonen —se excusó ella, tan falsa como yo.

Pasó por mi lado, rozando su hombro con el mío, y su aroma se perdió en la distancia. Entonces logré respirar. ¿Cómo podía ponerme de aquella manera? Era una locura. Una jodida locura...

Tenía que salir fuera a la terraza de nuevo, pero ¿cómo debía mirarla? No podía controlar mi visión. ¡Era un hombre! ¿No bastaba con esa excusa?

No, me temía que no.

Nina

Volví a la terraza tan bonita que había en aquel restaurante. Si no fuera por la situación en la que me encontraba o, mejor dicho, nos encontrábamos, podría disfrutar. Sin embargo, soportar las caricias envenenadas de Jon me hacía querer retroceder.

Izan ya estaba sentado junto a Carolina. A menudo la cogía de la mano y juntaban sus dedos. Me dolió, me dolió mucho. Sabía que él no quería hacerlo; por cómo me miraba, podía intuirlo. No obstante, deseaba que fueran los míos los que recibieran su calor.

Movió su corbata cuando me vio llegar. Comprobé que ese gesto lo hacía todo el que llegaba, parado en la entrada, ojeando alrededor; debía ser por un instinto común. Lo que pasaba era que él lo hacía con una elegancia exquisita. Él era sabrosamente sensual en todos sus movimientos.

Nuestras piernas estuvieron juntas. Las tenía cruzadas, pero mi pie rozó su pierna contraria a la cercana a Carolina. Debíamos evitar que nos pillaran. Siendo francos, si ellos hubieran sido listos, ya nos habrían cazado.

Lo hizo, me deseó con cada mirada que rebuscó mi piel, y yo me sonrojé. Siempre quise saber qué se sentía cuando las mariposas se juntaban en el estómago, y entonces lo supe. Y es que soñaba cada día y cada noche con tocarlo, aunque solo fuera un centímetro de su piel maravillosa.

Mientras Jon entablaba una conversación con Carolina, nosotros asentimos o añadimos alguna palabra que otra. Realmente, no estábamos dentro de la charla. Izan estaba sobrepasando los límites importantes, pero yo tenía más delito que él, pues consentía cada movimiento prohibido.

Nuestras piernas seguían muy juntas. Bajó su mano izquierda mientras con la otra cogía la copa de champán y sonrió pícaro ante mi mirada. Su mano cálida me provocó nerviosismo. Separé mi cabello para intentar disimular que hacía algún movimiento. La palma de su mano acarició mis piernas, cubiertas por unas medias finas de color carne, apretó la yema de sus dedos en mi piel excitada y la deslizó hasta que no pudo seguir por miedo a revelar lo que estábamos cometiendo bajo la mesa. Estábamos incumpliendo una ley sagrada.

Dejó de acariciarme en cuanto los postres llegaron y, con la distracción que eso supuso, me coloqué en buena postura de nuevo en la silla. De tanta excitación, mi trasero había descendido un poco. Estaba demasiado alterada

por haberme dejado llevar.

Me dedicó una sonrisa mágica, una sonrisa humana y verdadera, y decidió seguir jugando.

Como ya dije una vez, él no era más que yo. Podía con él.

Negó con la cabeza, despacio, y sonreí sensual, dejando mi mano caer por debajo del mantel. Con la otra mano, simulé que estaba cogiendo una cuchara pequeña de nata. Claro que también lo utilicé como arma. Pude ver cómo terminó jadeando silenciosamente. Y volví a revivir la imagen de mi fiesta de cumpleaños. Aquella fue una noche maravillosa. A pesar de todo, lo fue.

Retiró los ojos, intranquilo. No me miraba.

—Acabo de recordar que tengo que hacer una llamada. Un segundo.

Desapareció de la mesa sin mirarme. Eso me mosqueó.

Carolina rompió el silencio en la mesa:

—Estos políticos... Bueno, ¿qué me decías? —Continuaron conversando.

Estábamos jugando. ¿Por qué se había ido así?

Jon pidió permiso para retirarse al baño y mi móvil vibró justo en aquel momento. Un mensaje de texto llegó.

Izan:

Voy a arrastrarte hasta mi cama ahora mismo si continúas así. Te deseo. Necesito besarte...

Sonreí.

La primera vez que vi a Izan —el hombre que me apuntó con la pistola en la frente—, quise huir, gritar. No lo hice porque, de alguno modo, sentía que no podía hacerlo. Creía que se trataba de algún tipo de imán. No tenía otra explicación. No comprendía por qué no salí corriendo entonces. Aunque tampoco había gente que pudiera haberme ayudado. Sin embargo, me quede allí siguiendo las instrucciones del chico atractivo de ojos verdes y oscuros.

Y, ahora, cada vez que lo miraba a los ojos, sabía que no habría disparado. Bajo toda esa fachada de hombre poderoso, popular y frío, existía otro Izan, otro sin ningún apellido. Y tenía la certeza de que lo haría salir tarde o temprano.

Capítulo 17

DESEO

IZAN

Wen me aseguró que no estaba viendo el peligro. No, no lo estaba viendo, solo escuchaba lo que me brindaba la voz de Nina. Sin poder remediarlo, era lo que me daba vida. Era estúpido. Quizá no controlaba esas situaciones. Me había vuelto impredecible, y nadie sabía lo que iba a hacer o qué pasos daría. Algunos me dijeron que me lanzara a la piscina. Pero no había piscina, no había oportunidad; no si no había un plan primero.

Lo cierto era que Nina me estaba consumiendo emocionalmente. No podía pensar con claridad cuando rondaba mi mente. En el despacho y en la cama, en el coche y en cualquier jodido sitio de la ciudad, estaba su vivo recuerdo.

Llevaba soñando con ella tres días seguidos. Estaba enfermo, y nunca me había sentido así. Ciertamente, quería dejar de sentirme así, pero cuando llegaba a la conclusión de que eso supondría perderla, mi corazón se resentía. ¡Maldita sea! Por una parte, comencé a conocer el profundo motivo de la Ley OSDE: no amor, no penitencia.

A partir de ese momento, mi punto débil no era otro que Nina Larson; podrían joderme con todo lo que le hicieran a ella. Si la tocaban, perdería el control. Aún seguía buscando la manera de no matar a Jon. Aquella escena de Jon y Nina me dejó secuelas en la mente. Lo sobrellevé como pude e intenté no pensar en ella, aunque fuera casi imposible.

Durante esos tres días había conseguido más información para poder derribar a mi padre. Por el momento, no sospechaba de nadie. Ni siquiera de Juliet, la mujer de su gran amigo Fernando.

Existían excesos de conveniencia. Los bandos se formaban a base de beneficios propios. No existía el compañerismo. El dinero era lo que movía a los peones de un tablero de ajedrez, y para derribar la pieza más importante, los peones y el resto debían juntarse.

Bien, eso resultaría fácil si no fuera por un pequeño detalle: mi padre tenía a casi todas las piezas bien sobornadas. Había trabajado demasiados años en su puesto. Era de esperar que tuviera tanta protección, pero lo que no era predecible era que descubriese todos sus movimientos con tanta facilidad. Pensé que mi padre sospecharía o que me vigilaría. Sin embargo, conseguí

terminar de unir todas las piezas. Sabía más de lo que él creía.

Solo me quedaba encontrar lo que Gregorio había dejado como prueba. Él quiso proteger a Nina dejando un poder fuerte para derribarlo con sus propias manos. Debí esconderlo en algún lugar, pero para descubrirlo tendría que adentrarme más en sus asuntos. Quería salir limpio de ese plan, por lo tanto, si me involucraba más de lo necesario, saldría escaldado. Encontraría una manera. Tenía que visitar a Gregorio, debía saber qué estaba tramando.

A pesar de ser un político capaz de sobrellevar cualquier situación complicada, estaba intranquilo. Por medio había algo que yo no tenía atado, algo que podría llegar a destrozarme emocionalmente, pero saber que Juliet quería mezclarse en mi plan me daba ánimos. Digamos que Juliet era el cabo suelto de mi padre.

Aparqué en la parte trasera de la casa de Nina. Hacía tres días que no la veía. A duras penas habíamos podido hablar. Al poner freno de mano, pude ver a Yina andar de la mano de Nina hacia la entrada de la casa. Las dos vestían con un jersey de punto blanco y mallas negras. Yina llevaba su mochila medio rota y Nina, un bolso en condiciones. Juliet se lo habría regalado, igual que sus botas.

Salí del coche. En cuanto caminé un poco en su dirección, me visualizó con rapidez y echó a correr hacia mí. Su rostro mostró sorpresa y a la vez enfado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Me cogió fuerte del brazo—. No pueden verte aquí.

—Vale —busqué sus ojos distraídos—, dame un beso y me voy.

—No voy a darte un beso. ¿Estás loco? —Enloqueció y yo me acerqué—. Definitivamente, estás loco.

Me llevó dentro de su casa para que nadie pudiera verme. Arrastró con dificultad mi cuerpo. Era gracioso cómo sonaba su respiración ajetreada. Era *sexy*. Yina entró detrás de nosotros, saltó al sofá tras darme unos cariñosos besos, encendió la televisión y nos sonrió. Observé el lugar. Era un salón pequeño que olía a alcohol; demasiado.

Ajetreada, Nina retiró la botella de la encimera de la cocina. No quería que la viera, pero ya era tarde para eso. Por descontado, sabía quién estaba detrás de esa botella vacía. Lo supe cuando vi que las ojeras le llegaban al suelo, cuando la vi lúcida ante su hija que casi fue atropellada. Merinda, la madre de Nina, tenía serios problemas con el alcohol. ¿Cómo afectaría eso a la pequeña Yina?

—¿A qué has venido? —dijo preocupada—. Por favor, tienes que irte.

—Bésame y me iré —le susurré al oído.

Sus manos estuvieron apoyadas en la encimera y sus dedos se contrajeron. Estaba intranquila, e intenté calmarla acariciando su melena rubia. Con el pulgar sentí su piel a través de la yema de mi dedo y dibujé círculos en su frente. Ella cerró los ojos, añorando mi tacto. Bajé hasta sus sienes, pómulos y mentón. Le sujeté la barbilla y la llevé hacia mis labios deseosos. Aspiraba poder tocarla, aunque solo fuera un segundo. Era la gracia de plantarme allí.

Separé sus labios de los míos y olí su aroma a través su cabello. Era preciosa... Me invadió su belleza y la besé de nuevo como si fuera la última vez. Enredó sus brazos alrededor de mi cuello, y cuando se separó, esbozó una sonrisa muy triste.

—Te echo de menos... —dije sobre sus labios—. No dejes de pensar en ti.

—Ni yo... —Volvió a besarme—. Tienes que irte —me pidió cuando se alejó.

—Realmente, he venido por otra cosa.

Se alejó más.

—¿Por qué has venido?

—Quiero hablar con tu padre, quiero zanjar lo que pasa.

—¡No! —gritó, y puso sus manos en mi hombro—. Escucha, mi padre está a punto de contarme algo. Deja que lo averigüe yo, por favor.

Lo pensé más de un segundo. Si se involucraba en algo de eso, me vería obligado a ser débil si la tocaban. Si sucedía algo... Si le sucedía algo, yo...

—No. No voy a dejar que formes parte de esto. —Me negué, girando la vista.

—Izan, por favor. Hay cosas importantes de mi familia que debo saber. Por favor...

—Estaba bien. Pero, en cuanto tengas cualquier información, ¿me la dirás?

—Te la diré —me dijo firme—. Lo juro.

—No quiero dejarte... —Me aferré a su cuerpo—. Temo que te pase algo.

—No va a pasarme nada, Blake. —Sonrió juguetona—. Vamos, vete. —Empujó mi cuerpo dulcemente.

—Bésame, otra vez. —Me acerqué de nuevo y besó mis labios sin pudor—. Ten cuidado, niña.

Acepté su petición.

Salí a regañadientes de la casa, y en ese justo momento en el que enderecé

el coche para seguir por la carretera, la camioneta de Gregorio giró la esquina. Pude ver por el espejo retrovisor cómo bajaba del vehículo, sacaba las llaves y entraba en la casa.

Esperaba no arrepentirme. Nunca tendría que haberme fijado en Nina, nunca tendría que haberme mezclado con ella. Sin embargo, una y otra vez, la vida nos unía inexplicablemente. Podría engañarla, decirle que no me importaba lo más mínimo, podría haberme alejado las veces que la encontré. Pero no pude. Y no sería fácil que mi mirada fija en sus labios cada vez que la veía pasara desapercibida.

Mi padre se encontraba sentado en su despacho del ayuntamiento. Era el último turno de la tarde. De hecho, debería haberse ido hacía un rato. Era mi oportunidad para buscar las pruebas. Maldita sea...

—Hola, padre.

—Hola, ¿qué haces aquí? —Parecía esconder algo—. ¿Qué estás haciendo aquí? —comentó, algo nervioso.

Encendió un puro y me sostuvo la mirada más de un segundo. Él era el que decía que, cuando una mirada se sostenía más de un segundo, significaba algo más, algo importante. Él la utilizaba para intimidar, para liderar.

—Nada. He venido para recoger una cosa de mi despacho —mentí—. ¿Y tú?

—¿Dónde has estado? —Movié el puro—. ¿Dónde cojones has estado?

—He ido a hacer un par de recados.

¿Sospechaba de mi plan? ¿Quizá Gregorio me había visto esa tarde y se lo había dicho? ¿Estaría Nina bien? Esas dudas me rondaron por la mente hasta que casi me hicieron decir la verdad, pero me contuve a tiempo.

—¿Y el dichoso comité? ¿Quién lo está preparando? Tu madre está de los nervios.

—Ya está organizado. No hay ningún problema.

—En esa ceremonia hablaré con los nuevos miembros sobre la nueva ley.

—¿Qué ley? —El estómago me dio un vuelco—. Nadie me ha dicho nada.

—Lo sabrás cuando toque.

—Padre, ¿soy de este partido o del vecino? —Cerré el puño con fuerza—. No has contado conmigo.

—Nunca dije que tuvieras que enterarte de todo. Además, tú ya has hecho tu trabajo.

Giró el cuerpo hacia mi dirección, dándole la vuelta al sillón, se levantó y se fue hacia la puerta. La abrió y me indicó con la mano que me fuera. Enfadado, salí del despacho y cerré la puerta con rabia.

Cuando llegué a casa, mi padre aún no había llegado. Siguió en su despacho, haciendo a saber qué. Estaba indignado, muy indignado. Tenía la sensación de que algo no estaba saliendo como debería salir.

Juliet estaba junto a mi madre en el salón, tomando té y viendo la televisión. Comentando sobre su editorial, sonreían, y cuando me vieron aparecer, me hicieron unirme a ellas. Parecían dos mariposas a punto de volar. Estaban tan contentas que pude notarlo desde la entrada.

—Mi libro está triunfando, querido. —Mi madre acarició mi mano—. ¿Estás bien?

Juliet esperaba una respuesta positiva. Ella sabía que había ido a ver a Gregorio.

—Sí, claro.

—¡Yasmina! ¿Podría servirle la cena a mi hijo? —Yasmina asintió amablemente—. Estás extraño.

—No me pasa nada —conseguí decir.

Estaba molesto porque el plan tenía una grieta que desconocía. No era capaz de seguir. Podría tirarlo todo por la borda si eso no significara echar a Nina al vacío. Juliet me dijo una vez que había dos opciones: o la olvidas o luchas. En ese momento, decidí luchar. ¿Qué es lo que haría si el plan se iba al traste?

Juliet se sentó delante de mí. Mi madre había subido para coger el teléfono de su habitación, así que teníamos unos minutos para hablar.

—¿Cómo está ella?

—Bien. Ella está bien. —Esbocé una sonrisa—. No me ha dejado hablar con Gregorio, pero me ha asegurado que se lo contará dentro de poco.

—¿Se está metiendo en esto? —Frunció el ceño—. ¿Le has dicho que no se meta?

—Sí, se lo he dicho, pero me ha pedido que por favor no interfiriera en cosas de su familia.

Se movió nerviosa en la silla. Cruzó las piernas y se toqueteó las manos. Peinó su cabello con los dedos mientras observaba mi cara de frustración.

—¿Y por qué estás molesto?

—Mi padre acaba de echarme de su nuevo plan.

—¿Qué nuevo plan? —Remarcó «plan» con desgana.

—No lo sé. Mañana, en el comité, lo sabremos.

—¿Te ha dejado al margen?

—Sí. ¿Tú sabes algo? ¿Te has enterado de algo?

—No —dijo secamente. Estábamos perdidos—. ¿Has encontrado esas pruebas?

—Creo que las miraba cuando he entrado en su despacho sin llamar. Se ha molestado, y sé que escondía algo.

—Entonces están en su despacho.

Los pasos de mi madre se escucharon bajando la escalera. Juliet cerró la boca y se dirigió a la puerta. Se despidieron y, cuando volvió al salón, mi madre fue directa a mí.

—¿Dónde está tu padre?

—En el despacho —le dije apenado. Mi madre estaba demasiado sola—. Me ha dicho que se quedaría un poco más.

No me había dicho nada realmente.

—Bien, porque quiero hablarte de algo.

Se alejó de la mesa y subió las escaleras. Al poco rato, bajó con un cajón de escritorio. Por el color de la madera, identifiqué que era del despacho de casa de mi padre. Deseé que eso no conllevara algo que mi padre tuviera en contra de mí.

—¿Puedes explicármelo?

Dejó el cajón encima de la mesa. Yasmina retiró los platos y mi madre esperó a que la empleada se dirigiera a sus labores de nuevo. Debía ser algo que no deseaba que supiera nadie.

Metí la mano en el cajón, donde había varios sobres como el que le había entregado a Alonso hacía varios meses. Por un momento, pasaron por mi mente las imágenes del contenido de aquel sobre. No podía ser. Aquello se quedó en manos de Alonso. No podía ser que estuvieran allí y que mi madre viera la cruda realidad.

Quise decirle que lo dejara, que no era bueno que lo supiera, pero en el momento en el que esparció las fotos por toda la mesa y le pidió privacidad a Yasmina, que apareció en el salón, supe que estaba metido en un buen lío. Aún tenía su pregunta en mi mente y la respuesta en mi garganta.

En una de las fotos vi a Nina con ese vestido amarillo apagado. Fue la luz que llevó a aquella fiesta increíble al límite. Estaba junto a su tarta inmensa.

Era gracioso verla sonriente y agarrada del brazo de Wen.

—¿Vas a explicármelo, o tendré que recoger tus babas? —Parecía enfadada, pero no lo suficiente.

Recordé a mi madre enfadada de verdad aquella vez que llegué a casa y tan solo tenía trece años. Había incumplido las normas en el colegio privado. Mi madre se enfadó y rabió por la imagen que yo estaba dando. En aquel entonces, mi padre acababa de meterse en el partido político que ahora lideraba.

—Verás... —Me rasqué la nuca—. ¿Qué quieres que diga? —No sabía cómo empezar esa conversación.

—Empieza por explicarme esta foto.

Señaló la del beso, la más bonita de ver y la más entretenida de hacer tanto por todos los que nos rodearon como por nosotros. Wen tenía razón. Menos mal que todos iban demasiado bebidos como para saber con quiénes estaban. Alguien, solo una persona, se dedicó a sacar esas fotos. Pero ¿quién?

En la fotografía estaba besando a Nina y transmitiendo demasiado como para explicarle a mi madre que solo fue un rollo más. Esa imagen estaba demasiado bien cogida y en un ángulo perfecto. Esa persona iba serena; eso lo tenía clarísimo.

Una mano en su cadera y otra en su trasero no indicaba nada bueno.

—¿Sigues intentando algo con Nina Larson?

—¿Aún recuerdas su nombre? —le pregunté, estúpidamente.

—¡No me hagas sentirme idiota! —Golpeó la mesa con la palma de su mano—. Lo sabía, lo sabía... —Se alejó de la mesa, se cruzó los brazos y se tocó el cabello. Me estaba dando la espalda. Pensativa y distante, continuó—: Tú estás con Carolina. Pensé que todo esto de Nina sería un capricho, pero algo me decía que seguirías tan testarudo como siempre. —Respiró hondo—. ¿Por qué no lo ves? ¿Por qué sigues con ella?

—No lo sé, mamá. —Oculté mi rostro entre mis manos—. Lo que siento por esa chica es de verdad.

—¿Lo que sientes por ella? ¡Es una chica de barrio, por favor! ¡Tu padre no aceptará eso! ¡Os haréis daño los dos! Esto no es un juego, hijo.

Quise protestar. En el peor de los casos, ese sería el momento para soltarlo todo de carrerilla. Mi padre no era quien decía ser; era un político manchado de sangre. Nina no era una chica de barrio; era la hija de un alto cargo y de su mejor amiga. Sin embargo, callé.

—No es de barrio, mamá. —Estaba a punto de soltarlo—. Ella es... — Sentí que era una historia demasiado larga para contarla.

—Ella es hija de Juliet. —El corazón se me encogió—. Lo sé desde siempre, hijo.

—Entonces, ¿por qué me lo dices así? —le pregunté indeciso—. ¿Qué es lo que quieres?

—Que la dejes ir. Olvídala. Este no es su sitio. Solo le harás daño a la familia de Juliet y a tu futura familia.

—¡Esa no será mi futura familia! —estallé—. ¡No quiero ser más lo que soy! —No respiré—. ¡Tú no lo entiendes!

No se esperaba tal reacción. Llevaba tanto dentro que no podía esperar otra cosa de mí mismo. Necesitaba estallar, reivindicar mi decisión, aunque no sirviese de nada. No quería seguir viviendo con más mentiras. Deseaba decirle la verdad a Carolina, gritarle al mundo entero que deseaba a Nina más que a nada. Me la estaban quitando, y eso me incitaba más a salir a buscarla.

—Esto no está bien, hijo. —Se sentó de nuevo y, severa, continuó—: Lo supe desde que Nina te salvó en el accidente. Tu mirada hacia ella... —Enlazó sus dedos y puso los codos sobre la mesa mientras el cabello rubio y rizado le caía por sus hombros—. Nunca te he visto mirar así a ninguna mujer, ni siquiera a Carolina. —Quise interrumpirla, pero me detuvo—: Nina es hija de Juliet, sin embargo, ella no puede revelarlo. No sé los motivos, pero le harás daño a su familia si intervienes. Esa familia ha pasado mucho dolor. No lo hagas, hijo...

—La quiero, mamá. —Me levanté de la silla, dejando las palmas en la mesa—. La deseo. —Tragué saliva, inquieto—. Además, tú misma me dijiste que siguiera a mi corazón.

—Pero... —Agachó la mirada—. No podrás luchar contra eso. Está bien que la quieras, pero tu padre jamás aceptará que...

—Me da igual lo que acepte mi padre. —Recogí las fotos, las guardé en el sobre y las metí en el bolsillo de mi pantalón—. Ya tengo planes.

—¿Qué tipo de planes? —quiso saber.

—¿Sabe algo de esto mi padre?... Dime que no.

—No, las tuve que guardar rápido en ese cajón cuando casi me vio.

—¿Quién te las entregó?

—Nadie en particular. El sobre llegó esta mañana. Cuando lo abrí y lo vi, quería hacerte saber que estabas metiéndote en un buen lío. En ese momento

pensé en dejarlo en el cajón de tu padre para que escarmentaras. Pero no he podido. Ya no sé lo que es mejor para a ti. —Agachó la cabeza, avergonzada—. No quiero saber qué te haría si viese estas fotos. Es mejor que las tengas tú.

—Joder... Alguien está detrás de mí. —Suspiré—. No son planes que puedan revelarse, mamá.

—¿Vas a marcharte? —se alarmó—. ¿Vas a marcharte de la ciudad como hizo tu hermana?

—No, mamá, yo voy a luchar. —Caminé con firmeza hacia las escaleras. Me detuve para volver a mirarla. Sonrió, pero su pena se me echó encima—. En el peor de los casos, esa sería otra opción.

La dejé allí, sentada en la mesa y con la luz tenue sombreando su rostro. Mantuvo la mirada perdida hasta que dejé de verla entre el hueco de las escaleras. Inspiré y me tumbé sobre la cama.

Capítulo 18

COMITÉ

NINA

No estuve muy de acuerdo en volver a los establos ni al campo de tiro, donde habíamos estado con la familia de Jon. Mi padre quería llevarme a un lugar lejano donde poder hablar, y estaba ansiosa por escuchar esas palabras; palabras que retirarían la incertidumbre que llevaba arrastrando durante tantísimo tiempo. Era mayor, y tenía derecho a saber.

El sol se quedó durante todo el viaje hacia el sendero. Habíamos dejado a Yina en el colegio, quien, a diferencia de mí, iba a asistir a las clases. Esa mañana volví a ver de nuevo la familia que éramos antes de que el secreto la rompiera. Quise volver a sentir eso por una vez... Hacía mucho tiempo que mi padre y yo no conversábamos, y eso hacía que nos mantuviéramos alejados; demasiado. La relación estaba fría, aunque un poco más llevadera desde que me salvó en la fábrica.

Dejamos la camioneta aparcada cerca de los establos y nos sentamos en las terrazas donde estuvimos aquel día. Recordé a Yina correr libremente por esos paisajes, acariciar a los caballos y abrazar a Izan en el establo, sonriéndole como si estuviera viendo un juguete en sus ojos. Me percaté del parecido de sus ojos.

—Aquí solíamos venir los dos —comenzó a decir mi padre—. Gracias —le dijo al camarero que nos sirvió dos refrescos.

—¿Con mamá?

—No, con Juliet. —La cosa comenzaba bien; iba a soltarlo—. Hija, voy a contarte algo que puede que te sorprenda. Quiero que me escuches de principio a fin sin interrumpirme. ¿De acuerdo?

—Sí. —Le di un sorbo a mi refresco.

Estaba preparada para la historia que ya sabía. Quizá cambiara un poco desde el punto de vista de mi padre, pero Juliet me contó las cosas buenas y las malas que había cometido. Me temía que poco podría decirme nuevo. De todas maneras, oírlo de su boca ya era un logro. Estaba confiando en mí.

Respiró hondo y le dio un sorbo a su bebida. Sus ojos azules se humedecieron, o eso fue lo que me pareció ver por un segundo.

—Mucho antes de que la Ley OSDE existiera... —hizo una pausa para

pensar—, Juliet y yo nos conocimos. Estábamos enamorados y nos amábamos. Yo era un doctor —sonrió— y ella era miembro de la Junta. —Orgulloso, continuó—: Era de clase alta, y lo tenía todo.

—Espera, espera... ¿Tú eras doctor? ¿Ella de la Junta?

—Así es. —Puso su mano encima de la mía—. El partido político de Juliet, junto con todos los demás y el resto del país, idearon la propuesta OSDE. En aquel entonces, Hans consiguió ser líder de su partido. Era mi mejor amigo, ¿sabes? Lo compartíamos todo. Yo le explicaba cómo amaba a Juliet y él cómo amaba a tu madre.

—¿Qué?

En ese momento, el cerebro no me funcionó. ¿Quién amaba a mi madre? ¿Hans Blake? ¿Cómo era posible ese intercambio de parejas? Entonces, recordé los reproches de mi madre cada vez que Hans invadía las noticias. Lo odiaba. ¿No debería ser al revés? De todos modos, ya no sabía qué creer. Mi padre también me había dicho que amaba a mi madre desde que era un crío, y yo lo creí. Qué ingenua.

—Merinda y Hans mantenían una relación en secreto. Merinda era la cara opuesta de la moneda; era todo lo contrario a Juliet. No se dedicó nunca a una carrera, solo quería vivir. Era una bala perdida. Hans la conoció en un local y se enamoró de ella. Le dio todo lo que pudo tener durante mucho tiempo.

—¿Y por qué le tiene rabia?

—Cuando los miembros de la Junta se reunieron —agachó la mirada—, Hans impuso una orden: debían terminar con ese tipo de sociedad. Faltaban policías para arrestar a las prostitutas, la droga se vendía por toda la ciudad y hasta los niños se la metían en la boca. La gente pedía a gritos ayuda, necesitaban un recurso —suspiró—, y Hans les brindó una ley. Los miembros de la Junta lo pensaron durante mucho tiempo, y llegaron a la conclusión de que era lo mejor. Pero Hans quería ser el rey, quería poder. La ambición lo cegó. Ya no era mi mejor amigo, sino un desconocido que mataba a personas para decir que él era el bueno. Por supuesto, la Junta aprobó su ley. —Dio un sorbo y los hielos golpearon contra el vidrio—. Lo que sucedió después...

En parte, necesitaba un respiro largo, pero tuve miedo de que parase y no acabase lo que le estaba costando contarle a su hija. Hans me odiaba. Odiaba que acabara sabiendo la verdad. Odiaba que yo fuera capaz de rebelarme contra él. Esperaba que la niña se rindiera tras una buena paliza en la fábrica. Pues no iba a rendirme. No, señor Hans.

—¿Qué sucedió después?

La pequeña Nina, aquella que lloraba porque su madre bebía y no le hacía caso, había desaparecido por fin. Quizá pudiera llegar a comprender a mi madre al final.

—La ley conllevaba unas reglas que algunos no estábamos cumpliendo desde el principio, como el propio Hans, enamorado de una mujer de clase baja. Eso era impensable. Tenía que dejarla, y la Junta se lo advirtió: «No puedes crear una ley y ser el primero en incumplirla». La gente debía creer en él para liderar, y así lo hizo. Sin embargo, yo estaba atento a todos los que comenzaba a rebelarse contra la nueva ley. Los drogadictos de River y las malas personas del barrio comenzaron a quemarlo todo. Yo trataba de curar a los que iban al hospital. Hans quería venganza, y la ley impuesta me separó de la mujer a la que amaba. Al no estar de acuerdo con sus intenciones, me convertí en un traidor.

—¿Un doctor no está, más o menos, al mismo nivel que un político?

—No, para nada. Juliet luchó por mí, pero eso conllevaba acabar con su trabajo. Ella amaba su puesto. No podía quitarle lo que le daba la vida, además de mí, aparte de otras cosas que también influyeron. Hans no tuvo bastante con su venganza y me destinó con Merinda, la hermana de la mujer a la que yo amaba. Después naciste tú y, años después, Yina.

—Siendo indiscreta, ¿cómo es que hiciste el amor con alguien a quien no amabas? —Lo pillé de improviso.

—Bueno, la Junta puso como norma que cada matrimonio tuviese dos hijos como mínimo, todo para que la gente no se rebelara de nuevo. Al final, la gente lo aceptó porque Hans les hizo creer que todo era por su bien.

Quizá ya entendía un poco más la postura de mi madre. No quería decir que comportarse de esa manera fuera justificable, pero viniendo de alguien a quien se lo habían arrebatado todo... Sin embargo, no estaba de acuerdo con que eso conlleva dejar de lado a su propia familia por el alcohol. Aunque, de alguna manera, quizá la entendía. Era más difícil sobrevivir en la pobreza si ya sabías lo que era vivir en la riqueza. Una vez que la probabas, era peor que una droga, atando tus pensamientos para siempre. Las pocas veces que pude estar con Wen o con Jon en su casa, supe que también habría querido vivir así. Aun así, había algo que me hacía pensar como Wen. El poder era el peor enemigo del hombre. Estaba más que comprobado.

Mi padre se acabó el refresco, pero a mí aún me quedaba. No era capaz de

atar algunos cabos sueltos.

—Te quiero, hija. Te quiero muchísimo.

—¿Y por qué creo que solo me quieres para tu propio beneficio?

—No es para mi propio beneficio.

Se levantó para pagar. Todavía estaba consiguiendo digerir las respuestas en mi cabeza cuando las palabras de mi padre endulzaron mi pequeño corazón. Yo amé a mi padre hacía algún tiempo atrás, cuando mi familia era eso: una familia.

Salió del bar y fui detrás de él. Llegamos al campo de tiro, donde un hombre nos esperaba. Se saludaron amablemente. Parecían conocerse.

—Quiero que aprendas a disparar. —Puso una pistola en mis manos—. Quiero que sepas defenderte. Puede que lo necesites.

—¿Tan malo es lo que nos espera?

—Malo es poco. —Le indicó al profesor que comenzase con la clase—. Adelante.

Durante dos horas, el profesor estuvo conmigo todo el tiempo. Me machacó en el tiro, y después los seguí hasta un sitio retirado del sendero. Era un gran local, un local donde trabajaba gente, y até cabos. Era allí donde trabajaba mi padre.

—Buenas, Gregorio. —Un hombre chocó su mano—. ¿Su hija? —Me miró sonriente.

—Sí, ella es Nina.

El hombre se acercó y estrechó mi mano.

—Encantado.

En el edificio había varias plantas, pero no accedimos a todas, solo nos quedamos en la primera. Era un lugar de entrenamiento parecido a un gimnasio propio. El profesor nos llevó al final del salón, donde todo brillaba y olía a limpio. Varias personas entrenaban y se quedaron mirándome. Nos dirigimos a un lugar más privado.

—Bien, entrenaremos aquí —nos indicó Yago—. ¿Está bien?

—Sí —le contesté con poco entusiasmo.

No me importaba dónde entrenar, solo necesitaba saber cuál era el propósito de todo aquello, a qué venía tanta urgencia. ¿Qué quería mi padre de mí?

Yago me entregó unos guantes de boxeo. Mi padre dejó caer una bolsa de deporte en mis pies.

—Cámbiate. Vamos a empezar. —Él sonrió ampliamente—. Esto es para ti.

Una vez cambiada, me sentí extraña. Nunca había llevado un top ni unas mallas tan ajustados. Realmente, quedaban muy bien en mi figura.

—Vamos a empezar. ¿Estás lista?

Las veces que fui atacada, deseé saber contratacar. No lo supe en su momento, y podría haber evitado muchísimas cosas si hubiera tenido dotes para machacar. No lo pensé. Realmente, sí que lo necesitaba.

—Sí —dije firmemente. Esperé a sus indicaciones.

—Entonces, comencemos.

Mi padre nos miró desde el banco y Yago me indicó cada paso a seguir. Que hubiera hecho ejercicio todas las mañanas ayudaba bastante a mis movimientos; seguía siendo flexible para ese tipo de peticiones. Movimientos continuos me cogieron de improviso muchísimas veces. Pensé en todo lo ocurrido, y la adrenalina quiso que mi cuerpo luchase, que no dejase de intentarlo ni un instante.

—¡Muy bueno! ¡Vamos, sigue!

El saco de boxeo se movió por primera vez después de una hora intensa sin haberlo conseguido. La rabia había fortalecido mis movimientos, los había reforzado. En ese momento, recordé el frío rostro de Izan y entendí por qué debías cambiar tu manera de actuar cuando te enfrentabas a un movimiento rápido y preciso. Tu mente también debía estar en sintonía con tu fuerza a emplear; dos uniones básicas para controlar cualquier decisión. Izan habría sido un buen profesor.

—Bien —comenzó—, hemos terminado por hoy. —Yago apuntó algo en la libreta—. Buena chica. —Miró a mi padre—. Es fuerte —le aseguró—. Es buena.

—Lo sé. —Se levantó y fue hacia mí—. Bien hecho, hija.

El sudor acumulado me hizo querer correr hacia las duchas. En los vestuarios, varias mujeres estaban vistiéndose o duchándose. Una chica joven, de mi edad, se miraba en el espejo. Tenía la nuca rapada y estaba llena de tatuajes. Su rostro serio y triste creó curiosidad en mí.

—¿Qué cojones estás mirando? —me espetó con rostro sombrío—. ¿Tienes algún problema?

—No... —Tiré la toalla en la bolsa—. ¿Lo tienes tú? —la enfrenté—. Me estaba preocupando por ti. —Volví a coger la toalla y fui hacia la ducha—.

Desagradecida...

Tras el pequeño enfrentamiento sin importancia en las duchas, salí hacia la salida con mi padre, nos subimos al coche y deseé ver a Yina. No podía pasar tanto tiempo sin mi hermana.

Solo pregunté la última duda que había mantenido en mi cabeza durante todo el entrenamiento:

—Papá —comencé con un deje de duda—, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Sí? —Se aferró al volante.

—¿Aún la amas? ¿Amas a Juliet? —Miré por la ventana cómo llovía de repente.

Un silencio largo se extendió antes de la respuesta. Pasaron varios minutos. Le costó responder, pero finalmente lo hizo. Su contestación fue una afirmación simple.

Yina se subió al columpio. Hacía frío, pero me quedé sentada junto a Wen en el banco. Ella llevaba más de un jersey y mantenía un chocolate caliente en sus manos. Cada vez que Yina correteaba o nos buscaba para jugar, nos costaba incluso levantarnos, pero al final accedimos. Envidiaba esa energía infantil.

—Mi padre también me dijo lo mismo que el tuyo.

—¿El qué?

Sopló el chocolate caliente.

—Que debía saber defenderme. —Su rostro mostró desconcierto—. No sé qué les ha dado con eso.

Se me pasó por la cabeza la mejor explicación. Andrés, el padre de Wen, estaría aliado con la banda de mi padre. ¿Por qué iba a entrenarla si no?

En ese momento, Noel e Izan caminaban conversando por la acera. Los dos iban debatiendo algo. Se mostraban serios el uno con el otro. En esa postura, no eran los dos locos amigos del yate que conocí. Wen sabía que no podía saludar a Noel. Las dos nos aguantamos las ganas. Aun así, me habría gustado ir hacia allí y besarlo.

Yina salió corriendo hacia Izan. Menuda niña... ¿Cuántas veces le había dicho que se estuviera quieta?

—¡Yina!

Llegó hasta el brazo de Izan. No había guardias cercanos, pero no podía fiarme en una ciudad tan controlada. Aun así, tampoco es que pudiera

acercarme. No debía hacerlo. Noel miró hacia nosotras. Wen le regaló una sonrisa cariñosa y él persiguió su cuerpo con la mirada. Se gustaban. Se gustaban más de lo que ellos creían.

Izan sacó una libreta de su maletín, cogió un bolígrafo y escribió algo en una hoja. Rompió la hoja y la dejó en las pequeñas manos de Yina. Ella hizo caso a sus órdenes y corrió hacia mí. Izan esperó a que llegase a mis manos.

—Es para ti. —La sonrisa tímida de Yina me hizo sonreír—. Es un secreto. —Y volvió a jugar.

Estás preciosa con ese gorro.

Necesito verte más que unos segundos en un parque.

Esta noche en casa de Juliet.

A las nueve en punto.

A las nueve en punto estaba allí.

Juliet me recibió ataviada con un vestido hermoso. Seguramente, acababa de llegar de algún lugar. Aunque intentara sonreír al verme, su rostro estaba serio. Su abrazo me ayudó a continuar para entrar en su casa. A pesar de que en la nota había puesto las nueve en punto, Izan no había llegado todavía.

Fernando llegó un poco más tarde que yo. Se presentó en el salón, se quitó la corbata y la tiró al sofá. Se dio media vuelta y se dio cuenta de mi visita. Al verme, cambió la cara e intentó calmar sus nervios.

—¿Qué tal estás, pequeña Nina? —Me regaló dos besos.

Me pregunté si sabría todo a lo que se dedicaba Hans. Era su mejor amigo, pero ¿sabría realmente quién era?

—¿Qué ha pasado al final?

—No puedo, Juliet.

—¿Y por qué no puedes? Estás tan raro... —Resopló.

Fernando no comentó nada y se alejó hacia su habitación.

—¿Dónde está Izan? —le pregunté apresurada.

—Debe estar llegando. Las cosas no han ido bien en el comité.

—¿Qué ha sucedido?

El móvil de Juliet vibró. Era un mensaje de Izan, que ya estaba allí. No llamó al timbre para que Fernando no lo escuchara. Era demasiado arriesgado. Debería haberme negado. Pero no había vuelta atrás. Debía entender el sentido del estado de ánimo de todos.

Vestido de traje y con una corbata de color apagado, apagó el cigarrillo en el primer cenicero de la entrada. Su cabello estaba revuelto y su rostro

mostraba impaciencia. Cuando me vio detrás de Juliet, su mirada enfocó mis ojos y el Izan puro me regaló una sonrisa complacida. Tardó poco en retirarla, pero al menos pude verla.

—¿Cómo estás, Izan?

—Nada bien.

¿Qué estaba pasando? Quería hablar y reclamar mi presencia. Izan se acercó y acarició mi cabello. Besó mi coronilla mientras Juliet se alejaba por respeto. Subió las escaleras y dio las buenas noches de la forma más seca que lo había hecho jamás.

Algo estaba pasando.

—Nina... —Dio vueltas por el salón—. ¿Puedes sentarte?

—No quiero sentarme —dije impaciente—. ¿Qué está pasando?

—Siéntate, por favor. —Se rascó la nuca. Estaba sudando—. Por favor.

Presentí algo malo, muy malo. Diría que se trataba de algo que nos perjudicaría.

Seguí de pie; no hice caso a sus órdenes llenas de lástima. Se quedó junto a la chimenea. Las chispas cercanas no lo asustaron. Las miraba, pero tampoco intentaba verse reflejado en ellas. Yo solía hacerlo cuando era muy pequeña y cuando aún tenía una chimenea tan grande como aquella.

Me dio la espalda, se cruzó de brazos y, por sus movimientos de mandíbula, supe que lo que iba a decir me dolería una barbaridad. Parecía que quisiera quedarse todo el tiempo allí de pie, como si el suelo lo hubiera clavado y fuera a tirarse la eternidad mirando la potente luz del fuego. No dijo nada hasta que yo me senté. Me había ganado esta vez, pero no me importaba. Solo quería oír su voz otra vez.

—El comité... —dejó los brazos caer y sus dedos se cerraron en puños— era una trampa. Era...

—¿Qué era? —Silencio. Me moví en el sofá—. ¿Qué era? —insistí, por si no me había escuchado—. ¿Izan?

Se quedó un poco de perfil, y pude ver cómo me miraba por el rabillo del ojo cuando sus iris se tornaron de color verde claro y las venas pequeñas se le pusieron rojas por la rabia. Forzó el puño y su rostro se volvió indescifrable. Era el Izan frío, el calculador.

—Mi boda.

Se giró completamente hacia mí, pero no fue en mi búsqueda, sino que se quedó lejos. Pude sentirle más lejos de lo que estaba. Ya no lo sentía como

antes. Esa palabra rompió la poca magia que se había creado en el recibidor. Entonces, lo vi. Lo vi intentar evitar que una sola lágrima de su ojo cayera en picado al suelo. Se la frotó con la palma de la mano e intentó disimular, pero no pudo esa vez. La comparé con el día en el que me pegó. Esa lágrima brillaba entre la poca luz que se extendía en el lugar. Sentía... Sentía..., y creí que eso sería lo máximo que había podido sacar de él mismo en mucho tiempo.

Oculté el rostro entre mis manos y las lágrimas cayeron en abundancia. Escuché el crujir de los huesos de mis manos. Rabié de dolor interiormente. La noticia impactó en mi corazón como si hubiera sido una bala. Fue imposible evitar esos sentimientos tan amargos. Quise golpearme el corazón para que dejase de gritar en mi interior. Sentí la sed de venganza despertando en mi corrompido cerebro en ese momento y, a la misma vez, luché por no comportarme de manera insufrible. Noté que estaba en un punto sin retorno en el que deseé golpear todo lo que encontrase a poca distancia.

Intenté respirar con normalidad, pero no fue una posibilidad en aquel momento. Me llevé la mano al pecho y lloré sin impedimentos ante su rostro desencajado. Escondí la cara entre mis rodillas y tomé la libertad de gritar ante él.

Se sintió culpable, aunque los dos lo éramos. Dentro de mi mente desorientada me repetí la misma opinión de mí misma: Había sido una ingenua. Una ilusa por creer que aquel plan que se traía entre manos en algún dichoso momento había sido una opción.

Los dedos de mis manos posados en mis rodillas no dejaron de retorcerse en ningún momento. Ya no supe cómo controlar la ira.

Odié a Hans, y de manera automática juzgué a Izan. Por ello tuve miedo de no poder controlar lo que pensé en hacerle. Me lo arrebató todo sin avisar. No estaba preparada para enfrentarme a aquello que se nos venía encima. Era incapaz de salir de aquel infierno al que me arrastró por culpa de aquella noticia.

—No he podido evitarlo... —Carraspeó—. No podía negarme. Yo... —Pasó su mano por su rostro—. Aún no puedo contratacar, aún no puedo destruirlo...

—¿No puedes o no quieres? —Retiré mis lágrimas—. Dime.

—Es... —Se cogió la nuca con las manos—. Es mi padre... —Dejó la frente reposar contra la pared—. Cuando he tenido que decir que sí... —Miró

al techo.

Me levanté del sofá y lancé un cojín a su lugar de nuevo. Me retiré los mechones, mojados de lágrimas, y me los puse hacia atrás para despejar mis ojos. Mis manos temblaron cuando lo hice. Aunque no quisiera que se diera cuenta, lo hizo. Se acercó lentamente y miró mis labios desde la distancia, la cual fue acortándose poco a poco. Quise quedarme y sentir sus labios cálidos, pero...

Levanté las manos.

—Para, para. —Forcé a mis ojos a que no se cerraran—. Ya es suficiente. Se acabó, no voy a luchar más. —Sorprendido por mis palabras, abrió sus ojos vidriosos. Intentó de nuevo acercarse, pero, a cada paso que daba, yo lo esquivaba. Me alejé, me estaba alejando...—. Tú no estás luchando... Yo tampoco. —Recogí mi chaqueta, colgada en la entrada de la casa.

Tomé una decisión en caliente.

—Nina, espera, por favor... —Se apresuró a acortar la distancia, llegando al recibidor.

Pasó sus dedos por mi muñeca y me hizo girar para que lo mirase a los ojos, profundamente doloridos. Cerré los míos y sus labios acabaron en mi oído.

—No te vayas, por... favor... —balbuceó entre lágrimas—. Por favor... —insistió mientras toqueteaba mi piel con sus dedos temblorosos—. No... —Giré el pomo de la puerta—. No, Nina, no...

—Eres un hombre casado, y eso dificulta mucho las cosas. —Lo miré por última vez—. Que seas feliz, Izan.

Bajé las escaleras hasta la puerta de salida. En ese momento, el autobús llegó y, en cuanto paró, me subí. Me senté en uno de los asientos, me puse los cascos y solo miré una vez hacia atrás. Por el cristal, pude ver cómo Izan golpeaba la pared de la fachada cuando llegó un coche de color blanco marfil, un Audi. Era ella: Carolina.

Capítulo 19

SEPARACIÓN

IZAN

Mis nudillos estaban recuperándose, y me sudaba la muñeca al llevar la gasa y el esparadrapo todo el día alrededor de mi piel. Era como mi esposa: pegada a mí la mayoría del tiempo.

La sangre bullía en mi cobarde corazón. Me fallé a mí mismo, le fallé a ella, le fallé a Juliet y les fallé a mis amigos. No hice lo que debía hacer. Pero ¿qué era lo que estaba bien y lo que estaba mal? ¿Cuál era la diferencia?

Muchos pensaron que mi decisión estuvo mal; otros, la compartían. Sin embargo, mi corazón se rebotaba, no paraba de golpear fuerte contra mi conciencia. Y mi droga se había ido para siempre. Tendría que habérselo dicho. Tendría que haberle dicho que la deseaba, que la ansiaba como el oxígeno. Pero no pude, como tampoco pude decir no en el banquete, rodeado de más de dos mil personas: la prensa, los periodistas, las cámaras, así como amigos y familia. Asistieron incluso parientes que no se movían nunca de su país. Todos acudieron para mi banquete sorpresa.

Mi padre quedó victorioso; de nuevo, lo consiguió. Yo quedé como el famoso hijo de Hans Blake, la imagen de la futura generación. No quería eso, por supuesto que no.

Mi madre lo sabía. Sabía que me casaría el día del comité; sin embargo, calló durante todo ese tiempo después de decirle que deseaba a otra mujer. ¿Podría ser miedo a mi padre? Eso era lo que teníamos todos.

No es que no quisiera destruirlo, no es que no odiara lo que hacía, quién era y su reputación falsa, solo que... seguía siendo mi puñetero padre. Eso Nina no lo entendió, pero no la culpé; tampoco lo hubiera hecho yo. Fui yo quien creé esperanzas en su corazón y fui yo quien las destrozó.

Mi padre se presentó en mi habitación de madrugada.

—¡Levanta! Tenemos faena.

—¿Adónde vamos?

—¿Recuerdas al hombre del local?

—¿El del prostíbulo? —dije, enderezando la espalda.

—Ese sabe el nombre exacto del que me disparó.

—¿Cómo lo has descubierto?

Me levanté de la cama. Tenía los ojos hinchados de no dormir. Ya había pasado una semana entera sin verla. Cómo odiaba esa mierda de sensación. Encendí el grifo de la ducha y mi padre bajó las escaleras eludiendo mi pregunta.

La costra ya estaba cubriendo la piel reblandecida de mis nudillos. Me miré en el espejo y me vi diferente, odioso. Ese día era el último que viviría en aquella casa; se acababa mi soltería. Si no tenía bastante con soportar a Carolina parlotear sobre tener hijos, no iba a soportar cuando quisiera reventar la cama. ¡Joder! ¿Cómo podría escaparme de eso?

Me puse el pelo hacia atrás y terminé de abrocharme la americana.

El teléfono móvil sonó. Le pedí al jodido universo que fuera ella, pero no tuve tanta suerte. El universo hacía tiempo que dejó de concederme deseos.

—¿Cómo estás? —me saludó Wen con voz de cansada.

—Estoy... —Me masajeeé las bolsas de los ojos—. ¿Cómo está ella?

—Tengo que decirte algo, y no te va a gustar.

—¿Qué es?

Dejé el baño y me senté en la cama mientras me ponía los zapatos.

—Es Nina. —La sangre dejó de correr por mi cuerpo—. Tiene proyectos con su padre. No tendría que decírtelo, pero... —Suspiró.

La comunicación se cortó, y maldije. Volví a llamar, pero comunicaba. ¡Maldita sea! ¿Proyectos con su padre? ¿Qué clase de proyectos?

Miré por última vez la habitación y salí. Al pasar por la puerta, me choqué contra el delgado cuerpo de mi madre. La ojeé, pero no le dije nada. Ella sabía que estaba muy enfadado.

—Hijo... —Casi me tocó el hombro, pero hui escaleras abajo.

Mi padre me esperaba en la entrada. Nos fuimos juntos en el mismo coche y nos dirigimos al club.

Los borrachos tenían como norma dejarse el bolsillo en ese antro. Las mujeres se paseaban de forma *sexy*, y esa noche llevaban máscaras en los ojos. Era una fiesta de disfraces provocativos. En otro momento habría creído que levantarme en plena madrugada para ver aquello era ser afortunado. Sin embargo, ahora pensaba que habría sido mejor besar la almohada.

Los bonitos cuerpos danzaban a nuestro alrededor cuando nos adentramos más en el interior del local. Mi padre disfrutaba mientras sus escoltas intercambiaban miradas y risas entre ellos. Me encendí un cigarrillo y me metí de nuevo el mechero en el bolsillo.

La calada me supo a gloria.

Por mi lado pasaron muchas mujeres, pero en especial me llamó la atención una de ellas. La elegancia la caracterizaba; no pegaba para nada en aquel antro. Mi padre la miró de arriba abajo.

La chica morena se acercó a él y susurró algo en su oído. La siguió lentamente para continuar observando sus curvas. Paseaba como una modelo. Todos la observaron embobados. Llevaba una máscara negra y una camisa entreabierta, y sus senos voluminosos estaban apretados por los pequeños botones blancos de la camisa. La minifalda de colegiala le tapaba a duras penas el trasero, y las tiras que se cogían a las botas de tacón la hacían extremadamente sensual. Sin embargo, seguía viendo algo diferente en ella en comparación con las demás prostitutas; algo no era igual.

Las cortinas rojas se abrieron y los escoltas se quedaron detrás de ellas, todavía susurrando tonterías entre ellos. Mi padre se sentó en uno de los sofás rojos. Yo hice lo mismo. La chica nos sirvió champán y nos dejó a cada uno una copa en las manos.

Cómo deseaba que esa falda se levantase... Se agachó en el momento en el que lo deseé, y entonces repasé sus senos con la mirada. Deseaba acostarme con ella. Era la única mujer que valía de todo ese sitio.

El hombre al que amenacé entró en la estancia.

—Hans Blake... —Mi padre y él se dieron la mano, y luego a se dirigió a mí—. ¿Cómo estás?

—Muy bien.

—He visto que te has casado. —Me tendió la mano—. Enhorabuena, está en todos los medios.

—Gracias —añadí secamente.

A la chica se le escapó la copa que iba a entregar. El ruido nos hizo mirarla. Argón se levantó y pidió una escoba y una fregona. Ella se agachó hacia el lado contrario para que no pudiéramos ver por debajo de su falda. Yo tenía razón: esa chica era diferente. No era prostituta, estaba seguro.

—Vamos al grano. Me dijiste que sabías quién fue. ¿Vas a decírnoslo? —dijo mi padre con arrogancia entretanto le echaba una mirada a la chica.

—El Destructor es... —Miró hacia la chica.

Todo pasó en segundos. Centré demasiado mi atención en el hombre que estaba a punto de decirnos el nombre, pero entonces fue cuando la chica puso su pierna sobre la baja mesita y sacó una pistola de su bota. Disparó a unos

milímetros de su corazón, casi logrando darle justo en el centro. ¿Quién cojones era esa?

—¡Seguridad!

Antes de que mi padre pudiera llamar a seguridad, la chica le presionó el miembro con su tacón de pico y su deslumbrante piel bajo la luz tenue la hizo más poderosa. Mi padre se retorció de dolor y me pidió que sacara la pistola y le disparase. En ese instante, la miré y ella se encontró con mis ojos. No pude hacerlo, no podía matar a la mujer que me había enseñado a amar.

¡Joder! ¡Nina!

Presionó más el miembro de mi padre y, en décimas de segundo, él mismo golpeó la pistola de Nina. Esta se cayó hacia atrás y mi padre alcanzó su cuello con las dos manos. La estaba ahogando.

Cuando me dispuse a golpear a mi padre en la cabeza, otra chica me empujó contra las botellas. Los ojos azules de Nina se posaron en los míos. La otra chica empujó a mi padre. Nina se tocó el cuello con gestos de dolor. Mi padre la cogió por el cuello a la fuerza, pero ella terminó por darle con el codo en las costillas y la soltó. Agachó la cabeza cuando él quiso pegarle justo en ese lugar y, por último, le regaló un golpe fuerte en el estómago.

La otra chica aún seguía luchando conmigo. Me estampó contra la pared, las botellas se rompieron y el líquido cayó al suelo. Nina saltó para no resbalarse y, acto seguido, retiró las manos de su compañera de mi cuello.

—Él no —le ordenó firmemente, mirándola a los ojos—. Déjalo y vámonos. Tenemos que irnos.

—Pero... —Me miró a mí y luego a ella—. ¿Estás segura?

—Segurísima. —Me observó de reojo y agachó la cabeza—. Vámonos.

Desde el instante en que mis ojos se toparon con los suyos azules, hermosos y desafiantes, alteró tanto a mi cuerpo que consiguió dejarme sin una posible reacción. Solo podía pensar en que toda la rabia que Nina tenía en aquel momento, con el arma en la mano, me hizo sentir orgulloso. La inocente niña evolucionó, sin que nos diéramos cuenta, en una mujer en busca de venganza. Incluso, de manera peligrosa, cabía la posibilidad de que ella fuera peor que yo. Su fortaleza siempre me había resultado atractiva. De lo que no me percaté fue de que, con el paso del tiempo, la convertimos en alguien como nosotros. Y eso, aunque por una parte me encantara, por otra me asustó. Iba a ser más difícil proteger su corazón de lo único que no tenía el mío: pureza.

Hubiese vendido mi alma a esa mujer en aquel maldito momento en el que

terminó de conquistarme por completo mientras sacaba todas sus habilidades recién adquiridas. Todo aquel tiempo sin verla hizo que enloqueciera por ella. Aguantar las ganas de ir tras ella no fue fácil, ya que la necesidad de preguntarle por ese cambio me mataba, pero no me moví de allí.

La observé mientras se encontraba distraída por el ajetreo de la situación. La admiré en todas las ocasiones en las que logró pegarle a Hans.

Era esa dichosa mirada que me arrastró a pensar solo en lo sensual que me resultó haberla visto extraer la pistola de su precioso muslo. Cómo habían sido sus espléndidos movimientos ante mis ojos y cuánto me había gustado observar sus nuevos dotes.

Estaba enfermo al desearla de esa manera tan arriesgada.

Cuando pareció que a ambas se les acababa el tiempo y ya habían llamado demasiado la atención, comenzaron a retirarse con rapidez.

Su mirada conectó con la mía una última vez. Pude transmitirle las ganas de que se fuera para protegerla de nuevo. Solo me importó eso.

La vi marcharse con su minifalda, su camisa desabrochada y su pelo negro. Dios, qué guapa estaba. Estaba preciosa...

Se fueron por la otra puerta y desaparecieron del local. Levanté a mi padre, que se hallaba inconsciente. Llamé a seguridad y entraron al instante. Menuda seguridad...

En el coche, imaginé tocar esas piernas luminosas y esa piel hermosa.

«¿Qué ha pasado contigo, Nina?».

Hans empezó a despertar.

—¿Lo han matado? —preguntó, aún algo atontado.

—Sí. —Medio sonreí.

—Esa tía tenía un par de cojones. —Se tocó la cabeza—. Será puta...

—Esa no era puta —dijo un escolta—. Esa era una de la banda. Estoy seguro. Los he visto huir en un coche plateado. Tengo la matrícula.

—Bien hecho —se enorgulleció—. Pillaremos a esos cabrones. Están librando una guerra, y quiero saber cuáles son sus nombres. —Se puso derecho en el asiento.

Por lo tanto, uno de los miembros de la banda era el padre de Nina, Gregorio. Y eso me dejaba a mí como su rival. Era rival de la mujer de la que estaba locamente enamorado. Bien, eso pintaba mucho peor que antes.

¿Quién le habría enseñado a luchar así?

Mi madre intentó hacerme entender su postura. Era una mujer llena de miedo. No podía atacar a su marido ni tampoco ir contra las leyes. Eso se entendía, pero de ahí a que no pudiera haberme avisado... ¿Era eso perdonable? Supuse que, con el tiempo, sí.

En las noticias emitieron mi noviazgo más de lo habitual. Tenían mi cara como un símbolo a seguir. La gente me paraba por la calle y sonreían orgullosos cada vez que Carolina iba de mi mano. Ella era tremendamente feliz pensando que estaba enamorado de ella. ¿Como podría evitar ese tipo de situaciones?

—Quiero que me hagas el amor... —Besó mi cuello—. Eres perfecto...

Le seguí la corriente terminando encima de ella. La besé y le acaricié el cuerpo. Quería que supiera a gloria, pero no fue así. Nunca era así, nunca me había sabido a perfección. Levanté mi cuerpo de la cama e hice una locura. Tomé una de las copas de vino que había subido a la habitación y le entregué la que le correspondía, la cual llevaba una gran dosis de somníferos. Al poco tiempo, nos pusimos a hablar y se quedó dormida. Bufé aliviado y me senté en la ventana. Saqué la fotografía de Nina y de mí de la cartera y sonreí al mirarla.

Pensaba en la acción de Carolina, en que no quiso distanciarse de sus padres, así que terminamos viviendo todos en la misma casa hasta que estuviese preparada para mudarse. Menuda cría. Yo habría deseado irme lejos, allí donde quizá pudiera tener lo que deseaba, tener a Nina.

Encendí un cigarro y me quedé mirando el cielo estrellado. En ese momento, Noel aparcó su coche enfrente de casa. El rojo intenso de la carrocería identificó inmediatamente a mi mejor amigo. Siempre tan sutil... Le sonreí desde la ventana y le señalé que bajaba.

—Sácame de aquí, por favor —le supliqué tras un bufido cuando me metí en el coche—. Por favor —insistí.

—Tenías derecho a una despedida de soltero, tío. —Rio—. He sido justo. —Me miró de reojo—. Vamos a esta fiesta vip y nos olvidamos de esta mierda de sociedad, ¿vale?

—Me parece bien, perfecto. —Pensé—. ¿Viene Wen?

—Sí. Esa chica es mi penitencia... —Se mordió el labio—. Buf... —Se carcajeó.

—La mía es otra. —Me froté la frente—. Quiero quitarme su imagen de la cabeza.

—¿Hablas de Nina? —Aceleró, disfrutando al coger las curvas.

No contesté a la pregunta, pero, por mi sonrisa torcida, él supo la respuesta.

Cuando llegamos, la música alta ya se escuchaba en el chalé de soltero de Ismael. Los pocos invitados ya estaban llegando y se oían risas y voces de todo tipo. Estaban todos allí, como en el yate. Entramos, y Hannah nos dio una copa a cada uno. No había mucha gente. Éramos los de siempre y quizá algún invitado más. En definitiva, exactamente unas veinte personas.

Noel y yo paseamos por el salón, saludamos y tomamos champán. Le conté mis penas y él me contó las suyas. Así funcionaba la amistad. Realmente, Noel no tenía penas, hasta que se coló locamente por Wen. Ahí fue cuando todos sus problemas se agrandaron. A decir verdad, a mí también me había ocurrido.

Noel se quedó con Wen tras un abrazo cariñoso. Observé cómo se besaban al final del pasillo, y otras parejas también hacían lo mismo en las hamacas del jardín. Los solteros hablaban con las pocas solteras, aunque no había mucha variedad.

—Se supone que tendrías que estar en tu luna de miel. ¿Qué ha sucedido?

Esa voz se acercó por mi espalda y golpeó contra las paredes de mi corazón. Me sobresalté, pero la dulzura de su voz hizo que me quedara parado sin saber qué decir. Tuve respeto incluso al girarme. Sabía quién estaba detrás de mí, con uno de esos vestidos que la hacían atractiva, y no iba a poder resistirme a ella. Lo sabía. Y, una vez más, acerté. Me giré.

—Se supone que tendrías que estar matando a gente junto a tu querido padre. ¿Qué ha salido mal?

Algo nervioso, sostuve la copa. Su vestido negro ajustado y el corte final en la mitad de sus muslos me hicieron divagar. Las pulseras en su muñeca rechinaron, pero la hicieron elegante cada vez que movía su mano para gesticular, para tocarse el cabello o simplemente para acariciarse la piel. Estaba tan nerviosa como yo. A duras penas sostenía la copa mientras miraba a su alrededor.

—No hables tan fuerte. —Dejó la copa y me llevó hacia una esquina solitaria.

—¿No te habías puesto morena? —solté el tema, sin tener nada que ver.

—Era una peluca, tonto. —Sonrió.

Adoraba cuando sonreía de aquella manera tan natural.

—Pues déjame comentarte... —se pegó a la pared y se quedó embobada

mirando mis brazos. Me apoyé con el brazo en la pared y me incliné hacia ella. Nos quedamos a milímetros. Casi pude rozar sus labios rojos como la sangre— que te quedaba espectacular. —Le dio un escalofrío al sentir tan cerca mi voz—. Y ese disfraz de colegiala me hizo divagar. —Aproximé mis labios a los suyos, solo un segundo—. He soñado con eso todos los días. Te habría hecho el amor allí mismo.

La tensión sexual subió de grado.

—¿Incluso teniendo esposa? —Pasó la cabeza por debajo de mi brazo—. Te dije que habíamos acabado. ¿Por qué te acercas?

—¿Por qué? Parece mentira que todavía lo preguntes... —Suspiré.

La hice girar hacia mí de nuevo, pero me rechazó y se marchó hacia el jardín. Era la primera vez que quería irme de una fiesta como aquella. Si no tenía a Nina, no tenía nada que hacer allí.

La observé tras los ventanales. El fondo era el cielo oscuro y sus ojos azules impactantes destacaron en la oscuridad cuando me miró desde la distancia.

Capítulo 20

RIESGO

NINA

Sentí su respiración cercana y la tensión volvió a mí y, sin duda, a mi corazón. No podía resistir esa barrera, no podía hacerlo. ¿Por qué me había unido a mi padre? ¿Por qué sin más? Puede que hubiera un motivo. Me lo preguntaba incontables veces al día. De hecho, sabía la respuesta. Quería destruir al hombre que me alejó de su propio hijo y que lo engañó como quiso. Si Izan no acababa con él, lo haría yo misma. Esa fue mi excusa para arrancar la soledad que había dejado en mi interior. Fui yo la que escapé. ¿Hice lo correcto? No lo sabía, porque cuando estaba tan cerca de mí o cuando tan solo escuchaba su nombre, todo mi interior se revolucionaba y me provocaba ansiedad. Creí que estaba más loca de lo que imaginaba.

—Me acerco porque no puedo resistirme a ti... —susurró en mi oído mientras la oscuridad nos acompañaba—, porque desde el primer momento en que te vi, tengo ansias de ti. Te deseo... —Su aliento ardiente hizo que mi piel se erizara.

—Venga ya... —Le quité importancia y me alejé un poco—. Eso no es verdad. La primera vez que me viste me apuntabas con una pistola. No me deseabas.

Giró mi cuerpo para agarrarme de la cintura y apretarme contra su pecho. Su corazón latió más fuerte y repetidamente. Estaba nervioso. Pasó sus brazos por mi cintura y me cobijó en ellos. Por unos instantes nos quedamos así, sin movernos. Echaba de menos la sensación de seguridad, echaba de menos sentirme querida.

—Incluso en ese momento, vi en tus ojos lo que no había visto en ninguna mujer. —Pasó sus dedos por los mechones largos de mi cabello—. Sabía que podías resistirte. Eres una valiente. Aun así, no puedes ir matando a gente porque sí. No me gusta que lo hagas, no quiero que te pasa nada. —Acaricié mis mejillas frescas y perfiló el contorno de mi rostro con su dedo índice—. Te estás metiendo en territorio desconocido. —Acercó los labios a mi piel erizada—. Sabes de lo que es capaz mi padre. —Besó mi hombro con delicadeza—. Por favor... —Observó mis ojos—. Niña, no sigas con eso, por favor...

—No maté por gusto —le dije indignada—. Él iba a decirle a tu padre el nombre, y no podía permitírselo.

—¿Y qué problema había? ¿Qué nombre era?

Me toqué la nuca y me aparté de sus brazos.

—Gregorio... —Le di la espalda—. Mi padre fue quien le apuntó aquella noche. —Volví la mirada a sus ojos, abiertos de par en par—. Él es el Destructor. Él es la persona que cobra por matar a quien quieras que mate.

—Un sicario... —Bajó la vista—. ¿Cómo no pude verlo antes?...

Me mordí el labio y, seguidamente, froté las palmas de mis manos por mis brazos. Noté cómo se acercó un milímetro más. Supe que quería abrazarme, y yo también quise hacerlo, pero los dos sabíamos que debía acabar, que debíamos continuar, como yo misma había decidido. Las cosas se habían complicado más de lo esperado. Por decirlo de alguna manera, en ese momento éramos rivales.

—¿Por qué te has unido a tu padre? —Metió las manos en los bolsillos y esperó mi respuesta.

—Supongo que... —miré al cielo— venganza.

—¿Quieres vengarte de mi padre? —Carraspeó—. Es decir, ya sé que todos queréis ir contra de él... —Pensativo, se puso a mi altura y miró al cielo—. Nina, yo...

—No tienes que darme explicaciones de nada. Tu sigues con la mujer de pepinos en los ojos y yo sigo con el marido maltratador. —El comentario le horrorizó.

—¿Sigue pegándote? —Se giró para mirarme.

—No.

No consideré que aquello fuera mentir. Simplemente era ocultar; ocultar que mi futuro marido me pegaba cada vez que le discutía algo o cada vez que defendía a Izan. Sin embargo, yo no me cortaba. Me querían viva, y por ello no tenía miedo. En los entrenamientos diarios había aprendido muchísimas cosas, y una era defenderme.

—Mientras yo me comporte, estaré bien —añadí.

Sus dedos se enredaron con los míos.

—Nina, yo... —Nervioso, se tocó el cuello. Intenté hacerle callar, pero se negó rotundamente—. Déjame decirte algo, por favor... —Su mirada enfocó nuestros dedos enlazados. Se quedó parado, y de pronto pronunció las palabras que hicieron agonizar mi corazón y que alteraron mis articulaciones

—: Te quiero.

El verde de sus ojos me recordó a la hierba. El roce leve de nuestros dos dedos índices fue reconfortante. Me sentía más cerca de mi escudo. Yo también lo deseaba, lo deseaba como el aire que respiraba. Por ello no podía resistirme a la poca distancia, e Izan consiguió acercarse mucho más, hasta el punto de que pude sentir su ajetreada respiración y su nerviosismo en sus dedos cuando pasaron por mi cintura. La tela de mi vestido era tan fina que pude apreciar perfectamente su caricia impaciente. Conseguí llevar mis labios a los suyos, me besó con pasión y me abrazó con sus grandes brazos. Luego acarició el vello de mi nuca, sin dejar de aplastar sus labios contra los míos fríos.

Si de lo que se trataba era de intentar resistirme a su tacto, era débil..., muy débil.

—Dime que me quieres, por favor —murmuró en mi oído con sus labios hinchados por la presión que había ejercido sobre los míos—. Dime que me desees.

Yo estaba encantada de decir de nuevo la verdad:

—Te quiero.

Cogí su rostro entre mis manos y lo llevé de nuevo cerca del mío. Él no rechazó la invitación a mis labios, sino todo lo contrario: tomó con sus grandes manos mis muslos y me levantó hasta quedarse con mis piernas alrededor de su cintura. Mi cabello cayó hacia atrás y cubrió sus manos, forzadas a presionar mi trasero. Y retomó los besos de deseo que decidió dedicarme durante toda la noche.

Empuñando de nuevo un arma en compañía de Jane, la chica que me había contestado mal en aquel vestuario hacía unas semanas, recordaba la noche anterior con detalles. Izan me miraba con aquellos ojos deseosos. No sabía a ciencia cierta si él sentía la misma presión en el pecho que yo. Pero yo sí la sentía. Sentía cómo mi cuerpo lo buscaba, a pesar de cualquier obstáculo. Pensé en la posibilidad de que cuando no tienes algo, lo deseas con muchísima más fuerza. ¿Qué habría pasado si nos hubiésemos tenido fácilmente? ¿Era eso lo que mantenía vivo nuestro sentimiento?

En aquel instante, noté un cambio en mi cuerpo y me pregunté qué sería.

—¿Qué hace él aquí? —me preguntó Jane.

Sorprendida, me giré de golpe.

—¿Quién? —Miré hacia los lados. No había nadie.

Jane señaló en dirección al establo. Él estaba allí, junto a su caballo, y mi padre estaba justo a su lado, conversando. No dudé en salir corriendo hacia allí.

—¿Dónde vas? —Jane volvió a disparar a la diana.

Al acercarme, mi padre tardó un poco en enterarse de que estaba detrás de él. No me importó. La mirada de Izan repasó cada parte de mi cuerpo que había besado la noche anterior; una mirada que me bastaba para vivir.

—Hola, papá, ¿qué sucede?

Mi padre alzó la voz. La gente que nos rodeaba, los camareros cercanos a la cerca y los que montaban a caballo o cepillan a su mascota escucharon con detenimiento y curiosidad. Izan no se asustó ni tampoco mostró emoción alguna. Estaba siendo el hijo del político querido, no el verdadero Izan. Sin embargo, su mirada fortuita por segundos me revelaba su cara oculta al público, y solo yo podía disfrutar de esa belleza pura.

—¿Qué es lo que quieres?!

—Gregorio —acarició al caballo—, vayamos a un lugar más íntimo donde podamos conversar. —Lo miré seria. Él me miró con una sonrisa en sus labios. —Solo quería advertirte de algo.

—Vayamos. —Con gran mosqueo, dejó pasar a Izan delante.

Izan no aceptó pasar delante de él, pues no quería dejar su espalda sin cubrir. Entonces, fue mi padre el que guio el camino hacia el gimnasio.

No había subido antes a la planta superior. Había despachos y gente que andaba con carpetas en las manos. No fuimos muy al fondo del pasillo, sino que nos quedamos en el primer despacho. Se cerró la puerta. Mi padre se sentó en su sillón e Izan se quedó de pie. Yo me puse al lado de mi padre, tal y como me había ordenado con la mano.

—Bien..., ¿de qué debes advertirnos?

Con su semblante serio, maduro y atractivo, toqueteó una pluma de escribir que había encima de la mesa y observó el entorno. El despacho era acogedor. La madera era de un tono bastante oscuro y el aire que se respiraba era puro. Al contrario que en la biblioteca pública, no había polvo. Allí era donde debía pasarse los días mientras mi madre le daba a la bebida. ¿Cómo estaría Yina? Desde que mi madre jugaba a ser la madre perfecta, a Yina le iba bastante bien. Quería saber cuánto iba a durar eso.

—Cuando estuvisteis en el prostíbulo, mi padre cogió vuestra matrícula.

—Señaló hacia mí—. En poco tiempo, sabrá quiénes sois. Sé muy bien que el Destructor eres tú.

Mi padre se quedó blanco. De nuevo, Izan estaba ganando la batalla. Dejó la pluma en la mesa y se guardó las manos en los bolsillos. Esperaba una reacción por parte de Gregorio, pero se había quedado sin palabras.

—Si fueran otros tiempos, quizá te habría matado aquí y ahora —se inclinó para mirar fijamente a los ojos de mi padre —pero ahora sé la verdadera historia, y no voy a dejar que mi padre destruya toda una ciudad entera. —Golpeó levemente los dedos en la mesa—. Quiero ayudarte, Gregorio.

Mi padre no daba crédito a las palabras del hijo de Hans. Yo tampoco me las creía, pero lo decía completamente en serio. ¿Qué motivo debía ser tan fuerte como para odiar a tu propio padre? En parte, lo sabía. El gran motivo era yo.

—¿Quieres destruir a tu padre? —Frunció el ceño y se inclinó más hacia adelante en el sillón—. ¿Por qué razón debería creerte? Podría pensar que se trata de una trampa.

Izan se dio la vuelta y nos dio la espalda. Por un momento, antes de que se girara y ocultara su rostro, vi al hombre del que estaba peligrosamente enamorada.

—Él me impide tener algo que debería ser mío... —Se giró en un movimiento lento.

—¿Dinero?, ¿poder? —le preguntó mi padre, ya que no daba crédito.

—No. —Dirigió la vista hacia mí—. A tu hija.

No dudó en decirlo, e inmediatamente, el puño de mi padre tembló más de una vez después de las últimas palabras de Izan. Él se mantuvo en su postura poderosa y asombrosa. De una pieza, Izan esperó la contestación.

—¿Cómo tienes los santísimos cojones de venir a decirme eso a mi propio territorio?!

—Porque para liderar el otro territorio —buscó los ojos de mi padre—, debes cargártelo desde dentro. Y yo —se sentó y puso una pierna por encima de la otra, logrando acomodarse— soy tu mejor arma. Creo que eso no es discutible.

—Es discutible, sobre todo cuando se trata de mi hija. —Apuntó su dedo índice hacia mí—. ¿No hay más mujeres a las que quieras conquistar? ¿No estás casado ya?

—No hay más mujeres, porque la quiero a ella. —Se rascó el mentón—.

Ella es lo que quiero.

Una sonrisa tonta apareció en mis labios. Me gustó cómo sonaron esas palabras cuando salieron con esa voz tan grave y varonil. No toda la parte del Izan frío me gustaba, pero había una pequeña porción que adoraba. El control de su voz al exponer cualquier plan o negociación era demasiado seductor.

—¿Pretendes que eche para atrás la ceremonia de mi hija?

—Eso pretendo. —Se miró las manos, mostrando tranquilidad—. Y tú me lo vas a dar.

—¿Cómo estás tan seguro? —Bufó y se levantó de la silla—. Márchate de aquí. No quiero nada de ti. ¿Quieres que le diga a tu padre la traición que estás haciéndole?

—No se lo dirás. —Sonrió con malicia.

—Ah, ¿no? ¿Qué te hace pensar que no lo haré?

—Porque tengo algo que, posiblemente —miró hacia la puerta y susurró muy bajo sus siguientes palabras—, puede que no te guste que otros sepan.

Se rascó la nuca, nervioso. Gregorio no estaba controlando la situación, no estaba llevando a cabo su intención de amenaza. Izan era más fuerte en eso. Los Blake estaban considerados los peores de la ciudad. Los temían cuando se trataba de negociar algo. ¿Por qué eran ellos los que controlaban una ciudad entera? Porque eran buenos. Eran realmente buenos en lo que hacían.

Se miraron a los ojos un par de segundos.

—Está bien. Si lo conseguimos —lo señaló con el dedo índice e inclinó su cuerpo hacia él—, es toda tuya.

—Eso está hecho. —Sonrió y sacó un cigarrillo de su bolsillo—. Su hija será mía cuando acabemos nuestro propósito.

—Lo será. —Miró hacia mí—. Pero tienes solo un mes para demostrarme que puedes destruirlo desde dentro. Si no —carraspeó—, Nina se casará con Jon, ¿queda claro?

—Como el agua, Gregorio.

Sonrió, se puso un cigarrillo en los labios y salió por la puerta.

En aquel momento, caí en las redes de Izan.

Capítulo 21

DESCUBRIMIENTO

IZAN

Quedaban exactamente treinta y un días; aunque, restándole los cinco que había pasado ahogado por Carolina, me quedaban veinticinco. ¿Era eso suficiente para tener algo con lo que destruir a mi padre? ¿Era eso suficiente para llevarme a Nina lejos de allí? Quizá podríamos escapar a una isla. Podría acabar incluso comiendo cocos si eso significaba tenerla cerca.

Aun así, no estaba llevando bien no verla en una semana más. Pero debía hacerlo si quería conseguirla. ¿En qué momento me había vuelto tan insoportable?

La propuesta que le había hecho a Gregorio no estaba nada mal. Juliet aseguró que había sido una buena hazaña. Yo también lo creí. Que luego pudiera ser posible, eso no lo sabía a ciencia cierta. A muy malas, siempre podría ser Juliet la que delatara a mi padre, aunque eso destruyese su carrera.

Ví a mi padre salir con su Audi hacia su casa. Tenía poco tiempo para ir allí dentro e intentar buscar las pruebas que Gregorio tuvo que soltar amenazado por mi padre. Era una bolsa negra. ¿Dónde la habría guardado?

Subí lentamente las escaleras. Aún había algo de gente en el ayuntamiento. Estaban las mujeres de la limpieza, pero allí arriba no localicé a nadie. Comenzaron a llegar mensajes de Carolina. ¿Se podía ser más pesada? Dios, cómo deseaba que se largase de mi vida de una vez. Suspiré.

Revisé cajones y abrí los que llevaban llave del mismo llavero que las de la puerta. Nada de nada. Luego, me fijé en que había una caja llena de polvo, y aunque no sabía qué era, se podía ver a través del cristal que lo cubría. ¿Qué cojones era eso?

Al intentar abrirlo, me vi con un problema mayor que la curiosidad. Estaba regulado por contraseña. ¿Qué narices estaba haciendo? Aunque no me gustara dejar ese problema sin resolver, seguí buscando algún indicio más. Encontré unos papeles del ayuntamiento sin importancia, listas y más listas, fotos de compañeros y... *Voilà!* Una fotografía de Merinda y él. Si esa foto saliese a la luz, podría alimentar a una manada de periodistas. Pero, posiblemente, solo llegaría a eso. Necesitaba cosas más fuertes que pudieran perjudicar gravemente, pero no encontré nada de nada.

Me senté en el sillón y miré la imagen de Hans y Merinda. Parecía mentira que aquella fuera la actual madre de Nina. La última vez que había visto a solas a Nina me había contado la versión de Gregorio, cosa que me había ayudado a llegar hasta aquel momento. Puedo decir que me impactó saber el pasado de mi padre.

Seguí observando la imagen. Hans estaba muy joven y muy diferente junto a Merinda, con esa melena oscura y esos ojos grandes caramelo. Esa había sido la mujer que había deseado. Lástima que ser político lo hubiera llevado a destruir ese deseo. Por suerte, yo pensaba muy distinto a él.

Sin embargo, no podía huir de allí y dejar a toda la gente de la ciudad en manos de Hans. Eso era imperdonable. Ni siquiera Nina aceptaría una proposición así. Ella actuaría por el deber antes que por la locura. Debía salvar a toda la gente, debía...

«¿Qué es eso?».

Una carpeta de color morado llamó mi atención. No la había visto por allí nunca, y destacaba mucho en la estantería, al menos para mí. La saqué de la estrecha estantería repleta de carpetas. No tenía nombre asignado. Era raro, ya que todas llevaban uno.

Comencé a leer:

La normativa nueva para su ciudad ha sido aceptada.

Así como declaró anteriormente ante la Junta Directiva, su propuesta será declarada para todo el país. Una vez más, le agradecemos sus aportaciones. Será beneficiado con una cantidad sumamente elevada, así como con nuestros máximos respetos.

Atentamente,

Presidente del Gobierno

Brian Roc

«Pero ¿qué narices es esta carta?!».

Entonces me di cuenta de que sabía muy poco de la verdad. Sabía lo que mi padre quería que yo supiera. Pero en aquel momento me di cuenta de más. ¿De qué normativa hablaban? ¿Qué hilos estaba moviendo de nuevo?

Podía lidiar con verlo matar a cualquiera que se le pusiera en el camino, podía soportar que fuera frío con toda la gente pobre. No obstante, pensar que le estaban pagando por crear leyes desproporcionadas y por ser un cargo poderoso sin que realmente lo supiera la gente, era lo que me bastaba para querer derribarlo con más ganas.

De momento, necesitaba una fotocopia de aquel descubrimiento. Y lo siguiente —miré la caja tras el cristal— era desvelar qué había en esa caja. Y

lo más importante: saber su contraseña.

Iba a ser una mañana cualquiera si no hubiera sido porque cada movimiento que daba Hans Blake me parecía sospechoso. ¿Para qué querría ir a la fábrica?

Bajé de la moto mientras él entraba en la fábrica. Parecía que allí era el lugar donde se trataban las reuniones importantes, de las que nadie debía saber, como el día en el que secuestraron a Nina.

En aquel preciso momento, a punto de entrar, vi correr de lado a lado de la calle una melena rubia oculta por una capucha y otra morena. Era Nina, estaba allí. Mierda. Intenté comunicarme con ella, pero su móvil no daba señal. Se ocultaron entre las hierbas altas. Estaba seguro de que iba acompañada de la misma chica que me había atacado en el prostíbulo.

En ese momento mi móvil sonó, consiguiendo romper mis pensamientos. Era mi padre.

—¿Sí? —Me alejé un poco de la entrada.

—¿Dónde narices estás? Estoy ya en la fábrica. Ven para acá. Hay algo que tienes que saber.

—Estoy cerca. Entro ahora.

Colgué y volví a observar el cuerpo delgado oculto tras las hierbas altas. Llevaba unos prismáticos mas grandes que su rostro, y la chica que la acompañaba parecía estar hablando por un micro que colgaba de su oreja. Estaba seguro de que la banda de Gregorio las había enviado allí.

En la entrada de la fábrica, los vigilantes de la puerta examinaron mi cara al quitarme el casco para identificarme. Estaba seguro de que Nina y aquella chica me veían desde su sitio sigiloso. Estaba preparado para lo que tuviese que escuchar.

—Buenas. —Me removí el pelo—. ¿Qué tal, señores?

La estancia estaba llena de gente trajeada. Todos eran hombres, menos una mujer: Juliet. ¿Qué estaba haciendo ella allí? No sabía por qué me lo preguntaba. Ella era del bando de mi padre, teóricamente. Nuestro cruce de miradas no duró ni un segundo. Nadie debía notar que teníamos un as bajo la manga. Nadie debía percibir que pensaba traicionar a Hans Blake. Reconocí al presidente del país entre los presentes.

—Señores, os presento a mi hijo —me presentó orgulloso mi padre a sus compañeros—. Izan Blake, mi querido hijo. Podéis contar con él como

conmigo. Él es uno más del partido.

—Sí, lo vi en todos los medios de comunicación —comentó el presidente Brian Roc—. Encantado. —Me dio la mano.

Aparte de Brian, que parecía un hombre bastante normal, como siempre había pensado, había otro que dejaba más poder en la estancia, alguien a quien no conocía. Tenía los ojos casi negros y eran penetrantes. Levantó el cuello lentamente, siendo una táctica más de poderío. Los pasos moderados y perfeccionados eran logros de poder ante los demás. Acto seguido, cuando me posicioné al lado de Hans, ese mismo hombre habló y los demás lo escucharon y se mantuvieron en silencio.

—¿Quién es él?—le pregunté entre susurros a mi padre, que mantenía la misma postura que yo: los brazos cruzados detrás de la espalda y la espalda muy recta.

—Es Travis, el presente de la Junta Directiva. —Puso cara amarga—. Será mejor que te mantengas callado. Este hombre no tiene escrúpulos.

Travis comenzó a pasearse delante de mí, analizándome con esa mirada casi negra y ese pelo gris y rapado. No era muy mayor. Tendría unos cincuenta años probablemente.

—Como ya dijimos por carta, señor Blake, su norma nos ha parecido una vez más una increíble opción, dado que aún hay gente que se atreve a reírse de las leyes de este país. —Se movió por delante de todos—. La ley que ha propuesto el señor Hans consiste en que la persona que cometa una infracción, por muy leve que parezca —miró a su alrededor; todos seguimos expectantes, escuchando—, será aniquilada. No importa sexo, edad o estado civil. Serán aniquilados —decidió con cara agria. Tuve que evitar toser de la impresión. Me vino a la mente la carta que había leído—. Es la única manera de que la gente haga caso —sentenció con aquella mirada de diablo—. Por ello, hoy declaramos totalmente destruida la democracia.

»El cambio será realizado en un periodo de seis meses, aunque la ley de aniquilación se ejecutará en el periodo de un mes. Creo que es evidente que todos ya sabemos que debemos adornar esta realidad para todos los ciudadanos si no queremos otra revolución como la de hace veinte años. Preparen campañas publicitarias, grupos de concienciación y tiren de la religión. Hagan lo que sea necesario.

Mi padre había dado la orden de matar a cualquiera que incumpliese la más mínima ley. Pero ¿qué estaba sucediendo?

Juliet me miró, esperando una reacción. Sin embargo, yo debía seguir erguido y mostrando frialdad para que siguieran confiando en mí.

Travis continuó hablando:

—Espero que todos los presentes —nos examinó uno por uno con ojos de halcón— estén de acuerdo con la nueva ley. Todos y cada uno de los que estamos aquí —se encendió un puro y continuó tras una calada larga— estamos metidos en esto desde ahora. Así que, querido Hans y queridos compañeros —dio otra calada y se giró. Dio la sensación de que iba a marcharse, pero antes nos miró de nuevo y, con un gesto de cabeza, nos dijo —: prepárense.

—Gracias, señor Travis —dijo Brian, haciéndole la pelota.

El alcalde de la provincia, es decir, Hans Blake, había elegido esta guerra, y la dictadura estaba por llegar. Lo harían lo más rápido posible. Brian no parecía muy contento al saber que el líder Travis había elegido la propuesta de mi padre en vez de la suya. Me temía que mi padre estaba luchando por un puesto superior al suyo. ¿Qué los había llevado a tomar una decisión así?

Si eso sucedía, probablemente, muchísima gente se alzaría en la calle y habría otra rebelión. Probablemente, habría muerte y caos. El país no se merecía algo así. No...

Juliet se alejó junto con sus compañeros de partido. Minutos después, cuando llegó al coche, me envió un mensaje al móvil.

Juliet:

A las nueve, cena en mi casa. Os espero a Carolina y a ti.

Cuando las agujas del reloj marcaron las nueve, esperaba encontrarme con una mesa preparada, la sirvienta rondando por alrededor de la mesa y a Carolina hablando con su padre, pero no fue eso lo que me encontré. Encontré a Nina sentada en medio del sofá grandioso y a Fernando cruzado de brazos junto a Juliet, que le resbalaba una lágrima por el pómulo.

—Adelante, Izan. —Fernando me indicó con la mano que caminase hacia el salón.

Me retiré la americana y la solté en el sofá. Nina llevaba la misma vestimenta que la mañana que estuvo espiando en la fábrica: una sudadera y una coleta que recogía su cabello rubio. Era agradable mirarla.

—¿Qué está pasando? —Me senté lo más lejos posible de Nina—. ¿Fernando?

—Ahora sé —comenzó a caminar por todo el salón con pasos lentos— que

mi yerno me ha estado engañando desde que aceptó por primera vez la mano de mi hija.

—Yo...

—Cállate. —Con el rostro molesto, alzó la mano y pidió silencio—. Estoy hablando yo. —Se acarició el mentón, pensativo—. Carolina ha estado contándome tus escapadas. Te ha seguido en varias ocasiones, y estabas... —Miró a su sobrina y luego a mí—. ¡Estabas con ella!

Fernando golpeó los ladrillos de la chimenea con el puño cerrado por la rabia. Sangró, pero lo dejó caer como si nada. No se daba cuenta. La rabia lo estaba recorriendo por dentro y nublándole el juicio. Se abalanzó sobre mí y agarró con presión mi camisa. Juliet, al igual que Nina, le gritaron, pero este no estaba por la labor de soltarme. Quería razones, quería saber.

—¿Por qué?!

Quizá, si le decía la verdad, perdería todo lo que había hecho hasta ese momento. Fernando se lo contaría a mi padre. Yo era un traidor, y se iba a saber dentro de muy poco. La prensa me pisaría los talones, y si conseguía escapar del país, quizá pudiera estar con Nina en una isla comiendo cocos. Sonreí para mis adentros.

Esa vez, mientras yo respiraba, Nina alzó la voz:

—¡Porque me quiere! ¡Porque está enamorado de mí! ¡Porque haría cualquier cosa por mí!

Cierto, lo haría.

—¿Qué estás diciendo? —dijo, reflexionado—. ¿Qué estás...?

—Fernando —intervino Juliet—, los chicos se han enamorado. Eso es lo que intentan decirte.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? —Se lio con sus mismas preguntas. Se llevó las manos a la frente—. ¡¿Qué narices debo hacer ahora?!!

—No tendrás que hacer nada, Fernando. —Me puse bien la camisa—. Solo tienes que darme más tiempo.

—¿Callar? —Elevó una ceja—. ¡Hans es mi mejor amigo! ¡Su propio hijo incumple las reglas!

Todos nos quedamos callados tras la última frase proveniente de Fernando. En su día, quise quitarlo del plan, no destruirlo. La verdad era que seguía pensando lo mismo. Reaccionaría; tenía que hacerlo. Se daría cuenta. Lo haría.

Carolina entró en el salón hecha una furia. Era la primera vez que la veía anímicamente tan mal. Tenía el cabello como una leona, bufado y enredado.

Había estado llorando.

—¡Tú! —Echó a correr hacia Nina—. ¡Eres una arpía!

Carolina corrió descalza hacia Nina, levantó la mano e intentó darle una bofetada. No llegó hacerlo, puesto que, para entonces, Nina había esquivado el movimiento. De una manera espléndida, le dio la vuelta y la cogió de los antebrazos, dejándola inmovilizada. Chilló, gritó y escupió con la intención de hacerle daño. A Nina le dio exactamente igual lo que hiciera. Sus ojos solo estaban puestos en mí. Me preguntaba con la mirada qué íbamos a hacer ahora, qué camino era el mejor a seguir. Ninguno de los dos iba a mantener el secreto, ninguno estaría a nuestro favor. Mi única arma cercana era Juliet, que seguía en el anonimato.

—¡Cállate de una vez! —le replicó Fernando a su hija—. ¡Te dije que te quedaras en la sala!

—¡Te mataré, juro que te mataré! —le dijo a Nina cuando la soltó—. Y a ti. —Me señaló—. ¡Te haré pedazos! —Se puso bien el vestido y salió por la puerta.

Fernando le indicó al mínimo personal de seguridad que tenía en la casa que la vigilase. Si estaba pidiendo eso, es que no quería que saliese de la casa, no quería que hablara nadie todavía. Me dio esperanza. Podría ser que tuviera una oportunidad.

—Sé que no vas a decirme cuál es tu plan —movió los labios con rabia—, pero, en cualquier caso, espero que sea salir del país, o estaréis muertos en pocas horas.

—¿Vas a entregarme?

—¿Qué esperabas? —Rio—. ¿Que te ayudara? —Bufó—. Vais a salir del país en menos de veinte cuatro horas, u os encarcelarán. Y cuando la ley esté aprobada, os ejecutarán.

—¿Tú ya lo sabías? —Me levanté del sofá—. ¡¿Sabías que mi padre iba a cometer esta locura?!

Ahora, el que se sentía peor era yo. ¿Cómo podía un ser humano dejarle hacer eso a otro?

Bueno, siempre y cuando ese ser humano no fuera más poderoso que tú. Ese era el motivo más lógico.

—¿Qué iba a hacer ante él? ¿Me ves cara de ir contra las leyes? —Respiró profundamente—. Mi carrera consiste en eso.

—¿Piensas que matar a personas por robar un chicle es suficiente?

—Pienso que hay que hacer algo.

—¿Algo significa matar?! —Cerca de su pecho, remarqué mi postura—. ¿Eso significa para ti?! —Reveló asombro—. Me impresionas. Te veía capaz de otras cosas. —Mostré decepción—. ¿Hemos acabado? —Me alejé de él.

Fui hacia Nina, que seguía sentada y con la cabeza bien alta. Era una valiente; sobreviviría en una isla. Lo pensaba cada vez que la miraba a los ojos. Toqué sus dedos y le indiqué con la mirada que era hora de irnos, de desaparecer, de dejar todo atrás.

—No... No... —balbuceó ella casi sin expresión en su rostro—. No... —repitió firmemente.

Solo yo la oí negar.

Fernando se alejó para sentarse en su sillón. Juliet no se movió, solo esperaba nuestro loco movimiento. Él estaba esperando que yo cediera, que dejara a Nina atrás, que no luchara por ella. Pero estaba equivocado, y lo vería tarde o temprano. Quizá lo entendería cuando estuviéramos por encima de las nubes. Aunque, para entonces, ya sería demasiado tarde para una oportunidad más en aquella tierra. Dejábamos tanto atrás que, en el fondo, estaba cometiendo un grave error.

—Sí... —le dije en su oído—. Reforzar postura. ¿Recuerdas lo que te enseñé? —susurré bajo.

Asintió y nos levantamos. Siguió mis pasos, cogí mi americana y abrí la puerta principal.

Fernando gritó:

—¿Dónde te crees que vas, muchacho?!

Su voz me recordó a una de esas noches de caza en el bosque, cuando era muy pequeño y él siempre cuidaba mis espaldas. Mi padre me dejaba ir a sus escondites, y lo seguía con una pequeña escopeta, aunque seguía siendo grande para mí. Recordé que utilizaba esa frase, «¿Dónde te crees que vas, muchacho?», cuando intentaba escapar para investigar más. Él siempre me apoyaba, él siempre fue como un padre. ¿Lo sería ahora también?

—Me voy para alejarme de esta mierda. Quiero vivir. —Me acerqué a él. Ya no estaba tan serio como antes—. Maldita sea, quiero a Nina.

—Suerte, muchacho. —Me entregó unos pasaportes—. Los encargué para vosotros. Fuera de aquí. ¿Ha quedado claro?

—Sí.

Nina abrazó a Juliet y desapareció escaleras arriba. Fernando se quedó

para vernos marchar. Ya no había vuelta atrás, se acabó. La llevaría lejos y viviríamos junto al agua y los cocos. Qué más daba si podía tenerla más de un instante...

Cada recuerdo estuvo incrustado en mi mente día y noche. Y por fin podría tenerlo, aunque me pesase la culpa en la chepa, aunque hubiera renunciado a luchar por mi ciudad.

Capítulo 22

TRATAR DE ESCAPAR

NINA

Estuvimos cargando las mochilas con lo más importante y necesario. Allí donde íbamos, nos iba a hacer falta empezar una nueva vida. Por el momento, iríamos a una isla desierta, así que estaríamos bien. Me preguntaba si el amor era suficiente para largarme y dejar todo lo que amé y amaba.

Jon llamó siete veces a mi teléfono. Izan terminó por pisotearlo, quitarle todo, tirarlo a la basura y seguir andando. Pensé en Yina, mi querida hermana. Cuando desapareciera de sus vidas, mi madre ya no sería la ejemplar mujer para la madre de Jon. Ya no haría falta otro papel, porque su objetivo habría desaparecido del mapa, y entonces Yina volvería a sufrir. Crecería en manos de a saber quién. No me tendría...

—¿En qué piensas? —Con su sudadera oscura y la capucha cubriendo su cabello, sacó de su bolsillo algunas monedas. Consiguió coger suficiente dinero de sus ahorros. Fue hacia la máquina de refrescos y trajo dos latas de limonada y un bocadillo para comer. En silencio, mastiqué y pensé aún más. No dejé de planificar ni un momento. ¿Seríamos libres cuando pasáramos la frontera? Sentí un picor en la nuca y un malestar—. Dame la mano. —Izan se apresuró a aferrarse a mi mano y soltó el bocadillo en el suelo—. Sígueme y corre a mi lado —pronunció despacio.

Eché a correr, agarrada de su mano, y giramos la esquina. Hombres de negro se ocultaban disimuladamente entre el escaparate, detrás del periódico, de la tienda y en el bar. Nos estaban buscando. Eran ellos, eran del Gobierno.

—Por aquí. —Entramos por otra entrada del aeropuerto—. ¡Vamos!

Seguimos bajando las escaleras mecánicas mientras la gente se apartaba. Correr con dos mochilas pesadas no era fácil. Aun así, la fuerza en mis brazos había ido creciendo gracias a los entrenamientos. Podía ir más o menos a su paso. En cambio, él no tenía problemas. Con aquel brazo corpulento, no me extrañaba.

Las luces del aeropuerto se encendieron en cuanto llegamos, ya que el anochecer cayó sobre nosotros. La gente esperaba sentada, tomaban café o empaquetaban las maletas. Nunca antes había estado en un aeropuerto, nunca antes había volado a otro país. Era increíble lo poco que sabía de mi

alrededor.

Avanzamos sin descanso. Apartábamos a la gente a medida que buscábamos camino para llegar a un lugar seguro, a un lugar donde no destacáramos demasiado. Escuché por el *walkie-talkie* que llevaba un guardia del aeropuerto cómo una centralita los ponía en alerta:

—*Atención, seguridad. La policía busca a dos sospechosos. Barón de veinticinco años: sudadera negra, cabello oscuro y ojos verdes. Mujer de veinte años: camisa azul claro, tejanos rasgados y blancos y cabello rubio. Avisen ante cualquier circunstancia.*

—¡Mierda! —Miró hacia todos los lados.

Me llevó hacia una esquina, se quitó la sudadera y se quedó en camisa de manga larga. En ese momento, olí su aroma a hombre. Despeinado era incluso más guapo. Sonrió cuando lo observé, a pesar de estar en el punto de mira de todos los guardias que nos rodeaban. Teníamos que coger el vuelo en aquel momento si no queríamos que todos los guardias recibieran la información.

—Ponte la sudadera tú, ¿vale?

—Está bien. —Nerviosa, me la puse por encima—. Y ahora ¿qué?

—Mantente tranquila. Intentaremos pasar el control, ¿vale?

Cogió la mochila, se la lazó al hombro y, de forma automática, enlazó su mano con la mía. El control de seguridad estaba cerca, tan cerca que esperaba tener un segundo para pensar. Izan tiró de mi brazo cuando intenté quedarme quieta y opté por dejarme llevar.

—Buenas noches, señores —no saludó un guardia.

Le entregó los billetes y nos dejó pasar. Nos quedaba poco, muy poco para ser libres. Dejé la mochila en la cinta y miré a Izan, que iba a hacer lo mismo. Estaba sonriéndome. Avancé, pero él no lo hizo.

—¡Quieto! ¡Las manos arriba!

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo Izan? ¡No, no!

Los guardias lo rodearon. Mi corazón quería estallar.

—¡Izan! ¡Izan, vuelve!

Cada vez había más pistolas rodeando su cuerpo. Lo tenían en el punto de mira. No podía ser. No... Con la mirada me dijo que avanzara. Yo insistí más aún y no me moví. Eso hizo que los guardias se percataran de mi presencia. Entonces, todos se abalanzaron contra mí, e Izan dejó de controlar la ira. Solo cuando se trataba de mí, se volvía inflexible y peligroso.

—¡Nina! —lo oí gritar. Puso las manos en su nuca y se arrodilló—. ¡Corre!

—No voy a dejarte aquí. No...

—¡Arriba las manos! ¡Vamos!

Uno de ellos se acercó, y vi cómo Izan le golpeó a riesgo de que le disparasen. Intentó huir de las siguientes manos que lo cogieron, pero cada vez eran más los que nos querían dar caza.

—¡Cooorreee! ¡Vaaamooos! —me pidió con voz suplicante.

Sus ojos se tornaron oscuros y perdieron ese brillo verde que tanto los caracterizaba. Entonces, vi cómo se cerraban cuando fui cazada, exactamente como él. Y por un segundo, sus labios mostraron las palabras más hermosas y que provocaban un vuelco en mi corazón: «Te quiero».

Agachó la cabeza y maldijo rabioso para sus adentros. Uno de los guardias se acercó a mí y otro a Izan. Nuestras miradas no se encontraron, pero sabíamos lo que debíamos hacer en ese momento: levantar la cabeza, golpear, levantar cabeza y volver a golpear. Y eso fue lo que hice.

El hombre que acechaba a Izan se revolvió en el suelo. Los que lo rodeaban intentaron cogerlo, pero alguien los golpeó con más fuerza. Su amigo Noel estaba allí para ayudarlo.

—¡Vamos, corred! —nos ordenó con una sonrisa en sus labios.

Noel y Carton corrieron detrás de nosotros cuando los guardias se quedaron en el suelo. La gente gritaba asustada. Tropecé con una carretilla e Izan la apartó de una patada. Me cogió de la mano y seguimos corriendo hacia el *parking*. Wen nos esperaba con el motor en marcha.

Wen, mi Wen...

Mi amiga salió del asiento del conductor y Noel la sustituyó. La chica rubia e inocente resultaba que también estaba hecha para las huidas. Aceleró y salimos del *parking* en poco menos de un minuto. Wen se agarró de mi brazo y una lágrima recorrió su rostro. Noel les sonrió a sus amigos.

—Estás completamente loco, amigo. —Giró el volante con brusquedad—. Espero que nadie me haya reconocido allí dentro —añadió sonriente.

—Qué te van a reconocer, si no te reconoce ni tu padre —bromeó Carton.

—Cállate, marica. —Lo golpeó en la nuca—. ¿Intentabais huir? —Miró a Izan por el espejo retrovisor—. ¿Qué estabais haciendo? —Elevó las cejas—. Juliet me llamó para pedirme que fuera a buscaros. Estaba destrozada.

—Dentro de unas semanas, se ejecutará la nueva ley —contestó, observando la huida por la ventana—. Moriremos todos si infligimos una norma. Y, por supuesto, nosotros hemos infligido unas mil, por lo menos. —

Suspiré junto a él—. Estamos más muertos que vivos.

—Joder... ¿Qué mierda de ley es esa? ¿No tienen suficiente?

Por lo que parecía, aún no había llegado a sus oídos.

—La vuelta a la dictadura. —Tragó saliva—. Mi padre tiene más poder del que creía. Él mismo la propuso. Parece que la Junta Directiva ha decidido seguir las órdenes de Hans. Quiere ganarse el puesto de Brian. Estoy seguro.

—Se rascó la cabeza, nervioso—. Fernando lo sabe. Sabe que tengo un plan contra él. Por eso me pidió que saliera del país antes de que él se lo dijera.

—¿Piensas que ha sido Fernando quien os ha delatado? —intervino Carton.

Asentimos.

—No, hermano. —Noel golpeó el volante—. No ha sido Fernando. —Señaló el aeropuerto—. Esa gente que os ha atacado allí dentro no eran del Gobierno, sino de la banda. Son aquellos que te conté aquella vez, los que iban contra tu padre. He reconocido a uno de ellos.

El silencio se incrustó en el interior del vehículo y la tensión se mascaba en el ambiente.

La banda de mi padre había ido en contra de mí y de Izan. ¿Por qué? ¿Cómo se enteraron de que me fui? Entonces recordé a mi madre dormida en el sofá cuando entré a por las cosas. ¿Me habría visto?, ¿se lo habría contado a mi padre?, ¿qué diablos estaba pasando?, ¿estábamos seguros? En ningún momento quisieron matarnos. ¿Qué era lo que querían?

—Tranquila. —Izan apretó suavemente mis dedos—. Encontraré una solución. Te lo prometo. —Besó mi mejilla.

El calor en mi piel proveniente de sus labios me alivió una barbaridad. Por un momento, creí que no sentiría jamás eso de nuevo.

En el momento en el que salí por la puerta de mi casa, supe que no debería volver. Sin embargo, acabé volviendo, aunque aquella vez no iba sola, sino de la mano de Izan.

Enfurecido, golpeó la puerta con los nudillos y sin descanso. Yina apareció de puntillas y abrió la puerta. Sé sorprendió al verme, ya que le dije que no volvería en mucho tiempo. Ella lloró, pero su mente era tan mayor que casi lo entendió. Le brillaban los ojos y podía sentir su añoranza. Sabía que ella también lo notaba, a pesar de ser pequeña.

Al dejarnos pasar, el aroma llegó a mí. Era el mismo que había olido

durante muchos años de mi vida. El alcohol, el polvo y el moho se detectaban al instante. Pero eso no le preocupaba mucho a Izan. Solo le preocupaba saber la verdad.

Mi padre se encontraba sentado en el sillón, en una postura que parecía nerviosa. Acababa de encenderse otro cigarro, y en el cenicero había más de veinte colillas. Él no fumaba, no lo hacía —hasta ese momento—; o, al menos, yo no lo sabía.

Fue entonces cuando noté la tensión en el ambiente y en todo el salón. Izan avanzó sin miedo; yo, quizá, no tanto. Si no fuese porque él sujetaba mi mano con fuerza, casi habría tenido la sensación de desvanecerme o querer hacerlo.

A Yina le ordenaron subir a su habitación, y lo hizo tras brindarme un abrazo cariñoso. Contemplé a mi madre recoger las botellas de la cocina. Eran por lo menos cuatro. Su rostro había vuelto a ensombrecerse, a demacrarse. Balbuceaba palabras inentendibles y se iba apoyando como podía en el mármol.

El jefe de la casa nos hizo sentarnos.

—¿Adónde os creíais que ibais? —Agitó en círculos el ron que había en el vaso—. ¿A dónde os creíais que ibais? —repitió, pero esta vez mirando fijamente a Izan.

—Fernando me ha descubierto. Intentaba mantenernos a salvo. Estamos muertos.

—¿Qué es lo que tiene planeado tu padre? —Golpeó el vaso contra la mesita de café—. ¡¿Qué es lo que tiene preparado tu padre?! —Su rostro se volvió furioso. Nunca lo había visto así.

No sabía si contestar a la pregunta. Se sintió cohibido, sin saber si la respuesta nos llevaría a buen puerto. No tenía claro qué camino escoger. Era normal, ya que yo tampoco lo tenía.

—Querías a mi hija. —Se levantó y dio vueltas por el pequeño salón—. Cuando consiguiéramos machacar a tu padre desde dentro, la tendrías. Bien, si me dices qué es lo que se trae entre manos —se agachó para mirarlo más de cerca—, podremos continuar con el plan.

—No hay nada que continuar. Fernando lo contará. Me ha dado veinticuatro horas.

—Pues haz que no cante. —Se volvió a llenar el vaso—. ¿No erais tan expertos?

—Con este es imposible. Mantiene una relación muy estrecha con Hans.

Izan se revolvió nervioso en el sofá. Necesitaba pensar en algo. ¿Se lo terminaría contando? Ojalá hubiera podido tener el poder de leer las mentes. Me gustaría haber sabido qué rondaba por la de todos en ese momento.

—Escucha, chico. —Se volvió a sentar—. La organización ha pagado para que vosotros no salgáis en todos los medios de comunicación. Os aseguro que las noticias eran caramelos para ellos, y les hemos tenido que callar la boca con mucha dificultad, pagarles más de lo que recibirían por esa... —levantó las manos y se rio— ¡pedazo de noticia! —Tragó saliva—. Ahora escucha. Quiero esa noticia en contra de tu padre, y la quiero ya. Si no, no os darán otra oportunidad. A todo esto, ni siquiera el padre de Jon sabe nada. Si no, estarías más que muerto.

—¿La recompensa sigue en marcha? —le preguntó con voz firme.

—¿Qué recompensa? ¿Mi hija? —Me miró de soslayo—. Si tenéis suerte de que no os maten, sí. —Dejó el vaso en la mesita y se centró en los ojos de Izan—. Ahora, dime qué es lo que tienes para mí.

—Antes, contéstame a algo. —Se bajó la capucha—. ¿Por qué vinisteis a por nosotros?

—Porque no podéis iros. Eres nuestra baza más factible. Tienes un trato que cumplir. ¿No te parece un buen motivo?

Después de la explicación que mi padre le brindó a Izan, las palabras surgieron de su boca. Entretanto, noté el nerviosismo en cada una de ellas, la impotencia y el odio hacia su padre impregnados en sus labios y esas ganas inmensas de acabar con el diablo. Él quería ayudar a toda la gente del país. No solo se trataba de una ciudad; se trataba de un gran país.

La gente seguía creyendo que Hans intentó interponerse entre la decisión de la Junta, cuando fue él quien decidió condenar a la gente a las limitaciones. ¿Qué harían si supieran la verdad? Posiblemente, estaríamos ante una rebelión de nuevo. Y puede que ante un golpe de estado.

—Consigue abrir esa caja. Allí dentro tiene que haber dinero invertido, talones, facturas o algo parecido. Necesitamos encontrar algo con lo que acusarlo. ¿Lo harás?

Contestó afirmativamente y se marchó por la acera con las manos en los bolsillos.

Salí al jardín y cogí los falsos pasaportes de su mochila de viaje. Prendí una cerilla y se quemaron al poco tiempo de lanzarlos. Solo quedó el recuerdo de aquella posibilidad de sobrevivir.

—¿Cumplirás tu palabra?

Sabía que mi padre estaba detrás de mí. Visualicé una sombra gracias a la poca luz que proyectaba la luna. Las lágrimas invadieron mis ojos. Ya no habría una isla en la que poder abrazar a Izan sin ocultarme. Había desaparecido lo poco que me mantenía ilusionada.

—Por su puesto.

Me retiré las lágrimas.

—Me cuesta creerlo. ¿Cómo crees que se lo tomará Ezequiel?

—Lo entenderá.

—Sigo sin creerlo. Antes de que yo te lo dijera, ¿sabías que su hijo me maltrataba? —El silencio terminó dándome la respuesta—. Lo sabías. —Bajé mis párpados. Estaba muy cansada—. Y aun así no te importó.

—Jon solo estaba celoso de Izan. Cree que te ves a escondidas con él. No es que no te quiera. Solo intenta hacerte ver que ese chico es como su padre. Es un asesino manipulador, hija. No te diré lo que tienes que hacer. Además, formas parte de una recompensa. Pero eso no quita que no me guste para ti.

Pateé el poco humo que quedaba, sintiendo el cansancio que estaba matando poco a poco mis fuerzas. Acababa de correr por todo el aeropuerto sin descanso, y la tensión consiguió exterminar las pocas fuerzas de las que disponía. Es más, Izan ya no estaba, y eso implicaba dejar de sentir poderío.

—Buenas noches, padre.

Lo dejé mirando el cielo. No sabía qué buscaba o qué intentaba decirse a sí mismo cuando miraba las estrellas. Solo tenía constancia de que mi padre también había cambiado. No solo Hans Blake tenía cosas horribles. Él también las tenía; quizá a menor escala, pero, en definitiva, era un hombre derrochando su vida por una venganza. Yo también quería venganza, pero estaba demasiado débil para pensar en ello.

Me dormí, y soñé sin interrupciones.

Capítulo 23

EN EL MISMO BANDO

IZAN

Por primera vez sentí miedo. No miedo por mí, sino por Nina. Estaba sola ante un padre que no sabía muy bien de qué pie cojeaba y ante un futuro marido celoso y agresivo.

En su padre, había algo que no terminaba de gustarme, pero también sabía que toda organización o banda terminaba con sus objetivos y daba sus recompensas. Era la ley de la palabra en ese ámbito. Aunque me costara admitirlo, a ese hombre, por lo menos, se lo veía legal.

Ante la casa de Fernando me sentí expuesto a miles de miradas. No había nadie, ni siquiera los perros estaban sueltos. Aun así, sentí la presión en mi mente, como el reproche azotando mi cabeza. Juliet era la única que quedaba en el anonimato, ¿o la habrían descubierto? ¿Sé lo habría dicho ella misma? La idea de escapar quizá hubiera sido en primer lugar de Juliet. Amaba a Nina porque era su hija, y la quería mantener a salvo.

En ese momento, habría deseado que una figura paterna estuviese luchando a mi lado por la mujer que quería. Pero hacía mucho tiempo que mi padre dejó de ser el que era. Ojalá no hubiese aceptado ese puesto, ese sillón que le cambió la vida. En eso compadecía a mi madre.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Carolina apareció delante de mí. Su perro se quedó a su nivel. Lo acaricié mientras no tenía narices de mirarme a los ojos. Me odiaba. No la culpaba por ello; yo tampoco le tenía estima. Sentía que ella podría ser un gran cabo suelto que llegaría a perjudicarnos. Una persona insistente y rabiosa no podía traer nada bueno.

—¿Qué estás haciendo aquí, Izan? —Fernando se cruzó de brazos—. ¿No te dije que dejaras el país?

—Tenemos que hablar. Por favor —insistí—. Necesito hablar contigo.

—No hay nada de qué hablar.

—¿No se lo has dicho a mi padre? —A paso lento, subí las escaleras—. ¿No?

—No, aún no lo he hecho. —Suspiró.

—Entonces, sí hay de qué hablar. ¿Puedo pasar?

Escuché un bufido cuando pasé por delante de Carolina. No estaba de acuerdo, pero debía aceptar las órdenes de su padre. Una princesa como ella era lo que debía hacer. Eso me hacía pensar en lo libre que era Nina en ese sentido. No era ninguna princesa; era una persona. Nada de marcas prestigiosas, nada de comportamientos controlados. Simplemente, era ella misma.

Al entrar en la casa, me sentí extraño. Era como si sobrara. Debía conseguir a Fernando, tenía que hacerlo o estaría perdido ante Gregorio. Volví a pensar en ello y algo no me cuadraba.

—Siéntate. ¿Quieres un *whisky*?

—Está bien. —Observé la estancia y me percaté de que estábamos solos—. ¿Y Juliet?

—Lleva mucho rato arriba. No deja de llorar.

Se pasó la mano por el pelo, preocupado. Carolina caminó despacio hacia su habitación, no sin antes mirarme de reojo, pero no consiguió que me rebelara. Me daba exactamente igual.

—Toma. —Dejó el vaso en mis manos. Indeciso, se rascó la nuca y se sentó después de unos segundos—. Verás... —movió el vaso, observando el líquido—, he pensado en la ley de tu padre. Yo no deseo que las personas mueran por algo ínfimo. No lo deseo, claro que no.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —lo corté.

—¿Por qué? —Sonrió con una tristeza oculta en sus ojos—. Con total sinceridad, pienso que deberías irte lo más lejos posible, o montarás una guerra tú solo. A Hans Blake nadie puede ganarle. Se está convirtiendo en un miembro muy importante de un gobierno totalmente loco. Es imposible de contratar. Podría matarte en menos de un segundo, acabaría contigo con solo marcar un número de teléfono. Así van las cosas aquí, hijo. Yo estoy trabajado para tu padre, y puedo asegurarte que tiene toda la ciudad y el país controlado. Más que el presidente Brian. Quiere conseguir desbancarlo y hacerse con el poder, y no va a parar. Así es él. —Dio un sorbo—. No sé ciertamente en lo que está metido, pero sé que nada bueno puede traer si vas contra él. Desde pequeño he comprendido que no debo meterme en ese tipo de cosas, ¿lo entiendes?

Me quedé en silencio, pensando en esas palabras. Y lo sabía. Sabía perfectamente que como mucho tenía un uno por ciento de posibilidades de ganar esa batalla. Quizá ninguna.

—Creo que debes ser adoptado. —Lanzó una carcajada y volvió a llenar nuestros vasos.

—Puede. Quién sabe... —Lo acompañé en la risa y le guiñé un ojo—. Fernando, tú sabes que para mí eres como un padre. No puedo creer que no luches por mí —me sinceré.

En aquel momento, le brillaron los ojos.

—No quiero luchar por algo que voy a perder. —Tragó—. Yo te quiero como a un hijo, y lo sabes. Me engañaste sobre mi hija, pero... —presionó una de sus sienes— no puedo evitar pensar que yo habría hecho lo mismo. Porque, definitivamente, así estamos hoy día en la sociedad: haciendo todo a escondidas y cometiendo infracciones diarias que dentro de un mes nos pasarán factura. Hay gente arrestada ya en los calabozos para ser juzgada, Izan. Sin embargo, sé muy bien que nadie puede enamorarse de alguien porque le obliguen a hacerlo. Nadie. —Miró hacia las escaleras y regresó a mis ojos—. Yo no estoy enamorado de Juliet. La quiero, la quiero muchísimo y daría todo por ella, pero nunca estuve enamorado. —Puso la palma sobre mi rodilla.

Me quedé muy serio mirándolo.

—¿Recuerdas aquella «basura» de la que hablaba mi padre hace ya unas semanas? —Tragué saliva. Aún me fastidiaba recordarlo—. Tú estabas en los despachos y no creo que fueras consciente de nada. Deberías saber que a la chica que cogieron en la fábrica era Nina. Hans la iba a matar si no hubiese sido por su padre, que la salvó entregándole unas pruebas que pondrían en peligro la reputación de mi padre. Desde entonces, Hans no ha dejado de querer acabar con toda la familia. Estoy seguro.

Se le cambió la cara. En pocas palabras, se le desencajó.

—Nunca me ha hablado de Gregorio. Sabía que eran grandes amigos antes de la ley. Me contó que este mismo lo traicionó, pero seguro que también era mentira. —Dejó reposar la espalda en el sillón. Se quedó en silencio, pensativo—. Me ha estado mintiendo todo el tiempo. Sabía que si yo me enteraba de eso, podría dejar de seguirlo. Por eso nunca me dijo el nombre de la chica, nunca me dio detalles ni me sacó de los despachos como siempre hace... Debí darme cuenta.

—No es tu culpa, Fernando. Mi padre manipula a todos; es su especialidad. Ha mantenido a una ciudad entera adorándolo durante veinte años, pero eso tiene que cambiar.

—Escucha, hijo, solo dime que podemos conseguirlo. Dime que lo

conseguiremos y...

Dejé el vaso en la pequeña mesita de al lado. Presioné su mano, que permanecía en mi rodilla. Le tembló, y quise corroborarle lo que pensaba, que por muy pocas posibilidades que hubiera, podríamos hacerlo, podríamos conseguirlo. Ya no consistía solo en Nina y yo. La gente necesitaba que todo aquello cambiara.

Entonces, lo miré a los ojos y amasé su hombro con complicidad.

—Podemos. Podemos hacerlo.

La convicción de mis ojos nunca fallaba. Cuando decía la verdad, tras ellos se extendía el convencimiento de la otra persona. Aun así, aunque fuera una táctica que llevaba haciéndola desde que era un crío, creí de verdad que lo lograríamos, que podríamos hacerlo.

—Entonces, haré todo lo que me digas. Estoy a tu disposición.

Por mi cabeza pasó una idea: «¿No será una trampa?».

—Fernando —nos levantamos, agarrándonos de los hombros, y lo miré fijamente—, si es una trampa, juro que te arrepentirás.

Su reacción de sorpresa me convenció de que no lo era. Juliet no lo habría dejado, ya que habría luchado. Fernando no se lo diría a Hans.

—Alguien tiene que hacer el bien, hijo. ¿No es así?

—Eso es. —Sonreí abiertamente y volví a estar serio en un segundo—. Pero piensa que, si algo le pasa a Nina, iré a por todas —le advertí—. Mataré a quien sea que esté dispuesto a tocarla.

Dudó por un momento en darme la mano. Estaba pensando en mis duras palabras. Sonaron muy bestias, pero era mejor así. Quería que la gente supiera por qué luchaba. Luchaba por ella y por el resto, pero mi motivación principal era ella.

—¿Y si ese alguien es tu padre?

Levantó una ceja, esperando respuesta. Pensó que iba a contestarle un rotundo no, sin embargo, se equivocaba. El odio hacia mi padre había incrementado exageradamente. No dejaría que tirara el país a la muchedumbre.

—Entonces —no es que lo hubiera pensado dos veces; es que me costaba pronunciarlo— en ese caso, también lo mataré.

Abrió los ojos como platos. Por fin entendió lo dispuesto que estaba a todo: dispuesto a acabar con él de una manera o de otra. Cuando me encontrase ante esa escena, sería un paso difícil para mí, pero también sabía que mi padre sería capaz. Si sus planes dependieran de la información de mi

boca, estaríamos muertos en pocos minutos.

La unión hacía la fuerza, ¿no era así? Eso era lo que esperaba, que cada movimiento mío no fuera en vano.

—Necesito esa combinación, Fernando.

—¿Qué combinación?

—Mi padre mantiene una caja transparente cerrada con un material muy resistente. Necesito la combinación para no levantar sospechas.

—¿Crees que no levantarás sospechas extrayendo lo que haya en esa caja?

—La primera vez, miraré lo que hay dentro.

—¿Y la segunda? —quiso saber.

—La segunda... —Me toqué el mentón—. La segunda será cuando debamos empezar a sacar las mejores armas.

—Entonces, será cuando se vea la realidad. ¿Eso es lo que quieres decirme?

—Sí, eso es lo que quiero decirte.

Sonrió y me abrazó fuerte. Aquel momento, transportándome a mi infancia. Él solía hacerlo continuamente cuando hacía travesuras. No recordaba cuándo lo había hecho la última vez mi padre, porque creo que nunca hubo una primera vez. La frialdad no le dejó hacerlo.

Fernando me ayudaría, haría todo lo que pudiera para conseguir esa combinación. No sabía cuál era. A veces había visto cómo abría esa caja, pero poco más. Añadió que siempre se imaginó lingotes de oro allí dentro. Pero lo que fuera que hubiera, tendría que ver con las pruebas que nos faltaban para desenmascararlo. Los lingotes de oro... Bueno, esos, posiblemente, estarían en cuentas de las Caimán, como todo el que tenía millones.

Y otros cinco días más como si nada, como si no hubiese querido irme del país. A escondidas, los mensajes de Nina me sacaban una sonrisa.

Izan:

Estaré contigo en poco tiempo. Tú solo espérame, niña.

Le contesté en muchas ocasiones, pero la oportunidad de vernos no llegaba. Estaba intentando que mi padre desapareciera del despacho, pero no era fácil. A Fernando le estaba costando más de lo normal conseguir esa combinación.

Una noche, mientras me quitaba la humedad con la toalla después de ducharme, el timbre sonó.

—Pero... —miré hacia el espejo— ¿qué estás haciendo aquí?

—No puedo aguantar más. No puedo...

La abracé con fuerza y noté cómo su cuerpo había encogido. Tenía los brazos huesudos y su increíble trasero estaba desapareciendo. Parecía estar enferma.

—¡Oh, joder! ¿Qué te está pasando?

—Yo... —Se tocó los brazos—. No estoy teniendo unos días muy buenos...

—Niña, tienes que aguantar. —Le aparté los mechones de su rostro—. Solo aguanta un poco más, solo te pido un poco más. —Se inclinó hacia mis labios—. ¡¿Qué coño es esto?!

Se me abrieron los ojos y los noté dilatándose al máximo. La ira hirvió por todo mi cuerpo. Las zonas azules e hinchadas de sus brazos consiguieron cabrearme de nuevo. Ella intentó ocultarse, intentó que me controlase, pero no podía, no podía aceptar que ese cabrón le pegase a la persona más buena que conocía. No... Él iba a pagar, como todos los demás; aunque al final me la llevase, aunque la consiguiera, él iba a recibir.

—No es nada.

—¡¿Qué no es nada?! —bufé—. Dime que por lo menos pudiste defenderte.

—¡Lo he hecho! Pero él es más fuerte que yo.

—¿Lo sabe tu padre? A lo mejor puede hacer algo. Vamos a hablar con él. —Agarré su mano.

Incluso su mano era más delgada. Se notaban los huesos finos de sus dedos, y su tonalidad de piel era blanquecina. Cómo deseaba volver a ver bronceada esa piel, como también que se alejara lo máximo posible de ese payaso.

—No, Izan. Él lo sabe.

—¿Y no hace nada? —me asombré—. ¿No? —insistí con tono de asombro.

—No. —Lágrimas aparecieron en su lagrimal—. Él dice que es por celos. Se ha enterado del pacto.

—Y ese cabronazo te quiere para él.

—Como tú me quieres para ti. —Fijó sus ojos en los míos.

—Pero yo... —Giré la cara y dejé que actuara el corazón—. Yo te deseo.

—Me deseas porque no me tienes. ¿Y si cuando esto acabe, cuando consigamos estar juntos, te cansas de mí en poco tiempo?

Quizá por todas esas preguntas que el corazón de cada uno se hacía, por el dolor que nos provocaban los sentimientos, Hans quiso eliminar el matrimonio por amor, el por qué, el cuándo y el dónde se debía amar a una persona. Era más simple obligar a una persona a que quisiera a otra y punto. Sin embargo, sabía perfectamente que cuando la miraba a los ojos, ella sería mía tarde o temprano, y yo sería suyo, y me daba exactamente igual lo que la gente pensara o creyera. Yo no dejaría de desearla.

—No —dije rotundamente—. No dejaré de desearte. ¿Y sabes por qué? —Tenía las palabras exactas para hacer que creyera en mi decisión—. Porque cuando te consiga —levanté unos centímetros su cintura hacia arriba y la acerqué a mis labios—, siempre recordaré por qué te tendré a mi lado cada día. —A milímetros de sus labios, susurré—: Y, entonces, sabré que te deseé y te deseare siempre.

Aproximamos nuestros labios, y ese momento me recordó a la noche de su cumpleaños, cuando los segundos se marchaban como si nada al besar sus labios, cuando las manos se alejaban de las partes inocentes y se iban a las licenciosas. Desconecté la mente y me dejé llevar por el calor que transmitían nuestros dos cuerpos juntos. Su piel estaba fría bajo las palmas de mis manos, y mis dedos no dejaban de acariciar cada centímetro de su debilitado cuerpo. Los paseé por las zonas oscurecidas y llenas de marcas. Sonrió dulcemente ante mi tacto, e hice lo mismo cerca de sus labios.

En ese momento, tomé la decisión de volver al mundo real. Agudicé el oído y escuché ruidos en la parte de abajo. Como me importaba bien poco quién me viera entre beso y beso apasionado, no llegué a darme cuenta de que Fernando estaba en la puerta. Nos miró, apoyado en el marco, y carraspeó para llamar nuestra atención. Sonrió amablemente.

—Veo que no perdéis el tiempo, pero mi hija no está muy contenta con la visita. Ya sabes... —comentó riendo—. Carolina quiere hablar contigo. —Por un momento, me sorprendí cuando señaló a Nina—. Sí, contigo.

Se alejó, dejando enfriar mi cuerpo. Sin duda, la deseaba.

Nina

Caminé con precaución, esperando cualquier salto sorprendente de Carolina. Estaba justo al lado, pero no fue nada. Mantuve la cabeza alta y anduve a pasos elegantes hacia su habitación. En el tiempo de paseo, cruzamos

la mirada con mi tía Juliet, quien la miró con ojos desesperados. Carolina sonrió. ¿Qué era lo que iba a decirme?

Cerró la puerta detrás de mí y esperé a que dijera su primera palabra. Ordenó un poco su escritorio y se sentó en la enorme cama. No podía evitar pensar que Izan había estado allí durmiendo a su lado.

No la odiaba, solo la evitaba.

—Bien, te sorprenderá que quiera hablar contigo.

—Pues sí —le dije con sinceridad.

—Puedes sentarte si quieres —me ofreció con amabilidad.

—No, gracias.

No pensaba aceptar ninguna invitación a nada. La última vez que acepté sentarme al lado de alguien —hacía exactamente un día—, me golpearon contra el colchón y forcejearon con mi cuello. Esa amenaza de Jon me sentó como una patada en el culo.

—Bueno, solo quiero decirte que, aunque mi padre esté a favor de vuestro pacto —pasó los dedos por su melena lisa y rubia artificial—, yo no estoy de acuerdo y soy infeliz.

Vaya, sí sabía lo que era la infelicidad... Qué sorpresa.

—¿Algo que no sepa? —Le di la espalda. Quería marcharme.

—¡Espera, no te vayas! —Se levantó y se quedó a poca distancia—. Quiero que sepas que no estoy a favor de Hans Blake, que os ayudaré en lo que haga falta, pero que, aun así, no dejaré que te lleves a Izan.

Una carcajada salió de mi boca. En ese momento, quise evitarla, pero no pude. Se molestó y se puso delante de mí a pocos centímetros. Me encontré con sus ojos rabiosos, pero detrás de ese velo fino de rabia, también me topé con la honestidad. A pesar de ser la princesa deseada de los ricos, la estúpida y perfecta Carolina, la Barbie, aún tenía ese corazón endeble. Eso me hacía pensar que podríamos tenerla comiendo de nuestra mano.

—No te rías de mí.

—No me río de ti, pero cuando uno está enamorado de alguien, nadie puede cambiarle de parecer. Solo eso. —Chasquéé la lengua—. ¿Puedo irme?

Empujé su hombro levemente para retirar su cuerpo, que hacía barrera entre la puerta y yo. Ella no se rebotó, solo me dijo un adiós tan bajo que casi no lo oí. Carolina tenía corazón, a pesar de todo.

El ruido de la puerta al cerrarse rompió el silencio del pasillo. Bajé las escaleras con cuidado, ya que la pierna me dolía de cuando Jon me tiró al

suelo. Ahí, por suerte pude defenderme. Se llevó un buen empujón y un buen puñetazo, pero no le importó contratacar. ¿Cuándo había dejado de ser mi mejor amigo? Qué asco me daba...

—¿Ya te vas? —me preguntó Juliet desde la cocina—. ¿Nina? —insistió al no obtener respuesta.

—Sí, estoy aquí. Sí, ya me voy.

—¿No quieres quedarte a cenar? —Estaba ayudando a la sirvienta a cortar cebolla. Se quitó los guantes y se acercó para besar mi mejilla—. Estás fría, cariño. —Tocó mi frente—. ¿Te encuentras bien? —Llenó un vaso de agua—. Toma un poco de agua. ¿Quieres algo más?

—No, tía Juliet. —Le acaricié la mano—. Me vuelvo a casa. ¿Dónde está Izan?

—Creo que está arriba, hablando con Fernando.

—Voy a subir para despedirme y me marcharé. —Fui hacia las escaleras—. Tía Juliet, ¿estás bien? Fernando me ha dicho que has llorado mucho. —Sentí tristeza.

—Yo estoy bien. Ahora quiero que lo estés tú. —Agarró mi mano—. Buenas noches, cariño. —Besó mi mejilla.

Subí las escaleras, escuchando el leve ruido de un pájaro que cantaba en la terraza y del gato de Juliet, que paseaba alegremente por la casa. Me crucé con la asistente, que había ido a por un mantel. Esta sonrió y caminó en sentido contrario al mío.

No quería despedirme de Izan; nunca quería hacerlo. Lo necesitaba cada instante para sonreír, porque era el único modo de tener una esperanza cercana, el único motivo de remarcarme que seguía viva y teniendo una vida después de todo.

Me acerqué a la habitación de Fernando, y allí estaban, con sus vasos medio llenos de *whisky*, como dos grandes amigos. Fernando había sido como un padre para él, y en cierto modo sabía que no nos iba a delatar, que simplemente quería evitar que nos sucediera algo si nos descubrían.

Apoyando el hombro derecho en el marco de la puerta, me quedé a escuchar su conversación. Estaban tan guapos los dos allí compartiendo ese momento...

—Bien, tienes que apuntarte la combinación. Esta mañana lo vi ponerla en el teclado de la caja fuerte. Por lo que he visto, allí dentro hay papeles y una caja negra. No sé qué contendrán, pero estoy ansioso por saberlo, como tú. —

Cogió un bolígrafo de su escritorio y lo dejó en las manos de Izan—. Mañana, sobre las once, podrás averiguarlo. Me lo llevaré a desayunar y lo distraeré.

—Bien, eso está bien. —Apuntó los números y se guardó el papel en el bolsillo de los tejanos de color azul oscuro—. ¿Puedes hacerme otro favor?

—Sí. ¿Qué es lo que necesitas? —Guardó el bolígrafo y se volvió impaciente hacia él.

Pensativo, Izan se movió por toda la habitación. Fernando esperaba alguna palabra, pero tardó un rato hasta que por fin habló. Primero tocó la colcha de la cama, luego la golpeó y su rostro se tornó frío. Fernando no se asustó. Estaba más que acostumbrado, solo que se sorprendió de cómo de la nada había aparecido aquella rabia, de cómo había cambiado del Izan tranquilo y controlador al furioso y frío.

—Quiero que sigas a ese Jon. Quiero que lo sigas y observes adónde va. Quiero que, una vez que acabe esto, pueda matarlo con mis propias manos.

Me estremecí al pensar en matar a Jon. Era una idea jugosa si lo pensaba en caliente, pero en frío sonaba ya de otra manera. Izan llevaba demasiado tiempo acumulando su rabia. No soportaba verme en manos de él, como tampoco yo soportaba verlo en las de ella. Por suerte, ese tema estaba más que controlado.

—¿Qué ha hecho ese cabrón para hacerte tanto rabiar? —Apoyó sus hombros en el sillón y dio vueltas en él. Se encendió un cigarro y abrió la ventana—. ¿Tocar a Nina?

—Sí, tocarla y bien tocada. —Se echó el pelo hacia atrás—. ¿Cómo puede pegar a una mujer? ¿Cómo puede pegar a Nina? —Tragó saliva—. Es la mejor persona que conozco, ¿sabes?

—Lo sé, hijo. —Dio una calada y recostó la frente en su mano—. La protegeremos.

—De momento, no la estoy protegiendo de nada —bufó, maldiciendo—. No puedo soportar que la toquen, no lo soporto. Y sé precisamente por eso que ella es mi debilidad y que pueden ir en contra de mí usándola a ella. Y eso me vuelve loco.

—Si es tu punto débil, ten por seguro que irán a por ello. —Me señaló con el dedo—. Mira, lo que debes hacer es conseguir esos documentos y dárselos a Gregorio, y se acabó. Nina será tuya, y luego ya veremos cómo ha salido el plan contra tu padre.

Le ofreció un cigarrillo y lo aceptó. Se sentó de nuevo en el sillón y echó

su cabeza hacia atrás. Lo vi cerrar los ojos y balbucear palabras que ni yo ni Fernando entendimos. Era su momento de reflexión.

—Aun así, lo veo demasiado fácil. Tiene que haber algo que se nos escapa. No creo que Jon o Ezequiel me vayan a dar a Nina tan fácilmente.

—No. Lo que pasa es que Gregorio sabe que, después, el problema lo tendrás con tu padre. Y tu padre irá a por ti. Será a por el primero que irá. Tú eres el único que tiene acceso a sus documentos, eres él más cercano y en el que más confía. Sabes sus trapos sucios. Luego iría yo; eso no lo dudes. Y después le tocaría a Gregorio. Para entonces, él ya habrá ingeniado lo que sea para librarse.

—Eso es cierto. Quizá sepa que me espera algo peor que a ellos.

—Cuando la bomba de información estalle, será mejor que corramos. —
Sonrió y giró la cabeza hacia mí—. Hola, Nina.

Capítulo 24

BOMBA

NINA

Me sobresaltó escuchar mi nombre, e inmediatamente, vergonzosa, me acerqué a ellos. Izan retiró ese rostro serio y sonrió, como Fernando. Me pidió que me sentara en su regazo, y lo hice. Fernando nos contempló como si fuéramos una fotografía recién tomada.

—¿Qué tal con mi hija? —Se levantó para dejarnos solos—. ¿Todo bien? —Asentí—. Me alegro.

Se alejó tras darme un beso en la mejilla. Últimamente, mis dos tíos estaban siendo más mi familia que mis propios padres.

Cuando nos quedamos solos, noté la yema de sus dedos recorrer mis piernas, cubiertas por unas medias negras y transparentes. Mi blusón terminaba en medio de mis muslos, y aproveché para cruzar las piernas para que no se me viera nada.

Apretó los labios ante mi acción y observó de arriba abajo mi cuerpo, acabando en mi escote. Acarició detenidamente mi piel, que se erizó en el momento en el que sentí un cosquilleo en el estómago. Se detuvo a pasear los dedos por cada centímetro de mi piel, incluso por la fina tela que cubría mis pechos. Tras ella se encontraba mi sujetador, pero su poder pareció traspasar incluso ese trozo de ropa, tanto que casi me dio la sensación de estar desnuda ante sus gloriosas manos.

Apreciaba su tacto más allá de lo que aparentemente tocaba. Con la otra mano, deslizó los dedos por los mechones de mi pelo que caían por encima de mis pechos. Incliné la cabeza y busqué sus labios de nuevo. Al oler su olor corporal, admití que me había perdido en él, incluso jadeé de placer.

Se mordía el labio cada vez que contemplaba cómo se estrechaban mis pechos cuando reía por sus cosquillas placenteras. Desplazó la tela que cubría mi hombro y la retiró para que desvelara más mi cuerpo. Lo hizo tan lentamente que mi imaginación fue más rápida que sus movimientos. Pero me encantaba verlo de aquella manera, ver cómo con ese deseo descontrolado besaba con efusividad mi hombro, mi cuello y cómo trazaba un recorrido desesperado de besos desde mi oreja hasta el último milímetro que dejaba ver el recorrido de mis senos.

Elevé el cuello y lo besó con delicadeza desde el principio hasta el final, llegando por último a mis labios. Mis dientes mordieron de manera inconsciente mi labio inferior justo en el momento en el que pasó su mano por mi nuca y me atrajo más hacia su pecho agitado. Estábamos tan pegados que me olvidé de respirar.

Me abrió de piernas y las colocó alrededor de su cintura, logrando que fuera incapaz de moverme y mirar hacia otro lado. Tenía su rostro tan cercano que me temblaba hasta el último vello de mi cuerpo. Quién sabía cuánto tardaríamos en tener un momento como ese... Quién sabía si lo habría alguna vez más...

Y tanto él como yo nos dejamos llevar por la dichosa pasión. Sumergió sus manos por debajo de mi blusón, estando sentado como un rey. Ese gesto de besar lentamente las marcas azules de mis brazos me reconfortó, e incluso pareció sanarlas. Aunque solo fuera por un momento, me habría gustado seguir pensando así. Él sanaba todo lo que el maldito dolor le hacía a mi cuerpo, lo exterminaba con la sonrisa de sus labios. Era feliz, y yo también lo era.

—¿Sabes? —Cerró los ojos. Observé cómo imaginaba él solo—. Cada vez te veo más como una estrella fugaz.

Sonreí ante tal intervención. Él rio a carcajadas, pero no dejó de besarme entretanto. Le pregunté el motivo, y me respondió de una manera rápida e increíble, como si saliese de su corazón:

—Porque eres tan bella como ella, porque apareces y desapareces como ella. —Me besó dulcemente—. Y porque siempre dejas rastro. Cada vez que te vas, no dejo de pensar en cuándo volveré a verte, si en el cielo oscuro o en el cielo claro. —Acarició mi mejilla y besó delicadamente mi frente—. Pero siempre acabo viéndote de nuevo.

—Pues entonces deberías pedirme un deseo.

Sonrió, y lo besé juguetona.

—¿Quieres que pida un deseo? —Me encogí de hombros, poniendo cara de niña.

Se levantó, llevándome auestas, con mis piernas en su cintura, tocando mi trasero como quería y besándome detrás de la oreja. Se aseguró de que no me cayera con la ayuda de su otra mano en mi espalda y me miró con todo el amor con el que se podía mirar a una persona a los ojos.

—Vamos a ver qué deseo... Deseo, deseo... —Pensó unos segundos con los ojos cerrados—. Deseo tenerte cada segundo de mi mísera vida a mi lado.

Ese beso fue el más sincero de todos. Fue el definitivo, el que cerró los pocos minutos que teníamos para vernos durante a saber cuánto tiempo. Sin embargo, creí que con eso me conformaría por un tiempo.

Puede que algún día tuviéramos que salir corriendo, puede que algún día no hubiera tiempo para despedirse. Así que, desde entonces, había hecho la maleta. Jon y Ezequiel, como toda la banda, supieron que queríamos huir. Mi padre tuvo que explicarlo. No sé si lo entendieron, pero tampoco me interesaba. Me valía con que Jon se estuviera tomando la justicia por su mano; y nunca mejor dicho.

—¿Qué haces aquí?

—En mi habitación, ¿no me ves? —Mostré indiferencia—. ¿Qué quieres?

Llevaba un traje que me recordaba a los pingüinos y el pelo relamido con un kilo de gomina. Sus ojos oscuros buscaron los míos, aunque nunca los encontré, por mucho que él lo intentara. Quería que lo besara, pero me importa un pimiento lo que él quisiera o deseara.

—Siempre he soñado cómo sería acostarme contigo. —Enredó sus brazos alrededor de mi cintura.

Golpeé sus manos, las cuales no logré quitar de mí. Lo empujé lo más lejos que pude. Odiaba esa sensación.

—¡No me toques! —grité.

—¿Has estado con él? —me acusó, con el dedo levantado—. ¡Has estado con él!

No hice caso a sus reclamaciones. Si tenía alguna queja, que se mirase a sí mismo. Para mí, él era mi queja.

—Nunca me tendrás. No sé por qué insistes tanto.

—Eso lo dirás tú. —Rio a carcajadas, con malicia. Volvió a insistir, tocando los huesos de mi cintura—. ¿Crees que te vas a ir sin más? Antes —cogió mi mandíbula—, vas a acostarte conmigo en la cama. —Besó mis labios.

—Que te den. —Escupí directamente al suelo. —Sentirte inferior ante Izan te ha hecho la peor persona del mundo. Eres asqueroso.

Recibí una bofetada limpia y sonora en el momento en el que Yina entró cantando felizmente mi nombre.

—Dichosa niña... —Se dirigió hacia la pequeña.

Me había sorprendido el comportamiento que había tenido conmigo, pero a

Yina nunca lo había visto tratarla así.

—¡No, a Yina no!

Cogió su pequeño hombro y la zarandeó. En ese momento, solo se me ocurrió pegarle en el estómago. Y lo hice. Cayó al suelo y presioné el tacón en sus partes masculinas. Yina se escondió detrás de la cama, asustada, gritando mi nombre.

—Tranquila. —Acaricié su cabello—. Vete —le ordené.

Salió corriendo y llorando. En ese instante, escuché a mi padre preguntarle por su estado asustadizo. Después, escuché las zancadas yendo hacia donde estábamos.

—¿Qué crees que estás haciendo con mi hija?!

Jon intentó levantarse con el dolor en la entrepierna. Sonreí de alivio, y este me fulminó con la mirada.

—Ni se te ocurra tocar a Yina, ¿me has entendido? —Miró de reojo hacia mí—. ¡Y a ella tampoco! ¿Queda claro?

—Sí.

Jon se fue agachando la cabeza y nos dejó solos. Al sentir el cierre de la puerta con un portazo, mi madre, con voz de resaca, preguntó gritando qué era lo que ocurría. Seguramente, se había levantado por el susto del sofá. Yina gritó: «¡Mami!», pero no le hicieron el menor caso, y subió arriba.

—¿Ahora me defiendes, papi?

—Tendremos problemas por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —dije asombrada.

Recibí el abrazo de Yina.

—Sí. —Y se alejó.

—¡Al menos, Izan no es un maltratador!

—Ni siquiera lo conoces. Tú qué sabrás...

—Lo bastante como para estar segura de que no sería capaz —añadí, pero sabía que no me había oído.

Por la tarde noche, me costó conseguir que Yina conciliara el sueño. Le conté por lo menos tres cuentos, pero no se dormía, solo preguntaba cosas. Intenté evitar que me preguntara, pero no hubo nada que hacer. A pesar de ser una cría de cinco años, se daba cuenta de muchas cosas, y las marcas de mis brazos destacaban demasiado.

—¿Por qué papá deja que te pegue ese?

—Cariño... —la abracé; ella acarició mi cabello—, cuando seas mayor, te

lo explicaré. Te lo prometo.

—Pero te irás. Te irás y me dejarás aquí solita. —Se entristeció—. Tata, no me dejes solita. —Se agarró a mi cuello—. Por favor, no me dejes solita. Quiero irme contigo.

—Eso no puede ser, cariño. Tienes que estar con mamá.

Hizo pucheros y agarró el libro para comenzar a mirar los dibujos. Me preguntó qué eran cada uno de ellos. Mientras lo hacía, sus párpados fueron cayendo poco a poco. Apagué la luz general y dejé la de la lamparilla de colores que le gustaba. Le aparté los mechones cortos que se le metieron en los ojos y la arropé bien para que no tuviese frío. Estaba casi dormida cuando dejó el libro en mis manos y me pidió un beso de buenas noches. Me acerqué a ella y me abrazó. Apretó su pequeño cuerpo contra el mío, como si fuera la última vez que fuera a hacerlo.

—Tú eres mi mamá. —Cerró sus ojos y se separó de mí—. Tú eres mi mamá. No me dejes solita. —Me miró por última vez, esperando una respuesta. Todo el mundo esperaba una respuesta que le dejase dormir, incluso hasta los más pequeños—. No me dejes solita.

—No lo haré. Yo soy tu mamá.

—Tú eres mi mamá.

Se acurrucó en la almohada y cerró los ojos tranquilamente. Suspiró un segundo y se perdió en un sueño profundo y feliz.

El teléfono móvil que Izan tuvo que volver a comprarme sonó.

Izan:

Niña, ¿cómo estás?

Nina:

Acabo de dormir a mi hermana. Estoy más o menos bien. ¿Y tú?

Izan:

Deseando verte. Mira hacia la ventana de tu derecha.

Al mirar por la ventana, lo vi. Llevaba puesta una cazadora negra, y sonrió cuando me vio salir a la ventana. Sus manos sujetaron mis caderas y bajó lento mi cuerpo hacia el suyo. Temblaba por el viento gélido de la madrugada. Yo no llevaba chaqueta ni nada que me abrigase, solo su cuerpo. Rodeó mi cintura en el momento en el que vio cómo cambiaban de color mis labios.

Con una actitud efusiva, me aplastó contra la fachada y mi espalda recibió el golpe, pero no me importó. A diferencia de los anteriores golpes de Jon, este era totalmente inofensivo. Me abrazó con ansias y besó mis labios para conseguir que dejaran de tiritar. Al final, lo consiguió, como siempre. Nos

separamos un momento.

—¿Hay algún cambio, alguna novedad?

—Sí. Lo tenemos —me comunicó con alegría—. ¡Lo tenemos! Ya le he entregado todo a tu padre. Pronto se acabará todo y te contaré lo que he descubierto. Te lo prometo, pero ahora tengo que irme. Debo hacer una última cosa.

Abrazado a mí, me dijo lo mucho que me quería al oído. Sus brazos fuertes crearon una esperanza en mi corazón, en mi cuerpo débil. Tuve ganas de gritar. Para entonces, Izan ya se había marchado con una sonrisa orgullosa en sus labios.

Durante la semana, recordé la efusividad de sus palabras, la alegría en ellas. Los días pasaban y no parecía que nada hubiera cambiado o estuviese a punto de cambiar. Lo esperé durante las madrugadas, en las cuales no se presentó ni un solo día. Tampoco supe de él por mensajes; nada de él en siete días. Le envié tantos mensajes y le hice tantas llamadas que me quedé dormida la mayoría de las noches que lo hacía. Mi padre no sabía nada de él, no lo cuestionaba, pero alguien tenía que saber algo. Suplicante, se lo pregunté, a lo que respondió que no tenía ni idea. Desde que Izan descubrió la combinación de la caja fuerte de Hans, ¿qué había sido de él?

No podía esperar ni un día más. Necesitaba saber.

Las calles estaban iluminadas por el sol resplandeciente, pero esa luz no llegaba a mi corazón. Estaba inquieta y molesta. La gente caminaba como si nada, pero a pocas personas se las veía besándose, y cuando lo hacían, al poco tiempo, tenían a guardias preguntándoles por su identificación. Tenía miedo de que Hans Blake hubiera acertado la cita para inculcar la nueva ley y el cambio brusco de política. Esperaba que no fuera eso con lo que estuviera lidiando Izan.

—Buenos días. ¿Podría ver a Izan Blake?

—¿Tenía una cita? —Negué—. Entonces, el señor Blake está ocupado.

Recordé a la pareja de la niña con problemas. Él los atendió sin cita. ¿Desde cuándo Izan pedía citas? Algo estaba pasando.

—Es importante. ¿Podría verlo cinco minutos? Es para un tema de la fiesta benéfica del Congreso de Literatura. Ya sabe...

—Entonces, debería hablar con su madre. ¿Quiere hablar con ella? Es la más adecuada en ese caso. ¿Cuál es su nombre?

Si me negaba, sabría que no había ido allí por un motivo profesional, y era

lo que menos desearía en esos momentos.

Le dije que sí y anduve hasta el ascensor. La recepcionista apretó un botón en el teléfono y comunicó que iba a subir. ¿Desde cuándo la madre tenía un despacho allí?

Seguí andando. Vi muchos despachos pequeños y ordenadores. Los grandes se encontraban al fondo del pasillo, y había otra planta más. Allí se encontraba Hans. Esperaba no encontrármelo, ya que lo difícil sería explicar qué hacía allí la hija de su exmejor amigo y enemigo en esos momentos.

Llamé a la puerta con los nudillos; primero, suave, y al segundo intento, fuerte.

—Buenos días. ¿Qué desea, señorita?

—Buenos días.

Cerré la puerta y ella giró la silla rotatoria hacia mí. Su cara de mapa reveló la tensión al verme.

—¿Qué estás haciendo aquí?!

—Verá, necesito saber dónde está su hijo.

—¿Mi hijo? Mi hijo está de viaje en el extranjero. La pregunta es qué estás haciendo tú aquí.

Su expresión se torció y volvió a revelar confusión y desconcierto. Meneó la silla para controlar los nervios. En esos segundos, observé el despacho. Entonces entendí qué hacía ella allí.

—Este es el despacho de Izan, ¿verdad?

—Sí... —respondió dudosa—. ¿Por qué?

—¿Dónde está su hijo? —repetí con frialdad. Ella me repitió la misma información—. Escuche, si su hijo se hubiera ido de viaje, tenga en cuenta que yo sería la primera en saberlo. —Chasqueé los dedos—. Y no lo sé. Algo está pasando, y no me iré de aquí hasta descubrirlo.

—Tienes que irte, Nina Larson. Ahora.

Negué con la cabeza. En ese momento, recibí una llamada de mi padre. Otra al poco tiempo, y otra seguidamente. Por pura insistencia, contesté al teléfono. Él estaba alterado y con una chispa de preocupación.

—¡Nina, sal de allí ahora!

—¿Por qué?! ¡¿Qué sucede?!!

—¡He dicho que salgas ahora mismo! —Se atrancó con las palabras—. ¡Ahora! ¡Tienes cinco minutos para salir de allí cagando leches!

—¿Cómo sabes que estoy...?

Quisiera haberle preguntando por qué sabía dónde estaba exactamente, pero al poner mi mano en mi nuca, noté un pequeño chip enganchado al cuello de mi chaqueta de tela fina. Pensé que era la etiqueta, pero alguien me había puesto un precioso chip, como a un perrito.

—¿Por qué me has puesto un chip?!

—Escucha, el ayuntamiento va a explotar en cuatro minutos. ¡Sal ahora mismo de allí!

Tras sus palabras, sentí presión en el pecho y las piernas comenzaron a temblarme. Si algo había aprendido durante los entrenamientos era a controlarme, pero, visto lo visto, aún me quedaba mucho por aprender.

Volví la vista hacia Celia. Ella estaba allí sentada, con sus zapatos de tacón, su falda de tubo y su camisa de seda, pareciendo una auténtica Blake. ¿Tendría ella algo que ver en la segunda vida de Hans? ¿Sabría ella de qué iba todo aquello?

—Escuche, tenemos que salir de aquí —le dije cuando colgué el teléfono y lo guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón—. ¡Esto está a punto de explotar!

Entonces, algo me dijo que ella era una total inexperta en esas situaciones fuera de la realidad que solo veían sus ojos verdes.

La gente permaneció sentada tan tranquila en sus despachos, y para mi sorpresa, ella no dijo nada, no alertó a sus trabajadores. Fui yo quien lo hizo:

—¡Esto va a explotar en poco tiempo! ¡Salgan de aquí!

Eran las palabras mágicas para que alguien saliera corriendo como un lince, y la manada salió corriendo. El tiempo se me acababa. Recibí otra llamada que me informaba de que solo me quedaba un minuto para salir del edificio. Ella estaba asustada, mostraba pánico en sus facciones, corregidas por aquel maquillaje perfecto. Se torció un tobillo y tuve que ayudarla a seguir corriendo.

Treinta segundos...

Capítulo 25

AMENAZA

NINA

Los conté en mi cabeza, lenta y pausadamente, como las agujas del reloj que observaba cuando era muy pequeña. Hacía mucho tiempo, quizá habría pensado que treinta segundos de reloj no eran nada. Pero justo en ese momento me di cuenta de que tan solo un segundo podía ser más largo de lo que creía y podía darte para empujar la puerta giratoria, correr lo más lejos posible hasta llegar a la zona ajardinada y rascarme el cuerpo con la tierra.

Las sirenas de los bomberos se apreciaban en la distancia. La policía y la ambulancia estaban cerca, más cerca que las mangueras. El edificio se escondió entre el fuego rápidamente y explotó un segundo después. Con la visión borrosa, vi salir a alguien en el último momento. Tenía el brazo negro y los médicos acudieron a auxiliarlo. Aún no notaba ni siquiera mi respiración, solo escuchaba la ajetreada de Celia y todos los sonidos de mi alrededor, pero nada más.

Quería cerrar los ojos y pensar que tan solo había sido un sueño, pero los gritos ahogados de la gente que comenzaba a acumularse alrededor del edificio, ahora popular, no me dejaban desconectar. La gente comenzó a hablar, a especular. Hubo comentarios de todo tipo ante aquellas llamaradas.

—Algo está ocurriendo... —le dijo una mujer a otra—. Volveremos a tener otra guerra. Eso es lo que quieren esos malnacidos.

Lo único que podían hacer ellos era suponer; en cambio, yo no. Yo sabía la verdad, y la verdad era un cambio inminente en la estructura política. Mi padre y el resto no pararían hasta acabar con ella.

De pronto, la gente se quedó en silencio.

—¡Es Hans Blake! —gritaron algunos a nuestro alrededor.

Celia se levantó poco a poco y corrió hacia él. Se separó de mí y me oculté con rapidez de los ojos del alcalde. Puede que desvelaran quién era el culpable del accidente. Y, por lo tanto..., ¿qué hacía la hija de Gregorio justo en el momento del accidente? ¿Traer unos papeles? ¿Hacer algunos trámites? Bien, eso podría colar, pero ¿y por qué con la mujer de Hans Blake? Puede que incluso me tomaran por una kamikaze.

Por eso, aunque me doliera horrores la herida que me había hecho mientras

me arrastraba por el suelo y los cristales que se clavaban en mi piel, debía correr; correr lo más lejos posible y plantearme salir del país. Pero ¿dónde estaba Izan?

El pánico volvió a invadirme, incluso más fuerte que cuando supe que el suelo de debajo de mis suelas iba a explotar. ¿Dónde estaba Izan? Sin él, nada tenía sentido. No tenía sentido salir corriendo.

—¡Aquí hay una más! ¡Ayúdenme, por favor! Está herida.

Se acercaron tres médicos y entre ellos me levantaron y me colocaron en una camilla. Observé más camillas salir de las diez ambulancias que rodeaban el perímetro. Catorce coches de policía, diez coches de bomberos, diez mangueras lanzando agua y cascos protegiendo los rostros de los bomberos del gas que había hecho explotar al edificio de cuatro plantas. ¿Cómo consiguió salir Hans Blake de la cuarta planta? Un chivatazo. Alguien debía habérselo contado; estaba segura. Haría falta más que una explosión para retirar a ese hombre de nuestro camino.

Cuando consiguieron estabilizarme y logré escuchar mi respiración más tranquila, aprecié una sombra detrás de mí. Me parecía familiar, y lo era.

—¡Cariño! ¡Oh, Dios mío! —exclamó mi tía.

—¿Tú lo sabías? —Rechacé su abrazo—. ¿Sabías que esto iba a explotar? ¿Dónde está Izan?

—Sabía que iba a explotar —se sinceró—, pero no sabía que tú estabas dentro. ¡Dios mío! ¿Cómo iba a saberlo? —Lágrimas recorrieron sus mejillas—. ¡Lo siento! —dijo mientras se tiraba a mis brazos. Esa vez, no la rechacé—. Izan no está en el edificio.

—Ahora me dirás que está de viaje, ¿no?

—No...

Sus dedos se retorcieron. Estaba nerviosa. Tenía el poder de saber cuándo mi tía estaba inestable o cuándo su estado de ánimo no había quien lo salvara. Se puso a mi lado en la camilla y pegó más la manta a mi cuerpo, que estaba congelado. Intuí que me quedaría más congelada cuando Juliet me contara lo que tenía que decirme sobre mi querido Izan.

—Lo tiene Jon. Me he enterado hace un momento. Fernando y yo lo estábamos buscando desesperadamente. No entendíamos que después de lo que habíamos conseguido descubrir, hubiera desaparecido así porque sí. Me temía lo peor. He estado llamándote, pero no respondías a ninguna llamada mía, y no podía presentarme en tu casa, ni tampoco Fernando. Sería demasiado

arriesgado mostrarnos de esa manera. Estamos controlados por Hans. Creemos que sospecha de algo, y a mi parecer, y muy a mi pesar, no está bajo esas ruinas.

—No, no lo está. Ha salido en el último momento —le dije mientras las lágrimas me saludaban de nuevo.

Por última vez, miré el edificio quemado, y por primera vez, no me dio pena alguna. Si de lo que se trataba era de destruir lo que fundó Hans Blake, me daba igual; es más, me sentía aliviada, aunque él no estuviera bajo los escombros. En ese momento, había descubierto que no estaba solo y que yo podría tener algo que ver; eso si su mujer se lo contaba, aunque algo me decía que no iba a hacerlo.

—¿Dónde está?! —chillé por el micrófono del teléfono—. ¡Dime dónde estás!

—Oh, nena, estoy muy lejos de tu alcance.

La batería destruyó cualquier salida, cualquier posible comunicación con Izan. Mi tía intentó lo mismo, pero el cabrón de Jon no cogió el teléfono. Subí a su coche y Fernando comenzó a acelerar. Condujo intentando evitar los atascos de las calles de la ciudad. Llegamos a River, y la gente de por allí aún no sabía lo sucedido. De hecho, si lo hubiesen sabido, ya habrían hecho un gran festín.

Fernando siguió conduciendo por los callejones. La ropa estaba tirada por los suelos. Los drogadictos sonrieron cuando vieron la marca del coche, y luego volvieron a su adicción y a los cartones donde dormían.

El olor a humedad y basura incrementó. Pensar que tiempo atrás era la preciosa avenida de River, por donde paseaban los niños y las mariposas se adueñaban de los jardines, así como los insectos atraídos por el polen, era muy triste. Te entristecía ver cómo en aquellas calles se quebraba el cemento de la carretera, cómo los árboles estaban a medio caer y cómo las hojas quemadas te producían agonía. El polen se había vuelto ceniza y la gente se había transformado en monstruos.

—Ya hemos llegado. Espero que esté aquí —dijo Fernando con una chispa de esperanza—. ¿Estáis bien? —Las dos contestamos afirmativamente mientras él sacaba un revólver de la guantera.

Escuchar cómo cargaba las balas y le daba la vuelta al mecanismo me produjo escalofríos. Bajó el primero del vehículo. Lo hizo de una manera tensa, como en defensa propia. Después bajamos nosotros. Juliet no temblaba;

es más, se creció. Quería respuestas, y yo también las quería. Debía actuar como ella. Hubiera lo que hubiese, siempre se debía llevar la cabeza alta.

—Quedaos detrás de mí, ¿entendido?

—Sí.

Nos cogimos de la mano. Ella apretó la mía y me sonrió. Aquel gesto me ayudó a tranquilizarme y a ceñirme al lugar y a los hechos.

De nuevo estábamos allí, donde por poco morí y donde Izan tuvo que utilizar la violencia contra mí —por obligación—. Ese día, fui yo la que le dije con la mirada que lo hiciera, que debía hacerlo para continuar con el plan. Debía demostrar que no tenía compasión. Sus ojos derramaron una lágrima y lo hizo sin pensarlo. Noté su arrepentimiento, cercano y doloroso.

Cada vez que me sostenía en sus brazos, la imagen se le plantaba en la mente. Estaba segura porque, aunque tan solo lo conociera desde hacía menos de un año, parecía como si lo conociera de toda la vida. Sabía lo que sentía y lo que necesitaba en cada instante. Por ello, tenía miedo de encontrármelo en según qué circunstancias. No sería capaz de soportar que algo pasase entre nosotros o que algo le pasase a él.

—No hagáis ruido.

Fernando caminó despacio, intentando evitar pisar cualquier cosa del suelo y llevando la pistola por delante del cuerpo mientras nos cubría a ambas con su brazo libre. Abrió la puerta lo más sigilosamente posible, pero chirrió, causando un impacto en mi mente que reprodujo la imagen de aquella vez en la que había estado retenida. Hacía frío y el metal de la mesa me recordaba al sentimiento tan horrible por el que tuve que pasar. Pareció que fuera yo la que estaba loca, la que, atada a la mesa, fuera peligrosa.

—Aquí no hay nada.

Buscó por toda la estancia, y nada. Todo estaba solitario, excepto por un gato, que hizo un ruido pequeño que nos asustó y desapareció por la ventana que tenía una cortina totalmente rota.

Al mirar la silla que había en medio de la estancia, me fijé en que aún estaba ese cojín sobre el que se sentó cuando estuve acurrucada en su regazo. Era suave, y tenía un poco de polvo, que entró por mi nariz y me hizo estornudar. Lo abracé, y olía a él.

—Ahí hay una chaqueta de hombre. ¿Se dejaron una chaqueta?

—¿De quién es esa chaqueta? —pregunté extrañada.

Estaba colgando de la silla, pero no tenía polvo. Eso quería decir que no

llevaba mucho tiempo allí. Era reciente.

Un teléfono móvil vibró y nos alertamos. Metí mi mano delgada y pequeña en el bolsillo de la americana negra y reluciente. La pareja observó mis pasos lentos. Tuve miedo. Tenía miedo porque se trataba de él, se trataba de mi Izan.

Con el teléfono móvil en la mano, nerviosa, lo desbloqueé. No había contraseña, como tampoco patrón ni detección de rostro. Estaba allí para hacernos llegar una información. Abrí el mensaje de voz.

—Hola, querida. ¿Ha explotado bien ese ayuntamiento? Sí, sé que me odiarás porque tengo a tu amante aquí. Lo tengo yo y nadie más. Solo quiero decirte que voy a matarlo. Sin él, no tendrás escapatoria. No tendrás adónde ir. Te dije que eras mía y de nadie más. Te preguntarás dónde está tu padre y por qué no ha cumplido su promesa. Pues la respuesta es simple: estaba muy ocupado con la explosión como para darse cuenta de que Blake fue a matarme. Despídete de tu amante, querida. Ah, no, que no puedes... Nos vemos pronto, cuando termine de cavar su tumba. Un beso, preciosa.

Entonces recordé las últimas palabras de Izan: «Tengo una última cosa que hacer».

—¡Hijo de puta! —maldije, gritando.

Los brazos de Juliet me rodearon y mis rodillas chocaron contra el suelo sucio y mugriento. Fernando guardó el teléfono en su bolsillo y golpeó con el puño la pared. Las palmas de las manos de mi tía rozaron mis brazos y susurró en mi oído: «Todo saldrá bien», y casi la creí.

Fernando golpeó la silla, y esta causó un ruido sordo cuando cayó al suelo. El gato, que intentaba entrar de nuevo por la ventana, salió corriendo por donde había venido. El silencio se coló en mi cuerpo y el dolor nubló mi vista. Noté el brazo de Fernando pasar por mi cintura.

Juliet se levantó y llamó a alguien por teléfono.

—¿Puedes comprobarme una localización? —Cerró los ojos—. Gracias.

Seguidamente, Fernando le entregó el móvil a su mujer y esta caminó hacia el coche. Él siguió empujándome suavemente para que caminase a su lado, pero ni siquiera quise caminar. Tenía miedo de quedarme sin mi objetivo, sin mi final feliz.

—Tardará un poco en decirnos la dirección exacta, pero está en dirección a la montaña.

—¿En una casa o algo así?

—Sí, algo por el estilo.

Ellos continuaron hablando, y aunque él seguía conduciendo, sentía como si estuviese parada. Perdida, observaba las calles pasar a gran velocidad. Los árboles se volvieron borrosos y no me daba tiempo a ver de qué color eran los demás coches. Fernando iba a mucha velocidad.

Izan

Escupí sangre; una vez, dos veces y tres veces. Aprecié el dulzor en mis labios, y tenía el cuerpo dolorido. Moví la cabeza en busca de una salida, pero no la había. Me dejé la piel por el roce de las cadenas, y para colmo no llegaba ni siquiera al suelo. Estaba elevado por unas cadenas gruesas y viejas.

Llevaba más de un día allí colgado, y al intentar todo tipo de combinaciones para conseguir llegar al suelo, romper las cadenas o balancearme, llegué a la conclusión de que no había manera de salir de allí.

—Voy a matarte si tengo la ocasión. Lo juro... —le aseguré tras escupir saliva al suelo.

Y como supuse hacía un tiempo, me tenía agarrado por unos sentimientos demasiado grandes como para poder pasar a la indiferencia. Sabía que lo que más me importa estaba allí fuera. Ella estaba allí fuera, a saber dónde, quizá creyendo que la había abandonado...

Lo que no sabía era que había estado demasiado ajetreado ordenando los increíbles descubrimientos del monstruo de Hans, quien ni siquiera se merecía que lo llamara padre; no cuando había hecho todo lo que había hecho.

—¿Tanto hombre que eres y aún no has salido de aquí?

Utilizó esa voz altiva, esa que dos hombres emplean cuando hay una mujer que los separa y un premio gordo detrás. Lo más increíble era pensar que Jon antes era un amigo para Nina y para Wen.

Intenté balancearme para pegarle una patada, pero no notaba las piernas. Si hubiese podido, le habría dado una en la boca que se habría enterado de lo que era bueno.

—Tu amante viene hacia aquí. —Cogió un cubo de agua—. ¿Quieres verla? —La rabia invadió mi cuerpo cuando el agua congelada cayó sobre mí con la intención de desestabilizarme.

Los recuerdos volvieron a mi mente tras las gotas que cayeron por mis ojos. La volví a ver, tan preciosa con ese vestido amarillo, con su sonrisa más sincera, la última noche que la tuve en mis brazos, con esa voz sensual y

femenina, con esos movimientos tan naturales y atractivos como atrayentes. Una mujer de élite escondida entre los callejones de la pobreza, con aquellos ojos que me miraron desafiantes cuando le apunté con la pistola la primera vez que la vi, con esa fortaleza y ese gran corazón que, para mi desgracia y esperanza de vida, acabarían matándome...

Al fin y al cabo, de una manera u otra, defendería ese corazón para que siguiera latiendo, conmigo o sin mí.

Capítulo 26

SACRIFICIO

IZAN

—¡No te atrevas a tocarla, cabronazo! —Otro chapuzón de agua fría. Le escupí en su cara—. ¡Vas a morir, cabronazo!

—¿Y cómo vas a hacerlo?

Esa sonrisa maligna me puso de los nervios. No me asustaba, solo que habría deseado patearla.

Volví a pensar en ella, en cómo me gustaría contarle por qué había desaparecido una semana entera, por qué la deseaba como el aire que respiraba, por qué solo vivía por ella y para ella. Para mi suerte, al final, mi madre lo entendió. Entendió que debíamos hacer algo contra él. Pero para mi mala suerte, ella no iba a ayudarme. Aun así, tenía su apoyo para cuando lo necesitara. No es que me sirviera de mucho allí atado, pero pensé en ella, y sabía la gran víctima que había sido de mi padre.

En las escaleras alejadas del almacén solitario, mi teléfono móvil continuaba vibrando. Había vibrado más de cien veces. ¿Realmente, mi padre no se dio cuenta de que había desaparecido? ¿Qué estaba pasando allí fuera?

—Vaya, ¡cómo vibra tu móvil! ¡Estás muy solicitado! ¿Aún te sigue aguantando la batería? —añadió, riéndose en mi cara.

—Si no lo puedo tocar, normal que aguante. —Sonreí altanero.

Se molestó, pero esta vez no recibí un cubo de agua. Cogió mi teléfono y, sorprendentemente, no me pidió el número para desbloquearlo.

—Me fijé la última vez que cenamos. —Sonrió pícaro—. Tengo muchas armas. Lo tenía todo planeado.

—Menudas armas. Si todas son iguales... —Reí con sangre en los labios.

Comenzó a jugar con el teléfono, enumerándome la cantidad tanto de llamadas como de mensajes de texto y del contestador.

—Fernando, Juliet, padre, madre, casa... —Rio de nuevo—. ¡Nina! ¡Exactamente cincuenta llamadas!

Suspiré.

—Siete días... ¿Qué has hecho durante estos siete días? ¿Qué les decimos?

—Que te jodan. ¡Esto estaba preparado! ¿Mi padre tiene algo que ver? ¿Eh?

—Puede que no sepas realmente en qué bando estoy.

—Has traicionado a Gregorio... —afirmé convencido.

—Puede que después de todo no seas tan idiota.

Claro, como que llevaban todos esos días observándome, siguiéndome con coches, siguiendo a mi madre y a Nina; a todos. Habíamos sido parte de una gran mentira y una gran conspiración. Incluso Fernando y Juliet habían sido espiados y traicionados.

El primer día que dejé de llamar a Nina y de visitarla, fue el día en el que puse por primera vez la contraseña en la caja fuerte de mi padre. Para mi sorpresa, allí había de todo menos lingotes de oro. Sonreí al recordar decirle eso a Fernando. Pero lo que sí había era una lista.

Era una lista de todos los asesinatos que había cometido mi padre, y por los que había cobrado más millones que por su propio trabajo. Una lista que fue encargada por el mismísimo presidente Brian Roc. Una carta en la que garantizaba su propia seguridad y la de su familia tras haber sido descubierto por mi propia hermana. Siempre pensé que mi padre la echó de casa por un motivo de sociedad, pero estaba muy equivocado. Mi hermana nunca me contó que reveló el secreto de mi padre y fue amenazada por él. Al no poder matar a su propia hija, tuvo que conseguirle un buen futuro con el que cerrarle la boca para siempre. Por ello había tanto odio en sus ojos cada vez que ella veía que me parecía más a él. Tenía ganas de abrazarla, de decirle cuánto lo sentía.

En aquel momento, amé y deseé más a Nina, la dulce niña que había cambiado mi vida, y que, por supuesto, me había cambiado a mí.

Fue entonces cuando salí a la calle y, tras varias pruebas, me di cuenta de que estaba siendo vigilado y que no podía hacer ni un movimiento sospechoso. No era la banda contraria la que me espiaba, no era Gregorio. Se trataba de miembros de la Junta, estaba seguro. Hans habría dado la alerta de que alguien se había fijado en esa caja, y me observaban a mí, a Nina y a todo lo que me rodeaba.

Aunque me fastidiase decirlo, y saber que teníamos más enemigos, Hans solo era una pieza de un gran rompecabezas.

—¿Has visto qué catástrofe? —Bufó y chasqueó la lengua, chuleando—. Uf...

Giró la pantalla y me la enseñó desde lejos, ya que no se atrevía a recibir una patada. Por lo poco que pude ver, me pareció un edificio en llamas.

—¿Qué es eso? —Carraspeé.

—Es tu ayuntamiento —se carcajeó orgulloso.

—¿Qué habéis hecho?! ¿Estaba mi madre allí dentro?

—Por el momento, tu padre le ha dicho a todo el mundo que estás en el congreso al que tenías que acudir. Yo me encargué de ayudarlo. —Sonrió—. Y sí, tu madre estaba dentro. Debe estar más muerta que viva. Y tu padre también estaba dentro, lo que pasa es que él ya lo sabía, evidentemente. Ya sabes, sus campañas intentando convencer a la gente de que sois lo peor.

—¡Maldito cabronazo! ¡Ella no tenía nada que ver con esto! ¡La habéis matado!

—Sí, y podría haber muerto Nina también, pero ha salido ilesa. Solo un par de heridas. —De nuevo, se sentó en la silla enfrente de mí, riendo—. Menos mal. No sé qué haría sin ella. —Chasqueó la lengua—. Qué ganas tengo de aprovecharme de su jugosa virginidad...

—¡Hijo de puta! ¡Malnaciidoooo! —exclamé entre dientes, rabioso—. ¡No toques a Nina, o juro que te arrancaré la puta cabeza! ¡Lo juro por Dios! —Intenté que las lágrimas contenidas siguieran siendo eso: contenidas—. ¡No le hagas daño!

Intenté de nuevo deshacerme de las cadenas. A lo mejor, con la rabia acumulada, existiría más fuerza en mi interior, pero no lo conseguí, aun pensando tan positivamente. Lo mataría, y si no salía de esa, siempre me quedaba matarlo como fantasma. Se lo juré al cielo y a la Tierra.

—Falta poco para el plan. —Tiró mi móvil al suelo y lo chafó—. Ya están aquí.

—¿Qué quieres de ella?! —Una gota de sangre cayó en mi pecho desnudo—. ¡¿Quiénes vienen con ella?! ¡Maldito cabronazo!

—Ya lo verás. Sorpresa, sorpresa... —Agitó las manos en el aire como un crío.

En cuanto vi cómo Jon sacó un arma y la sonrisa se le tornó triunfal, supe quienes llegaban: Fernando y Juliet. Y, evidentemente, su víctima perfecta no podía ser otra que Nina. Todo para poder hacerme el máximo daño posible.

Fernando entró con un arma también. Jon sacó otra del otro bolsillo de su pantalón y me apuntó al corazón. Diminutos puntos rojos me señalaron desde arriba. Al girarme, visualicé a muchos hombres vestidos de negro, rodeando el perímetro del almacén.

Detrás de la pareja estaba ella. Llevaba puestos esos vaqueros que se ajustaban a su trasero y que me volvían loco. Tenía sangre en la pierna y un

tirante de la camiseta lo llevaba roto. La prenda se mantenía cubriendo sus pechos gracias al sujetador negro que se apreciaba. Desde allí, logré ver sus bellos pechos ajustados, su cabello húmedo por el sudor y la triste sonrisa al mirarme.

—Te quiero —le dije con un movimiento de labios.

Sonrió y me mandó un beso con sus pequeños labios rosados. Su hoyo en la mejilla desapareció en cuanto dejó de sonreír. Ojalá pudiera tenerla entre mis brazos...

¡Bang!

Una bala atravesó mi piel.

Nina

Los puntos rojos me desconcertaron. Creía haber visto solo a Jon con dos pistolas, pero realmente allí se encontraban diez personas rodeando nuestra posición con francotiradores. Un sacrificio en toda regla. No pude evitar tener un escalofrío que erizó mi piel en cuanto lo vi colgado en medio del almacén, con esas cadenas mojadas y apretadas en sus muñecas. Estaba sin camiseta, y sus vaqueros caían más abajo de su cintura. El contorno de la cadera le hacía sensual aun estando en esa situación. Pude ver su pecho descubierto y ensangrentado.

En cuanto me vio, gritó mi nombre, forzando los músculos para intentar salirse de las cadenas. Jon lo había planeado demasiado bien. Reprimí las lágrimas. No quería verlo con la cara de triunfo; no aún, al menos.

—¿Por qué haces esto? —Me dirigí despacio a Jon.

Entonces, apuntó directo a mí.

—Tú eres la responsable. Pero no solo es por eso. Son órdenes.

El cañón se quedó apretado en mi frente. Sonrió. No dejaba de sonreír. Estaba orgulloso de tenerme a sus pies.

—Si tengo algún día la oportunidad, te mataré.

Se lo dije mirándolo a los ojos, sintiendo la ira dentro de mí. Noté cómo lograba hacerle sentir que algún día encontraría una buena venganza, se lo transmití, aunque no nos estuviéramos tocando con furia, que más bien es lo que hubiera deseado en aquel momento. Pero se lo había susurrado muy flojo y firme, tal y como Izan me había enseñado. No dejé la cabeza agachada en ningún momento. Al menos moriría disfrutando de su cara rabiosa.

Acto seguido, en vez de apretar el gatillo contra a mí, lo hizo hacia el otro lado.

¡Bang!

—¡No! ¡¡Izan!!! —Corrí, me tropecé y lloré desesperada. Al llegar hasta él, los puntos de los francotiradores también me captaron—. ¡Izan! ¡Izan, por favor, responde!

Gritó de dolor. Busqué la zona en la que le había disparado aquel malnacido. Cuando la sangre comenzó a brotar, la identifiqué rápidamente; su pierna sangraba sin parar. Las facciones se le endurecieron. Se estremeció, mordiéndose el labio de puro dolor.

Volvió a gritar cuando Jon comenzó a reírse, disfrutando del dolor de ambos. Eso solo hizo que me pusiera histérica, que me descontrolara.

Izan lo amenazó:

—¡Hijo de puta! ¡Te mataré!

Eché el cuerpo hacia adelante, como si pudiera alcanzarlo. Lo repitió sin reparar mientras yo observaba su herida a su lado. Pero, a pesar del dolor que sentía en aquel momento, continuó sonriéndome como si no ocurriese nada. Lo abracé, y mis manos se impregnaron de su sangre. Me di cuenta de que la bala no estaba dentro de él, sino en el suelo. Solo lo había rozado. Jon lo había calculado, estaba segura. No había sido suerte. Quería que mi corazón sufriera.

Apoyé mi mejilla en su abdomen desnudo y él sonrió de manera pícaro. Fernando siguió apuntando a Jon, aunque fuera algo inútil debido a la amenaza que teníamos desde cualquier punto de aquel almacén.

Jon comenzó a dar vueltas con el teléfono en la oreja, manteniendo una conversación con una sonrisa pintada en sus labios. Mientras, nosotros no podíamos movernos, o nos dispararían.

Izan se dispuso a mantener conmigo algo así como un último momento de contacto:

—Nunca pensé que te vería tan abajo en estas circunstancias. Imaginaba que sería de otra forma... —Rio con el rostro desencajado por el dolor.

—Si sales de esta, puede que lo veas. —Me mordí el labio inferior—. Solo aguanta. Aguanta un poco más...

Me quité la camiseta ante todos aquellos ojos, quedándome en sujetador y soportando el frío. Pero me daba exactamente igual. Si él estaba herido y era para tratar de cuidarlo, habría hecho lo que hubiese sido necesario.

Enredé con la camiseta su pierna y apreté la tela en la herida, ya que debía cortar la hemorragia.

—Mmm... —Se lamió los labios—. Nunca te he visto desde esta perspectiva. —Rio, observando mis pechos desde su altura, a merced de todo—. Me alegra que estos sean los últimos momentos de mi vida.

Su sonrisa juguetona me ayudó a estabilizar mis emociones. Le sonreí, me incliné de puntillas para llegar casi a sus labios y lo besé. Besé sus labios como si fuera la última vez que fuera a hacerlo. Lo amaba, y amaba esos labios. No sabría decir cuándo fue el momento clave en el que comencé a sentir algo tan fuerte por él, pero ya era tarde para retener lo que sentía.

—Te quiero, niña. —Acaricié su abdomen—. Siempre lo he sabido. Quiero que sepas que... —cerró los ojos por un segundo— eres y serás siempre la mujer que me cambió la vida. Gracias a ti, he podido ser un hombre diferente... Siempre te dije que eras mi penitencia, y ya lo has visto. Caería en cualquier trampa si se tratara de ti... —susurró. La sangre comenzó a brotar de nuevo del corte que tenía en medio de sus labios.

—De todas maneras, acabarías aburriéndote de mí —le dije, intentado romper la intención de llorar por ambas partes.

Jon comenzó a desesperarse cuando ya había colgado el teléfono y le sonrió a Fernando, retándolo a que hiciera un solo movimiento y acabaría con él. Nos dejó algo más de tiempo porque disfrutaba viéndonos sufrir.

Izan no olvidaba lo que le había dicho antes de que Jon nos volviera a prestar totalmente la atención. Y no se lo tomó como una broma. Su rostro se ensombreció, volviéndose completamente serio. Pero ya hacía mucho tiempo que yo había dejado de ver a ese Izan frío y calculador. Después de todo, la vida nos cambiaba a todos.

—Nunca me aburriría de ti, niña. Nunca. —Se mordió el labio, furioso por lo que estaba a punto de pasar.

No dejamos de mirarnos hasta que oímos el ruido del gatillo en el silencio. Era Jon. Estaba dispuesto a matarnos a los dos. Se había cansado.

—Creo que acabo de cambiar mi táctica.

Disparó a la pierna de Fernando. Todos gritamos, y ahora nos apuntaba a mí y a mi tía Juliet. Ella gritó y lloró en el suelo, junto a él.

—Empezaré primero por ti.

Hasta hacía un momento, creí que me quería para su futuro, que no iba a matarme e iba a acabar con mi corazón haciendo daño a cualquiera de ellos

tres, pero no era eso lo que pretendía. Se había dado cuenta de que había otra manera de provocarnos más dolor a los dos a la vez, y quería ver los ojos de Izan derrochar lágrimas. Quería hacerle sangrar hasta el último momento. Lo veía en sus ojos monstruosos.

Dirigió el arma hacia mí. Cerré los ojos. Izan gritó, pero fue inútil. Nos detuvimos de nuevo a mirarnos. Estábamos perdidos.

Izan me abrazó con la mirada y me dijo:

—Entre nosotros nunca será suficiente lo que intenten hacernos, ¿verdad? —Sus ojos se clavaron en los míos. Eran tan verdes como la hierba recién cortada, y se humedecieron por las lágrimas que comenzaron a brotar. Era la primera vez que lo veía llorar tan agresivamente, y podía que la última—. Si se trata de ti, nunca será suficiente. —Lo besé de nuevo y me aferré a su cuerpo por última vez.

Esperé a la muerte. Una muerte a su lado no era tan dura.

Pasaron segundos, minutos...

El gatillo chasqueó, y la voz de Juliet rompió el silencio:

—¡¡¡No!!! —Se levantó del suelo—. ¡¡¡No, no lo hagas!!! ¡¡¡Es mi hija!!!

Escuché aquellas palabras desesperadas y mi corazón se rompió en mil pedazos. Sentí cómo el cuerpo me pesaba; y todo pasaba en los segundos más importantes de nuestras vidas. Fernando maldecía en el suelo, con las manos en el abdomen, gritando de dolor y cogiendo las piernas de Juliet para que no avanzase hasta Jon. La habrían matado antes de que llegara. Estaba claro.

Sentí el cuerpo de Izan a mi lado con la intención de agarrarme con el mismo fin con el que lo estaba haciendo Fernando. Tuve que tomar una decisión. Mis manos temblaron cuando hice un solo movimiento; un solo movimiento que determinaría mi futuro y el de ellos.

Juliet corrió en dirección opuesta a nosotros. Jon la observó, pero la perdió por un instante y no supo hacia dónde disparar. Se quedó tras las columnas que había y se ocultó para conseguir lo que estuviera pensando hacer en aquel momento.

De repente, la pistola de Izan fue lanzada a ras de suelo con fuerza, consiguiendo llegar a mis pies, la cual le habría quitado en el momento de capturarlo. A Jon le importó poco ese movimiento, pues tenía suficientes métodos para matarnos a todos. Y estaba dispuesto a jugar a aquel juego en el que había pensado detenidamente.

—¡Vamos! ¡No puedes matarme, cielo! ¡Soy yo! —Se llevó las manos al

pecho y consiguió enfurecerme con su risa macabra.

Sin embargo, lo que nunca habría imaginado es que fuera a hacerlo sin importarme las consecuencias. Antes de que matara a alguno de ellos, prefería ser yo la que se arriesgara. Era nuestra única alternativa. Preparé el siguiente disparo y apreté el gatillo.

¡Bang!

—¡¡¡Nina!!! —Izan gritó, desgarrándose la voz.

La pistola cayó al suelo en el mismo momento en el que dejé de oír. No escuchaba nada de nada. Solo vi oscuridad en cuanto los párpados comenzaron a pesarme. En ese instante me asusté, porque había dejado de sentir las piernas.

Dirigido a todos los medios de comunicación:

En memoria de la persona que intentó detener a la gente que quiso cambiar la sociedad a la fuerza. En memoria de las diez víctimas que murieron en el mismo lugar del incidente. Y en memoria de la gente que quedó atrapada y falleció en el ayuntamiento general.

Haremos todo lo posible para parar a cualquiera que intente desestabilizar esta sociedad. El nuevo cambio de política se llevará a cabo por la seguridad y por vuestra esperanza de vida.

Firmado:

Hans Blake y los miembros de la Junta Directiva.

Continuará...

Sobre la autora

Jennifer Palau nació un 31 de agosto de 1993.

Actualmente reside en Barcelona con su pareja y su perro. Escribir ha sido su pasión desde muy pequeña. Se aficionó a la lectura y con el tiempo se dio cuenta de que no podía vivir sin ambas cosas. Actualmente está en proceso de formación para entrar a la universidad. Sueña con poder escribir guiones cinematográficos o producir sus propias creaciones, mientras tanto, está volcada completamente en la trilogía OSDE, idea que surgió a raíz de un pensamiento generalizado sobre la sociedad y la poca libertad de la que disponemos, manifestándola ya en el primer volumen que la compone: Nunca será suficiente.

